

SIMONE POULIN

A romantic wedding photograph of a couple. The groom, on the left, is wearing a dark tuxedo with a white shirt and a patterned bow tie. He is leaning in to kiss the bride's forehead. The bride, on the right, is wearing a white strapless wedding dress with a full skirt and a long veil. She is looking down with a soft smile. They are standing in front of a light-colored, textured stone wall with horizontal architectural lines.

**El Oficial
Y La Dama
APROPIADA**

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPITULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)

CAPÍTULO 1

20 de mayo de 1815. Bruselas

Sus ojos eran de un inquietante azul grisáceo, como un cielo amenazando tormentas. Cómo Julia Tresilian sabía eso, cuando el poseedor de esos ojos estaba a unos veinte metros de distancia, holgazaneando con un grupo de compañeros oficiales alrededor de un banco del parque, no estaba del todo segura.

Tampoco tenía idea de por qué estaba mirando de manera tan descarada a un hombre extraño. La señorita Tresilian era, por encima de todo, una joven perfectamente correcta. Todos los días, si el tiempo lo permitía, paseaba por el Parc de Bruxelles con su hermano pequeño. Y todos los días, intercambiaba saludos educados con sus conocidos, jugaba con Phillip, hacía marketing y volvía con mamá a su apartamento en la Place de Leuvan. Ella no hablaba con caballeros desconocidos. Ella ciertamente no los miró fijamente.

Y la mayoría de los caballeros que vio en las calles de Bruselas eran desconocidos para Julia, reconoció con un suspiro interior. La llegada de los refugiados británicos que huían de París antes del regreso de Napoleón en marzo sin duda animó la escena. Hizo que los tresilianos se sintieran agradecidos de haber obtenido alojamientos elegantes, pero los recién llegados no mejoraron mucho la vida social de una viuda de recursos modestos y su hija sin contactos ni presentaciones. Los nuevos residentes que se apiñaban en todas las casas de alquiler de la codiciada Ciudad Alta pertenecían a un estrato social muy diferente al suyo.

Luego, los militares habían llegado en número cada vez mayor, tanto en la ciudad como en el campo circundante, culminando solo tres días antes cuando el duque de Wellington se instaló en una casa en la esquina de Rue Royale con vista al Parc.

La visión del comandante en jefe de las fuerzas aliadas envió a la población civil a lo que la señora Tresilian describió ácidamente como un nerviosismo. Tal celebridad en medio de ellos solo podía ser emocionante, y el conocimiento de que estaban bajo la protección de un gran general llenó a todos de confianza. Pero también les recordó que este rincón de Europa era donde

e se produciría el inevitable enfrentamiento con el tirano francés.

Y en gran medida, el resultado de esa confrontación dependería de que hombres como los jóvenes oficiales se relajaran tan alegremente frente a ella. Julia se dio cuenta de que todavía estaba mirando al único hombre, y que él se había dado cuenta de su mirada. Su mirada se agudizó y se centró cuando levantó la cabeza para mirarla. Sintió el color inundar sus mejillas y descubrió que no podía apartar la mirada.

No sonrió, pero su mirada directa no mostraba insolencia. Parecía como ella sentía, que había visto a alguien a quien reconocía en un nivel mucho más profundo que el simple conocimiento. Parecía ligeramente desconcertado, o tal vez intrigado, pero no desconcertado por su intercambio silencioso. Pero entonces, no parecía un hombre que estuviera desconcertado por mucho. Julia, por otro lado, no podía recordar haberse sentido más nerviosa en su vida. Su respiración era corta, su corazón latía con fuerza y se sentía absurdamente tímida. Ella debería mirar hacia otro lado. Desafortunadamente, parecía que no podía. '¿Julia?' Felipe, gracias a Dios. Con la sensación de haber sido sacada de un trance, Julia se inclinó para escuchar lo que quería su hermano de cuatro años.

'¿Sí, mi amor?'

'Tira mi pelota, por favor?'

Ella tomó la polvorienta bola amarilla y azul y la arrojó hacia la mayor extensión de hierba vacía. Con un grito, lo persiguió, se cayó, se levantó y siguió corriendo. Julia se sacudió los guantes, le dio la espalda al desconcertante oficial de uniforme azul y fingió admirar la ropa de cama formal que bordeaba el camino de grava.

Señorita Tresilian. ¡Qué feliz oportunidad!

—Mayor Fellowes. Desvió la mirada de las caléndulas con desgana. No es casualidad. Después de todo, camino aquí todas las mañanas. Y cambiará a la tarde si eso es lo que se necesita para evitarte. Su actitud durante las últimas semanas se había vuelto incómodamente familiar para alguien que se encontraba por casualidad en la casa de un conocido en común. Deseó haber traído a su doncella para que la acompañara, pero nunca antes había sentido la necesidad.

Federico, por favor. Sabes que desearía que usaras mi nombre de pila.

'No estamos en tales términos que sería decoroso, mayor.' Julia abrió su sombrilla con un chasquido y la desplegó como una barrera entre ellos.

Había sido ingenua al pensar que él era simplemente una molestia. Incluso para alguien con su espalda protegida, esto había llegado al punto en que sus intenciones eran descaradamente obvias. Sus muy deshonrosas intenciones.

El mayor respondió moviéndose hacia su otro lado. Pero sabes que me gustaría que lo fuéramos, Julia. Él ignoró sus labios apretados y su falta de respuesta. 'Una joven, sola en una ciudad extranjera, necesita un hombre que la proteja.'

No estoy solo, señor. Julia trató de parecer aburrida y tan fisticada. Sospechaba que simplemente parecía avergonzada y alarmada. Vulnerable. No tenía experiencia que la ayudara a lidiar con esto.

¿Una madre viuda, un hermanito? ¿Qué protección son?

'Suficiente. O deberían estarlo, si una dama estuviera rodeada de caballeros.

'Mi querida Julia, verás que los caballeros no acuden al lado de las señoritas que viven en el continente por razones económicas y que no pueden ofrecer una dote que acompañe sus indudables encantos. En esas circunstancias, una relación más comercial es apropiada.'

—¿Y qué, exactamente, se necesitaría para enviarlo sobre su negocio, comandante? ¿Cuánto más claro tengo que ser que no deseo tu compañía?' exigió Julia. Hubo un tirón en sus faldas y miró hacia abajo, forzando una sonrisa para su hermano.

—Lanza la pelota, Julia.

Por supuesto, Felipe. Lanzó la pelota a una buena distancia y lo vio alejarse corriendo, antes de volverse hacia el hombre que estaba a su lado. '¡Deberías avergonzarte, no solo de proponérmelo, sino de hacerlo con un niño presente!'

—Mi querida Julia, piénsalo. El comandante Fellowes le puso una mano en el brazo y ella se puso rígida. '¿Cuál es tu futuro sin mí?'

'Respetable.' Miró su mano enguantada que sobresalía del puño trenzado en oro. '¿Serías tan amable de soltarme? Nada, créeme, me hará aceptar ser tu amante.

—No será tan respetable si se corre la voz de que está dispuesto a negociar —sugirió. "Solo tendría que decir una palabra en algunos oídos de que hemos tenido esta conversación y el daño ya estaría hecho".

Julia trató de quitarse la mano de él, pero él cerró los dedos y la atrajo hacia sí. 'Déjame ir, la gente se dará cuenta de que algo anda mal', siseó.

Sin duda, cualquier espectador simplemente deducirá que estamos discutiendo el precio. Su rostro tenía una expresión de tal autosatisfacción que ella estuvo tentada de golpearlo. Pero eso solo podría empeorar las cosas. Tenía que deshacerse de él antes de que Phillip regresara. Pero, ¿cómo, sin crear una escena aún peor?

¿Apostar contra la yegua de Thomas a esa distancia? Debe de estar muy loco —le dijo el mayor Hal Carlow al hombre que estaba a su lado y que estaba explicando con seriedad las ventajas de un castrado castaño que pertenecía a cierto teniente de inquilinos Strong—.

El capitán Gregory se lanzó a los detalles perdidos por Hal mientras observaba a la joven en el paseo superior, la joven aparentemente respetable que lo había estado mirando como si lo conociera. Él nunca la había visto antes, que él supiera, aunque, como difícilmente podría describirse como un Diamante de primera, era posible que hubiera escapado a su atención. En cuyo caso, ¿qué lo atraía tanto ahora?

—¿Carlow? Hizo caso omiso de sus compañeros, sin dejar de observar a la joven. Se le había unido un oficial con una casaca escarlata. Protectores del pie. Entrecerró los ojos: 92nd Foot y no alguien a quien reconociera. Y tampoco alguien a quien quisiera reconocer, a juzgar por su cabeza vuelta y su cuerpo rígido. El hombre le puso una mano en el brazo.

—Te veré en el Hôtel de Flandres —dijo Hal bruscamente, abandonando sus planes de ir a recuperar el sueño—. Subió los escalones hasta el amplio césped y se alejó para interceptar al niño pequeño con la pelota. 'Buenos días.' Se agachó a la altura de los ojos, manejando la difícil longitud de su sable sin pensarlo conscientemente. ¿Es tu institutriz la de la pelliza verde?

Mi hermana Julia. Grandes ojos marrones le devolvieron la mirada solemnemente, manos sucias agarraban su juguete. —¿Está usted en la caballería, señor?

Julia apartó su atención errante del comandante Carlow y abrió su bolso. La tarjeta de mamá, señora. No era probable que lady Geraldine visitara a los tresilianos, aunque mamá querría escribirle y agradecerle su ayuda.

—Una buena dirección —observó lady Geraldine—.

'Lo sé. Tuvimos suerte de llegar antes de la carrera.'

'Ciertamente lo eras. Después de todo, los Richmond han tenido que conformarse con ese granero de un lugar en la Rue de la Blanchisserie en la Ciudad Baja. Algo en la sonrisa de su ama de casa insinuaba que no le tenía demasiado cariño a la duquesa de Richmond. ¿Cuándo recibe la señora Tresilian? ¡Dios mío, tenía intención de llamar! —Entre las dos y las cuatro los días lunes, martes y jueves, señora. Pero sus visitantes habituales eran personas modestas como ellos, no damas de sociedad. Gracias por el té y por apoyarme, lady Geraldine. Debo llevar a Philip a casa. Julia recogió su bolso y su ingenio disperso y estrechó la mano que le ofrecían con su ajustado guante de cabritilla.

¿Nos volveremos a encontrar con el mayor? —exigió Phillip, mientras salían del parque y sorteaban a la multitud frente a la casa del duque de Wellington. Me gustaba.

Yo también... —No debería creerlo —dijo Julia. Pero tenía un uniforme precioso: debes contárselo todo a mamá.

—Y una gran espada grande para matar a Boney —dijo Phillip con una risa sedienta de sangre, mientras bailaba por el pavimento blandiendo un arma imaginaria—. Julia la siguió, repentinamente sombría.

CAPITULO 2

Dos días después, lady Geraldine llamó debidamente y fue recibida por la señora Tresilian y Julia, ya que habían dejado a Phillip con la casera y una camada de gatitos en la cocina.

—Mi sobrina acaba de volver a Inglaterra para casarse —observó lady Geraldine una vez que hubo servido el té—. Me parece que echo mucho de menos tener una jovencita con la que ir por ahí... No tengo hija propia, ya ves, y disfruto mucho de la compañía de los jóvenes. La señora Tresilian hizo ruidos de simpatía. Así que, si me prestas a Julia, estaré encantada de acompañarla a fiestas y demás.

'¿Prestar?' —dijo la señora Tresilian débilmente. '¿Fiestas?'

Y pelotas: parece que las tenemos todas las noches, después de todo. Rutas, recepciones, picnics. Usted sabe el tipo de cosas.'

'¿A mí?' Julia sintió que tenía que añadir algo, por tonto que fuera.

—¿Disfruta de las fiestas, señorita Tresilian?

'Sí, señora. Pero no conozco a nadie en la Sociedad...

'Pero lo hago. ¿Señora Tresilian? ¿No te estaría privando?

—En absoluto —dijo la señora Tresilian con énfasis—. Vivo muy tranquilamente, lo cual es muy aburrido para Julia.

¡No podemos darnos el lujo de vivir de otra manera! Julia pensó alarmada. ¿Fiestas? ¿Pelotas? ¿pícnics? Eso significa batas y medias de seda y guantes y... dinero. ¿En qué está pensando mamá? ¡No puedo gastar así solo para divertirme!

Lady Geraldine se quedó la media hora reglamentaria y luego se fue en una espuma de muselina verde dejando promesas de invitaciones, una ola de perfume chipre y dos asombrados tresilianos detrás de ella.

'¡Mamá! No tengo nada que ponerme.

'¡Bueno, eso presentaría una apariencia original!' su madre observó con una sonrisa. 'Hagamos una lista de lo que necesitarás. Podemos adornar algunas cosas con cintas frescas, y podemos mirar mi encaje, ver qué se puede hacer con eso. Pero un vestido de fiesta es esencial. Un nuevo vestido de tarde, un vestido de paseo. Y algo para ocasiones de medio vestido. Haremos una lista.

'¿Pero cómo podemos permitirnoslo?'

Será una inversión. Esta es una oportunidad milagrosa, estar aquí justo ahora cuando la sociedad de Bruselas debe estar llena de hombres que no necesitan pasar el rato con una esposa rica. No será como hasta ahora, con tanta gente como nosotros aquí para ahorrar dinero. Diplomáticos, secretarios confidenciales, capellanes, oficiales... ¡piense en ello! Julia lo hizo, y parecía muy improbable que alguno de ellos pudiera estar interesado en ella.

'No podemos esperar un título, por supuesto, solo un caballero en circunstancias cómodas, pero aun así, valdrá la pena el esfuerzo.' La Sra. Tresilian dio un suspiro de felicidad. Eres una buena chica, Julia, te mereces un poco de diversión y la oportunidad de encontrar un marido digno de ti.

Julia se sentó en el duro sofá de pelo de caballo e intentó imaginarse formando parte de ese torbellino social. Pero sería una gran responsabilidad y una apuesta. Si mamá gastó sus preciosos ahorros en vestidos, entonces debe encontrar un marido. Había pasado tanto tiempo desde que había llegado a aceptar que sin dote o contactos probablemente nunca se casaría, que la idea de partir a sangre fría en busca de marido la intimidaba.

Tienes toda la razón, mamá. Julia logró esbozar una sonrisa. Ése era su deber y debía intentarlo, por muy tímida o torpe que se sintiera. Es una oportunidad maravillosa y haré todo lo que esté en mi mano para contratar a un caballero respetable. Fue desconcertante descubrir que, a pesar de esta digna resolución, la única característica que podía imaginar que este modelo desconocido debería poseer era un par de tormentosos ojos azul grisáceos.

Hal entró en la recepción de Lady Fanshawe a las once en punto con toda la intención de divertirse y sin ningún escrúpulo particular sobre cómo hacerlo. Había pasado un duro día entrenando con su tropa en su base cerca de Ninove, a diez millas de la ciudad. Había significado un largo galope para volver a bañarse y para su ayuda de cámara insinuar sus largas extremidades en su uniforme de gala ceñido a la piel. Después de eso, estuvo listo para la cena y una botella de clarete con amigos en uno de los pequeños bistrós que habían surgido para servir a la afluencia de oficiales.

Ahora, renovado y relajado, sonreía ante la perspectiva de una velada rodeado de mujeres hermosas, inteligentes y, sobre todo, sofisticadas. Bebería champán, encontraría una pareja dispuesta y concertaría una cita para más tarde. Saludó a su anfitriona y se volvió para ver a la multitud: acalorada, charlando, animada por la embriagadora mezcla de alcohol,

chismes e intriga sexual. Y había una mujer que podría haber sido diseñada exactamente para lo que él tenía en mente: Lady Horton. Su esposo, como siempre, no estaba a la vista. Hal cruzó, divertido por la forma en que ella fingía no haberlo visto, posando y riéndose para mostrar la cara y la figura de la mejor manera.

Y qué figura, pensó con aprecio: exuberante, elegante y provocativamente exhibida en seda de satén rosa concha que se aferraba a cada curva. Y si ella llevaba una puntada de ropa interior debajo, él era un general francés. Hal se hizo una pequeña apuesta a que descubriría la verdad al amanecer.

—Lady Horton. Bárbara... —bajó la voz—, pareces comestible.

Ella se giró, riéndose de él, cada línea de su cuerpo confirmando el mensaje lascivo en sus grandes ojos marrones. Si él la deseaba, ella era suya.

'¿Comestible?' Ella hizo un puchero y su cuerpo se tensó cuando la punta de su lengua tocó su labio inferior.

'Un bombón perfecto. Dulce crema de bayas de fresa envuelta en chocolate negro perverso,' murmuró Hal, estirando la mano para sacudir un rizo brillante sobre su hombro.

ejem. Me dan ganas de morder. Y lamer. Muy lentamente.' Ella se acercó para que el aroma de su piel —mujer cálida, perfume almizclado, deseo— llenara sus fosas nasales.

'¿Cómo mantendrás tu elegante figura,' murmuró ella, levantando la mano para cepillar una mota imaginaria de la trenza en su pecho, 'si comes cosas tan dulces y traviesas?'

Tendré que ejercitarlo. Hal sostuvo su mirada. 'Duro.'

Los labios de Bárbara se abrieron y sus párpados cayeron pesadamente sobre esos ojos insolentemente hermosos. Ella adoraba esto, vivía para ello: los cumplidos, la sugerencia, la intriga. Y por reputación era magnífica en la cama: habilidosa, exigente e infatigable. 'Deberíamos discutir eso en nuestro tiempo libre. Usted sabe donde vivo. La puerta lateral estará abierta —dijo, con una ronca promesa en cada sílaba. 'Hasta más tarde.'

—Más tarde —asintió él, levantando su mano para besarle la punta de los dedos. Luego, cuando se enderezó, encontró su mirada capturada por otro par de hermosos ojos marrones, solo que estos eran grandes, claros y, podía decir desde el otro lado de la habitación, sorprendidos.

Infierno. Señorita Tresilian, aquí, luciendo como una campanilla de invierno en un invernadero, pura pureza contra el color deslumbrante y la elaboración. Y con una expresión similar a la de una monja que había entrado en un burdel. ¿Qué estaba haciendo ella aquí? Su evaluación de ella como fuera de la sociedad debe haber estado a la deriva. Hal era consciente del hormigueo a lo largo de sus nervios, una agudización de su atención que señalaba el impulso de coquetear, de cazar, de... No, este era un inocent.

A su lado, Lady Horton se había vuelto hacia otro invitado. Revoloteaba por las habitaciones, obteniendo cumplidos y ofertas escandalosas, riendo y bromeando, calentándose y emocionándose. Preparándose para él.

Hal se inclinó levemente hacia la señorita Tresilian, y su barbilla se levantó infinitesimalmente. Ella inclinó la cabeza y se volvió para hablar con la joven que estaba a su lado. Un alarde que no habría avergonzado a una duquesa reconociendo a un conocido distante y no muy deseable, si no fuera por el hecho de que se había sonrojado como una peonía.

Y ahora se sentía incómodo por haber estado bajo ese escrutinio de ojos claros mientras establecía su enlace. Maldita sea, ¿me está juzgando? Ella sabe lo que soy, le dije. El hecho de que acababa de reprenderse a sí mismo por querer perseguirla lo hizo sentir irracionalmente indignado. Él estaba tratando de comportarse y ella le estaba dando la espalda. El impulso de cazar resurgió, y esta vez no intentó controlarlo.

Hal cruzó la sala en línea recta hacia el parloteante grupo de señoritas solteras reunidas bajo la mirada de los chaperones sentados mientras esperaban que se acercaran caballeros adecuados y aprobados. Por supuesto, no era un caballero adecuado y aprobado. Esto podría ser divertido. Ciertamente le enseñaría a su nuevo y virtuoso conocido a no enviarle miradas de desaprobación.

—Ya viene —siseó la señorita Marriott.

'¿Quién?' —inquirió Julia, abanicándose, con el hombro vuelto hacia la habitación. Sabía perfectamente quién era, y había visto claramente la forma en que Hal Carlow entrecerró los ojos y levantó la barbilla cuando la encontró mirando fijamente. A él no le había gustado su escrutinio, al parecer. Bueno, él no debería coquetear así con damas vestidas provocativamente en público. Si coquetear era la palabra: parecía como si mentalmente se estuvieran desvistiendo el uno al otro. Se llevó una mano a la mejilla, consternada por su propio rubor.

—¡Mayor Carlow, por supuesto! ¿Crees que hablará con nosotros? Es bastante impactante, ¿sabes? ¿Lo viste hace un momento con Lady Horton? Mamá se pondrá furiosa si él viene. Sólo que él es tan guapo. Hizo un puchero cuando un oficial de artillería detuvo al Mayor Carlow. 'Vaya. De todos modos, supongo que incluso él no hablaría con nosotros sin una presentación.

Julia conocía a Felicity Marriott desde hacía algún tiempo. Su padre era baronet y él y su familia visitaban a parientes belgas por matrimonio, no vivían en el exilio para ahorrar dinero. La señorita Marriott estaba acostumbrada a fiestas de este tipo, y su madre le había asegurado a la señora Tresilian que estaba más que feliz de vigilar a Julia y a Felicity. Lady Geraldine podría tener la amabilidad de conseguir invitaciones, pero Julia no debía esperar que hiciera de carabina toda la velada, le había advertido su madre.

—Conocí al comandante Carlow —admitió—. Su pulso latía erráticamente; lo había sido desde el momento en que vio quién estaba hablando con Lady Horton con su vestido completamente indecente.

La conversación también había sido indecente, estaba segura. Habían estado tan cerca el uno del otro, el contacto visual había sido tan intenso, que Julia se sintió abrasada por ello. Y él la había visto mirándolo fijamente de nuevo y ahora él se acercaba y ella probablemente se iba a hundir en el suelo de vergüenza.

'¿En realidad? ¿Cómo?' Felicity se interrumpió, sonriendo tontamente. Aquí estaba. Cómo se había metido en ese uniforme, que era ceñido a la piel y mostraba descaradamente su excelente físico, no podía imaginarlo. Tal vez lo cosieron. Pensar en eso la puso decididamente nerviosa y enojada con ambos. Él no debería usar pantalones tan sorprendentemente ajustados y ella no debería notarlo.

Señorita Tresilian. Señorita Marriott, creo. Un asunto encantador, ¿no crees?

—Encantadoras, tan divertidas, tan hermosas flores —balbuceó Felicity, sonriéndole de una manera que más tarde le valdría una severa palabra de su madre—.

—¿Y a usted también le parece delicioso, señorita Tresilian?

Julia se obligó a mirarlo a los ojos, muy azules a la luz de las velas. Las manchas oscuras todavía estaban debajo de ellos, haciéndolo parecer ligeramente disipado. Había color en sus pómulos altos, pero ciertamente no era por vergüenza o confusión. La emoción de la persecución, sin duda, aunque esa mujer no había necesitado que la persiguieran.

Absolutamente delicioso, comandante Carlow. Pero esto es un regalo raro para mí, por lo que mi opinión no es igual a la de la señorita Marriott sobre el tema. Por encima de su hombro, podía ver a la dama con la que había estado hablando, su vestido de raso rosa pegado a sus largos miembros mientras merodeaba por la habitación. "He estado admirando los vestidos", dijo, saliendo con el primer tema que se le vino a la mente.

'¿En efecto? Y estoy seguro de que muchos habrán estado admirando la suya, señorita Tresilian. Un modelo de casta sencillez, si se me permite decirlo. Sus ojos lo recorrieron como si pudieran penetrar el modesto escote y las capas de las enaguas.

Aburrido, quiere decir. Mojigato en comparación con los otros vestidos. Por qué incluso el corpiño de Felicity tiene un corte más bajo y su mamá es muy estricta. Le había gustado la enagua de seda color primavera y la idea de mamá de comprar dos trozos de gasa, uno color crema y otro color ámbar, cuando la vieron a precio de ganga. Sería una tarea fácil coser faldas alternativas sobre el vestido de seda y dar la ilusión de que ella tiene un guardarropa más amplio que el que tenía.

Pero la casta sencillez, cuando era el resultado de no tener dinero para encajes o volantes, no estaba de moda. Los vestidos hechos en casa tampoco estaban a la altura del satén rosa concha. No tenía necesidad de ser condescendiente con ella, pensó, manteniendo su expresión de cortés interés con cierto esfuerzo. Aunque no tenía ni idea de cómo se las arreglaba para ser condescendiente y hacerle sentir que la estaba desnudando al mismo tiempo.

'¡Felicidad!' Lady Marriott se llevó a su hija, dejando a Julia varada con el comandante Carlow. Aparentemente, en su prisa, no se le ocurrió rescatar a su otro cargo. Julia se dio cuenta de que no podía pensar en una sola sílaba de conversación para romper el silencio.

¿Qué te dije para que te pusieras así? preguntó, poniendo su mano en su brazo y caminando hacia el buffet. Julia la siguió, reprendiéndose a sí misma por ser tan mansa. Pero, ¿cómo se desairaba un rastrillo? —Tome

una copa de champán, señorita Tresilian, y explíqueme en qué la he ofendido.

—No lo has hecho —mintió Julia.

'Tonterías, parecías muy desaprobador, como uno de los chaperones. Debes decírmelo o no te dejaré ir y diez minutos en mi compañía es todo lo que aguantará tu reputación.

—Eres escandaloso —dijo Julia, alarmada, molesta e ilógicamente inclinada a reír.

'Lo sé. Te lo advertí. Se detuvieron junto al buffet donde los lacayos servían vino de botellas colocadas en largas cubetas de hielo.

—Hiciste un comentario sobre mi vestido —admitió ella, retorciendo la gasa como si eso fuera a transformarla en una creación de las páginas de La Belle Assemblée.

—Te felicito por ello —la corrigió el mayor Carlow, entregándole una copa de vino espumoso—.

'Sarcásticamente.' Julia tomó un sorbo y estornudó. 'Oh, cielos, no suelo beber esto'.

'Entonces debes tomar un poco más y acostumbrarte.' Tomó una botella y llenó los vasos de ambos. ¿Me pensaste sarcástico? No quería decir nada más que sincera admiración. Ese estilo te sienta bien.

—Parecería que su aprecio por los vestidos abarca una amplia gama de estilos, comandante Carlow. Julia miró alarmada su copa de vino. Estaba vacío, lo que podría ser la única excusa para tal comentario. Él estaba en silencio. Julia se arriesgó a mirar a través de sus pestañas. Estaba sonriendo, aunque no tenía ni idea de si eso lo hacía mejor o peor.

—Caballos para carreras, señorita Tresilian. O en este caso, vestidos a la medida de las personalidades. Representas la virtud de la manera más encantadora. Otra dama puede representar mejor la libertad. Alcanzó su copa de vino; ella lo sostuvo con fuerza, pero sus dedos se demoraron.

—¿Incluso cuando esa dama esté casada? preguntó ella, repentinamente imprudente, incitada por su toque. Y celosa, se dio cuenta, horrorizada consigo misma. Que era una locura. El otro día este hombre había cedido a un impulso galante y la había salvado de un disgusto. Eso no cambiaba el

hecho de que él no era más que un problema para cualquier mujer virtuosa. Probablemente la estaba provocando deliberadamente.

El mayor Carlow se encogió de hombros, todavía divertido. Presumiblemente, las vírgenes enfadadas e indiscretas eran una novedad entretenida para él. 'Si su esposo no construye buenas cercas, debe esperar cazadores furtivos en sus escondites.'

'¡De verdad, mayor! Las damas no son pájaros de caza para que los embolses —le espetó.

Lamento desilusionarla, señorita Tresilian, pero para algunos siempre es temporada abierta.

—Bueno, entonces lo siento por ti —declaró rotundamente. 'Porque cuando estés casado, tendrás que pasar todo tu tiempo construyendo tus propias vallas y preocupándote por los cazadores furtivos. Pobre mujer —añadió con sentimiento.

Pero no tengo intención de casarme, señorita Tresilian. yo tengo un hermano mayor alr

Ya está cumpliendo con su deber por el nombre de la familia, por lo que su simpatía por mi novia imaginaria es completamente innecesaria.

Estoy seguro de que te haría mucho bien. Por un momento, creyó ver un destello de amargura en los ojos burlones.

Julia descubrió que quería llorar. Aquí estaba ella en su primera fiesta de la alta sociedad y ninguno de los hombres respetables de circunstancias fáciles con los que su madre soñaba había intercambiado ni una sola frase con ella. ¿Y qué estaba haciendo ella? Intercambiando palabras con Hal Carlow, que era el último hombre en Bruselas con el que debería ser vista. Ahora nadie respetable iba a hablar con ella, y ella se había rebajado a discutir con él temas bastante escandalosos.

—Me decepciona, señorita Tresilian. Y, de hecho, la diversión se había ido de sus ojos y había un claro indicio de nubes de tormenta de nuevo. No pensé que fueras una de esas damas que creen que todos los libertinos son capaces de redimirse y que es su deber tratar de lograrlo.

'¿Redimirte?' ¿Quería decir lo que ella creía que quería decir: que esperaba que él se enamorara de ella? ¿Que ella quería reformar sus formas perversas, para que él fuera manso a sus órdenes? Usted, comandante Carlow, puede beber debajo de la mesa, caerse de los caballos y romperse

las extremidades, jugar hasta que sus bolsillos estén llenos y coquetear con damas casadas hasta que un marido enfurecido le dispare, por lo que a mí respecta. Ella le devolvió la copa de vino a la mano. 'Y, si sobrevives a todo eso, te compadeceré, porque terminarás siendo un hombre solitario, dándote cuenta de lo vacía que es tu vida libertina.'

Esa fue una línea de despedida magnífica, se dijo a sí misma, dando la vuelta y alejándose sin la menor idea de adónde iba. Hubiera sido bastante más efectivo sin el estallido de la risa detrás de ella.

La sala de recepción se había abierto a una galería que se extendía a lo largo de la parte trasera de la casa con vistas al sur sobre las murallas hacia la Fôret de Soignes. Ahora, a altas horas de la noche, algunas luces parpadeaban en medio del manto oscuro de los árboles.

'Una posición espléndida, ¿no es así?' preguntó una voz a su lado. Por supuesto, no es bueno para la seguridad. La bodega de la casa Capel fue asaltada el otro día por bribones con una escalera de las murallas.

'Oh, qué desafortunado.' Julia recobró la compostura y se dio la vuelta para encontrar a un hombre sombríamente vestido, de mediana estatura y con el pelo castaño como un ratón, de pie a su lado. Pero los paseos por las murallas son muy encantadores a menos que haga viento.

—Le ruego que me disculpe por dirigirme a usted sin una presentación —continuó el hombre—. Solo que parece que no hay ninguno de los chaperones a la vista, y parece muy incómodo estar aquí de pie fingiendo que no podemos vernos. Debo irme.'

—Estoy segura de que podemos fingir que nos han presentado —dijo Julia. Qué refrescante, un caballero respetable que estaba preocupado por la cortesía. Soy Julia Tresilian.

-Thomas Smyth. Hizo una reverencia, Julia inclinó la cabeza. —¿Reside usted en Bruselas, señorita Tresilian?

—Mi madre y yo llevamos aquí algunos meses, señor Smyth.

'Una ciudad encantadora. Estoy de gira y esperaba visitar París, pero eso está fuera de discusión ahora. Me temo que tendré que volver a casa sin ese regalo.

—Wellington derrotará a Bonaparte —dijo Julia, cruzando mentalmente los dedos— y luego podrás regresar.

Dudo que esté en libertad. En agosto, empiezo a vivir en una parroquia de Suffolk. Cuando el Sr. Smyth se giró para mirarla, vio que tenía ojos color avellana y rasgos anodinos. Con su manera modesta, exudaba una sensación de tranquilo sentido común.

—¿Es usted clérigo, señor?

Una de las más afortunadas. Yo era un erudito, con pocas esperanzas de progreso, luego mi padrino me aseguró el patrocinio de un viejo amigo suyo y me encuentro en la parroquia rural más encantadora. Al principio será solitario, no tengo ninguna duda, ser un soltero dando vueltas en una gran vicaría.

Julia murmuró algo cortés, con la mente acelerada. ¿Estaba el señor Smyth, con la fuerza de dos minutos de conversación, diciéndole que estaba disponible? Seguramente no.

'Tal vez, si tuviera que encontrar a su acompañante, ¿podríamos presentarnos apropiadamente?' preguntó. He alquilado un caballo y un carruaje durante mi estancia. ¿Te gustaría dar un paseo en coche una tarde?

¡Él es! ¡Dios mío, una fiesta y ya he conocido a un caballero respetable que está interesado en mí! Mamá estará muy contenta.

—Eso sería muy agradable —dijo ella, sonriendo—. 'Gracias. Lady Geraldine Masters o, si no está libre, lady Marriott.

Observó su espalda bien entallada mientras salía de la galería, contrastando su pulcritud restringida con cierto caballero extravagante. No había comparación, por supuesto, y no cabía duda de con quién debería asociarse una respetable dama de modestos recursos, pensó con cierta melancolía.

CAPÍTULO 3

Hal tenía la reputación de nunca perder los estribos. Era una característica valiosa, ya sea en un campo de batalla, en un infierno de juegos o mirando por el cañón de una pistola de duelo. Se lo recordó a sí mismo, mientras sus amigos lo criticaban por su cita con la señora Horton.

—¿Así que no puedes describir su tocador? Dijo el Capitán Gray, empujando la botella a través de la mesa hacia Jameson.

El mayor lo atrapó mientras se balanceaba peligrosamente. —¿Demasiado atrapado en las redes de la pasión para darte cuenta, viejo amigo?

—Debes recordar algo —lo engatusó Will—. No seas aguafiestas, Carlow. ¿Espejos en el techo? ¿Cortinas de seda? ¿Cuerdas de oro? ¿Un baño con grifos con cabeza de cisne?

—No puedo describirlo, porque no he estado en él —dijo Hal, tomando un trago de clarete—.

'¿Qué?' Las patas de la silla del capitán golpearon el suelo con un ruido sordo. Pero te vimos anoche. Maldita sea, por la forma en que os estabais mirando, bien podríais haber llamado al pregonero para anunciar lo que haríais más tarde.

'Cambié de opinión.' Hal se estiró y cogió la botella, justo cuando el mayor Jameson intentaba cogerla de nuevo.

'¿Ha cambiado de opinión? Infierno sangriento.' Grey lo miró fijamente. '¿Te estás enfermando por algo?'

'No. ¿Vamos o no al Instituto Literario?

—No nos moveremos hasta que sepamos por qué no saliste tambaleándose del dormitorio de la lujuriosa Bárbara, con las rodillas débiles después de una noche de pasión —dijo Jameson, obviamente fascinado—. Las cartas pueden esperar.

"Nunca me tambaleo débil en las rodillas después de una noche de pasión", dijo Hal. Yo doy zancadas. Anoche cambié de opinión y no, no pienso decirte por qué.

—Dios mío —dijo Grey, asombrado. Esta mañana estará silbando como un gato.

—Puedes ir y tratar de ponerle mantequilla en las patas, si quieres —sugirió Hal, haciendo que su amigo se sonrojara y sonriera—. "Pero, naturalmente,

envié una nota de disculpa".

—¿Citando qué razón, exactamente?

Deberes militares apremiantes.

Se calmaron, conviniendo en que incluso Lady Horton se sentiría aplacada por una excusa tan irrefutable en las circunstancias actuales. El teniente inquilino Hayden, en silencio hasta este punto mientras demolía los restos de la tarta de frutas y la crema, miró hacia arriba, su rostro regordete serio.

—¿Pasando página, Carlow? ¿Resolución de Año Nuevo o algo así? Los demás se rieron de él, pero él solo sonrió amablemente. Lo sé, es mayo. Pensé que te estarías poniendo en forma para pelear: madrugar, llevar una vida limpia. Él suspiró. Lo siguiente serán las apuestas y luego estaremos todos en la espuma. ¿Cómo sabremos qué respaldar si renuncias?'

—No voy a renunciar a los juegos de azar ni a las apuestas y no voy a renunciar a las mujeres —dijo Hal, tratando de ignorar la extraña sensación dentro de su pecho. Se sentía desagradablemente como aprensión. O la amenaza del cambio venidero.

Había visto a Julia Tresilian alejarse de él con su modesto camisón hecho en casa, la nariz en el aire, sus palabras resonando en sus oídos, y se había reído. Era divertido, de verdad que lo era, que un notorio libertino diera su cabeza para que la lavara un don nadie remilgado que tenía tanta idea de las cosas sobre las que le estaba sermoneando como el canario en el salón de una solterona.

Y luego la vio cruzar en diagonal frente a Barbara Horton y de repente sintió como si hubiera comido demasiado postre rico: débilmente queas

y sin ganas de mojar la cuchara en el plato para otro bocado. Lo que quería era un trago de limonada fuerte y honesta.

Quería a la señorita Julia Tresilian. Mientras estaba allí de pie mirando ciegamente a la multitud que parloteaba, lo golpeó como un rayo. Quería a Julia Tresilian.

Fue imposible. Lo había enviado de regreso al hotel anoche con la cabeza dando vueltas, y lo despertó a intervalos de una hora toda la noche con oleadas de pánico inundándolo. Se estaba volviendo loco, se dijo a sí mismo en el desayuno, lavando bocados de tostadas secas con taza tras taza de café solo fuerte. Nunca pasaba las noches dando vueltas, ni antes de la

batalla, ni antes de un duelo. Él, Hal Carlow, no perdió el sueño por una mojigata mojigata.

Era una joven inocente y respetable. Un hombre gentil no jugaba con una mujer así, a menos que se refiriera al matrimonio. Hal no quería casarse, y ciertamente no podría casarse con una chica así. No con su reputación, que se había ganado con mucho esfuerzo y estaba totalmente justificada.

No estaba en condiciones de tocar su mano, lo sabía. Podría estar casi en el estante, podría no tener dote y no pertenecer a ninguna familia en particular. Pero la decencia y la integridad brillaban en esos expresivos ojos marrones y todo lo que tenía era su honor como caballero, y eso le decía que corriera una milla antes de tocarla, física o emocionalmente.

Hal vació su vaso. Si se hubiera enamorado de ella, podría entenderlo. Pero no lo hizo. Apenas conocía a la chica. Los hombres que conocía y que se habían enamorado fantaseaban sobre escribir poesía, o perdían peso, o comparaban a su amada con un rayo de luna o un céfiro.

No su hermano Marcus, por supuesto, Marcus había pasado la mayor parte de su noviazgo en un estado de violento antagonismo con Nell, pero obviamente eran la excepción. Marcus era el tipo de hijo y heredero virtuoso que hacía las cosas correctamente, tomaba sus placeres con discreción y luego se establecía, se casaba y engendraba herederos. Pero un segundo hijo no tenía esa obligación, aunque eso no impidió la desaprobación familiar cuando actuó sobre su libertad.

Hal se encogió de hombros para olvidar los recuerdos de discusiones entre dientes, suspiros y desgracias juveniles. Ya no era un joven, no tenía ganas de estar en la luna, no podía pensar en una línea de poesía, y Julia no era ni un rayo de luna ni un céfiro. Era inocente, de lengua afilada, dolorosamente honesta, inteligente y agradable a la vista. Él tampoco estaba en lujuria. De hecho, se sorprendió a sí mismo incluso pensando en la pasión física en la misma frase que el nombre de Julia. Y no podía recordar la última vez que se había electrocutado. Y, sin embargo, la deseaba. Dolido por ella.

Este es un enamoramiento pasajero, una voz interior lo sermoneó, o has estado exagerando las cosas. Mantente fuera de su camino y lo superarás.

'Derecho.' Aterrizó la botella vacía con un golpe. Es el Instituto Literario.

El eminentemente respetable Instituto era donde los caballeros de la comunidad británica se reunían a diario para usar la biblioteca, escribir sus

cartas, leer los periódicos de Londres y discutir sobre la mejor manera de tratar con Napoleón.

También era un frente para un infierno de juegos. Cómo sus esposas de nariz afilada no habían descubierto esto era un misterio para Hal. Se podía encontrar a hombres que él sabía que vivían en Bruselas con el plan económico, requerido por el juego excesivo, perdiendo alegremente cientos de libras por noche, a menudo para él. Solo iba a probar, pensó, entregando su capa, sombrero y sable al asistente, que los hombres eran incapaces de reformarse, sin importar lo que creyeran las mujeres.

—Te veré allí abajo, solo necesito buscar algo —gritó, girando hacia la biblioteca mientras bajaban las escaleras ruidosamente hacia el vaho a la luz de las velas de las salas de juego. El Landed Gentry estaba en los estantes y empezó a hojearlo hasta que encontró a Tresilian.

Aquí estaban: su padre David, hermano menor del actual baronet. Hal cotejó a Sir Alfred Tresilian, Bt. Un matrimonio modesto, una multitud de hijos, por lo que presumiblemente el tío no tenía grandes recursos. David se había casado con Amelia Henry, había dos hijos, Julia Claire y Phillip David, y estaba marcado como fallecido en 1810.

¿Qué había logrado eso? se preguntó Hal, mientras entraba en la sala de juego y elegía una mesa. Nada, excepto alimentar esta ridícula obsesión.

Julia había tenido razón sobre la reacción de su madre ante el reverendo señor Smyth. Después de consultar con el vicario de la iglesia inglesa en Bruselas, lo declaró eminentemente adecuado. —No es que debemos poner todos los huevos en la misma canasta —advirtió a Julia—. No tiene nada de malo conocer a más caballeros elegibles.

—No, mamá —asintió Julia—. Se permitió el placer de dar un paseo en el elegante carruaje del señor Smyth y luego, en el espacio de tres días, se sintió complacida con las presentaciones del señor Fordyce, el secretario confidencial de Lord Ellsworth, un diplomático que se ocupaba de las relaciones británicas para el nuevo rey de Inglaterra. los Países Bajos, y el coronel Williams, un viudo de unos cuarenta años con una hija de quince años. Asistió a un pequeño baile, un musical y un almuerzo benéfico.

En ninguno de estos eventos vio al mayor Carlow, lo que fue, por supuesto, un alivio. A intervalos frecuentes recordaba la forma en que le había hablado y su risa mientras se alejaba, y sus mejillas ardían de nuevo. Con

frecuencia veía el uniforme azul de los Dragones Ligeros entre el escarlata y el verde de otros regimientos y su corazón se comportaba de manera extraña por un instante: pero nunca era Hal.

Vio al comandante Fellowes en el musical y le susurró a Lady Geraldine que el dragón baboso estaba allí. Su señoría la mantuvo cerca y levantó su lente cuando vio que él miraba. Su retiro fue muy gratificante.

Julia se estaba acostumbrando a su nueva vida. En el transcurso de una semana, su mundo había dado un vuelco y se sentía como después de esa copa de champán: un poco mareada y sorprendentemente confiada. La Sra. Tresilian, que recibió cada detalle con gran interés, estaba encantada.

El último sábado de mayo, Julia se levantó temprano, se vistió con uno de sus vestidos nuevos, recogió en su desayuno y luego se movió nerviosamente, esperando a que la recogieran para un picnic de todo el día en el Fôret de Soignes.

Fue el evento del que más se habló durante semanas y ahora, mientras contemplaba un cielo sin nubes, apenas podía creer que estaba asistiendo. Su vestido era más que adecuado, gracias a Dios. Madame Gervais, la elegante modista que mamá había descubierto en la Ciudad Baja, les había mostrado la ilustración en el Journal des Dames et des Modes.

«El sombrero compuesto de raso blanco y lila», había traducido Julia del francés. 'Adornado con lazos de cinta y un racimo de flores. Robe de satin lilas... satén lila (supongo que será mejor que tenga muselina) adornado completamente alrededor del pecho y en la parte inferior con un gran filigrana de encaje rubio. Guantes, tostado pálido, zapatos de cabritilla lila. Estudió el dibujo. "Me gusta cómo se levanta el ala del sombrero y el detalle de la manga".

Y ahora se estaba atando las gruesas y suaves cintas debajo de la barbilla mientras mamá arremangaba las mangas y las pantuflas de cabritilla especialmente teñidas de color lila asomaban por debajo del encaje rubio, no tan lujosamente aplicadas como en la ilustración, pero un corte positivo en tres. chelines y seis peniques la yarda. ¿Pensaría el mayor Carlow que este vestido era un modelo de casta sencillez? Pero era poco probable que estuviera en algo tan formal como un picnic, supuso.

—Ahora, asegúrate de no sentarte en el suelo hasta que las mantas estén extendidas —se quejó la señora Tresilian. 'No sé qué tienen los picnics,

pero las señoritas más ordenadas siempre regresan luciendo un completo jugueteo'. Ella frunció. Y me preocupa un poco que esté en el bosque. No te vayas solo, querida, o con un caballero, ni siquiera con el señor Smyth.

'¿Por qué no?' preguntó Felipe. Estaba observando todo este pellizco matutino con mucha atención. ¿Qué hay en el bosque?

—Eh... lobos —explicó Julia, ganándose una risita de su madre y enviando a Phillip a un nuevo juego de Hunt the Wolf que los gatitos de la dueña encontraron muy entretenido.

El birlocho de lady Geraldine llegó a las nueve en punto. El señor Masters había complacido a su esposa acompañándola, y ya habían tomado a la señorita Marriott, un cuadro en muselina color limón y encaje festoneado con un sombrero campestre adornado con rosas artificiales.

Felicity parloteó; Julia simplemente se sentó a beberlo todo. A su alrededor, la flor y nata de la Sociedad de Bruselas salía a raudales a través de la Puerta de Namur en el camino hacia el sur a través del bosque hacia Ixelles y su lago, el lugar del picnic. El señor Smyth saludó desde su carruaje, con un amigo a su lado. Vio grupos de oficiales a caballo y numerosos carruajes como el suyo. Este iba a ser un picnic a escala épica y alguien lo había organizado con precisión militar.

—¿Señorita Tresilian? El señor Masters la miraba preocupado. '¿Estás helado? Te estremeciste.

'No, señor, gracias. no tengo frio Un ganso acaba de caminar sobre mi tumba', dijo con una sonrisa. No sería bueno estropear el disfrute de los demás con premoniciones tontas. Pero la vista de todos esos valientes abrigos escarlata, el sonido de las risas y los gritos masculinos, el ruido de los cascos y el retumbar de las ruedas le recordaron vívidamente por qué todos estos hombres estaban aquí. Pronto, quizás dentro de unas semanas, las tropas saldrían por esta puerta hacia el sur, hacia la frontera con Francia. Hacia la guerra.

Pero nadie habló de ello con tantas palabras. No de la muerte y la destrucción por venir, solo de la política, las tácticas, como si todos estuvieran reunidos en Bruselas como una extensión del Congreso en Viena. Y los bailes y las fiestas deben continuar y todos deben fingir, al menos en la superficie, que la tormenta no se avecina.

Todavía tenía los nervios de punta cuando llegaron al lugar del picnic en una elevación del terreno con vista al lago. Se habían instalado tiendas de campaña para refrescarse, para sentarse a la sombra, para que las damas se retiraran. La banda del 52nd Foot tocaba con el amable permiso de su coronel. Era, comentó Lady Geraldine, como si una crítica de Hyde Park hubiera caído en medio de una fiesta en el jardín.

El señor Smyth estaba allí para ayudarla a bajar del carruaje, el coronel Williams pasó paseando con su hija y se detuvo para hablar, con ojos agradecidos cuando la miró, y luego el señor Fordyce interrumpió a ambos caballeros y la llevó al descanso. carpa rápida con el aplomo del diplomático experimentado.

Todo era muy glamoroso y bastante irreal. Sus lúgubres visiones de batallas se evaporaron ante la luz del sol y las mesas con arreglos florales y Charles Fordyce yendo a buscarle chocolate caliente y diminutos pasteles.

Solo que Julia no podía ser fácil. Alguien la estaba mirando. Podía sentirlo como el toque de un dedo en su columna, la mera presión. Examinó la extensión del prado frente a ella, pero todos estaban sentados o paseando y no le prestaban la más mínima atención. Se movió en su asiento y miró hacia la tienda de refrescos. Pero sólo había camareros bulliciosos y caballeros asiduos que traían platos cargados de delicias para sus fiestas.

'El cortejo

ds son tan bonitos. Se volvió en la otra dirección, con la esperanza de que el señor Fordyce no la considerara inquieta y tonta a la vez... y allí estaba. El comandante Carlow se apoyó contra el tronco de un haya en el borde del bosque, con los ojos fijos en ella.

Julia se dio la vuelta, con el pulso acelerado por todas partes, y tomó su taza. ¿Vale la pena lord Ells en el picnic? preguntó ella, casi al azar. Él está aquí, pensó, dándose cuenta de lo mucho que secretamente había esperado que estuviera. Y ella lo había sentido, había sentido esa mirada sensual sobre ella. ¿Qué significaba que ella fuera tan consciente de él?

Su señoría sufre de gota. Me mordió la cabeza cuando traje su correo, luego cedió y me dijo que no quería volver a verme la cara hasta mañana y que debería irme a desperdiciar el día. No estaba, me informó, para pensar en él, solo, con dolor y teniendo que arreglármelas sin su secretaria.

—¿Asegurándote así de que te sintieras completamente culpable? Julia dijo con simpatía. Se había enterado de que Charles Fordyce estaba empeñado en una carrera política y su puesto en Lord Ellsworth se consideraba un útil primer paso. Parecía una posición muy difícil.

—Pronto aprendí a no prestar atención a sus maullidos —dijo Charles alegremente—. "Él estará bien una vez que su gota disminuya".

Julia se dispuso a entablar conversación. Debe ser muy agradable bajo el sol, mordisqueando rizos de canela y escuchando la banda. Solo que el toque de la mirada de Hal Carlow no la abandonó y tuvo que luchar contra el impulso de volverse y mirarle. Su estómago se tensó por los nervios, no desagradablemente. Podía sentir que se le subía el color y se le aceleraba el pulso al pensar en otro intercambio de palabras con él. ¿Por qué la estaba mirando? ¿Seguramente no para darle la oportunidad de lanzarle más comentarios irreflexivos e indignantes a la cabeza?

Con la última miga consumida, Charles Fordyce se levantó. —¿Damos un paseo hasta el lago, señorita Tresilian?

Julia abrió su sombrilla nueva y lo tomó del brazo. Le dio la oportunidad de mirar hacia los árboles, pero la figura delgada de azul se había ido. ¿Se lo había imaginado?

Julia se obligó a atender al hombre con el que caminaba. Era agradable, inteligente, alegre y bien relacionado y, aunque mamá pensaba que sus circunstancias actuales no eran tan cómodas como las del señor Smyth, Julia lo encontró en una mejor compañía. Pero era un asunto muy frío y calculador, esta caza de marido, decidió, pensando en los pequeños rituales, los juegos formales, las pretensiones por las que se esperaba pasar en el camino hacia el altar.

¿Qué hicieron los hombres con eso? O tal vez no les importaba mucho, siempre que su novia trajera lo que necesitaban para el matrimonio, ya fueran conexiones, educación o dinero. O, en mi caso, pensó Julia, saludando al señor Smyth y a su amigo, nada de lo primero, una pizca de lo segundo, nada de lo tercero, pero una reputación intachable para endulzar el trato si un caballero se siente lo suficientemente atraído como para pasar por alto lo que estaba pasando. carente. Enamorarse estaba fuera de cuestión. Las parejas respetables solo hacían eso en las novelas y una jovencita realista no pensaba en eso.

—¡Señor Fordyce! Una señora gesticulaba imperiosamente.

'Oh, señor', murmuró. La hermana de lord Ellsworth, lady Margery.

Tienes que ir y hablar con ella, por supuesto. No le convendría enemistarse con el pariente de su empleador. Mire, ahí está la señorita Marriott, dando de comer a los patos. Me uniré a ella.

'Salud. Lady M querrá un informe detallado de la gota y qué medicamentos está tomando. Charles puso los ojos en blanco y se alejó. '¿Señora?'

Bajo los pies, algo aplastó. Julia miró hacia abajo y vio que el suelo era pantanoso. Por primera vez se dio cuenta de que Felicity estaba de pie sobre un embarcadero de madera bajo; para reunirse con ella tendría que subir la pendiente hasta el camino. Llegó al borde del bosque y apoyó una mano en un árbol para mirar sus nuevas pantuflas de niño.

'¡Molestia!' Había rastros de barro a lo largo de los lados y la tienda de campaña de las damas con sus sirvientas asistentes estaba justo al otro lado del sitio. Para cuando llegó allí, la humedad podría haber penetrado, llevándose consigo la suciedad.

Pero apenas podía quitarse los zapatos aquí, dejando al descubierto sus pies enfundados en medias a la vista: solo la joven más rápida haría tal cosa. Julia se deslizó entre los árboles y entró en el bosque. No pasó mucho tiempo para estar completamente fuera de la vista del prado abierto, aunque la música todavía era claramente audible. Los árboles se separaron en un claro iluminado por el sol con no solo un árbol caído para sentarse, sino también hierba larga y suave para limpiarse los zapatos.

Julia se subió al baúl y se desató las cintas de los tobillos, se quitó los zapatos y los miró con ojo crítico. El agua no había penetrado y un toque cuidadoso con la hierba eliminó el barro casi por completo. Un lavado cuidadoso con saponaria cuando llegara a casa y estarían como nuevos.

Movió los dedos de los pies enfundados en medias y se echó hacia atrás, mirando a través de las hojas hacia el cielo sin nubes arriba. Esto fue perfectamente encantador. Debe persuadir a mamá para que contrate un concierto algún día y podrían llevar a Phillip a un picnic junto al lago.

'¡Por qué, Julia! ¿Atar tu liga en público? Qué apuesto de tu parte. El mayor Fellowes salió de entre los árboles, una figura casi espeluznante con su uniforme escarlata contra los verdes frescos.

-Me estoy limpiando los zapatos -dijo con frialdad-. No había nada que temer, se dijo a sí misma. Estaba a solo unos metros de una multitud de personas. Y un caballero me dejaría en la intimidad.

—Déjame atar tus cintas por ti —dijo, su voz sugestivamente ronca—. O desata algunos otros.

Pero, por supuesto, como él sabía muy bien, ella podría estar a unos metros de la seguridad, pero si corría, saldría disparada del bosque, descalza y despeinada, y solo tenía que dejar que su vistoso uniforme se viera a través de los árboles por un momento. que pareciera que ella había estado involucrada en una cita de la más mala reputación.

Julia metió los pies en las pantuflas, atando las cintas con un nudo apresurado. 'Irse.' Se puso de pie, el enorme tronco del árbol caído detrás de ella: no había escapatoria de esa manera. Ella comenzó a bordear el claro, pero él fue más rápido. Con dos largas zancadas la tenía, su mano aferrándose alrededor de su muñeca para atraerla hacia él. Julia aterrizó con un golpe contra su pecho muy sólido, la trenza y los botones de su uniforme se imprimieron dolorosamente a través de Spencer, el vestido y la camisola.

Ahora bien, deja de ser difícil... Fellowes la rodeó con el brazo izquierdo y la aprisionó mientras luchaba por levantar la mano libre.

'¡Para!' Julia agachó la cabeza para encontrar algo de piel desnuda para morder. Ella no ganaría, lo sabía, él era demasiado grande y demasiado fuerte, pero si pudiera hacerle perder el equilibrio, podría tener la oportunidad de correr.

'Déjala ir.' Las palabras cayeron en el aire quieto del claro como tres campanadas. Hal.

CAPÍTULO 4

Estás adquiriendo la mala costumbre de estropearme la diversión, Carlow. Fellowes no la soltó, pero contra su pecho Julia sintió que se le aceleraba el corazón. No estaba tan indiferente como podría sugerir su acento.

No creo que la señorita Tresilian comparta su idea de la diversión. Hal estaba detrás de ella, pero podía oír por su voz que se acercaba. 'Déjala ir.'

—No vengo a entrometerme con tus pedazos de muselina, Carlow, aunque según todos los informes, la ciudad está llena de ellos. Te sugiero que dejes el mío en paz y vuelvas con esa bailarina de ópera que estás persiguiendo.

'Oh querido.' Hal sonaba vagamente arrepentido. Al echar la cabeza hacia atrás, Julia pudo ver que Fellowes apretaba la mandíbula. El tono suave no lo engañó más que a ella. Empezó a retroceder, manteniéndola entre él y el otro hombre.

—Sabes —prosiguió Hal, ahora más cerca—, estaba dispuesto a resolver esto sólo con tu humilde disculpa a la señorita Tresilian y tu palabra de que no volverías a molestarla. Pero ahora voy a tener que hacerte daño. Fellowes se quedó muy quieto. Por supuesto, si voy a hacer eso, tendrás que dejar ir a la señorita Tresilian y dejar de esconderte detrás de ella como un cobarde. Pero tal vez usted sea eso, además de no ser un caballero.

—Maldito seas, Carlow. Fellowes hizo girar a Julia y la empujó hacia Hal. Por segunda vez, aterrizó con dolor contra la trenza, los botones y el hombre macizo, pero esta vez hizo falta un esfuerzo de voluntad para no aferrarse a ella por su vida.

'Señorita Tresilian, ¿está usted unhu
¿verdad?

Excepto por la rana impresa en todo mi pecho, pensó salvajemente. —Sí, gracias, mayor.

—¿Le importaría sentarse en el árbol caído, señora? Mientras me ocupo de esto... —Agitó una mano hacia el otro oficial—.

'Por supuesto. Gracias.' Julia reprimió el impulso de hacer una reverencia (los modales de Hal se adaptaban mejor a un salón de baile que a una pelea en un claro del bosque) y volvió al tronco. 'No lo matarás, ¿verdad?'

—Le recordaría, señor, que los duelos entre oficiales en servicio son para bid den —interrumpió Fellowes—.

Julia se sentó y trató de arreglarse la ropa mientras mantenía los ojos fijos en Hal. Fellowes tenía razón. Si Hal se batiera en duelo, podría tener serios problemas con las autoridades militares. Si agredía a un compañero oficial sin el beneficio de las formalidades de un duelo y lo mataba, entonces las cosas serían aún peores.

—Es un guardia negro —dijo, controlando el temblor de su voz—. Pero Wellington no te agradecerá que hayas matado a uno de sus oficiales en este momento.

—Exactamente —fanfarroneó Fellowes.

—Gracias a los dos por su halagadora y bastante acertada suposición de que yo superaría al mayor Fellowes —observó Hal y, a pesar de todo, Julia notó que sus labios se curvaban ante la arrogancia de su voz. —¿Qué quiere que haga con él, señorita Tresilian?

Una dama bien educada ya debería haberse desmayado. O, si está consciente, podría decir, de manera indulgente y digna, Mándalo en su camino con una advertencia. Julia se alisó la falda, se arregló el sombrero y dijo: "Golpéalo, por favor".

'Con placer.' Hal dio dos zancadas largas, dobló el puño derecho y golpeó al mayor Fellowes de lleno en la punta de la mandíbula. El hombre más alto se tumbó de espaldas, se puso de pie y se lanzó hacia Hal, encontrando un sólido gancho de izquierda que lo arrojó contra un árbol. Hal se acercó, lo golpeó en el estómago, recibió un golpe en un lado de la cabeza, contrarrestó con otra izquierda, y Fellowes se deslizó sin gracia hasta el suelo, con las piernas extendidas.

Hal lo tomó por las solapas, lo puso de pie y le dio un empujón que lo envió tambaleándose fuera del claro. Y si alguna vez descubro que has vuelto a molestar a la señorita Tresilian, te haré daño de verdad.

Él se volvió hacia ella, soplándose los nudillos rozados. '¿Estás bien?'

No parecía quedar mucho aliento en sus pulmones. Julia recogió lo poco que pudo encontrar. 'Sí. Gracias. Me siento un poco... raro. Él frunció el ceño, mientras se acercaba a ella. No me hizo daño; Simplemente no estoy acostumbrado a la violencia.

—Dijiste que lo golpeará —señaló Hal, no sin razón—. Atravesarlo habría sido...

'Messier', terminó débilmente, luego se controló. Gracias, comandante Carlow. Es la segunda vez que me rescata del comandante Fellowes. Debes pensar que lo he estado alentando, pero en realidad no es así.

'Lo sé.' Se detuvo, quizás a dos metros de ella, y sonrió. Su estómago se abalanzó de la manera más desconcertante. Realmente, el desgraciado tenía demasiado encanto para dejarlo salir. En cuanto al efecto en ella de la forma en que él había tratado a Fellowes, eso era demasiado primitivo como para contemplarlo. Pero me sorprende que no le hayas dado un sermón sobre su moral. A mí me funcionó —continuó, arreglándoselas para parecer arrepentido—.

Julia reprimió una carcajada. Fue el shock, la estaba poniendo positivamente histérica. —¿En efecto, mayor Carlow? ¿Me estás diciendo que te has reformado?

'Estoy trabajando en el juego, en efecto hasta ahora tengo miedo, y tampoco estoy progresando mucho con las peleas ni con la bebida, pero por lo demás, sí, estoy completamente reformado.' Parecía convincentemente serio.

'Jugar, pelear, beber, ¿qué deja eso?' Julia preguntó y luego se dio cuenta: ¡mujeres! Bailarines de ópera. Señora Horton. '¡Vaya! ¡Mayor Carlow, no debería mencionarme esas cosas! ¡Como si él fuera a dejar de ser mujeriego porque no lo apruebo!

—Con mucho cuidado no lo hice —dijo él, sus labios se torcieron de una manera que hizo que ella quisiera devolverle la sonrisa. —Me temo que acaba de revelar una sorprendente falta de delicadeza mental, señorita Tresilian.

—Tú... —Julia se tragó las palabras al ver la maldad en los ojos gris azulados. Sé lo que está haciendo: se está burlando de mí para dejar de pensar en Fellowes.

'¿Funcionó?'

—Admirablemente —reconoció ella. '¿Parezco lo suficientemente respetable como para volver al prado?'

'Sí.' Él la estudió, frunciendo el ceño. Aunque se te haya soltado una de las flores de la cofia. Puedo arreglarlo lo suficientemente bien como para que llegues a la tienda de campaña.

'Gracias.' Julia se levantó y dio un paso hacia él, demasiado apresuradamente se dio cuenta cuando sus pies se enredaron en los lazos de sus zapatos. '¡Ah!' Se inclinó hacia adelante y fue atrapada limpiamente. Hal no parecía inclinado a soltarla, y descubrió que tampoco tenía voluntad de alejarse. 'Mayor, tengo que decir que, por muy magníficos que sean los uniformes de los oficiales, no son cómodos si uno se empuja hacia ellos...'

Su voz se apagó. Hal la estaba mirando, toda la risa había desaparecido de sus ojos. Y todo el azul, también. Stormy Grey miró hacia abajo en su amplia mirada y su respiración se detuvo como si estuviera en esa tormenta. Sus manos se curvaron ligeramente alrededor de la parte superior de sus brazos, manteniéndola alejada de su pecho donde había aterrizado, pero no tan lejos como para que ella no pudiera ver el pulso latiendo con fuerza en su garganta por encima de la tela rígida del cuello o la forma en que sus labios se habían separado fraccionalmente. .

Me va a besar, se dio cuenta, con el corazón desbocado. Su primer beso. Había imaginado que sería un saludo casto y respetuoso de un caballero que, una vez prometidos, sólo cometería tal intimidad en presencia de una carabina.

Solo que los besos de Hal no serían castos, ni respetuosos, ni estarían sujetos a los dictados de una chaperona. El suyo sería excitante y peligroso y ella no tenía vocabulario para siquiera fantasear con ellos. Pero ella los quería. Con la boca seca, Julia miró fijamente a los ojos tormentosos y preocupados sobre ella y se quedó muy quieta, esperando.

Julia estaba esperando que él la besara. Hal podía verlo en sus ojos grandes y confiados, en los labios suavemente separados, en la forma en que su respiración se aceleraba mientras él la abrazaba. ¿La habían besado alguna vez antes? ¿Besada, como la besaría un hombre como él? Por supuesto no. Y quería tomar ese primer beso, ese primer sabor de inocencia. Quería moldear sus labios con los suyos, abrirllos y explorar con su lengua, saquear los dulces y húmedos secretos de su boca. Pruébala, enséñale su sabor. Enséñale a conocer su cuerpo y el suyo propio.

¿Querido? Demonios, necesitaba besarla, ansiaba hacerlo. Estaba duro como el hierro con la excitación mientras estaba allí.

Lo dejaría porque, locamente, parecía confiar en él, a pesar de sus advertencias, a pesar de lo que debió haber oído sobre él. Dejaría que él la besara, porque no tenía idea de cómo sería o con qué fuego estaría jugando.

Ella pensó que los besos eran dulcemente románticos, que un roce de labios era todo lo que se intercambiaría aquí.

Se quedó mirando el rostro en forma de corazón, la pequeña barbilla absurdamente determinada, la nariz inclinada, los ojos inteligentes, todo ensombrecido por el ala levantada de ese elegante sombrero nuevo. Ella era suya para tomar. Ella era todo lo que él quería. Y no tenía idea de por qué.

Diablos, ¿por qué no? Siempre había sentido que negar la tentación estaba sobrevalorado. Él la deseaba, ella lo deseaba a él, y después se curaría de ese ridículo deseo. Hal tragó saliva. No fue así con Julia; no podía ser tan calculador, estaba mal...

Pero si él la besaba, le hacía el amor hábilmente para no alarmarla, si tenía cuidado y se aseguraba de que ella lo deseara tanto como él la deseaba a ella, ¿estaba tan mal?

Como por voluntad propia, sus manos se levantaron para desatar la gruesa seda de las cintas del sombrero, deslizándose como una cálida caricia sobre el dorso de sus manos. Arrojó el sombrero a un lado y ella abrió mucho los ojos para que él pudiera ver su propio reflejo en ellos, pero no emitió ningún sonido de protesta, solo separó esos labios suaves e infinitamente tentadores en un pequeño jadeo.

Hal inclinó la cabeza y le rozó la sien con los labios, acariciando la delicada piel con pequeños besos. Julia inclinó la cabeza como un gato y él se movió más abajo, por su mejilla, mordisqueando suavemente el lóbulo de la oreja. Ella contuvo el aliento y él se detuvo, esperando que aceptara la sensación diferente. Fue intrigante descubrir sus respuestas no instruidas, liderar con un compañero experimentado y no esperar que ella correspondiera.

Sus dedos se movieron hasta ahuecar su cabeza y encontraron alfileres. Uno por uno, los liberó y su cabello cayó, transformándola en la imagen de una ninfa del bosque en el claro verde.

—Ah, sí —murmuró Hal y se inclinó para besarla. Su boca era tan dulce, con un sabor irreprochable a azúcar, especias y limonada. Olía tan fresca, tan bien, y, cuando él la atrajo hacia él, ella se corrió cediendo esa parte de su mente, la parte que estaba usando deliberadamente toda su habilidad para seducirla, reconocida como inocencia.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había probado la inocencia? Retrocedió ante el recuerdo de la pasión juvenil, de las ingenuas intenciones

hechas parecer impuras y equivocadas. Quería esa pureza otra vez, aunque todo lo que podía aportar era la pericia sucia de la experiencia.

Bajo los de él, sus labios se suavizaron, se abrieron sin resistencia cuando él sondeó con su lengua, sintiendo que el deleite sensual superaba sus persistentes escrúpulos. Ah, sí. Su respuesta fue total y confiada; le dijo que podía moverse más y, cuando deslizó una mano hacia su pecho, frotó la palma contra él como por accidente, sintió que el pezón se elevaba hacia él.

Julia podía oír su propia voz, aunque las palabras se le escapaban. Había esperado que Hal la besara en la boca, y lo hizo. Pero él parecía tan fascinado por su garganta, sus orejas, su mejilla, su sien... 'Aah,' ella susurró cuando sus labios encontraron la curva de sus pechos sobre la espuma de encaje.

Ella quería tirar de él de nuevo a

su boca, que debería sentirse más segura que estas misteriosas sensaciones que enviaban escalofríos por su columna, haciendo que le dolieran los senos, creando esa extraña sensación en la boca del estómago y el bochornoso calor donde sus muslos... No podía pensar en eso. , solo sentir.

Julia levantó las manos y las pasó por el espeso cabello castaño dorado, tirando suavemente hasta que él levantó la cabeza, con los ojos brillantes e intensos. '¿Qué deseas?' preguntó, su voz ronca.

—No lo sé —susurró ella. Quiero algo y no sé qué es.

—Lo encontraremos —prometió Hal, capturando su boca de nuevo, con una mano ahuecando su pecho, el pulgar acariciando la tela endeble, atormentando la dura protuberancia—. Se necesitaría muy poco, pensó confusamente, para llevarla a la cima, llevarla al éxtasis, darle placer y estar satisfecho con eso él mismo. Pero su control habitual parecía estar decayendo, su respiración estaba por todos lados, y era un esfuerzo no aplastarla contra él, apretar sus caderas contra su cuerpo flexible. Olía tan dulce, se sentía tan suave, se entregaba tan apasionadamente.

Se estaba ahogando en ella tanto como ella en él, arrastrado por emociones que no había sentido en años. Tenía que tenerla, se dio cuenta, su sofisticado control se hizo añicos.

Había tela y ataduras entre él y su objetivo ahora. Sin levantar la boca, Hal se arrodilló, llevándose a Julia con él, hacia la hierba larga y suave salpicada de flores, cuyo aroma era tan inocente como ella. Entonces él se

estiró sobre ella, sus dedos encontrando su propio camino perverso alrededor de botones y cintas; se estremeció cuando le rozaron la piel.

Sus pies calzados con botas se movieron, aplastando la exuberante hierba, llenando el aire a su alrededor con su olor, trayendo consigo un torbellino de recuerdos y emociones enterrados hace mucho tiempo. Confundido, Hal abrió los ojos. La luz del sol a través de las ramas tamizaba las sombras sobre su cabello extendido, y él fue sacado del presente, de vuelta a otro bosque, a otro tiempo, con una chica tan inocente y dulcemente generosa como Julia.

El recuerdo reprimido resurgió: gritos y descubrimientos y un idilio rural expuesto como un deseo adolescente que se les había ido de las manos. Whoreson rakehell... Las voces llenaron su cabeza, apuñalaron su conciencia, mataron su deseo.

Hal se apartó de Julia y se sentó, pasándose las manos por el pelo, respirando con dificultad a través de los dientes apretados. Maldita sea, había adquirido experiencia y, con ella, control, por lo que podría ser un libertino hijo de puta, pero era hábil, totalmente dueño de sí mismo. Así que ordenate ahora.

'Lo siento.' Se obligó a mirar a Julia mientras se sentaba, con la boca hinchada por sus besos, los ojos muy abiertos y confundidos por el asalto a sus sentidos y la abstinencia de él. '¿Te lastimé? Soy tan malo como él. Infierno...'

—No —dijo ella, mientras sus manos buscaban a ciegas el corpiño de su vestido—. 'No. Habrías parado si te lo hubiera pedido, ¿no es así?

'Sí.' Dios quiera que sea cierto. Apoyó la cabeza sobre las rodillas por un momento, luchando contra el temor de no haber escuchado. Lo siento, te advertí lo que soy, pero no debo esperar que lo entiendas.

Julia se quedó en silencio. Se obligó a mirarla y descubrió que se había abrochado el vestido y estaba de pie, cepillándose la falda, con el pelo todavía revuelto sobre los hombros. Solo verlo envió una lanza de lujuria a través de su ingle. Hal se puso de pie y fue a recoger su sombrero, sosteniéndolo mientras ella se retorció el cabello, fijándolo con las horquillas que quedaban y luego atrapándolo debajo del sombrero.

—No, no entiendo —murmuró finalmente. 'No entiendo lo que sentí hace un momento, por qué... cuando sé que no debo hacerlo'.

No tenía respuestas para ella, ni excusas. 'Si tomas ese camino allí, encontrarás que sales muy cerca de las tiendas'. Hal señaló la forma en que había entrado en el claro, deseando que ella se fuera, a salvo, lejos de él.

Se obligó a quedarse quieto mientras ella sonreía un poco insegura y se alejaba, desapareciendo en segundos en el follaje verde. Luego fue a sentarse en el tronco del árbol, juntó las manos, apoyó los antebrazos en los muslos y se quedó mirando la hierba aplastada. Debe mantenerse alejado de ella. Había una serie de hombres perfectamente agradables (hombres dignos, no tenía ninguna duda) que se estaban interesando respetablemente en ella. Se casaría con uno de ellos. Y entonces estaría a salvo de hombres como Fellowes. Los hombres como él mismo.

Junto a su bota había un pequeño trozo de encaje rubio. Hal se inclinó y lo recogió, alisándolo entre sus dedos durante un largo rato, hasta que pensó que podía dominar su expresión, luego lo deslizó en el pecho de su chaqueta y salió del claro.

—¿Te han besado alguna vez, Felicity? —preguntó Julia sin preámbulos mientras se sentaban uno al lado del otro en una alfombra, bajo sus sombrillas, esperando a que el señor Smyth y el señor Fordyce les trajeran helados. Media hora en la tienda de campaña de las damas, y ella estaba lo suficientemente ordenada y serena como para hacer que las manchas de hierba en sus faldas fueran el resultado plausible de un viaje.

'¿Besado?' Felicity sonrió, se sonrojó y luego preguntó: '¿Besaste correctamente?'

Julia asintió.

'Si, una vez.'

'¿Cómo fue?'

"Oh, maravilloso..." Ella sonrió, miró de soslayo a Julia y luego admitió: "No, en realidad fue horrible".

'¿Horrible?' No, el beso de Hal no había sido eso. Había sido maravilloso, aterrador, desconcertante. Estaba mojado. Quería que abriera la boca y... —Felicity bajó aún más la voz— trató de meter la lengua en ella.

'¿Qué hiciste?' Julia luchó contra el rubor que subía a sus mejillas al recordar esa impactante intimidad.

—Le di una patada —dijo Felicity, engreída—. Y le dijo que era una bestia. Y así se escabulló.

—Bien hecho —dijo Julia débilmente. Sus nervios hormigueaban, su pulso aún errático; una inquietud extraña, desconocida, hacía muy difícil sentarse recatadamente en la alfombra como debe hacerlo una dama; y su conciencia luchaba por hacerse oír frente a esos novedosos mensajes físicos.

'¿Por qué lo preguntas? ¿Alguien ha intentado besarte?

—Bueno, ejem, sí —confesó Julia—. ¿Fue eso todo lo que había sido: un beso? Parecía más de alguna manera.

—¿Señor Fordyce? aventuró Felicity. 'Creo que es muy agradable. También el señor Smyth, pero es clérigo, así que no creo que haya sido él.

'No, ninguno de ellos. Ssh, aquí vienen.

Julia comió su helado y habló y paseó y fue presentada a la gente, bebió limonada y se unió a los aplausos en un partido de cricket improvisado. El sol comenzó a hundirse en el cielo, y el anhelo inquieto y sin nombre se hizo más fuerte, más difícil de ignorar, no más fácil de controlar y sus ojos buscaron infructuosamente entre la multitud, buscando el rostro de Hal.

Cualesquiera que fueran estos sentimientos, tenían todo que ver con un cuerpo delgado y duro contra el suyo haciéndola sentir, al mismo tiempo, temerariamente abandonada y completamente insegura. No debo volver a verlo. No debo.

Cuando arrancaron los tocones y la compañía comenzó a deambular hacia las tiendas para tomar el té, Lady Geraldine dijo: 'Se habla de un paseo en carruaje iluminado por antorchas a través del bosque después del anochecer. ¿Crees que tus mamás se opondrían si te dejáramos fuera hasta tan tarde?

'Pues no, no creo que a mamá le importe; dijo que, como estaba contigo, lady Geraldine, no le preocupaba en absoluto la hora a la que estaba en casa. Felicity asintió enérgicamente de acuerdo.

'Pues bien, todos vamos a participar. Y, Julia, si uno de tus pretendientes te lo pide, puedes viajar con él en su carruaje, siempre que permanezca cerca del nuestro en todo momento.

Tanto el Sr. Smyth como el Sr. Fordyce tenían sus carruajes deportivos con ellos, era solo una pregunta cuál de ellos le preguntó primero. Un paseo por el bosque sería emocionante y romántico de la manera más inocente y

respetable, estaba segura. Solo que no era uno de sus respetables pretendientes potenciales con quien quería estar. En la oscuridad, el único hombre al lado del que anhelaba estar era Hal Carlow, con el pulso acelerado y el aliento atascado en la garganta, mientras galopaban en la noche, con las manos fuertes en las riendas.

De hecho, una novela gótica, se regañó a sí misma. Obviamente estaba leyendo demasiados de ellos, si encontraba romántica la idea de estar a solas con él, deslizándose en la oscuridad a un ritmo potencialmente letal. En realidad, sería completamente alarmante,

tal como había sido ese beso.

Ese pensamiento tonificante la apoyó durante el té y la halagadora experiencia de tener no solo al Sr. Fordyce sino también al Sr. Smyth y al Coronel Williams solicitando su compañía para el paseo con antorchas. El señor Fordyce fue el primero, por lo que los buenos modales dictaron que ella aceptara su oferta, aunque si hubiera tenido libertad de elección no habría podido decir a qué caballero prefería. Todos parecían agradables, inteligentes, dignos y bastante aburridos. Justo lo que debería esperar de un posible marido, de hecho. La excitación en un marido sería muy desgastante.

Cuando el sol se escondió debajo de los árboles, empezó a soplar una brisa fresca. Julia se envolvió cómodamente en su capa mientras los hombres organizaban los carruajes en una línea. Alguien se había anticipado al viaje y había traído un carro lleno de antorchas para encender el brasero, y los jinetes fueron reclutados para actuar como escoltas para llevar las antorchas encendidas.

Por fin, todo estuvo listo y la cabalgata partió a un trote decoroso. Julia se preguntó si habrían puesto a alguien serio al frente, pero decidió que no cuando el trote se convirtió en un medio galope. Por delante y por detrás se oían gritos de alegría, pero el señor Fordyce mantuvo su par bajo control.

A ambos lados, los jinetes que sostenían las antorchas galopaban por los amplios arceles cubiertos de hierba. —Es como una escena del país de las hadas —jadeó Julia, extasiada por las sombras salvajes arrojadas sobre los árboles, el estruendo de los cascos, los ecos de la risa.

—Ese es un buen animal —observó Charles Fordyce, mirando a su derecha.

Julia se echó hacia atrás para poder mirar a su alrededor y jadeó. Fue, de hecho, magnífico. Un enorme gris, tan pálido que era casi blanco a la luz de la antorcha, con la crin y la cola como carbón oscuro. Su jinete, completamente inmóvil en la silla, la observaba, con el rostro brillantemente iluminado por la antorcha llameante que sostenía. Hal. Todo lo que había estado tratando de olvidar ese día regresó y dio gracias por la oscuridad que ocultaba su rostro.

'Un dragón ligero.' Fordyce le dio más rienda suelta a su propio equipo. El gris alargó su paso para permanecer a su lado.

—Es el comandante Carlow —dijo Julia sin pensar, y los dos picotearon como si hubieran tirado de las riendas, justo cuando el corazón le daba un vuelco en el pecho.

¿Carlow? ¿Lo conoces?' La voz de hormiga normalmente agradable de Fordyce era fría.

La mala reputación de Hal, también me advirtió sobre eso... 'Me rescató de un hombre que me abordó en el parque', dijo. Y me presentó a lady Geraldine de inmediato; así fue como la conocí. Logró lo que esperaba que fuera una risa ligera. Tengo entendido que es el libertino más terrible, pero en esa ocasión habría agradecido la ayuda del mismo Bonaparte.

—Me imagino que quién habría sido menos perjudicial para su reputación —dijo Charles, sonando intolerablemente estirado—.

—Estoy segura de que ese sería el caso si hubiera continuado dando vueltas por el parque en compañía del comandante Carlow —dijo con frialdad. Tal como estaban las cosas, se esforzó por limitar cualquier daño que pudiera surgir de personas santurronas que tuvieran una idea equivocada. Dios mío, ahora eso suena como si lo hubiera acusado de ser un mojigato. Y si tan solo lo supiera, tiene razón: Hal es peligroso.

El Sr. Fordyce obviamente también lo pensó. —Una dama soltera no puede ser demasiado cuidadosa —le espetó—. "Uno solo puede especular sobre por qué ha elegido viajar junto a este carruaje". Se volvió más evidentemente y miró a Hal. Tengo en mente llamar a ese tipo...

'¡No! ¡Dios mío, por favor no hagas tal cosa!' Julia agarró su antebrazo. Se dice que es letal.

—... pero no lo haré, no sea que tu nombre se relacione con el asunto —dijo Charles, como si ella no hubiera hablado—. Naturalmente, no tendrás

nada más que ver con él.

'¿Qué?' Julia jadeó. ¡No tengo intención de hacerlo, pero no tiene por qué decirme con quién puedo o no asociarme, señor Fordyce!

—Claro que sí, a menos que haya estado jugando rápido y suelto conmigo, señorita Tresilian. No era fácil pelear en un carruaje en movimiento detrás de un equipo que galopaba casi en la oscuridad, pero Charles Fordyce obviamente estaba empeñado en ello.

—Usted, señor, ha estado saltando a conclusiones bastante injustificadas —espetó Julia—.

De repente, el gran gris se adelantó, cruzó entre su tiro y la parte trasera del carruaje de los Maestros que iba delante y lo hicieron girar para galopar junto a Julia.

'¡Que diablos!' exclamó Fordyce.

Señorita Tresilian, ¿necesita ayuda? Parecías angustiado.

Julia miró a Hal, repentinamente completamente sin caridad con todo el sexo masculino. Estoy perfectamente bien, gracias, comandante Carlow. ¿Quiere marcharse, por favor? Estaría tan tranquila como un estanque, si no fuera por ti, quería lanzarle, confundida por su propia ira.

'Señora.' Espoleó al caballo para que avanzara sin mirar atrás, dejando a Julia fulminante junto a un conductor igualmente furioso.

¿Tiene el descaro de preguntarte si estás bien cuando conduces conmigo? —exigió Charles Fordyce. '¿Esa sangre nacida del infierno cree que necesitas protección de mí?'

—¡Señor Fordyce! Julia se agarró a la barandilla lateral cuando el carruaje se tambaleó. ¿Será tan amable de cuidar de sus caballos y dejar de sermonearme y de despotricar sobre el comandante Carlow?

—Desde luego, señora —dijo entre dientes—. Me disculpo por aburrirte.

—En absoluto —respondió ella, igualmente rígida mientras conducían en un silencio hirviente—.

Bueno, al menos sé que tiene una racha de celos desagradable. Es mejor saberlo ahora que después de haber accedido a casarme con él, pensó Julia, preguntándose cómo iba a explicar la desaparición de uno de sus pretendientes a su madre ya lady Geraldine.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 5

Hal se despertó con una resaca atronadora. Se tumbó de espaldas tratando de averiguar por qué, cuando no recordaba ninguna fiesta. Todavía vestía camisa y pantalones y calzaba una bota; su boca se sentía como si una bandada de palomas hubiera estado anidando en ella durante la noche y su cabeza estaba partida.

Cuando se incorporó con un gemido, manteniendo el estómago en el lugar correcto con cierta dificultad, vio las botellas en el suelo y se dio cuenta de por qué. No había habido fiesta. Había estado bebiendo brandy (su pie chocó contra una botella negra que rodó y se estrelló contra las demás con un efecto nervioso) y clarete, solo.

'¿Que demonios?' preguntó a la habitación vacía mientras miraba el reloj con los ojos entrecerrados. Diez. No estuvo de servicio hasta la tarde, gracias a Dios.

julio Él la había besado. Oh Dios, él había hecho más que besarla. Casi la había corrompido, allí mismo, en ese claro.

Hal se puso de pie y se tambaleó para tirar de la campana. Tratar de pensar era condenadamente doloroso, y no parecía estar haciéndolo muy bien. Sigue adelante, se dijo a sí mismo. Eventualmente tendrá sentido. ¿Pero por qué? ¿Qué me pasó? Sólo había una respuesta a eso: lujuria. Luego había visto a Julia en el carruaje con la engreída secretaria de Ellsworth, así que la había acompañado, solo para vigilarla. Y ella había estado molesta, podía escucharlo en su tono mientras hablaba con el hombre, incluso si él no podía escuchar sus palabras. Así que le había preguntado si estaba bien, porque nadie iba a molestar a Julia mientras él pudiera evitarlo, excepto, obviamente, él mismo, y algo había salido mal...

Y luego se había enfadado y... No podía recordar nada más. Pero fuera lo que fuera lo que había pasado, no había implicado ni a Julia ni a ningún otro tipo de satisfacción, de lo contrario no estaría metido en botellas hasta los tobillos.

¿M'sieu? El camarero abrió la puerta con su habitual entusiasmo.

'¡Silencio!' Hal empezó a gritar, luego bajó la voz a un siseo. 'Café. Fuerte, negro. Montones. Tostada. Seco. ¿Y está el capitán Gray en su habitación? El hombre asintió nervioso. Entonces pregúntale si vendrá aquí, ¿quieres? En silencio.'

'¿Dolor de cabeza?' Gray preguntó con una alegre falta de simpatía cinco minutos después, abriéndose camino entre botellas y ropa desechadas.

Podrías decir eso. Hal se sentó en el borde de la cama y esperó a que la habitación dejara de moverse.

—Pensé que tenías la cabeza más dura de todos los hombres que conozco —observó Gray con una sonrisa. 'Qué gratificante descubrir que eres humano después de todo.'

Tengo la cabeza más dura. Y justo ahora, lo más doloroso. Will, ¿desafié a alguien anoche?

'¿Qué? ¿A un duelo? No.'

Gracias a Dios por las pequeñas misericordias. Así que se alejó a caballo, no desafió a Fordyce por la pelea que él y Julia habían estado teniendo. Tanta moderación lo sorprendió.

No fue hasta que se bebió tres tazas de café, se tragó dos panecillos y metió la cabeza en agua fría que recordó que Julia le había dicho que se fuera con una voz gélida de ira, y él se había ido porque, por mucho que quería pelear con su compañera, quería que ella lo perdonara. Y estaba enojada con él, no solo con Fordyce.

Hay correo. Will Gray volvió a entrar y se sirvió un poco de café de la segunda cafetera en la que Hal estaba trabajando. Tiró el montón sobre la mesa, ignoró la mueca de dolor de Hal y lo revisó.

'¿Quién es ese?' Hal tiró del primero de su montón hacia él. No reconoce la escritura.

—Ábrelo —sugirió Gray mientras rompía el sello de uno de los suyos, esparciendo fragmentos de cera por toda la mesa. Una bocanada de perfume denso llenó el aire, asqueando el estómago de Hal. 'Ah, la divina Susannah.'

Hal lo abrió y miró la firma. Tu obediente sirviente, Mil den hall, decía la fuerte firma negra. ¿Qué diablos estaba haciendo Monty, vizconde de Mil den hall, escribiéndole? Había estado en la boda de Monty con Midge Hebden, allá por febrero, pero apenas eran corresponsales regulares, a pesar de haber servido juntos antes de que Monty dejara el ejército.

A pesar de que le dolía la cabeza, sonrió al recordar la boda más caótica a la que había asistido. El novio había arrastrado a su novia por el pasillo de St George's, Hanover Square, y exigió que el vicario se casara con ellos, el

vicario había protestado porque la novia obviamente no estaba dispuesta, sus parientes estaban desmayados por la mortificación o frunciendo el ceño como nubes de tormenta, dependiendo de su sexo, y la novia discutía con casi todo el mundo. En este punto, Hal se vio obligado a meterse el pañuelo en la boca y agacharse bajo la protección del banco para ahogar su risa.

Monty, un hombre de tranquila determinación, no había sido un oficial eficaz en vano. Venció tanto a la novia como al clérigo, y la pareja se casó debidamente. No fue hasta que Hal y su hermano Marcus regresaron al desayuno de la boda que Rick Bredon, el hermanastro de Midge, los llevó a un lado para explicarles el caos.

La sonrisa evocadora de Hal se desvaneció. Midge había sido detenida en los escalones de la iglesia por un hombre que decía ser su medio hermano, Stephen Hebden. Midge, cariñosa e impulsiva como siempre, había querido que él entrara en la iglesia, solo para que su tío lo rechazara violentamente hasta que Monty, que salía a buscar a su novia, detuvo la discusión. En ese momento el hombre se había ido.

Rick, cuyo padre había tratado de encontrar al medio hermano de Midge durante años y lo creía muerto, insistió en que el hombre era un impostor, pero Hal lo sabía mejor. Stephen Hebden, también conocido como Stephano Beshaley, era el hijo ilegítimo del padre de Midge y su amante gitana y enemigo jurado de la familia Carlow y de la familia de la esposa de Marcus Carlow, Nell Wardale.

La razón de su odio era un misterio que solo estaban descifrando lentamente. Todo lo que realmente sabían era que se remontaba a veinte años atrás, a los días en que el padre de Hal, el conde de Narborough; El padre de Nell, William Wardale, el conde de Leybourne y Midge y el padre de Stephan, Kit Hebden, Baron Framlingham, habían trabajado juntos para desenmascarar a un espía francés en el corazón del gobierno.

Hebden, el descifrador de códigos, había sido asesinado, aparentemente por Wardale, quien fue a la horca por el crimen mientras su mejor amigo George Carlow, Lord Narborough, estaba a su lado, convencido de su culpabilidad. Hal sabía que su padre nunca se había recuperado de su sentimiento de culpa por eso. Con su título y sus tierras conquistados, la familia Wardale se había hundido en la pobreza y perdido el contacto entre sí. La madre de Midge se había vuelto a casar.

Y luego, por alguna razón que nadie podía entender, el viejo escándalo había resurgido el año pasado en una serie de ataques a las tres familias que parecían centrarse en Stephen Hebden. Hal sintió que la ira fría lo invadía de nuevo al recordar la pesadilla.

Pero cuanto más habían descubierto, más personas se involucraban en el lío, menos entendían, incluso con la ayuda de un viejo amigo de la familia, Robert Veryan, Lord Ked Dinton. Aunque Veryan ocupaba un lugar destacado en los círculos gubernamentales, ni siquiera él podía explicarlo.

La última vez que Hal estuvo en casa de permiso, Marcus había dicho que sospechaba que alguien más debía estar involucrado, que no podía ser solo Stephano Beshaley, cumpliendo despiadadamente la maldición de muerte de su madre sobre las tres familias.

Hal negó con la cabeza, hizo una mueca y se concentró en la carta.

Mi querido Carlow,

He tenido algunos problemas para decidir qué hacer mejor en este asunto, pero, dado que te conozco mejor que tu hermano, he decidido escribirte.

Recordarás los acontecimientos que perturbaron mi boda en febrero. A pesar de mis mejores esfuerzos, mi esposa continúa asociándose con su medio hermano, Beshaley. Midge, bendita sea, creería lo mejor de Beelzebub.

Maldita sea, esto era lo que temía. ¿Se había encontrado otra de las tarjetas de visita de Beshaley, cuerdas de seda que recordaban la ejecución de un compañero? Si lo hubiera hecho, era de esperar peligro en el peor de los casos, escándalo y reputación arruinada en el mejor de los casos.

Me concederé, espero, referirme a las habladurías que surgieron cuando su cuñada volvió a ocupar su puesto en sociedad. Ese y los demás incidentes que afectaron a las tres familias han sido bien gestionados por los interesados. Pero ahora han llegado a mis oídos murmullos de entrometidos que se deleitan contándome chismes que afectan a Midge. La especulación está resurgiendo sobre el viejo escándalo.

Para ser franco, hay dudas sobre la culpabilidad de Wardale como asesino. Hebden murió en los brazos de tu padre, fuera del propio estudio de tu padre. Se lo diré sin rodeos, ya que en su lugar preferiría que me lo dijeran: hay rumores al más alto nivel de que es sospechoso que Lord Narborough

no haya hecho nada para ayudar a limpiar el nombre de Wardale, a pesar de que eran amigos cercanos.

He tratado, discretamente, de encontrar la fuente de estos rumores, por el respeto que te tengo desde nuestros días luchando juntos, y por la amistad que Midge siente por tu hermana Verity. Pero es como perseguir una voluta de humo.

No se habla de nada que vincule el nombre de tu padre con la traición del espía; ese aspecto del asesinato original todavía no es de dominio público. Pero circulan rumores sobre la relación de Wardale con la madre de Midge, junto con comentarios de que se sabe que tu padre tiene las opiniones más firmes sobre la infidelidad conyugal. Sin una comprensión del trabajo en el que estaban comprometidos los tres hombres, una aversión puritana al adulterio no es motivo para ser tomado en serio por asesinato. Pero una vez que se agrega el espionaje a la mezcla, en este momento en que todo el país está alborotado por la renovada amenaza francesa, Dios sabe qué historias se contarán.

Espero que esta advertencia sea suficiente para ponerte en guardia para proteger a tu padre y a tu familia. Imagino que bien podrías prescindir de esta noticia, justo cuando se avecina el gran enfrentamiento con Napoleón. Te envidio la oportunidad de participar en esa pelea.

Por mi parte, con un acontecimiento feliz que se espera para el otoño, solo quiero mantener a Midge a salvo de las telarañas venenosas que teje su medio hermano.

Créeme, mi querido Carlow,

tu obediente servidor,

Mildenhall

Infierno y condenación. Hal arrojó la carta sobre la mesa y trató de pensar. Tenía dos deberes en conflicto, pero la prioridad era clara. No debe seguir su instinto inmediato e irse a casa: Napoleón podría hacer su movimiento en cualquier momento, no era momento de irse. Todo lo que podía hacer era escribir para advertir a Marcus.

'¿Problemas?' Gray levantó una ceja lánguida. Te cambio por mi correo; todo son facturas, y Susannah quiere un vestido nuevo. ¿Podría haber gastado tanto en mi snyder la última vez que estuve en la ciudad? Difícil de creer.'

—Tú no quieres esto —dijo Hal casualmente—. Problemas legales con un viejo y aburrido legado familiar. Y sí, puedo creer que la factura de tu sastre es astronómica. Se puso de pie, carta en mano. Será mejor que le escriba a mi hermano, supongo.

Te dejaré a ti. Grey salió, taza de café en mano. ¿Nos vemos en el almuerzo?

Hal se estremeció al pensar en la comida, aunque sabía que iba a tener que comer. 'Sí.' Cuando la puerta se cerró, abrió su escritorio y desenroscó la tapa del tintero. Es mejor enviar la carta de Monty como anexo, salvo reescribir el lote.

Marcus, garabateó.

Lee esto. ¿Qué diablos está pasando? ¿Alguien no puede poner una bala en el bastardo?

Di la bonita a los padres y mi amor a Nell y a las niñas,
año afectar. hermano,

Hal

No es su mayor obra literaria, pero lo mejor que pudo hacer con este dolor de cabeza. Hal dobló la carta de Mildenhall dentro de la suya, la selló en cuatro lugares y escribió en ella la dirección del país, añadiendo Para ser reenviado, por si a Marcus se le había ocurrido viajar. Lo dudaba. Su cuñada volvía a crecer y Marcus, profundamente protector, estaba seguro de tenerla escondida en lo más profundo de Hertfordshire.

Monty a punto de ser padre, Marcus ya con un hijo pequeño y otro niño en camino. La gente apenas se casaba empezaba a engendrar mocosos, pensó irritado, a pesar de que le tenía cariño al joven William George Carlow. Estaba a medio camino del timbre para que retiraran la carta, cuando una imagen mental de Julia con una mano descansando protectoramente sobre su vientre lo golpeó como un puñetazo.

Hizo un gesto brusco de repudiación sorprendida. Primero casi la había violado, ahora su imaginación había dado el salto salvaje a ella cargando a su hijo. Lo cual bien podría ser, si algunos fragmentos de autocontrol no los hubieran salvado a ambos ayer. Intentó recordar qué lo había detenido, pero no pudo, todo estaba demasiado confuso. Pero una cosa estaba clara: esto no podía ir más lejos. No había forma de que pudiera permitirse volver a verla.

Julia se esforzó por parecer arrepentida mientras mamá y lady Geraldine la miraban con expresiones de profunda decepción mientras tomaban sus tazas de té. No estaba acostumbrada a decepcionar a nadie y era una novedad desagradable. —¿Te peleaste con el señor Fordyce? dijo la Sra. Tresilian en tono de incredulidad. Pero tú nunca peleas con nadie, Julia. Y

Seguro que nunca harías algo tan propio de una dama.

—Era un mojigato y un celoso insoportable —dijo, dejando la taza con un sonajero—. Demasiado para hacer un pecho limpio de eso, de algo de eso, se corrigió a sí misma, te dieron una conferencia. Ser una joven rápida y desobediente empezaba a tener sus atractivos. Fui brusco con él.

¿Celoso de quién? preguntó Lady Geraldine. —¿El señor Smyth o el coronel?

—Mayor Carlow —dijo Julia, arrojando aceite a las llamas—.

—¡Hal Carlow!

—Pero dijiste que era un libertino, Julia —dijo la señora Tresilian en el silencio que siguió a la exclamación de lady Geraldine—. ¿Qué podrías haber hecho con él para que el señor Fordyce se pusiera celoso?

'Nada,' ella negó con vehemencia, logrando sonrojarse al mismo tiempo. No había hecho nada que Charles Fordyce supiera, eso era cierto. Pero había hecho más que suficiente con Hal Carlow para enviar a su madre a un ataque de vapor.

'Julia', comenzó su madre cuando las cejas de Lady Geraldine se arquearon con sorpresa.

'Se me escapó que lo conozco. Así que el Sr. Fordyce me invitó a una conferencia sobre el peligro para mi reputación. Cosa que él no tenía llamado a hacer —añadió con vehemencia, y la culpa la hizo protestar demasiado—. Cualquiera pensaría que me ha hecho una oferta.

'¿Quién?' La señora Tresilian jadeó. '¿Cuál de ellos? ¿Qué tipo de oferta?

—Señor Fordyce. Matrimonio —dijo Julia, aferrándose a su temperamento con dificultad—. Pero no lo ha hecho. ¿Qué le pasaba a ella? Nunca perdía los estribos, nunca respondía a mamá. ¡Y ahora escúchala!

Su madre se calmó, abanicándose. 'Oh querido, oh querido.'

—Mamá, no quiero casarme con un hombre que pueda exhibir tantos celos cuando yo no he hecho nada para merecerlo —dijo Julia, intentando un tono

más moderado. El señor Fordyce no tiene motivos para sospechar nada del mayor Carlow.

Lady Geraldine sonrió. 'El día que uno no sospeche algo del mayor Carlow, la luna estará hecha de queso verde'.

Julia sonrió tensa y sirvió más té. Aquella prometía ser una tarde larga, y todo lo que tenía para distraerse era el conocimiento culpable de que había perdido a un pretendiente y había perdido los estribos con Hal.

Pero para su sorpresa y alivio, su invitado cambió la conversación. —¿Ha ido ya a escuchar a Madame Catalani en la Ópera, señora Tresilian?

No, me temo que no. Las entradas para la ópera no estaban dentro del presupuesto de la casa. Creo que es muy buena.

'¡Oh, estupendo! Su Semiramide tiene tanta pasión, tanto rango dramático', dijo entusiasmada Lady Geraldine. Le he escrito para pedirle que actúe en la recepción que ofrezco en honor del duque. No había necesidad de preguntar qué duque. En una ciudad llena de aristócratas de media docena de naciones, 'el duque' solo podía significar Wellington.

Para alivio de Julia, la conversación giró hacia los planes para la recepción y la atención de su madre sobre lo que debería ponerse para ella. Todo lo que tenía que hacer era comportarse y no alejar a ninguno de sus pretendientes restantes. Ese era su deber, especialmente ahora que mamá había gastado tanto dinero en sus vestidos. Pero todo sonaba bastante aburrido. No fue hasta varios minutos después que Julia se dio cuenta de lo que estaba pensando. Hace dos semanas, se habría quedado atónita con una incredulidad encantada de tener un par de caballeros elegibles mostrando interés en ella. Pero entonces, hacía dos semanas, no había conocido a Hal Carlow. No debo pensar en él. debo casarme

A la mañana siguiente había una nota con su publicación.

Mi querida Julia,

¡Madame C. ha rechazado mi pedido de cantar en la recepción! Y estoy acostado en mi cama con un dolor de garganta pútrido y, por lo tanto, no puedo ir y razonar con la criatura cara a cara. ¡Imagina rechazar al Duque!

Julia, confío totalmente en ti. Ve y razona con ella. Mi querido Masters es de la ciudad y no regresará lo suficientemente pronto para insistir en el asunto. Ofrécele lo que sea necesario para asegurar su acuerdo.

GM

Julia lo pasó por encima de la mesa, intentando imaginarse a sí misma enfrentándose a una prima donna exigente e insistiendo en que actuara.

—Dios mío —dijo débilmente la señora Tresilian—. Qué alarmante. Pero no puedes negarte a complacer a Lady Geraldine, no después de su amabilidad contigo. Debes llevarte a María e irte de inmediato.

'Pero, mamá, el marketing...'

Hazlo al mismo tiempo, querida. Las tiendas de la Ciudad Baja son aceptables y más baratas.

'Sí mamá.' Al menos no podía meterse en líos en la Ópera.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

Julia se quedó mirando el imponente pórtico del edificio frente a ella. ¿Pasó uno por la entrada pública en el frente, o alrededor de la puerta del escenario? A su lado, María se pasó el peso de la cesta de una mano a la otra y suspiró.

Julia echó los hombros hacia atrás y subió los escalones de la entrada. Ella era, después de todo, la representante de una de las figuras más importantes de la Sociedad de Bruselas, llamando a una cantante de renombre internacional. 'Espera ahí.' Hizo un gesto hacia algunos nichos a lo largo de las paredes del vestíbulo de entrada fuertemente dorado. Y esconde la cesta debajo del banco.

Un portero con aspecto aburrido se acercó cuando María se sentó. 'Oui?'

—Estoy aquí para ver a madame Catalani —dijo Julia en francés con una leve sonrisa, intentando mostrar el tipo de encanto confiado y autoritario que parecía encontrar tan fácil a lady Geraldine. En nombre de lady Geraldine Masters. Sacó una de las tarjetas de Lady Geraldine. Lo miró. — ¿Madame te está esperando?

'Por supuesto,' dijo ella. Iba a quedar como una tonta si el portero le informaba que el cantor no estaba.

'Madame está en consulta con el líder de la orquesta. No estará libre durante al menos una hora.

En ese caso, esperaré. Por favor, muéstrame su camerino. Julia decidió que definitivamente tenía más miedo del disgusto de Lady Geraldine que de los porteadores aburridos o incluso de las temperamentales prima donnas.

El portero, por otro lado, parecía claramente poco impresionado con ella. Presumiblemente, pasó su vida defendiéndose de los exigentes miembros del público, en su mayoría caballeros, que querían tener acceso a los cantantes, bailarines y actrices. Por allí, mademoiselle. Señaló una puerta. 'Derecha hasta el final, gire a la izquierda.'

—Será mejor que vuelvas a la Place de Leuven —le dijo Julia a la criada—. Difícilmente podría acompañar a Julia y sentarse en el camerino de la cantante, no con una canasta que contenía pescado. No quiero que ese arenque ande dando vueltas con el calor. Cogeré un taxi de vuelta. Los taxis en Bruselas eran limpios y respetables; incluso mamá no podía desaprobarme que tomara uno.

El empapelado carmesí, los dorados y los espejos desaparecieron en cuanto cruzó la puerta que se abría a un estrecho pasillo encalado que conducía al fondo del escenario. En un momento, escuchó una voz magnífica que penetraba débilmente a través de las paredes. Se interrumpió abruptamente, para ser reemplazado por un grito de disgusto. Madame obviamente no estaba de buen humor. Los pasos de Julia se hicieron más lentos. Ella realmente no estaba esperando esto.

Hombres y mujeres pasaron junto a ella, todos curiosos, todos apresurados en sus propios asuntos. Podía ver el final del pasillo por delante y se obligó a tener pensamientos positivos.

Entonces oyó la risa de Hal. Esa risa rica y malvada no podía pertenecer a nadie más. No había nadie a la vista: Julia pegó la oreja al panel de la puerta más cercana. —Parezco un completo tonto —dijo, y su voz se hizo más débil, como si se estuviera alejando. Y me siento jodidamente incómodo en esta plataforma.

—Te queda bien —dijo otro hombre, sonando como si estuviera conteniendo la risa. Tienes un aspecto extraordinario... Su voz se interrumpió de repente, como si se hubiera cerrado una puerta interior. Silencio.

Frustrada, Julia se quedó mirando la puerta. No era como si quisiera volver a ver a Hal Carlow. Mentiroso, dijo una voz interior. Muy bien, no era como si ella prudentemente debiera volver a verlo. O se atrevió. Sabía que no debía confiar en él. Entonces, ¿por qué estaba parada aquí llorando frente a la puerta de un camerino en la Ópera?

—Vestidor —murmuró Julia. Por supuesto, probablemente estaba allí, con su amigo, esperando a un bailarín o a un miembro del coro. Se sentía inexplicablemente miserable.

Hubo un grito de risa a la vuelta de la esquina en el corredor frente a ella. Hombres, varios de ellos por lo que parece, y no los tramoyistas sin curiosidad. Parecían ingleses, bulliciosos, divertidos, y era un largo camino por donde ella había venido. Entonces apareció uno de ellos, hablando por encima del hombro con los hombres detrás de él, y ella vio su uniforme escarlata. Oficiales, y aquí estaba ella, detrás del escenario y sin su doncella.

Julia abrió la puerta y entró, dándose cuenta al hacerlo de que estaba actuando por instinto, yendo hacia Hal. La habitación estaba vacía, pero una puerta interior estaba entreabierta y había sonidos de movimiento desde más allá. Afuera, la risa se acercó, se detuvo. Atravesó la otra puerta, la cerró detrás de ella y se apoyó en ella. Había dos personas en la habitación, pero no había ni rastro de Hal.

Ninguno de los ocupantes había notado su presencia. Un oficial de hombros anchos, cabello oscuro y patillas magníficas tenía a una mujer con cabello dorado alborotado inclinado hacia atrás sobre su brazo y la abrazaba con fervor. La mujer agitó los brazos y luego asestó al hombre un golpe resonante en un lado de la cabeza que hizo que Julia se estremeciera. El hombre soltó a la rubia con rapidez poco galante y ella se sentó en el suelo con un golpe.

¡Levántate, maldita sea! El hombre era muy grande y, con su uniforme azul, extremadamente imponente. Pero Julia difícilmente podía mantenerse al margen mientras él atacaba a una mujer que no quería. Y no me mires así —añadió dirigiéndose a su víctima, levantándola mientras Julia extendía la mano para tocarle el hombro. Eres suficiente para disuadir a un hombre del sexo de por vida.

—Y usted, señor, no es un caballero —dijo Julia acaloradamente, empujándolo

tiene la espalda ancha en lugar de tocar cortésmente como pretendía. '¿No es suficiente que asaltes a una mujer que no quiere, sin insultarla en el trato?'

La mujer jadeó, bastante roncamente, pero acababa de tener una experiencia muy desagradable. El grandullón se dio la vuelta, sonriendo. —Tiene ventaja sobre mí, señora.

Lo espero sinceramente. Ahora, tenga la amabilidad de salir, señor. El mayor Carlow está cerca y se lo aseguro, no tolera tal comportamiento. Se dio la vuelta, con los hombros agitados. ¿Se está riendo de mí, señor? exigió Julia.

'Oh, Dios, perdóname, sí', jadeó, tambaleándose hasta la silla más cercana y hundiéndose en ella. El objeto involuntario de sus afectos quedó cara a cara con Julia.

'Pobrecito.' Su voz se apagó. Grandes ojos gris azulados nadando con lágrimas de alegría la miraron. Rizos rubios turbulentos caían en cascada sobre los hombros anchos y sobre un pecho sorprendentemente opulento vestido con un satén rosa brillante que parecía estar bajo una tensión considerable. La mancha de labios brillante estaba untada sobre una mejilla bronceada. Una mano grande se levantó y empujó el cabello hacia atrás y se desprendió y cayó al suelo. Una peluca.

'¿Hal?' Julia se quedó boquiabierta cuando las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y él se derrumbó en el banco junto al gran hombre, tomándose los costados mientras se reía.

'¡Infierno! ¡Estos corsés!

—¡Hal Carlow! ¿Qué... diablos te crees que estás haciendo?

Detrás de ella, la puerta se abrió y otros seis hombres corpulentos entraron en la habitación. '¡Caballeros!' Hal se puso de pie, su apariencia, sin la peluca, más que incongruente. Hay una dama presente.

'No puedes llamarte a ti mismo un... Ah, lo siento, señora.' Se pusieron serios de inmediato y se quedaron mirándola con un interés apenas disimulado.

—Esta señora se ha ofrecido amablemente a ayudar con los trajes y maquillajes femeninos —dijo Hal con tranquilidad—. Es extremadamente amable de su parte y, como puede imaginar, su presencia aquí no es algo que deba mencionarse fuera de esta sala. La mirada que dirigió al hombre grande que lo había estado abrazando contenía una clara advertencia, pero el otro oficial le devolvió la sonrisa y asintió mientras se ponía de pie, uniéndose a los demás en un coro de agradecimiento.

Julia se encontró siendo presentada a todos ellos, incluido un joven regordete que nerviosamente le confió que él era el otro personaje femenino del espectáculo. Lo vamos a preparar para una cena de regimiento dentro de diez días —explicó—. Teniente inquilino Hayden, señora. No puedo caminar correctamente usando esos, er, ¿puedo decir corsés?'

—Sí, por supuesto, teniente inquilino, pero sólo dentro de esta habitación —le aseguró Julia con gravedad, reprimiendo sus propias risitas—. ¿Por qué no vas a cambiarte y veré qué puedo hacer con tu comportamiento y el del comandante Carlow? Se volvió para mirar a Hal. ¿Buscamos un efecto humorístico o realismo?

Debería haber incomodidad entre ellos, pero a pesar de la temblorosa sensación de conciencia, como si su piel estuviera desnuda, se las arreglaba para mantener una fachada suave frente a estos hombres. Supuso que Hal también lo estaba. O tal vez ese beso simplemente no era de importancia para él.

-Humor -dijo gravemente-; se preguntó cómo se las arreglaba para verse tan masculino a pesar de su atuendo.

'Gracias a Dios por eso', dijo, haciendo reír a los demás. El teniente inquilino Hayden tropezó después de unos minutos, con la cara roja y haciendo una mujer ridícula. Ahora, señoras, párense erguidas, con los hombros hacia atrás. No, no así, teniente, no están en el desfile. Me gusta esto.'

Caminó de un lado a otro mientras la estudiaban. Pequeños pasos, ¿ves? Y levanta tus faldas, solo un poco. No querrás mostrar tus tobillos.

—No se balancean mucho —observó el grandullón, observando la vista trasera de sus colegas mientras se paseaban de un lado a otro de la habitación.

¿Qué clase de damas son, capitán Grey? ¿Respetables?

'Sí, señora.'

—Entonces necesitan deslizarse, no balancearse —dijo represivamente—.

'Me gusta esto.'

Media hora más tarde, ninguno de los dos caminaba ya y Hal, al menos, podía desplegar un abanico con destreza y gracia. Julia consideró que él mostraba una facilidad demasiado buena con un abanico, aprendida, sin duda, en circunstancias dudosas. —Debo irme —dijo, al oír que el reloj daba las doce. Había perdido bastante la noción del tiempo.

Déjame mostrarte la salida. Hal salió de la otra habitación, otra vez vestido de hombre.

'Gracias. Caballeros, buena suerte con su entretenimiento.

Ellos se inclinaron y le dieron las gracias y ella se fue, sintiéndose feliz de haber hecho amigos.

'¿Qué estás haciendo aquí?' —exigió Hal, cuando estuvieron de nuevo en el pasillo. Por cierto, no hablarán de verte; Tienes mi palabra.'

'Lo sé.' Ella sonrió, descubriendo que, después de todo, era posible estar a solas con él sin vergüenza. Me gustaron mucho todos. ¿Haces a menudo este tipo de cosas?

'¿Disfrazarse de mujer? No, estoy feliz de decir. Aunque estamos acostumbrados a los entretenimientos regimentales de nuestros días en la Península. Pero, ¿qué haces aquí?

Lady Geraldine me pidió que persuadiera a madame Catalani para que cantara en su recepción para el duque. Ella le escribió y recibió un rechazo, y ahora Lady Geraldine no se encuentra bien y no puede manejarlo por sí misma.'

Ven entonces. ¿Dónde está su vestido?

Está justo aquí abajo. ¿Me ayudarás?' Julia lo miró, 'Oh, gracias. Estaba tan nervioso.' Y debería estar nerviosa por ti, pensó mientras Hal le devolvía la sonrisa y su corazón dio un vuelco. Había una sombra detrás de esos ojos sonrientes: no se había olvidado del claro del bosque.

Por supuesto que te ayudaré. Se detuvo, justo cuando doblaban la esquina, y le tomó la mano. 'Julia, ¿estoy perdonado por... por el picnic?'

—Cuando me besaste —logró decir sin tropezar con la palabra—, debería haberte dicho que no lo hicieras. Pero te devolví el beso. No sé por qué, pero estuvo muy mal por mi parte. Él empezó a protestar, pero ella negó con la cabeza. 'No, debería haberlo sabido mejor, especialmente cuando me advertiste que eres un libertino. En cuanto al paseo en carruaje, soy yo quien debería pedirte perdón —murmuró, mirando hacia abajo para no mirar esos ojos inquietantes—. Luego se dio cuenta de que estaba mirando su gran mano morena envolviendo la suya, y eso era igualmente preocupante. 'No debería haber hablado tan bruscamente cuando solo estabas tratando de ayudarme.'

—Has tenido un día largo y bastante difícil —dijo Hal, y el tono amargo de sus palabras la hizo estremecerse—.

—En parte fue difícil —coincidió Julia—. Disfruté de los demás. Podía sentir que se sonrojaba. El picnic, el bosque y las vistas fueron deliciosos —añadió apresuradamente, en caso de que él pensara que se refería a ese abrazo demoledor.

"Yo también disfruté de las partes", dijo Hal. Sus dedos todavía estaban en su agarre y, aunque él no la estaba sujetando con fuerza, de alguna manera

se habían entrelazado con los suyos.

—Será mejor que encontremos la puerta correcta —dijo Julia, sin aliento—.

—Mm —asintió Hal, sin moverse—. '¿Puedo preguntarte algo?' Empezó a jugar con sus dedos.

'Sí.' Entonces Julia pensó en ello. Pero no prometo responder.

Él se rió, y ella levantó la vista y le devolvió la sonrisa. 'Mujer sabia. Solo quería saber: ¿es muy cansado ser tan bueno?' Julia se quedó mirando. 'Mi hermana menor, Verity, es buena porque su espíritu se desmorona si todos no piensan bien de ella. Y es muy, muy inocente y confiada, por lo que no se le ocurre meterse en líos. Mi hermana mayor, Honoria, era extremadamente rápida... Se interrumpió, tal vez leyendo los pensamientos de Julia en su rostro. 'Sí, como yo, pero no tan malvado. Ahora está casada, felizmente, creo, con un hombre tan salvaje y poco convencional como ella. Pero tú, creo, eres bueno, porque sabes que debes serlo y es tu deber portarte bien.

—Hablas como si eso me convirtiera en una criatura exótica, difícil de entender —dijo Julia desconcertada.

—Para un canalla como yo, sí, lo eres. Todavía estaba sonriendo, pero algo cambió en su expresión cuando preguntó: '¿No quieres rebelarte nunca?'

'La sociedad está llena de chicas solteras que se portan bien'

Julia protestó, evitando la pregunta. 'Ser cualquier otra cosa debe considerarse rápido, y eso es una desventaja definitiva para las perspectivas de matrimonio de uno. Mira lo que pasó el otro día.

Fue su turno de estremecerse, pero dejó pasar el comentario. —Sí, pero no eres una de esas cositas recién salidas del mundo con el cerebro esponjoso, ¿verdad? Hal apoyó un hombro contra la pared, su mano todavía en la de él, y frunció el ceño. El teatro parecía haberse quedado en silencio, quizás para la comida del mediodía, y estaban completamente solos.

¿Me está diciendo cortésmente que estoy en el estante, mayor Carlow? ¿En mis últimas oraciones?

'No.' Sacudió la cabeza. 'No, estoy tratando de entenderte, y has evitado responder a mi pregunta, tal como me advertiste que harías'.

Julia sintió el calor de su mano envolviendo la de ella y la quietud que los envolvía. Él había usado una colonia esa mañana, o tal vez era su jabón:

solo un leve toque de madera de sándalo jugueteaba con sus fosas nasales.

'Sí, quiero rebelarme algunas veces', dijo finalmente. 'No debería haber entrado en ese camerino en este momento, no debería estar parado aquí contigo. Debería haber huido de ese claro en el momento en que hiciste que Fellowes me soltara. Y no debería criticar a los caballeros que me dan advertencias bien intencionadas sobre mi conducta.

'¿Es eso lo que hizo? Idiota pomposo —dijo Hal. Debería haberlo llamado.

'No puedes llamar a alguien por ser pomposo.' Su dedo meñique había encontrado el anillo de sello en la mano de Hal y se dio cuenta de que estaba jugueteando con él. Ella se detuvo abruptamente.

'¿Cómo encontró algo que criticar, de todos modos?' preguntó Hal.

—Admití que te conocía —confesó Julia.

'Ah.' Hal soltó su mano y se enderezó. 'Bueno, en ese caso, lo perdono. Tenía toda la razón al advertirte.

—¡Mayor Carlow! No puedes pasar tiempo a solas conmigo ahora, er, charlando y luego sermoneándome sobre la imprudencia de tal comportamiento.

'¿Por qué no? Soy peligroso; lo sabes y deberías evitarme, porque ahora tienes la evidencia. Me temo que tiene razón: siendo la sociedad como es, la responsabilidad es de la señora. Se alejó y comenzó a abrir puertas y mirar hacia adentro.

'Oh, entonces la responsabilidad es mía, ¿verdad? ¿Y qué estás haciendo?'

—Se supone que tú eres el virtuoso —señaló Hal con una lógica exasperante, cerrando otra puerta—. 'Aquí estamos, sólo la cosa.' Se metió en la habitación y salió con un gran ramo, con cintas colgando. ¿Para La Catalani? ¡Pero no puedes simplemente robar flores!

"Solo es robo si los saco de las instalaciones con la intención de privar permanentemente al propietario de ellos", dijo Hal, revelando una familiaridad preocupante con la infracción de la ley. 'Ahora, déjame hablar; esta es su habitación.

Llamó a la puerta con una tarjeta con su nombre pegada con chinchetas. — El comandante Carlow y la señorita Tresilian para madame —anunció a la anciana doncella que contestó, absorbiendo las palabras y deteniéndose en seco tan bruscamente que Julia chocó contra su espalda—. '¡Señora! Su

muy humilde servidor y admirador. Tenía que venir: no podía quedarme fuera cuando me enteré de la terrible noticia de que no te encontrabas bien.

'¿Indispuesto?' Una voz rica y fuertemente acentuada exigió en tonos de indignación. '¿Indispuesto? ¿A mí?'

Pero sí, señora. Cuando me enteré de que había rechazado el evento más prestigioso e histórico que jamás se haya celebrado en Bruselas, supe que solo podía haber una explicación. Por favor, acepte esta humilde muestra. Estaba presentando las flores, supuso Julia, incapaz de ver a su alrededor. Se contentó con admirar la elegancia de su espalda y la amplitud de sus hombros.

—Encantador —dijo Madame vagamente—. 'Emily, encuentra un jarrón. ¿Que evento?'

Por fin, Hal se movió lo suficiente para que Julia lo viera. La cantante se recostó en un sofá, mirando a su visitante con interés. Y no era el evento lo que le preocupaba, Julia se dio cuenta. Era el hombre guapo parado frente a ella. Miró a Julia, la descartó sin importancia y volvió a fijar sus grandes ojos oscuros en Hal.

—Vaya, la recepción de lady Geraldine Master en honor del duque de Wellington —dijo—. 'El mayor general vivo, el hombre que derrotará a Napoleón en la batalla decisiva de nuestro tiempo. El hombre que salvará a Europa. Todo el mundo estará allí, sus hijos hablarán de ello, y no podrán decir, Madame Catalani lo honró con el poder y la belleza de su canto y el glamour de su presencia.

Tienes que admirar su técnica, pensó Julia, luchando por mantener la cara seria. La prima donna tenía casi con toda seguridad la edad suficiente para ser su madre, su cabello recogido en una pila era de un improbable tono castaño y su figura era, para ser amable, voluptuosa, y miraba a Hal con el aire de un gato que acaba de ver su próxima comida. A Julia se le ocurrió que era su responsabilidad sacar a Hal de allí con lo que quedaba de su virtud intacta. Evitó pensar en las implicaciones de los feroces sentimientos que despertaba el escrutinio de la otra mujer.

"No tenía idea de que era un evento de tal magnitud", dijo lentamente el cantante. Lo describe con tanta... pasión.

'¿Cómo puede uno dejar de ser apasionado en presencia de un arte tan elevado y una belleza tan grande?' Hal dijo en tonos palpitantes. Julia se

llevó las manos a la boca y se mordió un nudillo con fuerza para reprimir la risa. "Y cuando esa pasión se encuentre con el poder de un hombre como Wellington, se hará historia".

Dime la fecha otra vez. ¿Estarás allí?'

El dieciocho de junio. Si tengo que caminar sobre brasas, señora, allí estaré. Julia se atragantó tan silenciosamente como pudo. El vestidor sacó un diario; se consultó y Madame estuvo de acuerdo en que podía asistir.

—La tarifa —murmuró Julia.

—Puede ser que no haya tarifa —ronroneó Madame, con los ojos fijos en Hal—. Si el evento está a la altura de... las expectativas.

'Señora.' Hal se adelantó, se arrodilló y saludó a la mano que le tendía, llena de anillos. Lady Geraldine confirmará todos los detalles por escrito. No puedo expresarte mi alivio al saber que estás bien.

'Niño tonto.' Ella acarició su cabello por un momento fugaz, luego Hal se puso de pie y salió de la habitación como si estuviera en presencia de la realeza. Julia la siguió con la gracia que pudo reunir, haciendo reverencias mientras avanzaba.

Lo persiguió por el pasillo hasta el vestidor que había estado usando antes. '¡De todas las cosas impactantes! ¡Ella te espera por la tarifa! ¡Es indignante, repugnante! ¿Qué diablos vas a hacer, Hal? Julia exigió tan pronto como la puerta se cerró detrás de ellos. Entonces se dio cuenta de que lo había llamado por su nombre de pila.

'Corre como el infierno', dijo con sentimiento. Pero ella estará por encima del duque, no hay necesidad de temer por mi virtud, Julia.

—Fuiste allí —dijo ella, todavía tan horrorizada por lo que había sucedido que no podía dejar de hablar. —¡Entraste con la intención de coquetear con ella, con la intención de seducirla!

'¿Seducir? ¡Maldita sea! —dijo con sentimiento—. No tuve que hacer ninguna seducción. La mujer está hambrienta. Él frunció el ceño. '¿Me estás sermoneando? Usé las armas que tengo y obtuve lo que querías, posiblemente sin costo alguno para Lady Geraldine.

'¿Armas? Tu apariencia, tu encanto, supongo. Tú, Hal Carlow, no tienes ningún escrúpulo. Estoy impactado.' Julia descubrió que, en efecto, estaba escandalizada.

La animación desapareció del rostro de Hal, dejándolo sin expresión. '¿A mí? ¿Me encuentras sin escrúpulos?

Julia contuvo el aliento. Si no lo supiera mejor, habría pensado que había herido sus sentimientos. Pero este era el hombre que confesaba abiertamente ser un libertino, que admitía las estratagemas que acababa de usar para obtener lo que quería de una mujer. ¿Cómo podrían sus palabras, o su mala opinión, herir a Hal Carlow?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 7

¿Poco escrupuloso? Hal se dio cuenta de que eso dolía más de lo que podía haber imaginado. Mientras lo pensaba, incluso cuando vio la mirada de alarma en el rostro de Julia por su repentina frialdad, supo que no estaba siendo razonable. ¿Cómo podía tener idea de por lo que estaba pasando? No tenía ni idea de cómo tenía que controlarse para no hacer ninguna de las cosas sin escrúpulos de las que era perfectamente capaz para seducir a una mujer.

En el bosque, simplemente había dejado que su pasión tomara rienda suelta, pero ahora la deseaba tanto que le dolía físicamente y requería disciplina consciente para no coquetear, no engatusar, no seducirla en sus brazos. Y mentalmente, era un esfuerzo concentrarse en cualquier otra cosa excepto en el acertijo de por qué estaba obsesionado con ella.

Reírse con ella y sus amigos había sido una dicha completamente peligrosa. Sostener su mano, sola en el pasillo, había sido una tortura autoinfligida. Y era peligroso, no sólo para su virtud, sino también para su corazón. No tenía intención de que ella se enamorara de él, pero sabía, sin vanidad, que existía ese riesgo.

—Lo siento —dijo, con la voz entrecortada—. Dios sabe lo que ella había visto en su rostro.

'No yo soy.' Hal sonrió, arrepentido. '¿Me veía tan feroz? Es sólo que tienes toda la razón: no tengo escrúpulos. Pero me esfuerzo mucho por no ser así contigo.

'No, no feroz.' Ella sonrió, más feliz, y algo lo apuñaló bajo el esternón como un dedo afilado, advirtiéndole. 'Pero tus ojos cambian de color cuando estás enojado. Se vuelven completamente grises, todo el azul se desvanece. Sé que nunca me harías daño, Hal. Confío en ti.'

Oh Dios, sólo necesita eso. Si tuviera alguna idea de las fantasías que tengo sobre ella, de las cosas que quiero hacer con ella... El agudo deseo físico por ella se había apoderado de él desde el momento en que se había tropezado con sus brazos en el bosque. Ahora, para su vergüenza, la quería en su cama, debajo de él, a su alrededor. Quería su inocencia.

Hal no estaba acostumbrado a sentirse culpable por nada. Cumplió su deber militar con pasión e integridad, porque esa era su vida y su responsabilidad y su honor no le permitía hacer otra cosa. Las mujeres con las que se

asociaba tenían al menos tanta experiencia como él, nada por lo que sentirse culpable, y todos sus otros pecados no dañaban a nadie más que a sí mismo. Pero ahora se sentía culpable, no por lo que casi había hecho, sino por lo que quería hacer. Una sensación de total indignidad lo invadió. Julia estaba de pie

allí, confiado y amable. ¿Cómo cambiaría la mirada en esos claros ojos marrones si viera lo que él sabía que era el verdadero Hal Carlow y no la ficción que él había creado para ella?

Ella era una inocente que creía que él era su amigo, un libertino que momentáneamente había perdido el control de sí mismo. Hal trató de encontrar la fuerza para desairarla, alejarla, y fracasó por completo. Debe, al menos, distanciarse de ella después de hoy. No soy digno de ella.

—¿Irás a la revista de caballería la próxima semana? preguntó, horrorizado de escuchar las palabras saliendo de su propia boca.

'No, no se nos pregunta. Creo que después invitaron a lady Geraldine al banquete, así que no pude ir con ella. Parecía arrepentida, a pesar de su sonrisa. 'Y en cualquier caso, es en Ninove, ¿no es así? Eso está a millas de distancia.

Allí, ella le había dado la oportunidad de negar esa investigación imprudente. Todo lo que tenía que hacer era estar de acuerdo en que era una pena que ella no estuviera allí. Con una ruta de escape despejada ante él, Hal rápidamente se atrincheró más profundo. Tengo un conocido, un señor mayor nativo de Bruselas, que conducirá allí en su carruaje. Estaría encantado de llevarte a ti, a la señora Tresilian y al joven Phillip con él. Sé que estaba planeando un picnic. Es muy respetable, no se parece en nada a mí.

'Entonces, ¿cómo lo conoces?' preguntó maliciosamente, haciéndolo reír.

Viene regularmente al Instituto Literario. De hecho, el barón vander Helvig vino únicamente para jugar cartas de alto riesgo, pero aparte de eso, era un viudo respetable y sobrio de unos sesenta años. Era rico, sociable y amable, y Hal había ideado el plan de pedirle que vigilara la casa de los Tresilian cuando la situación con Bonaparte llegara a un punto crítico. Puede que tuvieran que salir de Bruselas a toda prisa, y el barón tenía un gran establo.

La revista sería una oportunidad admirable para presentarle a la señora Tresilian, y el barón estaba lo bastante en deuda con Hal —literalmente—

para mostrarse complaciente, aunque sospechaba que el sociable belga estaría de acuerdo de todos modos. Trató de decirse a sí mismo que esa era la razón por la que convenció a Julia para que asistiera a la revista. No lo era, lo sabía perfectamente. Su conciencia recién despertada le estaba señalando que quería desfilarse frente a ella con su uniforme, en su gran caballo, a la cabeza de sus hombres, para demostrar que era digno en su profesión, al menos. Cresta de gallo, se dijo a sí mismo.

—Mamá no querría imponerse a él —dijo Julia dubitativa—.

Lo disfrutaría. Es un hombre sociable, pero sospecho que se siente bastante solo desde que murió su esposa. Y él iba a ir de todos modos.

—No debes decirle que me lo has mencionado a mí —dijo Julia. Si cree que lo sabemos, se sentirá obligado.

'Muy bien. Seré el tacto en sí mismo —le aseguró Hal, abriendo la puerta—. Ahora será mejor que te encuentre un taxi.

Estaban bajo el pórtico, inspeccionando la calle. 'Hay uno.' Hal dio un paso adelante y luego retrocedió hacia la sombra. Y aquí viene el reverendo señor Smyth. Creo que me esfumaré antes de ser la causa de que pierdas a otro de tus dignos pretendientes, Julia. Se permitió la indulgencia de llevarse la mano enguantada de ella a sus labios. Espero verte en la revisión.

Julia se sintió despojada de repente cuando Hal desapareció de nuevo en el teatro. Era tan vívido, tan vivo que cuando estaba con él se sentía más viva también. El señor Smyth pasaba por delante del teatro, dirigiéndose quizás a la catedral. Julia salió a la luz del sol y bajó los escalones. —¡Señor Smyth!

—Señorita Tresilian. Se detuvo y se quitó el sombrero. Parece que has perdido a tu doncella.

—Tuve que enviarla a casa con el pescado —dijo Julia vagamente, con la esperanza de que los detalles del mantenimiento de la casa lo distrajeran de su estado sin carabina—. —Tenía un recado para lady Geraldine, pero le agradecería que me llamara un taxi.

'Por supuesto.' Parecía más feliz ahora que ella confiaba en él. Julia reprimió un suspiro. Era un hombre muy agradable y decente, pero nadie, por caritativo que fuera, podía llamarlo vívido.

Sin embargo, él era un excelente material para marido, se recordó a sí misma mientras subía al taxi que él había encontrado para ella. Ella lo saludó con la mano mientras estaba de pie en la acera: sólido, paciente,

amable. Ella debe recordar eso. Supondría toda la diferencia en el mundo para mamá y Philip si ella se casara respetablemente. La obligación, el darse cuenta de que podía hacer algo para ayudarlos debería hacerla feliz, incluso orgullosa. Se sentía miserablemente consciente de su propia falta de deber: empezaba a parecerle una carga intolerable.

Mientras el taxi traqueteaba colina arriba hacia la Ciudad Alta, ella suspiró. Era su deber casarse, aunque fuera con un hombre al que se podría calificar caritativamente de ratoncito.

¿Qué había dicho Hal sobre su hermana? Que era rápida y había encontrado un hombre tan salvaje y poco convencional como ella. Sonaba excitante, apasionado y peligroso. ¿Sería así la vida con Hal Carlow? No debe pensar en ello, ni siquiera en sueños.

'Julia'.

Se sobresaltó, sintiéndose inexplicablemente culpable, y dejó su rebanada de pan con mantequilla. '¿Mamá?'

La señora Tresilian agitó una hoja de papel color crema grueso. Acabo de recibir esta carta de un tal barón vander Helvig, que se presenta como amigo del mayor Carlow y conocido de lady Geraldine. ¿Qué sabes sobre él?'

Julia sonrió brillantemente. —Nunca he conocido al barón, mamá.

'Eso no es lo que te pregunté.'

El comandante Carlow lo mencionó. Es viudo, creo. En sus sesenta.

Nos invita a los tres a que lo acompañemos en su carruaje a la revista de caballería cerca de Nínove. Dice que le estaba comentando al mayor Carlow que no tenía compañía para el evento y el mayor sugirió que tal vez nos gustaría ir. ¿Qué sabes de eso?

Eh... el comandante Carlow sí lo sugirió, pero le pedí que no le mencionara al barón que teníamos alguna idea, así que no se sintió obligado.

'Ciertamente no teníamos idea.'

Julia se movió inquieta cuando su madre la miró. —A Philip le encantaría —sugirió ella—, y tú disfrutarías del espectáculo y de la oportunidad de salir de la ciudad, mamá.

—Julia —dijo la señora Tresilian con cuidado. No se reunirá con el comandante Carlow, ¿verdad?

—Solo accidentalmente —dijo Julia, al menos con la conciencia tranquila—. Lo encontré cuando estaba visitando a Madame Catalani para Lady Geraldine. Pero entonces conocí al señor Smyth y me consiguió un taxi a casa desde la Ciudad Baja. Eso era, lo sabía perfectamente bien, una escandalosa edición de los hechos. Julia se preguntó con inquietud si la asociación con Hal Carlow era tan peligrosa como él le había advertido que podía ser. Sus estándares morales parecían estar decayendo; podía sentir casi como si el suelo se moviera ligeramente bajo sus pies. Pero la idea de no volver a verlo nunca más la hizo sentirse muy mal. Fue muy difícil de entender.

La señora Tresilian volvió a leer la carta. —Le pediré consejo a lady Geraldine —dijo después de unos momentos de suspenso angustiosos. "No me gustaría privarnos a ninguno de nosotros de un día de entretenimiento inofensivo, y este podría ser un espectáculo de importancia histórica".

Despierta, Felipe. Julia sacudió el hombro de su hermano mientras yacía acurrucado en el asiento del carruaje a su lado. Mira, ya casi llegamos.

Phillip se retorció erguido, frotándose los ojos. '¡Oh! ¿Es eso para nosotros? Esa fue la decoración de ramas frondosas que cubrían cada poste o superficie vertical y caían de las cuerdas y los marcos. Delante había un gran arco triunfal, rematado con lo que parecían coronas de laurel. Incluso la señora Tresilian se asomó desde el carruaje abierto para ver.

—Creo que es en honor al duque y al mariscal Blücher —explicó Julia.

—Y el Príncipe de Orange —añadió el barón, sonriendo al pequeño. Robusto, jovial y expresándose encantado de tener a dos "encantadoras damas" en su carruaje, el barón vander Helvig había hecho que el viaje transcurriera con un flujo inagotable de cotilleos afables, preguntas sobre Londres e historias sobre la vida en los Países Bajos. Napoleón.

¿A qué hora comenzará? —preguntó la señora Tresilian mientras el barón consultaba su reloj de bolsillo.

—No hasta el mediodía por lo menos, señora, y ya son las once y media. tengo un lugar reservado en el m

adow que está un poco más allá de la ciudad. El carruaje salió de la calle principal en medio de multitudes a pie, a caballo y en carruajes, todos en la misma dirección hacia el campo.

Entonces la señora Tresilian jadeó y Julia se volvió para mirar. Delante no había nada más que un mar de color y una masa arremolinada de caballos y jinetes que cubrían los amplios prados que se extendían a lo largo del río Dender, hasta la pronunciada pendiente del bosque.

—Debe de haber miles de ellos —murmuró Julia asombrada mientras el cochero maniobraba el carruaje para colocarlo en posición.

Seis o siete mil asintió. —Cuarenta y seis escuadrones, según me dice el mayor Carlow. Ya ves: los dragones pesados, luego los dragones ligeros.

Julia estiró el cuello: Hal estaría allí, imposible de distinguir entre la masa de jinetes.

—Y también las baterías y los obuses —explicó el barón—. Y creo que tienen a la Rocket Brigade en alguna parte.

—Es como una pared de ladrillo rojo —murmuró la señora Tresilian, mirando los pesados dragones, pero Julia buscaba las líneas azules, distraída por el patrón cambiante de las anchas solapas en al menos cuatro colores. Y entonces vio el gran caballo, de un gris fantasmal entre los castaños más oscuros, los negros y los castaños. Había otros grises, pero ninguno tan grande y pálido como ese. Había encontrado a Hal. Julia se recostó contra los respaldos, con los ojos fijos en la figura distante, feliz.

El sol brillaba y las tropas maniobraban, giraban, se reformaban. Los dignatarios inspectores bajaron por un puente temporal y luego pasaron arriba y abajo de las filas; el picnic fue desempacado y consumido; y Julia casi derramó su limonada sobre su vestido nuevo cuando sonó el saludo de veintiún cañonazos.

Phillip se quedó casi mudo de emoción, con los ojos muy abiertos, fijos en el patrón cambiante de los jinetes, las exhibiciones de ejercicios de artillería, el brillo de las armas y las órdenes.

Luego, el duque y sus invitados se marcharon rumbo, según les informó el barón, a una gran cena en el cuartel general de lord Uxbridge. Julia respiró hondo, medio deslumbrada por el espectáculo, medio decepcionada de que todo hubiera sido a distancia.

—Ah, están empezando a separarse —dijo el barón. 'Muchos de ellos tienen una distancia para volver a sus aposentos. Si nos quedamos aquí, el joven Philip verá a algunos de ellos más de cerca. ¿Te gustaría eso? ¿Eh?

Julia mantuvo una mano firme sobre el hombro de su hermano mientras permanecían de pie junto al carruaje y observaban el paso de las tropas en pequeños grupos. Y entonces Phillip soltó un chillido de excitación y Julia se dio la vuelta. Un gran caballo gris se acercaba por detrás de ellos.

'Barón.' Hal tocó su chacó con la mano. —Señora Tresilian, señorita Tresilian. Y maese Phillip, ¿se está divirtiendo?

Julia solo podía estar agradecida de que estuviera hablando con su hermano. Si él le hubiera hecho una pregunta, dudaba que pudiera haber hecho un comentario sensato. Era ridículo, se dijo a sí misma. Era una mujer madura, no una chiquilla tonta que se dejara deslumbrar por un uniforme. Pero aquí estaba ella, con el corazón latiendo con fuerza, deseando sonreír como un bobo, todo porque un hombre estaba allí con el aspecto de una estatua de valor que había cobrado vida.

—¿Cómo se llama su caballo, mayor? preguntó Felipe. Estaba de pie, a una distancia cautelosa de los grandes cascos, con las manos a la espalda.

'Máx.' El caballo giró la cabeza y miró al niño pequeño que se mantuvo firme y le devolvió la mirada.

Es muy grande.

Diecisiete manos. ¿Te gustaría dar un paseo?

'¿A mí?'

Si tu madre te lo permite.

'Importante-'

Estará a salvo, señora. Phillip, levanta las manos. Hal se inclinó, agarró las muñecas del chico y lo subió a la silla que tenía delante. 'Ahí tienes. ¿Tal vez la señorita Tresilian debería caminar con nosotros, en caso de que quiera bajar?'

'Sí, por supuesto.' Julia siguió el paso mientras Hal hacía girar al caballo hacia el río, a través de la hierba alta y sin pisotear y lejos del bullicio de la gente que salía del patio de recreo.

Hal le habló en voz baja al niño. 'Creé a Max de uno de mis grandes cazadores y una yegua de mi hermano, pero es más grande que los dos. Tiene cinco años, solo un poco mayor que tú.

Julia vio que su hermano se relajaba y comenzaba a sonreír. Se recostó confiadamente contra el hombre que lo sostenía y comenzó a hacer

preguntas, todas las cuales Hal respondió con paciencia, hablándole al niño como si fuera un igual. Parecía entender al niño y estar preparado para tomar cualquier problema con él. Julia miró hacia arriba y los vio a los dos, charlando como viejos amigos mientras el caballo se dirigía hacia el río. Luego tropezó cuando la comprensión la golpeó como un golpe.

Se estaba enamorando de Hal Carlow. No lo había visto cuando miró al apuesto y deslumbrante oficial de caballería; entonces, ella simplemente lo había admirado y deseado. Era este hombre tranquilo, absorto en divertir a un niño pequeño que apenas conocía, quien le había arrebatado el corazón.

—¡Sí, por favor, señor! Phillip dijo y ella miró fijamente, dándose cuenta de que se había perdido algo.

Hal bajó, dejando a Phillip encaramado solo en la silla. —Sujeta las riendas como te enseñé —dijo Hal, dando la vuelta para pasar los estribos por los cueros para que el niño pudiera poner los pies en ellos. 'Sientate derecho. Ahí tienes. Se inclinó y susurró: 'Está bien, Max simplemente caminará conmigo. ¡Vamos, señor Tresilian! En el paseo ¡Adelante!'

Tomó la mano de Julia y la metió debajo de su codo. ¿Te gustó la reseña? Max caminó tras ellos.

'Fue maravilloso, muchas gracias por arreglarlo. El barón ha sido la bondad misma. Esperaba sonar normal; era difícil de decir.

—Acércate a él si tú y tu madre tenéis que marcharos de Bruselas a toda prisa —dijo Hal—. Él pondrá a tu disposición un carruaje para que vayas a Amberes.

'¿Podríamos tener que hacerlo?' Parecía imposible que cualquier ejército, incluso uno comandado por Napoleón, pudiera atravesar el muro de hombres que había visto hoy. Y ninguno de la infantería había estado allí.

'Nunca sabes.' Él apretó su brazo contra su costado. Y no quiero preocuparme por ti.

'¿Te preocuparías?' La pregunta salió sonando curiosamente sin aliento. Julia mantuvo los ojos fijos en la hierba que se movía frente a ellos.

—Oh, sí —dijo Hal en voz baja—. Me preocuparía.

¿Puedo trotar? Phillip exigió, mirando hacia abajo desde su posición.

—No, pero podemos galopar juntos —dijo Hal, bajando de nuevo los estribos—. Siéntate un poco. Se subió a la silla y miró a Julia mientras

metía los pies en los estribos y cerraba las manos sobre las riendas de Phillip. Su boca sonreía, pero sus ojos estaban serios. Necesito que estés a salvo. Agárrate fuerte —añadió a Phillip y clavó las espuelas para que el gris retumbara a lo largo de la orilla del río.

Julia caminó lentamente de regreso al carruaje, la cabeza le daba vueltas. Ella se estaba enamorando de él y él se preocupaba por ella. La quería a salvo. Observó cómo Hal los traía de regreso a todo galope, el niño pequeño frente a él gritaba de emoción. La quería a salvo, ¿significaba eso que la quería a salvo de él?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 8

El primero de mes fue un excelente día para buenos propósitos. Julia se paseaba por el ancho paseo central del parque, su doncella pisándole los talones, su sobrio gorro provisto de un modesto velo que ocultaba el hecho de que sus ojos tenían sombras oscuras debajo de ellos por la falta de sueño. Cualquier esperanza de recuperar sus sentidos una vez lejos del glamour del Mayor Carlow en uniforme completo a caballo bajo el sol se había desvanecido después de tres noches de soñar con él y un tercer día en el que simplemente no podía sacárselo de la cabeza.

El martes, hizo una lista de las admirables cualidades que posee el Sr. Smyth y rápidamente se echó a llorar. El miércoles, instigó deliberadamente una discusión sobre quiénes eran los hombres más peligrosos de Bruselas entre un grupo de señoritas en una fiesta. Encabezando la lista de los aceptados como coqueteos incorregibles, en los que no se podía confiar en la terraza después del anochecer e incapaces de un apego o compromiso sincero estaba, como ella esperaba, el mayor el honorable Hal Carlow.

Luego, hoy, jueves primero de junio, sorprendió a su madre al insistir en asistir a maitines antes de llevar a Phillip a jugar al parque. Los esfuerzos por concentrar sus pensamientos en cosas más elevadas, o incluso en su deber de alentar al Sr. Smyth, se evaporaron ante la vista de una vidriera que mostraba la caída de Lucifer. Hal Carlow podría haber actuado como modelo para el ángel renegado en toda su belleza arrogante y desafiante.

Incluso Phillip parecía haber captado su estado de ánimo y caminó con dificultad pateando grava, dejando a las palomas sin ser perseguidas.

—Señorita Tresilian, buenos días. Era, inevitablemente, el reverendo Smyth, quitándose el sombrero de ala ancha.

Julia se quitó el velo y forzó una sonrisa. Había pedido fuerza para hacer lo correcto, ahora debía intentarlo. Se sentía como si los músculos de sus mejillas estuvieran crujendo. Qué hermoso día, señor Smyth.

'Ciertamente lo es, estamos disfrutando de un verano más clemente. ¿Puedo caminar contigo un poco?

'Por supuesto señor.' Julia tomó el brazo que le ofrecía e inmediatamente ajustó su modo de andar al paso lento que obviamente él consideraba apropiado para una dama. El lunes tuvimos un gran placer: el barón Vander Helvig tuvo la amabilidad de llevarnos a ver la revista de caballería.

¿El barón vander Helvig? No tengo el placer de conocerlo. Parecía tan molesto que Julia se apresuró a tranquilizarlo, dándose cuenta mientras hablaba de que solo lo estaba animando. Como debo hacerlo, necesito una declaración.

Un señor mayor. Fue muy encantador con mamá”, agregó. Y fue un placer para Phillip.

Pero no es el tipo de entretenimiento para damas, habría pensado. Sin embargo, aquellos de nosotros que esperábamos encontrar un retiro tranquilo en Bruselas ahora nos encontramos en medio de eventos conmovedores”, comentó el Sr. Smyth. Sin duda, la señora Tresilian está haciendo planes para regresar a Inglaterra antes de que la amenaza de Francia sea mayor.

'Por qué no, no teníamos planes de hacerlo', dijo Julia.

—Porque cuando lo haga, será un placer ofrecerle mi escolta. Dentro de poco viajaré para empezar mi nueva vida.

Oh, sí, en Suffolk, ¿no? Trató de no sentirse molesta porque él simplemente había ignorado su propia declaración.

'¿Usted recordó?' Parecía encantado. 'Tal vez todos ustedes vendrían y visítame una vez que esté instalado.'

'Yo... Oh, gracias, pero nuestros planes no son volver...'

Sentémonos aquí y el joven Phillip puede jugar con su pelota. Sacó su pañuelo del bolsillo y sacudió un poco de polvo de un asiento para ella, luego hizo un gesto hacia la hierba frente a ellos. 'Ahí estás, jovencito'.

Phillip le devolvió la mirada impasible, con la pelota apretada contra su estómago. El otro día monté un gran caballo gris y galopé.

"Qué imaginación", se rió el Sr. Smyth. Necesita una presencia masculina constante en su vida, por supuesto. Un niño de esa edad, antes de la influencia del tutor o de la escuela, requiere una guía firme pero tierna.

Necesita a alguien como Hal que lo lleve a aventuras y que lo escuche, pensó Julia con rebeldía mientras Phillip se alejaba y comenzaba a patear su pelota. No parecía gustarle mucho el clérigo.

'... por supuesto, todos los pobres varones necesitamos una influencia estabilizadora en nuestras vidas.' El señor Smyth estaba diciendo algo; Julia

se apresuró a murmurar su acuerdo. —Me alegro de que pienses eso —dijo con calidez, mientras su cerebro se ponía al día con sus últimas frases.

Va a hacer una declaración en cualquier momento. Él es perfecto, realmente lo es. Mamá estaría muy contenta. Debería decir que sí si pregunta. Ella lo miró a los ojos y vio la intención en ellos. Dios mío, no si, sino cuándo.

Debería decir algo alentador y precipitar las cosas, o desairarlo ahora, antes de que esto llegara a más.

'¡Vergonzoso!'

'¿Qué?' Julia pensó por un momento sobresaltada que él estaba leyendo sus pensamientos, luego vio que su mirada estaba fija en un grupo de oficiales con chaqueta azul en uno de los caminos que cruzaban en ángulo recto hacia donde estaban sentados. Su corazón se hundió cuando los reconoció. Eran los amigos de Hal del teatro, y en el medio, riéndose mientras los demás le daban palmadas en la espalda y se burlaban de él en voz alta por algo, estaba Hal.

Se bajó el velo sin pensar, luego vio a Phillip. Hal lo reconocería y la buscaría y luego...

—No se preocupe —dijo el señor Smyth—. Si uno de esos jóvenes machos mira en tu dirección, sabré qué hacer.

—Oh, bien —dijo Julia débilmente, imaginando al clérigo enfrentándose al grupo que parecía como si todos hubieran desayunado de la botella de brandy. Pero ahora estaban casi al final del camino, de espaldas a Phillip, que corría hacia ella.

Borracho, no me cabe duda... ¡y a esta hora!

—Tal vez no borrachos exactamente, parecían estar celebrando —aventuró Julia, recogiendo la pelota y tirándosela a Phillip antes de que dijera algo sobre el comandante Carlow y su gran caballo. Son sólo las once de la mañana.

—Habrán estado toda la noche en el Instituto Literario —dijo el reverendo en un tono de voz que no habría sido inadecuado si hubiera dicho que habían estado en Sodoma y Gomorra—.

—Pensé que era un club muy respetable —dijo Julia, apartando la mirada del grupo que se retiraba—.

'Es, arriba. Bajar las escaleras es un infierno de juego. Esos libertinos habrán estado jugando a las cartas y bebiendo toda la noche.

'Impactante.' Y por supuesto que lo fue. Pero todos se veían y sonaban tan felices y alegres. ¿Hacía realmente algún daño si no jugaban más de lo que podían permitirse perder, o mientras no ganaran dinero de alguien que luego se arruinaría? Hal dijo que rara vez perdía: tal vez aquellos con los que jugaba salían de las salas de cartas desamparados y desesperados. Tenía que dejar de pensar en él, de quererlo.

Julia volvió a levantarse el velo y dirigió una brillante y decidida sonrisa al señor Smyth. Era un hombre amable y decente. Ella debe hacer lo correcto, incluso si le rompe el corazón. Cuéntame más sobre tu vida. ¿Está en una parte bonita del condado?

Hal entró en su habitación de hotel y dejó que la puerta se cerrara de golpe detrás de él. Se había estado sintiendo bien. Mejor que bien. A sus hombres les había ido tan bien en la revisión que tanto el duque como el mariscal Blücher se habían detenido para comentar favorablemente. El ambiente en sus aposentos había sido mejor de lo que jamás podría recordar, los hombres ansiosos por pelear, la moral por las nubes.

Y luego estaban esos pocos momentos en el prado con Julia, su voz suave y sin aliento cuando le había preguntado si se preocuparía por ella. Momentos como aguas claras y tranquilas en medio de una vorágine. No se atrevió a pensar en cuáles podrían ser sus emociones, porque no estaba seguro de poder vivir con su conciencia si le rompía el corazón, incluso si todo lo que ella sentía era una ilusión de primer amor.

Y el joven Felipe. Hal sonrió al pensar en la emoción del niño, en su coraje cuando se encontró solo en la cima de la montaña que era Max. La sonrisa se desvaneció cuando lo recordó hace unos momentos en el Parc. El niño no lo había visto, gracias a Dios, y tampoco, pensó, Julia.

Los oficiales que estaban fuera de servicio habían regresado de sus bases en la madrugada, demasiado estimulados después del duro trabajo del día para dormir. Y allí, en las salas de juego del Instituto, había estado un conde prusiano del que todos sospechaban que manipulaba las cartas. Había sido una tentación demasiado grande no tomarlo por cada franco en sus bolsillos, comparando la habilidad de Hal con la prestidigitación del conde, y demasiado natural para beber mucho mientras lo hacía.

Julia había estado sentada recatadamente con su clérigo cuando pasaron, drogados como cometas por el éxito y el vino. Casi los había dejado atrás cuando reconoció a Phillip por primera vez y luego la vio a ella. Por su bien, no se atrevía a arriesgarse a escandalizar a otro de sus dignos pretendientes: estaba lo suficientemente sobrio como para recordar sus buenos propósitos... justo.

Había cartas sobre la mesa con una de la mano de Marcus encima. Hal cortó el sello y lo abrió con una mano mientras alcanzaba la botella con la otra. No quería estar sobrio. Sobrio, pensaba demasiado en Julia Tresilian.

La noticia comenzó de manera bastante tranquilizadora. Marcus tuvo una idea sobre un hombre ideal para su hermana menor, Verity. Mamá se había torcido el tobillo, pero solo levemente y se estaba recuperando. Nell, su esposa, tenía seis meses de embarazo. La mitad de una hoja estaba llena de detalles domésticos de un hombre enamorado de su esposa, enamorado de su hijo pequeño y dividido entre la ansiedad y la alegría por la próxima llegada.

Hal dejó caer la carta, odiando la punzada de celos que sentía por su hermano. Había quemado sus propios barcos. La felicidad matrimonial, con sus ataduras y terrores, no era para él. Era un soldado de carrera y, por su libre elección, se había vuelto indigno de cualquier chica decente. Había decidido su propio destino, y ahora era demasiado tarde para arrepentirse, solo por una chica de ojos marrones que era demasiado buena para él.

Maldiciendo su debilidad sentimental, recogió la carta y se obligó a concentrarse.

Puedo desear que este asunto francés termine y que estés a salvo en casa, escribió Marcus. La carta de Mildenhall confirmó los rumores que había estado escuchando. Alguien está removiendo las cosas y, aunque no tengo pruebas, no puedo creer que esta vez se deba por completo a Hebden, o Beshaley, o como sea que el maldito hombre se llame a sí mismo esta semana. O no él solo, en todo caso. Sin duda él era el culpable del ataque a Nell, de ese espantoso episodio con Honoria. Y podría retorcerle el cuello, al bastardo, por la ansiedad que le hizo pasar a Nell recientemente, preocupándose por su hermana Rosalind. Pero esto se siente diferente, no como sus ataques directos o las malditas cuerdas de seda que deja para alarmarnos.

Los rumores están en un nivel demasiado alto en el gobierno. Los hombres de la generación de nuestro padre me detienen para tener una palabra tranquila en mi oído. No creen que algo ande mal, por supuesto, pero están inquietos.

¿Recuerdas que se arrancaron tres páginas del diario de Padre del 94 cuando finalmente lo recuperamos? Todavía no puedo lograr que Padre hable sobre lo que hay en ellos. Dice que no recuerda, que no puede haber nada que no nos haya dicho. Tarde o temprano, él también escuchará estos rumores, y luego las ratas saldrán de la bolsa con fuerza.

Cuídate. Me oprime un sentimiento de peligro por ti, lo cual es una maldita tontería por la que preocuparse con un soldado, ¡lo sé!

Nell envía su amor...

Nell era libre con su amor, pensó Hal con una sonrisa, generosa incluso con su cuñado, que había disfrutado bromeando con Marcus coqueteando con ella. Tal vez eso había ayudado a su hermano a darse cuenta de que la amaba.

Pero Marcus era el sensato, el hijo firme. él sabría cómo lidiar con los rumores en los círculos gubernamentales, siempre y cuando no llegaran a oídos de su padre.

Y sintió peligro, ¿verdad? Hal también, pero no procedía de la boca de un arma francesa.

'¡Oh, para algunas noticias reales!' exclamó la señora Tresilian el ocho de junio cuando partieron los últimos invitados del jueves por la tarde, apoyados por el té, los pasteles y los cotilleos. 'Nadie parece saber lo que está pasando, pero todos tienen una teoría', agregó irritada. Primero escuchamos que Napoleón todavía está en París, luego está en las fronteras y luego el duque va a invadir. Y luego ya no lo es.

—Los Harrington han hecho las maletas y se han ido a Ostende —dijo Julia. Pero los campos de Wing (¿recuerdas que se trasladaron a Amberes hace diez días?) han regresado. Creo que están un poco avergonzados de sus nervios nerviosos.

—Yo también podría estar nerviosa, si no fuera por el querido barón —le confió su madre, hundiéndose en la silla más cómoda y poniendo los pies en alto. "Saber que podemos escaparnos cuando queramos es muy reconfortante".

Gracias, Hal, pensó Julia, rompiendo, una vez más, su resolución de sacárselo de la cabeza. ¿Y qué voy a hacer con el Sr. Smyth? No podía convencerse a sí misma de que no estaba enamorada de Hal, entonces, ¿se equivocó al alentar los avances del clérigo? Se casaron muchas personas que no estaban enamoradas de sus cónyuges; ella sabía eso. Pero era diferente aceptar casarse cuando los afectos de uno ya estaban comprometidos, o eso le parecía a ella.

Ella suspiró. Si él le hacía una oferta, entonces ella tendría que confesar que amaba a otro. Si Thomas Smyth todavía la quería en esos términos, que así sea. La perspectiva de posiblemente cuarenta años de matrimonio con un hombre agradable, amable y aburrido al que no amaba hizo que su corazón se hundiera. De alguna manera tendría que aprender a mantener a Hal encerrado en su corazón y no pensar en él, porque hacer eso estaría mal. Al menos él no se vería afectado: ella se había enamorado de un hombre experimentado, no de un joven con un corazón tan vulnerable como el suyo.

'¿Pasa algo, querida?'

—Estaba pensando en el señor Smyth —admitió Julia.

—Estoy segura de que está a punto de hacerte una oferta cualquier día —dijo su madre, sumergiéndola aún más en la tristeza. Por eso le pedí al barón que le ofreciera al señor Smyth un lugar en su carruaje cuando vayamos a las carreras el martes.

'¿Lo hiciste?'

¿No te lo dije, querida? dijo la señora Tresilian. Su intento de parecer inocente, en otras circunstancias, habría sido divertido. Julia había estado esperando ese viaje como una distracción de la creciente intensidad de las conversaciones del Sr. Smyth mientras daban sus paseos diarios por el parque. ¡Si tan solo siguiera adelante! se encontró pensando con exasperación en un momento y luego temiendo la inevitable propuesta al siguiente.

'No, mamá, no lo hiciste', dijo con una sonrisa. 'Qué buena idea.'

—Y he estado pensando —añadió la señora Tresilian, pareciendo un poco incómoda—, que tal vez deberías tener un traje nuevo para el día de la carrera. Y está la fiesta de lady Conynham el día catorce y el baile de la duquesa de Richmond la noche siguiente y realmente creo que un vestido nuevo sería lo mejor para eso.

—Pero, mamá, el dinero —protestó Julia. Más gastos, otro eslabón en la pesada cadena del deber y la expectativa alrededor de su cuello.

'Es una inversión; lo hemos dicho todo el tiempo. Y si ayuda a que el Sr. Smyth esté a la altura, habrá valido la pena.

—Aunque tenga la suerte de que me inviten al baile —señaló Julia—, el señor Smyth no lo hará. Ella no quería que un hombre que necesitaba el estímulo de un vestido o un gorro nuevos se sintiera incitado a declararse a sí mismo.

'Pero el coronel lo hará, y otros caballeros que aún no conoces. Es mejor no desaprovechar ninguna oportunidad, en caso de que el señor Smyth resulte una decepción.

'Sí, pero el costo...'

—Eso me había preocupado un poco, lo confieso. Pero ayer recibí una nota de un comerciante de joyas. Aquí.' Cogió una carta de la mesa que tenía a su lado y se la entregó. Julia lo abrió. El papel de color crema pesado tenía un impresionante encabezado grabado: Hebden. Joyería de Calidad comprada y vendida. Suena muy respetuoso, pero lo lees, querida, a ver qué te parece.

...en Bruselas para una breve visita adquiriendo gemas y joyas para el mercado de Londres...aventúrate a acercarte a las damas de calidad como aquellas que tienen más probabilidades de tener bagatelas de la naturaleza que a mí me interesan...dispuestas a dar un precio justo en libras esterlinas con la máxima discreción...

—Parece bastante sencillo —dijo Julia, toqueteando el papel tranquilizadoramente grueso—. Y tenemos una buena idea del valor de lo que tenemos, debido a la valoración cuando papá falleció.

—Obviamente, no desearíamos disponer de nada de lo que nos dio su querido padre, ni de las piezas de la familia —musitó la señora Tresilian—. Pero están esos feos broches que me dejó la señorita Anderson y las cadenas de la prima María. Esos nunca los usamos.

Y ese espantoso alfiler de corbata que papá nunca usó. Supongo que no hay nada de malo en ver lo que este hombre nos ofrece y asegurarse de que el dinero se pague en el banco para que pueda comprobarse —añadió Julia.

—Le escribiré de inmediato —decidió la señora Tresilian—. 'Se me ocurre que si Bonaparte avanza antes de lo esperado, puede haber una avalancha

de personas tratando de realizar activos por dinero en efectivo. Y los bancos han cerrado al menos dos veces en el último mes debido al pánico.

Hebden llamó al día siguiente. Julia se sentó recatadamente junto a su madre, las piezas que habían seleccionado sobre la mesa y las notas de la tasación dobladas bajo la mano. Estaba sorprendida y de mala gana impresionada por él.

Él era mucho más joven de lo que había esperado, aún no había cumplido los treinta, supuso, y bastante incómodamente atractivo de una manera muy física. Italiano, se dijo a sí misma, tratando de racionalizar el escalofrío de conciencia que la recorría cada vez que él volvía esos ojos oscuros e hipnóticos en su dirección.

Para su sorpresa, considerando lo atractivo que era, no hizo ningún intento por coquetear o seducir a las dos damas. Su actitud era seria, su tono respetuoso, pero había algo en la forma en que manejaba las joyas con sus largos dedos, la forma en que usaba su voz con su acento melodioso, que no le dejaba ninguna duda de que él era absolutamente consciente de ella como tal. una mujer y sabía que ella lo estaba mirando, evaluándolo como un hombre.

'Estos necesitarían ser reelaborados.' Tocó a su vez los tres pesados broches. Las piedras son buenas, pero los engastes están bastante pasados de moda. Estas cadenas son pesadas para el gusto actual, pero vendibles en algunos sectores. Los dejó correr de una mano a la otra. El broche está un poco adornado, pero se puede vender. Se llevó la lupa al ojo y estudió el centro esmaltado del alfiler. 'Francés. Me interesaría hacerle una oferta, Sra. Tresilian.

Nada de esto son joyas para una jovencita a punto de casarse —añadió, mirando a Julia de soslayo—. Estoy seguro de que se adaptará mejor a algún otro uso.

'¿Casar?' Julia dijo bruscamente. ¿Qué sabe de mis circunstancias, por favor?

'Te he ofendido.' El acento era más fuerte ahora cuando él se volvió completamente para mirarla, los ojos oscuros sonriendo, su boca sensual seria. 'Ningún distribuidor haría negocios sin hacer algunas preguntas discretas sobre aquellos a quienes espera comprar. Ayuda a juzgar la

procedencia, la calidad probable de una colección, eso es todo. Nadie tendría idea de que tenía la intención de hacer negocios contigo.

'¿Y el rumor es que estoy a punto de casarme?' Julia resistió el impulso de devolverle la sonrisa a los ojos.

'Sí, aunque quién es el afortunado, ahora eso está indeciso por las malas lenguas. ¿El reverendo caballero? ¿El viudo? ¿O el rastrillo?

'¿Rastrillo?' —dijo la señora Tresilian bruscamente. ¿Qué rastrillo?

—El chisme debe ser simplemente el resultado de que el comandante Carlow llevó a Phillip a montar a caballo después de la revisión, mamá —dijo Julia con frialdad. La gente hablará así.

'Oh sí.' La señora Tresilian se abanicó y Julia lanzó una mirada sospechosa al señor Hebden. ¿Estaba aturdiendo deliberadamente a mamá para que no pensara en el precio que estaba a punto de ofrecer?

Enfrentó su mirada con una de límpida inocencia. El hombre era un pícaro. '¿Bien, señor? ¿Puede darnos un precio?' ella preguntó.

La cantidad que mencionó estaba exactamente en el medio del rango que Julia había calculado. Menos de lo que había esperado, más de lo que había temido. Entonces, un pícaro honesto. —Son veinte guineas muy poco, señor.

'Puedo ofrecer cinco más, señora.'

Quince, señor. Tuvo que morderse el interior del labio para no sonreír. Realmente estaba escandaloso con esa mirada herida.

'Diez más, señora y eso es lo más alto que puedo llegar.'

Julia miró a su madre. 'Aceptamos, señor. ¿Vamos al banco ahora?

'Pero por supuesto.' Volvió a colocar los artículos en sus estuches y los apiló para ella.

El camino hasta el banco no fue largo, y el señor Hebden no hizo ningún intento de llevar la pequeña maleta con los estuches de joyas dentro. Julia había estado preparada para disputar el punto si él se lo hubiera ofrecido, su naturaleza sospechosa lo imaginó escapando con ellos una vez fuera de la casa.

Pero la transacción transcurrió sin contratiempos: el banco aprobó las guineas y las transfirió a la cuenta de la señora Tresilian, y los tres volvieron a salir en media hora.

'Señoras. Un placer conocerte.' Se quitó el sombrero y desapareció, desapareciendo entre la multitud en la acera como un pez deslizándose en la corriente de un río.

Julia levantó su sombrilla. 'Bueno, mamá. Eso fue muy satisfactorio, ¿no crees?

'Perfectamente, yo—'

—¡Señorita Tresilian! Hal Carlow patinó hasta detenerse frente a ellos después de una carrera a toda velocidad. ¿Qué diablos estabas haciendo con ese hombre?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 9

—Mayor Carlow —dijo la señora Tresilian en tono gélido—. '¿Qué negocio concebible es tuyo con quien nos asociamos?'

'Señora, me disculpo.' Hal fruncía el ceño con frustración mientras estiraba el cuello para ver adónde había ido Hebden. Pero el hombre me es conocido. Él es peligroso.' Miró hacia arriba para ver que estaban parados debajo del letrero grabado del banco. "¿Has hecho algún negocio con

¿Él?

'Bueno, en serio, mayor...'

—Sí —interrumpió Julia las palabras indignadas de su madre—. Acabamos de venderle algunas joyas y el banco comprobó el dinero que nos pagó antes de despedirnos.

'Gracias a Dios por eso.' Volvió a colocarse el shako en la cabeza. ¿Tienes una dirección para él?

—Por supuesto —dijo la señora Carlow, todavía completamente ofendida—. 'Yo no hago negocios con alguien de la calle.'

—Señora, estoy seguro de que no. Pero no se puede confiar en él y ha hecho mucho daño a mi familia.

—El Hôtel de la Poste —dijo Julia. Fue muy encantador y nos dio lo que sé que es un precio honesto.

El rostro de Hal estaba tenso, su mandíbula formidable. 'Sí, su encanto es parte de su stock en el comercio. Si me disculpan, iré a ese hotel, aunque dudo que regrese allí. El hombre es como la niebla. No tengas nada más que ver con él, ¿me entiendes, Julia? Ella asintió. 'Nada.' Y luego se fue, abriéndose paso entre la multitud, en dirección a las calles empinadas que bajaban hacia la Ciudad Baja.

'¡Bien realmente!' La señora Tresilian se enfureció. De todos los abruptos, escandalosos... ¡y te llamó por tu nombre de pila!

—Creo que solo para enfatizar la importancia del asunto, mamá —la tranquilizó Julia. Tratar de sonar calmado fue un esfuerzo. Se sintió nerviosa y... excitada. No había otra palabra para ello. Hal, urgente, contundente y poderoso. Dios mío, pensó débilmente. La hizo sentir tan... Julia buscó a tientas la palabra adecuada. Femenino. Estoy seguro de que se

puede confiar en el juicio del mayor Carlow. No deberíamos tener nada más que ver con el señor Hebden.

¡Ya no tendrás nada que ver con el comandante Carlow, niña! Eso es bastante más al punto. Nada, ¿me oyes?

'Sí mamá.' Como Julia lo dijo, lo decía en serio. Fuera cual fuera el misterio detrás del vehemente ataque de Hal al traficante de gemas, ella nunca iba a averiguar de qué se trataba. A finales de mes, iba a ser la esposa prometida de otro hombre, estaba segura de eso.

—Tienes mucho dinero encima —observó el capitán Gray mientras Hal pasaba la mano por el menudillo del caballo castrado—. La mayor parte es mía.

¿Eso es una súplica o una amenaza? preguntó Hal, enderezándose. Ponme cincuenta, ¿quieres? El animal se inquietó, sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco. —Quédate quieto, estúpido estúpido —murmuró Hal, y las orejas nerviosas se giraron para escuchar. 'Eres grande y eres hermosa y nadie te va a ganar, ¿me escuchas?'

¿Entiende cada palabra que dice, señor? preguntó el larguirucho soldado que sostenía las riendas del castrado.

'Cada palabra.' Hal entrecerró los ojos al hombre que le devolvía la mirada. La cara picada de viruela no le resultaba familiar. ¿Dónde está el soldado Godfrey?

—Lo vi junto a esa tienda, señor. El hombre hizo un gesto con la cabeza hacia una de las tiendas de cerveza que estaba haciendo un gran negocio en media docena de variedades de cerveza belga. 'Echar cuentas'. Enfermo como un gato que estaba, dijo que viniera aquí y 'vieja el 'caballo, señor'. Se movió bajo la mirada de Hal. 'Soldado' arris, señor. Recién transferido del Noveno.

'Derecho.' Hal se dijo a sí mismo que estaba nervioso, pero la fugaz aparición de Stephen Hebden lo hizo revisar cada sombra. Y el maldito hombre había estado con Julia. Se había ido del hotel cuando Hal llegó, por supuesto, y no había vuelto a saber de él desde entonces. Trató de decirse a sí mismo que era una coincidencia; después de todo, el hombre realmente era un traficante de gemas cuando no perseguía su venganza contra aquellos a los que culpaba por la muerte de su padre. Y justo ahora, Bruselas estaba llena de gente con deudas que pagar y joyas de las que deshacerse.

Hal volvió a centrar su atención en el caballo castrado, su segundo caballo. Todavía demasiado joven y nervioso para la batalla, tenía un giro de velocidad que dejaba sin aliento. Esperaba mantener eso en secreto, pero parecía haberse corrido la voz, a menos, por supuesto, que simplemente estuvieran apostando por él como jinete, lo cual era halagador.

Continúe, soldado Harris. Camine con él lentamente y mantenga las moscas alejadas de él. El comienzo es en media hora.

'Señor.'

'¿Bebida?' Will sugirió.

'No.'

¿Dejarlo para la Cuaresma? preguntó su amigo.

No es Cuaresma. Hal caminó entre la multitud, estudiándola como si escaneara una colina en busca de francotiradores enemigos. La conciencia de que estaba siendo observado lo hizo volverse, pero solo estaba el soldado Harris, que conducía a Chiltern Lad hacia un grupo de árboles que daban sombra.

La verdad era que no estaba seguro de si era Hebden o el hecho de que no había probado nada más fuerte que la cerveza desde el viernes lo que le ponía los nervios de punta. Y ni siquiera estaba seguro de por qué había dejado de beber, aparte de un vago sentimiento de que Julia preferiría que no lo hiciera. Lo cual era absurdo, ya que se había prometido a sí mismo mantenerse alejado de ella y si alguna vez había una razón para ahogar sus penas, esa era.

Mayor Carlow. Capitán Grey. Una voz femenina.

Hal se detuvo tan repentinamente que Will chocó contra él por la espalda.
—Señorita Tresilian.

'Buenos días, mayor. Capitán.' Estaba allí de pie con la señorita Marriott, bonita y serena, haciendo girar su sombrilla y ataviada con un vestido tan frívolamente encantador que debería haber sido ilegal en cualquier lugar cerca de los solteros susceptibles. Ella no parecía particularmente contenta de verlo. De hecho, su cara a la sombra del borde de su sombrero estaba un poco pálida.

"Nos preguntábamos cuál sería el mejor lugar para mirar", dijo su amiga.

Will, al menos, parecía tener el poder del habla. —¿Para ver la salida o la llegada, señoras?

Todo, supongo. La señorita Marriott pestañeaba mirando a Will. Supongo que deberíamos ir a mirar desde los carruajes.

¿Estás con el barón? Hal logró tener su cerebro y sus cuerdas vocales bajo algún tipo de control.

—Lo soy —respondió Julia. Por un momento, él pensó que ella iba a dar media vuelta y alejarse, luego suspiró, como si estuviera resignada, y agregó: 'Con mamá y el señor Smyth. ¿Ha dicho algo, mayor?

Hal no apretó los dientes. —No, señorita Tresilian.

'¿Tienes alguna sugerencia para que hagamos una apuesta?', insistió, sus ojos marrones insinuando una sonrisa al fin.

—Lo mejor que pueden hacer es culpar a Carlow, señoras —dijo Will Gray antes de que pudiera responder. 'Chiltern Lad en la tercera carrera.'

'¿Estás montando? Entonces, por supuesto. Julia buscó en su bolso de mano. —¿Me lo pondrá, capitán? Le entregó medio soberano y le sonrió a Will, las largas cintas verdes de Pomona en su sombrero ondeando en la ligera brisa.

'¿Puedo pedir una ficha para la carrera?' Hal preguntó, las palabras antes de que pudiera detenerlas. Los ojos de la señorita Marriott se abrieron con deleite horrorizado.

'¿Una ficha?'

'El mayor significa un favor, como un caballero tenía en su lanza. El pañuelo de su dama,' dijo su amiga, riéndose.

Bien podría ser ahorcado por una oveja que por un cordero. ¿Una de esas cintas verdes? sugirió Hal.

'Muy bien.' La punta de su lengua rozó su labio inferior con fugaz incertidumbre. Hal tragó saliva con fuerza. 'Señorita Marriott, ¿puede encontrar uno de los largos pegados a la corona? Creo que solo están ligeramente añadidas.

En medio de muchas risas por parte de Felicity, se desprendió una cinta. Julia se lo tendió.

—Debe atarlo alrededor de mi brazo, creo, señora —dijo Hal—. Cualquier cosa para que ella lo toque.

Ella se sonrojó ahora, deliciosamente, sus mejillas se sonrojaron cuando dio un paso adelante y ató la larga cinta alrededor de su bíceps derecho dejando serpentinas flotando en la brisa. —¿Viajará en uniforme, mayor? preguntó Julia mientras retrocedía.

'Sí. Sin mi espada y shako y con botas más ligeras. No tendré que perturbar tu obra. Él tocó el nudo y ella se sonrojó más profundamente. Como si la hubiera tocado, pensó. ¿Qué le pasaba? ¿Cuánto iba a durar este enamoramiento?

'Buena suerte, entonces. Felicity, deberíamos volver.

Hal la vio retroceder, el dobladillo fruncido del vestido verde de Pomona coqueteando sobre el tono más oscuro de la hierba, la delicada sombrilla blanca girando mientras ella jugueteaba con el mango. Parecía que no tenía fuerza de voluntad como

en lo que a Julia Tresilian concernía, si estaba borracho o sobrio.

'¿Cuándo vas a preguntarle?' preguntó Will. Será mejor que llevéis una pancarta los dos. Ella se sonroja, tú tienes la lengua trabada...

¡Nunca, maldita sea! Y no sugiera tal cosa cuando nadie más puede oír tampoco. Se dio la vuelta y miró a su amigo, su mano apretando instintivamente la empuñadura de su espada.

'¡Oye!' Will dio un paso atrás, con las manos levantadas en el gesto de rendición de un esgrimista. No diré una palabra más. Iré a buscar este dinero.

Consciente de que había revelado mucho más de lo que quería, Hal regresó a Chiltern Lad. Los caballos, al menos, eran directos hacia delante. A diferencia de las emociones.

Julia se dio cuenta de que el barón sabía exactamente dónde colocar su carruaje. Solo tenían una vista lejana del comienzo, pero al pararse en el carruaje podían ver claramente la parte principal de la pista que atravesaba un amplio prado, rodeaba una hilera de árboles y luego terminaba con una recta corta justo en frente de ellos. Los hombres, encaramados en la cabina del conductor y la plataforma del lacayo en la parte trasera, tenían una vista aún mejor.

El barón había colocado dinero tanto para la señora Tresilian como para Julia, respondiendo a sus protestas con la ligera explicación de que no era nada divertido ver carreras cuando no tenías interés en el resultado.

Sus opciones fueron colocadas en primer y segundo lugar en la primera carrera y en ninguna parte en la segunda, pero la emoción de saltar arriba y abajo y animar a su favorito de una manera muy poco femenina contagió incluso a su madre, para diversión de Julia.

Pero tenía una sensación de culpa desagradablemente vacía en el estómago cuando contemplaba la próxima carrera. Realmente no debería haber permitido que el Capitán Grey hiciera una apuesta por ella, y ciertamente no debería haberle dado a Hal su cinta. Su primer instinto cuando Felicity y ella prácticamente se habían topado con él fue dar media vuelta y alejarse, para poner fin a esto dejándolo muerto.

Pero había descubierto que no podía, independientemente de lo que su madre hubiera decretado, independientemente de lo que le dijera su sentido común. Necesitaba estar cerca de él. Fue extraordinariamente rápido de su parte haberle dado su favor, y mamá se horrorizaría si se enterara. Pero su corazón todavía latía con fuerza por verlo tan inesperadamente y el día, ya agradable, se había vuelto vibrante de emoción.

¿Puedo ver la lista de corredores? —preguntó ella, y el barón hizo todo lo posible por señalar cuál era cuál entre la multitud de caballos distantes y empujados.

—Es suyo, señorita Tresilian, el gris. Y el suyo, señora, el negro de la derecha.

Chiltern Lad, bayo, tres años. Propiedad y montado por Major the Hon. Hal Carlow, decía la lista. Julia puso su pulgar firmemente sobre la entrada y escudriñó los caballos distantes en busca de un bayo con un jinete con una chaqueta azul. Ahi esta. Buena suerte, Hal.

El pistoletazo de salida disparó y se fueron, agrupados en un apretado nudo al principio y luego, cuando el campo se abrió, pudo distinguir caballos individuales.

—Vamos, Caballero Negro —gritó la señora Tresilian con una voz de dama que apenas llegaba al exterior del carruaje—.

'¡Saturno!' el barón bramaba, saltando arriba y abajo sobre la caja.

Incluso el Sr. Smyth se estaba poniendo de humor. 'Ajax, vamos Ajax!' gritó, agitando su sombrero.

Chiltern Lad, Julia repetía una y otra vez en su cabeza, ¡Vamos, Hal, vamos, Chiltern Lad!

Cuando los primeros caballos salieron de detrás de la curva, Black Knight estaba a la cabeza, un pequeño gris segundo y Chiltern Lad estaba codo con codo en tercer lugar con el favorito del Sr. Smyth.

¿Seguramente no había suficiente tiempo ahora? Doblaron por la curva poco profunda hacia la recta final, y ella vio claramente a Hal, la cinta ondeando detrás de él cuando se inclinó hacia adelante. El bayo respondió, estiró el cuello y dejaron atrás a Ajax, luego pasaron al gris. —¡Vamos, Chiltern Lad! Julia gritó, por llegar a donde estaba. '¡Vamos!'

Black Knight respondió, se alejó por un segundo, y luego fue como si el bayo solo hubiera estado galopando. Con Hal tendido sobre su cuello, alargó el paso y tomó el negro, cruzando la línea de meta con un largo de sobra.

Hal se recostó y golpeó el aire con su puño derecho, las cintas verdes de Pomona revoloteando incongruentemente contra el corte masculino de su uniforme. Julia se hundió en el asiento del carruaje, sin aliento y triunfante.

Y luego levantó la vista y vio el rostro de Thomas Smyth mientras miraba del jinete ganador a las cintas colgantes en su frívolo sombrero. —El ganador —observó con la boca dura— parece tener una dama de apoyo.

¿Qué fue eso, señor Smyth? —dijo la señora Tresilian, abanicándose—. No entendí bien tus palabras.

—Nada importante, señora —dijo—. 'Simplemente mis conmisericordias. Hoy tenemos varios perdedores en este vagón.

Julia se sintió enferma. Había visto el favor en el brazo de Hal y había sacado la conclusión correcta y ahora... ahora le quedaba un pretendiente, y ese era el más tibio de los tres. Cerró los ojos, preguntándose si se iba a desmayar. Era su deber casarse respetablemente. Mamá había gastado una gran cantidad de dinero en ella y había invertido mucha esperanza y preocupación, y ni siquiera había sido capaz de controlar lo suficiente su malvado y rebelde corazón para cumplir con sus obligaciones hacia su familia.

Había tirado por la borda la seguridad y la respetabilidad y la crianza, no sólo por enamorarse de un libertino —un hombre que no tenía sentido de la responsabilidad excepto para con un regimiento de tropas, que no tenía intención de casarse y que vivía un estilo de vida disoluto— sino mostrando públicamente sus sentimientos por él.

El carruaje se movió a medida que la gente se movía en él. Julia abrió los ojos, preparada para las acusaciones, pero su madre descendía y tomaba del brazo al barón y el señor Smyth entraba.

—Le di al comandante Carlow una cinta como muestra de buena suerte —dijo sin rodeos, mientras él se sentaba frente a ella y los demás se alejaban fuera del alcance del oído—. Lo conocí por casualidad hace un momento. Le debo mucho por haberme rescatado de un hombre que me abordó en el parque, pero fue una indiscreción, rápido, de mi parte haber hecho lo que acabo de hacer.

'En efecto.' Smyth frunció el ceño. —¿No puede ignorar mis sentimientos hacia usted, señorita Tresilian?

Ha sido muy amable, señor.

—Quise decir algo más que amabilidad, Julia.

Pasado. Ella forzó una sonrisa. 'Sí.'

'¿Tienes un entendimiento con este hombre?' Estaba mirando al suelo, con las manos entrelazadas entre las rodillas.

Julia se quedó mirando su cabeza inclinada. Al menos no le estaba gritando. 'No. Tengo sentido del deber y del gusto. Verás, deseo ser honesto contigo. Puede ser muy encantador. También soy consciente de que él no es un hombre con el que sea correcto asociarse con una mujer soltera. Mi conducta ha sido... imprudente.

'¿Imprudente?' Él levantó la cabeza ante eso, con las cejas juntas. El cerdo no ha...

'¡No! No —repitió Julia en voz más baja. El mayor no me ha seducido si eso es lo que le preocupa. Sólo me robó el corazón.

'Vaya.' El señor Smyth se recostó. 'Ya veo. Alivias mucho mi mente. Es tu amabilidad e inocencia naturales lo que te ha llevado por mal camino, permitiendo una amistad imprudente, ahora lo puedo ver.

Julia se sintió mareada de alivio y luego mareada al darse cuenta de adónde la había llevado esta confesión. Si Thomas Smyth le proponía matrimonio y ella lo aceptaba, pero le confesaba que amaba a otro, estaría seguro de que era Hal. ¿Y creería entonces en sus declaraciones de inocencia?

—Gracias —murmuró ella.

'Julia, este no es el momento ni el lugar, pero me gustaría hablar contigo, muy seriamente, sobre el futuro.' Se inclinó hacia adelante y tomó sus manos entre las suyas. '¿Puedo hacer eso?'

'Sí. Sí, por supuesto —logró decir. 'Pero... ¿la próxima semana? ¿Cuando esto haya quedado atrás? De alguna manera, ella resolvería este problema moral. El deber y la seguridad sin amor por un lado. Amor desesperado, unilateral en el otro. Debería ser una elección fácil: solo tenía que reunir la fuerza para poder sacar a Hal de su corazón y de su mente y decírselo a Thomas Smyth con la conciencia tranquila.

'Por supuesto.' Smyth le palmeó las manos. Y primero hablaré con tu madre, por supuesto. ¿Diremos que puedo llamar el día veinte? ¿Por la mañana?'

'Sí.' Julia sonrió, haciendo acopio de todo su coraje. 'Sí. Eso sería delicioso. El Sr. Smyth miró a su alrededor, pero no había nadie en su vecindad y los espectadores más cercanos miraban hacia el lugar donde se estaba organizando la próxima carrera en la línea de salida.

—Señorita Tresilian... Julia.

'¿Sí?' dijo ella, preparada para más preguntas difíciles.

Perdóname, pero mi ardor... Se inclinó hacia delante, tomó sus manos entre las suyas y la atrajo hacia él. 'Te ves tan encantador.' Y luego la besó.

Desde el momento en que Hal le había hecho el amor en el claro del bosque, Julia había estado soñando con su beso, el toque de sus manos. Nunca se le había ocurrido que otro hombre, uno a punto de proponerle matrimonio, esperaría besarla, pero obviamente lo haría. Luchó contra su retroceso instintivo y cerró los ojos.

Los labios de Thomas Smyth estaban cálidos y secos y presionaban ligeramente los de ella. ¿Fue eso? ¿Esperaba que ella hiciera algo? Con Hal, sus instintos se habían hecho cargo; ahora, ella no sentía nada. Julia presionó hacia atrás tentativamente, y él puso sus manos sobre sus hombros y la abrazó. La presión continuó. Julia abrió los ojos y descubrió que los suyos estaban cerrados. Era difícil ver correctamente a tan corta distancia, pero parecía estar disfrutando de la sensación.

Debería concentrarse. Iba a ser su deber besar a este hombre, y más. Su mente se alejó de la idea de una mayor intimidad. Olía bastante bien, a

jabón normal y almidón. Sabía a polvo de dientes y té, ninguno de los cuales era muy excitante. Todo fue muy respetuoso y nada alarmante.

Julia se dio cuenta de que lo que ella quería no era algo respetuoso. Quería el impactante beso de Hal, quería que la sostuvieran con fuerza en brazos fuertes, quería estar emocionada, alarmada y... embelesada. Bueno, tal vez no eso, exactamente. Quería la ilusión del embeleso, volver a experimentar la

sensación de que el hombre que la sostenía apenas controlaba sus emociones, estaba tan emocionado por lo que estaba haciendo. Quería a Hal, malvado, experimentado e intoxicado por ella.

'Perdóname.'

La colocaron con cuidado en su asiento y Thomas estaba sentado mirándola, con los ojos ligeramente vidriosos. Julia supuso que eso era halagador, aunque lo que habían hecho no parecía suficiente para nublar los ojos de ningún hombre.

'Por supuesto.' Debería estar mostrando la confusión de una doncella ante lo que él pensaría que era su primer beso: Julia bajó la mirada y esbozó una leve sonrisa. No pudo forzar un sonrojo. Luego pensó en Hal y sintió que le brillaban las mejillas.

Me impresionó tu belleza.

Ella casi levantó la vista, incrédula. ¡Eso realmente estaba viniendo demasiado fuerte! Se veía bastante bien, pero tampoco era hermosa. Tal vez el pobre hombre realmente estaba enamorado de ella. Que horrible si era. Su conciencia le dio un empujón doloroso.

'Oh mira, aquí viene mamá.' Julia tenía la sospecha de que su madre había dejado el carruaje solo para que Thomas pudiera besarla.

—Tal vez también lo sea —dijo él, su voz zumbando con una pasión que su beso ciertamente no había contenido—.

—Sí —asintió Julia—. 'Quizas lo es.'

CAPÍTULO 10

Julia estudió a los invitados que se mezclaban en el gran salón de la fiesta de Lady Conynham la noche siguiente. Había adornado su vestido de baile con cintas nuevas, conservando el flamante para el baile de Lady Richmond de la noche siguiente, y pensó que no tenía una mala imagen entre los invitados. Todas las Damas del Parque estaban allí, por supuesto, muchos de los diplomáticos y docenas de oficiales.

Se rumoreaba que el duque llegaría tarde y ese hecho, a su vez, fomentó aún más los rumores. Napoleón estaba en marcha, susurraban algunos. Los franceses habían cruzado la frontera, o tal vez estaban a punto de hacerlo. Se decía que la duquesa de Richmond había preguntado al duque si debía seguir adelante con sus planes, y él había respondido: "Duquesa, puedes dar tu baile con la mayor seguridad, sin temor a que te interrumpen". Entonces, ¿seguramente no había necesidad de preocuparse?

—Señorita Tresilian, esperaba verla aquí. Era el Capitán Grey, sonriéndole, una figura reconfortante a pesar de su altura y patillas temibles. 'Tengo algo para ti.' Rebuscó en su bolsillo y sacó un apretado rollo de papel, entregándolo al amparo de una urna llena de flores. Tus ganancias en Chiltern Lad.

'¡Gracias!' Se sentía como mucho. Julia lo metió en su bolso, deseando poder contarle. Pero no debe ser vista tomando dinero de un hombre.

'Gracias a Carlow ya ese caballo suyo', dijo con una sonrisa. ¿Puedo traerle algunos refrescos?

'Me gustaría un vaso de limonada, pero iré al buffet contigo'. Ella deslizó su mano a través del hueco de su brazo, cómoda de estar con un hombre por quien todo lo que sentía era leve simpatía. El comandante Carlow monta muy bien.

"No tiene nervios, el coraje del diablo y las manos más ligeras que he visto en mi vida", dijo su amigo cálidamente. 'Y mientras pueda seguir poniendo dinero en él, nunca voy a necesitar fondos'.

—Dijo que era un jugador con suerte —observó, abanicándose mientras se abrían paso a través de la calurosa y abarrotada habitación. Era un lujo pecaminoso poder hablar de Hal.

'Él es. Suerte con las cartas, suerte en er... En general, suerte —terminó el capitán sin convicción.

'¿Enamorado?' Julia no pudo resistirse a burlarse de él, incluso si el pensamiento era doloroso. Pero, por supuesto, Hal estaba involucrado con mujeres. Muchos de ellos, estaba segura. Y el amor no entraría en esos enlaces. Serían relaciones de pura pasión. Se sentía bastante extraña por dentro, incluso pensando en ello.

El Capitán Grey hizo un ruido incómodo, como si se aclarara la garganta, y lo cubrió llamando a un camarero. Julia tomó un sorbo de limonada y se preguntó si Hal estaría allí.

—Señorita Tresilian —dijo una voz detrás de ella. Respiró tan hondo que la limonada se le subió por la nariz, dejándola tosiendo y balbuceando.

'¡Señor, lo siento! Toma, toma mi pañuelo. A través de los ojos llorosos, vio que Hal sacaba un cuadrado blanco inmaculado y lo sacudía.

'Gracias.' Enterró su rostro en él, segura de que la mitad de los invitados estarían mirando la exhibición que estaba haciendo de sí misma. Uno de los hombres la tomó del codo. Miró por encima del borde de la ropa y vio que era Hal.

Vamos, te llevaré al otro lado de la sala de descanso. Ciega, dejó que él la guiara por la habitación mientras estornudaba y tosía. Entonces el ruido se apagó y se dio cuenta de que estaban fuera. 'Aquí, está justo al final de ese pasillo.'

Julia salió del pañuelo y esbozó una sonrisa pegajosa y acuosa. 'Oh querido. ¿Hice una exhibición total de mí mismo?

'Para nada. Pude escuchar a Will decir algo acerca de que te atacó una avispa. Lo siento.' Sus labios estaban temblando y ella difícilmente podía culparlo: debía parecer un espectáculo. Te hice saltar.

Estábamos hablando de ti. Debería ir y ponerse presentable, pero de alguna manera no podía hacer que sus pies la obedecieran.

'¿Estabas?' Ahora sonreía y sus ojos eran casi azules. Julia le devolvió la sonrisa, cálida y feliz de estar con él cuando él estaba obviamente contento de estar con ella. Se veía bien, menos demacrado de lo que ella recordaba. Las sombras oscuras habían desaparecido bajo sus ojos.

"El capitán Gray me dio mis ganancias", explicó. '¿Estás... estabas enfermo? Sólo que te ves diferente, como si hubieras estado mal y ahora estuvieras mejor. Él se quedó inmóvil y ella se maldijo por su falta de tacto.

—Hace varios días que no bebo brandy —dijo—. "No me había dado cuenta de que hacía una diferencia en mi aspecto".

'¿No bebes? ¿Por qué? Oh, le ruego me disculpe, no es asunto mío. ¿Por qué sentía que podía decirle algo? ¿Y por qué se olvidó de sus modales y lo hizo?

'No, por supuesto que puedes preguntar.' Parecía arrepentido. Pensé que tal vez preferirías que lo dejara. Te dije, en el picnic, que estaba intentando reformarme, ¿no es así?

—Entonces, eso significa que has dejado el licor fuerte y, creo que insinuaste, pedazos de um... muselina —dijo, muy atrevida—. Él asintió, sus ojos riéndose de ella. 'Lo que deja el juego y la lucha, ¿no es así?'

'Lo hace.'

Y mientras tengas suerte con el juego, supongo que no es tan malo.

¿No tienes opinión sobre la lucha? Ahora se había acercado mucho. Podía ver el grano de su barba bien afeitada y los diminutos detalles de la trenza dorada de la rana de su chaqueta. De repente, el corredor pareció quedarse sin aire. Su cabeza comenzó a dar vueltas.

—Me pareció emocionante cuando golpeaste al mayor Fellowes —admitió, sorprendiéndose a sí misma y sobresaltándolo—.

Oh, Julia. Sus ojos eran definitivamente azules ahora y ella tenía una imagen mental inquietante de esa vidriera del arcángel cayendo. un tentador Su voz se había vuelto ronca. Dices cosas tan provocativas.

Podía sentir el rubor que le subía desde los dedos de los pies, mientras daba media vuelta y corría por el pasillo y atravesaba la puerta del baño de señoras. Dos matronas levantaron la vista del sofá, sus miradas se congelaron en desaprobación ante su entrada precipitada y su rostro sonrojado y surcado de vetas.

—Disculpe —soltó ella. 'Avispa', y se apresuró a la habitación interior para echarse agua fría en la cara.

Emocionante. De todas las cosas que decir! Y era cierto, eso es lo que es tan horrible. Y encontró mi reacción excitante. No había forma de confundir la mirada en esos malvados ojos azules, incluso para alguien tan protegida y experimentada como ella. Ardían con el calor y la concentración de un gato

cazador. Y ella había sido el ratón, jugando tontamente entre las patas del gato.

Julia miró fijamente su rostro sonrojado en el espejo y trató de tener una apariencia de calma. Sus pupilas estaban dilatadas, sus mejillas todavía rosadas y su boca, por alguna razón, parecía hinchada. Como si lo hubiera besado y no solo parecía como si quisiera devastarlo.

Después de un cuidadoso trabajo con el polvo de arroz y diez minutos sin sentarse, Julia se sintió lo suficientemente fuerte como para volver. La sala estaba llena de uniformados ahora, y había una atmósfera extraña, como si todos estuvieran escuchando.

, tenso, para un trueno.

Se abrió camino a través de los grupos de conversación, tratando de encontrar a alguien que conociera o captar una pista de lo que estaba causando la tensión. Los oficiales parecían más alertas, más altos, lo cual era absurdo. Sacudiendo la cabeza ante su propia estupidez, Julia se encontró frente a un sobrio traje de lino negro, inmaculado pero sencillo, y la mandíbula redondeada y obstinada del reverendo Thomas Smyth.

—Señor Smyth. Julia logró esbozar una sonrisa meritoria, a pesar de su sorpresa. No tenía ni idea de que estabas aquí. Él frunció el ceño. '¿Por qué todos son tan extraños? Estuve fuera un rato y, cuando regresé, el ambiente había cambiado bastante.

'Napoleón está en la frontera', dijo.

—Llevan semanas diciendo eso —se encogió de hombros Julia, cansada de rumores y falsas alarmas—.

'No, esto es de un despacho militar. Debemos suponer que es exacto. Por eso estoy aquí, para encontrarte.

—¿Quieres decir que no fuiste invitado? Sacudió la cabeza con impaciencia. ¿Y por qué la urgencia? Napoleón difícilmente puede llegar a Bruselas tan rápido, ¿verdad?

—Dentro de días —dijo él concisamente, atrayéndola hacia un rincón con cortinas en un costado de la habitación—. 'Me gustaría hacer oficial su estatus como mi prometida esposa, para estar en una posición en la que pueda organizar los arreglos de viaje para su familia. Debemos partir mañana.

'¿Mi estado?' Algo muy parecido al pánico la invadió, la urgencia de dar la vuelta y correr era tan grande que tuvo que agarrarse al respaldo de una silla para mantener el equilibrio. Pero no me lo has preguntado. Señor Smyth, Thomas, es usted muy presumido.

'Entonces te preguntaré ahora.' Él tomó sus manos entre las suyas y se quedó mirándola con una expresión que ella solo podía describir como sombría. Esta no era la propuesta romántica con la que soñaba una chica. ¿Me harías el honor, Julia, de convertirte en mi esposa? Naturalmente, le preguntaré formalmente a la señora Tresilian, ya que no tiene parientes varones aquí.

'Yo bien...'

"Difícilmente se puede protestar que esto es repentino", dijo. No después de nuestra conversación en las carreras. No soy dado a besar a señoritas ante las que no voy a declararme, créeme.

Eso era obvio, pensó Julia, recordando esa tibia caricia. 'No, por supuesto que no,' ella estuvo de acuerdo.

—Me he decidido y he fijado mi intención en ti, Julia —dijo con el aire de un hombre a punto de embarcarse en un discurso bien planeado—. Estoy convencido de que la irregularidad ocasional del propósito moral, la falta de discreción impulsiva que fue evidente en las carreras y que observé esta noche es algo que se puede superar y que serás una excelente esposa para un hombre de la iglesia.

Por un momento, ella estaba tan sorprendida que lo miró boquiabierta. ¿Falta de discreción? ¿Esta noche? ¿Qué quieres decir?' Ciertamente, ella había inhalado limonada y farfulló y se atragantó, pero eso difícilmente indicaba, ¿cómo dijo él?, irregularidad en el propósito moral.

—Te vi, Julia —dijo Thomas, más apenado que enojado. Primero estabas coqueteando con el gran oficial de bigotes y luego saliste de la habitación con ese libertino de Carlow.

—Si pensabas que estaba enfrascada en un encuentro amoroso con el mayor Carlow —dijo con frialdad—, entonces me sorprende que no hayas venido a confrontarnos. Te dije que él y yo no somos... no tenemos... ¡Oh! Ella lo miró. No pretendo coquetear con el comandante Carlow ni con nadie más, y que eso acabe. O me crees o no. Y si no...

—Sí, te creo —dijo Thomas apresuradamente. Pero, querida Julia, te incumbe aprender a ser discreto. Serás el ejemplo para todas las damas de la parroquia, debes ser irreprochable en tu comportamiento.'

'Todavía no he dicho que sí', señaló. Esto fue incluso peor que los celos de Charles Fordyce. Thomas la sermoneaba, la desaprobaba y luego la perdonaba por cada pequeño desliz. De repente, Julia se convenció por completo de que no podía soportar que la perdonaran constantemente.

-Sí, querida, pero debes ver...

—Sólo veo que no encajaremos, señor Smyth —dijo con firmeza. Te agradezco tu oferta más halagadora y tu perdón más cristiano, pero no me casaré contigo.

—¡Julia! Él la tomó del brazo cuando ella levantó la cortina para salir. '¿Has estado jugando conmigo? No pensé eso de ti.

—Sin duda, mis intenciones no eran jugar con sus afectos, señor. Hizo una mueca por dentro ante la sacudida de su conciencia. Debería haber sido más fuerte, más clara en su mente. Debería haber corrido cada vez que veía a Hal Carlow y borrarlo de su cabeza y su corazón. Pero parecía que ella no era tan fuerte. Pensé que seríamos adecuados, pero pensé que te conocía mejor de lo que parece, y tú tienes una imagen de mí que es, quizás, precisa. Es mejor que averigüemos estas cosas ahora, ¿no?

'Estoy seguro de que lo es.' Él se inclinó rígidamente. "Y será una lección para mí para ser más cuidadoso en el futuro".

Thomas pensó que ella era una coqueta y una provocadora, ella podía ver que así era. Y su crimen había sido ser aburrido y digno y un poco mojigato. Quizás tenía razón sobre ella. Julia soltó su brazo, apartó la cortina y casi salió corriendo de la alcoba.

El murmullo de la conversación era más fuerte en la habitación. Mientras se apresuraba hacia la salida, escuchó fragmentos de conversación:... cruzar el Sambre, no tengo ninguna duda... Los prusianos tendrán que detenerlos... mejor ir a Amberes ahora, en barco por el canal... Dios, estoy deseando que llegue esto. .

El último orador la detuvo en seco. Era uno de un grupo de jóvenes oficiales de infantería, sus ojos brillaban de emoción mientras discutían y hablaban.

Quieren esta lucha, quieren esta gran batalla y la muerte y la gloria y la sangre derramada, pensó, dándose la vuelta, con el corazón enfermizo. Gracias a Dios, ahí está la puerta, y no conozco a nadie parado allí. Y en lugar de que mamá pueda salir de Bruselas con el apoyo de un futuro yerno, deben confiar en el barón y en su propio ingenio. Y en algún lugar al sur, Hal estaría peleando. Podría resultar herido, quizás muerto. Y de alguna manera todo eso sería su culpa también.

Julia se agachó a través del nudo de personas en el vestíbulo delantero. Podía pedirle a un lacayo que le llevara una nota a Lady Geraldine y le llamara un taxi. Si se quedara aquí un minuto más...

—Sí, obtendrás tu batalla, Bredon, estoy seguro. Era Hal hablando con un hombre un poco más joven con la casaca escarlata y las veneras amarillas de uno de los regimientos de infantería. Había una cinta de luto negra alrededor de su brazo izquierdo. De pelo castaño, su cara parecía hecha para reír. Algo en él le recordó a Julia a un sabueso entusiasta.

Iban a matarlos a todos, a todos los jóvenes...

—Señorita Tresilian, ¿qué sucede? Hal la había visto. ¿Tenía el hombre ojos en la nuca? Julia se obligó a contener las lágrimas amenazantes y sacudió la cabeza, incapaz de hablar.

'Almiar.' Hal se volvió hacia el joven. Ve a buscar a lady Geraldine Masters. Llévala a un lado y dile que la señorita Tresilian no se encuentra bien y que la llevaré a casa en un taxi. Discretamente ahora.

'Señor. Como si fuera la reputación de mi hermana. Le dedicó una sonrisa a Julia y se alejó rápidamente.

Julia respiró hondo y se dijo a sí misma que debía estar tranquila. Sus nervios estaban hechos jirones, eso era todo. Su rechazo a Thomas Smyth fue un desastre, pero las lágrimas, los vapores o el pánico no ayudaban en nada. Al menos tenía el dinero que el Capitán Grey le había ganado en las carreras. Eso podría pagar unos cuantos vestidos, pero no podía sustituir a un marido. Se las arregló para caminar con compostura para recuperar su abrigo. Cuando se dio la vuelta, Hal estaba en la puerta.

Tengo un taxi. Vamos, nadie está mirando, solo dobla esta esquina.

'Gracias.' Dejó que él la ayudara a entrar, luego se quedó mirando mientras él se unía a ella y cerraba la puerta. '¿Qué estás haciendo?' El caballo echó a andar en dirección opuesta a casa. '¿Y adónde vamos?'

Te estoy secuestrando. Hal se recostó, cruzó una larga pierna sobre la otra y la miró gravemente a la luz prestada de la calle. Su alarma debió mostrarse, porque él cedió y explicó. Le he dicho al conductor que dé vueltas y vueltas al parque hasta que le digan lo contrario.

'Vaya. Gracias.' Secuestrándome de hecho. ¡Si tan solo lo hiciera! Al menos no tendría que tomar ninguna decisión. Supongo que no debo irme a casa hasta que no sepa qué decir. Su mente se sentía curiosamente en blanco y bastante magullada.

'¿Lo que ha sucedido?' preguntó Hal, su voz profunda y suave en las sombras. ¿Quién te ha molestado?

'Al menos no me preguntes qué he hecho, que es lo que preguntará mamá, y tendrá toda la razón', respondió con ironía. 'Todo fue mi culpa. Acabo de perder a otro pretendiente.

'¿Qué? ¿Esa prostituta dio a luz a Smyth?

'Sí, aunque como nunca has hablado con él, no sé cómo puedes ser tan crítico'.

'Él acecha con una mirada de superioridad moral en su rostro. O eso, o tiene un mal olor permanente debajo de la nariz —dijo Hal con una clara falta de caridad—.

—Ciertamente tiene estándares altos —dijo Julia con un suspiro. 'Pero aunque soy propenso a irregularidades ocasionales en mi propósito moral y muestro una falta de discreción impulsiva, él estaba seguro de que podría encaminarme en el camino correcto con la guía adecuada y que puedo ser un modelo de rectitud en la parroquia. Sólo que no pensé que podría soportarlo.

Creo que no. Hal sonaba horrorizado. '¿Qué irregularidades e impulsividad, por el amor de Dios?'

Ese favor en las carreras.

Él gimió.

Y me vio salir de la habitación contigo esta noche.

Así que te he perdido otro pretendiente. Lo siento, Julia. Soy yo quien ha estado mostrando la impulsiva falta de discreción.

—Oh, igual me habría llevado —dijo, dándose cuenta mientras hablaba de lo enojada que la había hecho sentir esa actitud condescendiente. Lo

rechacé.

'Bien por usted.'

'Mamá va a estar tan decepcionada de mí. He tenido esta oportunidad de hacer que nuestras vidas sean mucho más seguras y la he tirado por la borda.

'¿Seguramente cuando vea lo que sientes por él?'

Ella se encogió de hombros, deprimida.

¿Te ha hecho mucho daño? ¿Le querías mucho, Julia? Hal se inclinó hacia adelante y le tomó la mano, acariciándola como para consolarla.

'¿Cariño? cierto

Solo que no, ¿cómo podría estarlo si amo...? Se quedó helada, las dos palabras traicioneras temblando en la punta de su lengua. Te amo. Te amo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11

Hal se quedó muy quieto, mientras la cálida presión de su mano a través de la seda de sus guantes blancos de noche le aceleraba el pulso errático. Por un momento de horror, Julia pensó que debía haber dicho las palabras en voz alta. 'Lo... Detesto que me sermoneen así', terminó, desesperada.

—Ya veo —dijo, y ella no pudo leer las emociones subyacentes en su voz. '¿Qué harás ahora?'

—Sigo exhibiéndome en el Marriage Mart —dijo ella, más allá de seguir fingiendo con él—. Antes de que Napoleón escapara no tenía mucho sentido: cualquiera que pudiera estar interesado estaba tan apurado como nosotros. Pero con todos los recién llegados y Lady Geraldine siendo tan amable, mamá pensó que valía la pena la inversión en vestidos.

'Es un negocio feroz para una mujer joven, ¿no?' preguntó, moviéndose en el asiento para estar directamente frente a ella y poder tomar ambas manos entre las suyas. Igual que Thomas Smyth en las carreras, pensó Julia. Pero entonces se había sentido un poco avergonzada, ahora apenas era consciente de su entorno, solo del hombre sentado frente a ella, su cabello pálido en la luz parpadeante e intermitente, su rostro vuelto hacia sus manos entrelazadas.

—Mis hermanas tuvieron sus temporadas —continuó, como si estuviera pensando en voz alta—. Pero es más fácil para ellos, supongo. Ambos tienen títulos, dotes; su padre es un conde. No es que Honoria haya encontrado así a su marido. Había diversión en su voz, no desaprobación.

—¿Honorias es como tú? Julia preguntó, luchando con el impulso de inclinarse hacia adelante, besar el ángulo agudo de su pómulos que era todo lo que podía ver de su rostro.

¡Señor, sí! Él rió. De ahí el problema. Por un momento ella pensó que él se lo explicaría, pero luego dijo, como si sus palabras fueran una continuación lógica de lo que acababa de decir: '¿Ha vuelto Hebden a ponerse en contacto contigo?'

¿El joyero? No. Sin embargo, fue extraño. Cuando estaba mirando las piezas te mencionó.

'¿Qué?' Hal se incorporó de golpe y le soltó las manos. Julia se las arregló para no agarrarlo por la espalda.

Dio a entender que había oído chismes que le hacían suponer que estaba vendiendo las joyas para financiar mi... oh, la caza del marido es a lo que se refería, supongo. Hal se quedó muy quieto. Dijo algo sobre el reverendo, el viudo y el libertino. Eres el único libertino que conozco —dijo con un intento de reírse. Le comenté a mamá que sin duda alguien nos vio en la revista y cotilleó.

—¿Así que cree que soy un pretendiente para tu mano? Hal parecía decididamente preocupado.

A Julia le dolía el estómago de vergüenza. Él pensó que ella estaba tratando de insinuar que él la estaba cortejando. 'No, creo que solo era...'

—Si él piensa eso, entonces estás en peligro —dijo Hal sin rodeos, y ella se dio cuenta de que su ansiedad era por eso, no porque ella pudiera suponer algo acerca de sus intenciones—. Guarda un rencor profundo y salvaje contra mi familia y otras dos personas. Fue el responsable de expulsar a mi hermana de la Sociedad, secuestró a la esposa de mi hermano y trató de arruinar a su hermana. El oficial de infantería con el que me viste en el pasillo... ¿Rick Bredon? Ella asintió. 'Hebden es el medio hermano de su hermanastra y está causando que su nuevo esposo duerma menos por las noches, créanme'.

'¿Crees que si cree erróneamente que soy... importante para ti de alguna manera, podría atacarme también? Aunque ¿por qué iba a pensar eso, más allá de un chisme tonto?

—Smyth lo pensó —señaló Hal. Y si Hebden está mirando ahora, sabe que estamos solos en circunstancias que te arruinarían si se hicieran públicas. Maldita sea, si hubiera tenido la menor idea de que él sabía de un vínculo entre nosotros, nunca me habría subido a este maldito vagón contigo. El hombre está obsesionado.

Julia estuvo a punto de preguntar qué habían hecho los Carlow para atraer un odio tan virulento, pero los buenos modales la alcanzaron. Si Hal quería que ella lo supiera, se lo diría. Y tú eres importante para mí —añadió, volviendo al último comentario de ella.

—Entonces esperemos que su señor Hebden considere que los amigos no son importantes en su campaña de venganza.

¿Es eso lo que somos, Julia? Hal volvió a tomarle la mano, aparentemente interesado solo en trazar las finas líneas de costura que formaban la parte

posterior de su guante. El movimiento de su dedo la hizo querer temblar.

—Eso espero —dijo ella alegremente. Entonces volvió a ella el recuerdo de la conversación en el gran salón y un escalofrío la recorrió. 'Hal, ¿es verdad? ¿Está Bonaparte en la frontera?

'Sí.' El entusiasmo en la sola palabra le dijo todo lo que necesitaba saber: Hal Carlow estaba ansioso por entrar en batalla.

'¿Qué tan pronto será?'

¿Antes de la batalla? No sé. No muy largos: días no semanas, pero depende de por dónde se mueva Bonaparte una vez que cruce el Sambre. ¿Tu madre y tú queréis marcharos ahora a Amberes?

—Si nos vamos, será porque creemos que Wellington, todos ustedes, perderán —dijo lentamente. '¿Me estás diciendo que eso es lo que te espera?'

'No. Pero no puedes tener idea de cómo sería una ciudad cerca de una gran batalla. Lo he visto, en la península.

—No quiero huir —dijo ella, dándose cuenta mientras hablaba de cuán apasionadamente lo sentía, aunque no por qué—. Me sentiría cobarde. Tú, el Ejército, no huirás.

—No —repitió él, y sus manos sobre las de ella se detuvieron—. 'No vamos a correr. Pero éste es Bonaparte, uno de los más grandes generales de la historia.

—Tenemos a Wellington —protestó ella, conmovida por sus palabras—.

'Quién nunca ha conocido a Bonaparte en el campo. Quiero que te vayas, Julia. Quiero que acudas al barón tan pronto como esté seguro de que los franceses han cruzado a Bélgica. Prométemelo.

'Te prometo que no haré nada que ponga en peligro a mamá y Phillip', dijo, sin entender por qué se equivocaba, pero sabiendo que tenía que hacerlo.

—Bien —dijo él como si ella le hubiera quitado un gran peso de encima—. Y ahora, debes irte a casa.

Julia observó cómo bajaba la ventanilla y se asomaba para llamar al conductor, admirando sin vergüenza la flexibilidad con la que se movía y la línea de su cuerpo delgado. Aquí estaba ella, en un carruaje cerrado, de noche, con un libertino notorio, y él ni siquiera coqueteó con ella. Él había tomado sus manos como si fuera una de sus hermanas, eso era todo.

Si fuera más audaz, si supiera lo que estaba haciendo, podría animarlo a que me besara, pensó, mordiéndose el labio mientras él se sentaba de nuevo. Con pasión. Pero, ¿y si no quiere volver a hacerlo? me hundiría de vergüenza. Él no quiere una buena chica. Quiere a alguien con experiencia.

Y entonces ya era demasiado tarde. El carruaje se detuvo, Hal abrió la puerta y saltó para ayudarla a bajar, y ella pensó, debería hundirme de vergüenza solo de pensarlo.

Buenas noches, mayor. Y gracias por acompañarme a casa.

—Buenas noches, señorita Tresilian —dijo él con igual formalidad, llevándose la mano de ella a sus labios—.

A través de la seda, podía sentir el calor de su aliento, la firme presión de sus labios, y su aliento quedó atrapado en su garganta cuando él la soltó y se volvió hacia el carruaje que esperaba.

—¿Estarás en el baile de la duquesa mañana por la noche? preguntó, con un pie en el escalón.

—Sí, si el enemigo no está a las puertas —logró decir en un intento de ligereza—.

Te veré entonces, espero. Y si no, recuerda lo que me prometiste. Y se fue.

Julia subió las escaleras hasta su apartamento, su cerebro dando vueltas. Si Napoleón avanzaba, mamá y Felipe debían ir a Amberes con el barón, pero ella no lo haría. No había nada que pudiera hacer, pero no se iría de Bruselas mientras Hal estuviera luchando, en peligro. Hacerlo sería como huir, abandonarlo. Cómo se las arreglaría para quedarse, no tenía idea. Pero, al llegar a la puerta, resolvió que tampoco iba a contarle a mamá sobre el señor Smyth, al menos hasta pasado mañana, después del baile, después de que supieran cuándo sería la batalla.

—Déjame aquí —gritó Hal al conductor cuando el carruaje pasó traqueteando frente a la casa del duque frente al parque. Estaba demasiado inquieto para sentarse en un carruaje mal ventilado, demasiado energizado por la intimidad con Julia,

no caminar

Le pagó al hombre y comenzó a caminar cuesta abajo. No entendía lo que sentía por Julia Tresilian, pero era poderoso, demasiado poderoso para resistir sin dolor.

El anhelo físico por ella era más fuerte que el de cualquier otra mujer que hubiera deseado, pero tal vez eso era simplemente el resultado de negarse a sí mismo otra probada de ella. El impulso de protegerla era tan visceral como el instinto que tenía de proteger a sus hermanas del daño. Le gustaba ella. Le gustaba su honestidad, su inteligencia y su humor. Había dejado de beber y no había mirado a otra mujer por ella, aunque ella no se lo había pedido.

Admiraba la obstinada forma en que se dedicaba a la búsqueda de marido cuando sabía que lo encontraba desagradable. Por su descuido había asustado a sus dos serios pretendientes. El ritmo de Hal se hizo más lento hasta que se detuvo; Puso un pie en un muro bajo y miró las luces de la Ciudad Baja. Descubrió que estaba examinando su conciencia: un ejercicio desconocido.

¿Fue un descuido o tenía la intención de ahuyentar a esos hombres? No estaba seguro de querer saber la verdad sobre eso. Y ciertamente no le gustaba decirle a Julia que el candidato restante, el coronel Williams, había tenido una amante durante muchos años y lo había hecho cuando su esposa vivía. Pero lo haría si pensara que ella se iba a casar con el hombre: ella debería saber algo así.

Entonces, ahora estaba de vuelta donde había comenzado, solo que de su bolsillo, tal vez endeudada, por todos sus vestidos. ¿Eso lo convertiría en un pretendiente aceptable?

La idea, el mismo hecho de que estaba contemplando tal cosa, lo sacudió. Y sin embargo, aquí estaba, pensando en el matrimonio. Él tenía una pequeña propiedad propia, eso podría gustarle. Su madre y Phillip podrían vivir allí. Podía permitirse el lujo de llevarla a la ciudad para la temporada todos los años, cuando él estaba en Inglaterra.

Cuando estuvo en Inglaterra. Un grupo de soldados con sus prostitutas pasó junto a él, borrachos y llenos de alegría, pero Hal apenas los oyó. Era un soldado, eso era lo que hacía. Pero, ¿y si no hubiera más soldados que hacer? ¿Podría establecerse como su hermano, administrar su tierra, criar una prole de niños? Serían bastante buenos niños, decidió, casi como un sueño, juntando sus rasgos con los de Julia.

Alguien lo empujó por detrás. Hal se dio la vuelta, la espada de gala deslizándose fuera de la vaina, la empuñadura firme en su mano, y el

hombre, una figura corpulenta con un gran abrigo raído, se alejó a toda prisa.

¿Un borracho? ¿Un ladrón? ¿O un pequeño recordatorio de Hebden? Hebden, que asoció a Julia con él, que podría haberlos vigilado esta noche. Parecía difícil darse cuenta de que este enemigo escurridizo e implacable era el mismo niño de siete años que había jugado con Marcus en los bosques y arroyos durante un verano largo y caluroso, mientras que Hal, dos años más joven, lo seguía detrás, cayendo sobre su espada de madera y exigentes paseos a cuestas.

Y ahora su antiguo compañero de juegos no solo quería que los hombres Carlow sufrieran, sino que también quería que lo sufrieran a través de sus mujeres. ¿Era la mujer de Julia Hal? ¿Querría ser ella? Volvió a meter la delgada hoja en su vaina y siguió andando, ahora con todos sus sentidos alerta. Ella era, pensó sin vanidad, consciente de él como hombre, aunque era demasiado inocente para reconocer lo que eso significaba. Le gustaba y confiaba en él o no habría ido con él esta noche o no habría confiado tan fácilmente como lo había hecho.

Y hubo un momento en que él le preguntó acerca de sus sentimientos por Smyth y pensó que ella iba a decir que amaba a alguien. ¿A él?

Si tan solo entendiera lo que eso significaba. Marcus había subido como madera seca en el camino de un incendio forestal cuando conoció a Nell, aunque tenía todas las razones para desconfiar de la mujer que ahora era su esposa. Hal supuso que podría escribir y preguntar cómo sabías que estabas enamorado. Cómo sabías si una mujer te amaba. Y él podría ser objeto de burlas por el resto de su vida, concluyó, tratando de imaginar la cara de su hermano si alguna vez recibiera una carta así.

A menos que recibieran la orden de marchar entre ahora y las diez de la noche de mañana, él y Julia estarían en el baile de la duquesa, se dio cuenta, sintiéndose bastante más aprensivo que la última vez que había visto una hilera de artillería francesa apuntando en su dirección. a corto alcance.

Llegó a la calle principal que conducía a la Puerta de Anvers y tuvo que esperar mientras una hilera de carruajes y carretas pasaba con estruendo, supuso que todos decididos a correr hacia Amberes. Julia no parecía tener el mismo sentido de urgencia por evacuar Bruselas que esa gente. Elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento por vander Helvig y su amable acuerdo de cuidar de los tresilianos.

—¿Carlow? Will Gray estaba parado en los escalones de su hotel, con las manos en las caderas y una expresión de diversión perpleja en su rostro. '¿Qué diablos te pasa? Tienes cara de tonto, estás murmurando y el último vagón casi te atropella.

'Voluntad.' Hal miró el rostro sonriente de su mejor amigo y descubrió que no tenía idea de lo que quería decir o hacer.

—¡Maldita sea, lo has hecho! Will bajó los escalones a saltos y lo golpeó con tanta fuerza en la espalda que lo hizo tambalearse.

'¿Qué?'

—Le pedí a la señorita Tresilian que se casara contigo. Will lo tomó por los hombros y lo miró fijamente. Dios mío, el peor libertino de los húsares, con las piernas encadenadas. Es una mujer valiente si te acepta, lo digo por ella.

No le he preguntado. Hal se agarró a la barandilla y ahuyentó a su amigo. Realmente no podía soportar ser abrazado calurosamente por Will Grey, con bigotes y todo, en una calle pública. Y las palabras de su amigo lo atravesaron como una estocada de sable. Pedirle a una chica como Julia que se casara con un hombre como él no era la acción de un caballero. Su honor no le permitiría hacerlo, y tendría que vivir con las consecuencias.

'¿Porque diablos no?'

Por todas las razones que dijiste. No puedo pedírselo, es demasiado inocente para comprender lo que soy, la vida que he vivido.

'Maldita sea...' Gray se detuvo, su rostro reflejando tanto su acuerdo como su arrepentimiento.

Mira, Will, si no... si no estoy en condiciones de cuidar de ella, ¿la llevarás de vuelta a Inglaterra? ¿Pedirle a mi hermano Stanegate que la vigile?

Se conocían demasiado bien, y conocían los riesgos con demasiada claridad, como para que Will hiciera falsas protestas o pretendiera que no entendía a qué se refería Hal. 'Sí,' dijo simplemente. Me aseguraré de que esté bien.

Luego pasó un brazo por los hombros de Hal y lo arrastró hacia la puerta principal. 'Tenemos órdenes de despliegue para pasar, solo baje la colina del duque. Espero que no esperaras dormir esta noche.

Hal negó con la cabeza. Después de estudiar los papeles, tendrían que cabalgar hacia sus tropas, ponerlas en orden de marcha, comprobar el

aprovisionamiento y luego, si tenían suerte, volver a tiempo para cambiarse y cenar antes del baile de mañana por la noche. La emoción y una concentración feroz se apoderaron de él: esto era para lo que vivía. En el fondo de su mente estaba la persistente certeza de que Julia se horrorizaría al saber que él estaba feliz con la perspectiva de los próximos días. Dejó el pensamiento a un lado: lo importante era asegurarse de que ella estuviera completamente protegida de las realidades de lo que iba a suceder.

—¡Julia! La Sra. Tresilian abrió la puerta y llegó jadeando a su sala de estar. ¡Hay soldados por toda la ciudad con montones de espadas que se las llevan para afilarlas! Y los bancos están cerrados de nuevo. Se sentó en el sofá y se abanicó con un diario.

—Deberíamos empacar —dijo Julia, inclinándose para desatar el sombrero de su madre. Y envía al barón para pedirle un carruaje para ir a Amberes.

—Pero el baile... no te puedes perder el baile de la duquesa de Richmond, será uno de los más destacados del mes —se lamentó la señora Tresilian. — Bueno, eso cree ella —dijo Julia con una sonrisa, recordando una de las observaciones maliciosas de lady Geraldine. Al parecer, el duque se burla de Su Gracia al referirse a su casa como el Lavadero, porque está en la Rue de la Blanchisserie.

—Aun así —dijo su madre—, un baile ofrecido por una duquesa no debe despreciarse. Miraron el reloj. Las manecillas marcaban poco después de las dos.

'Si sigue adelante. Deberíamos empacar. Y luego cenar a las seis. Julia empezó a moverse por la habitación, amontonando las cosas que debían llevarse y las que podían quedarse. Era esencial que mamá y Philip estuvieran listos para partir en cualquier momento.

—Muy bien, querida —la señora Tresilian se puso de pie—. Escribiré una nota para el barón. Sólo espero que podamos recuperar la ropa sucia antes de que tengamos que partir.

Empacar no tomó tanto tiempo como Julia había temido. Su madre, aparentemente preparada para una huida precipitada, pretendía viajar ligera con algunas mudas de ropa y todos sus objetos de valor, que como consistían en gran parte en algunas piezas de joyería, billetes de banco y encajes, ocupaban muy poco espacio. Siguió los movimientos de preparar su propio bolso, en silencio sobre la audaz idea que se le había ocurrido la

noche anterior en el carruaje. Pero primero tenía que asegurarse de que mamá y Phillip estuvieran a salvo.

Acababan de sentarse a cenar cuando la patrona llamó a la puerta y anunció a la señora Cairns y la señora Templeton, dos de las mejores amigas de la señora Tresilian.

—Queridos míos... —la señora Cairns hizo a un lado los ofrecimientos de una copa de vino—, ¿no os vais a marchar? Los oficiales están cabalgando, los hombres se están formando por todos lados, ¡todo el mundo va!

—Dicen que los franceses han atacado a los prusianos en Charleroi —intervino la señora Templeton, una rubia descolorida—. ¡Cien mil soldados franceses!

Charleroi, supuso Julia, estaba tal vez a un día de marcha. O menos. Su boca se secó. Amberes de repente sonaba muy tentador.

—Saldremos a primera hora de la mañana —dijo la señora Tresilian, mientras la brillante perspectiva del baile ducal para su hija aún anulaba los rumores del avance francés en su mente—. Julia ha sido invitada al baile de la duquesa de Richmond.

—Junto con todas esas zorras, el duque de Wellington la convenció de que le enviara tarjetas —dijo la señora Cairns con ironía—. —Lady John Campbell, por ejemplo.

—Julia estará bajo el cuidado de lady Geraldine —dijo la señora Tresilian con la barbilla levantada—. ¿Vais ambos a Amberes esta noche?

—Ciertamente —dijo la señora Templeton—. 'Nos vamos juntos en una hora. Ahora es casi imposible encontrar una yunta de caballos: doy gracias a Dios que el señor Templeton haya comprado uno la semana pasada.

'Entonces nos vemos en Amberes,?

? Julia dijo con una sonrisa, deseando que se fueran y no continuaran excitando demasiado a Phillip que estaba sentado allí, sus ojos como platillos con todo el drama. Te mostraré la salida, no debes demorarte. Cerró la puerta detrás de ellos y volvió a la mesa. ¿A qué hora dijo el barón que nos recogería mañana por la mañana?

Dije que estaríamos listos a las ocho. Me temo que vas a dormir muy poco, querida. La Sra. Tresilian comenzó a cortar el pollo que se estaba enfriando.

—Eso no importa, mamá —dijo Julia, colocando una servilleta en el cuello de Phillip mientras él se retorció en su silla. Sospecho que nadie lo hará durante los próximos días.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 12

—Esperaba recibir una nota tuya para decirme que estabas a punto de abandonar la ciudad —observó lady Geraldine mientras su lacayo cerraba la puerta del carruaje a las diez en punto—. ¿Oíste los disparos hacia el sur?

—Creo que sí... fue muy lejano. Tal vez fue un trueno. Mamá ha quedado con el barón para que llame a las ocho mañana por la mañana —dijo Julia, alisándose con cuidado el fino tejido de sus faldas—. El vestido nuevo, de seda blanca semitransparente sobre amarillo junquillo con un corpiño drapeado de encaje blanco, parecía demasiado frágil para mudarse. —¿Se marchará de la ciudad, señora?

—Iremos a ver a unos amigos que tienen un castillo a unas diez millas al norte —dijo lady Geraldine. Espero que nos vayamos un poco más tarde que tú. Mi marido tiene a los palafreneros con escopetas protegiendo a los caballos de los saqueadores. Espero que el barón esté tomando precauciones similares.

Fue un corto trayecto cuesta abajo hasta la gran casa que habían tomado los Richmond. —Solía ser un taller de construcción de carruajes —observó lady Geraldine con acidez—. Sin duda nos alojaremos en algún granero.

El granero resultó ser la antigua sala de exhibición de carruajes que, a los ojos curiosos de Julia, parecía bastante bien disfrazado con tapices y un podio para la banda. Cuando por fin consiguieron llegar a las puertas, tras una larga cola en la calle y otra aún más larga en la fila de recepción, el ruido del interior era considerable pero, al pasar por las puertas, a Julia le pareció oír el sonido de cornetas y tambores desde afuera.

—Están tocando la asamblea —observó un invitado civil, y Julia aguzó el oído hasta que el ruido de más de doscientas personas y una orquesta superó cualquier otro sonido.

Supuso que en realidad no era diferente de cualquier otro baile que hubiera tenido lugar en Bruselas durante el último mes. Pero la atmósfera cambió por completo, como si todos estuvieran esperando algún anuncio trascendental, pero estaban unidos en una gran conspiración para pretender que no estaban haciendo nada por el estilo.

No había ni rastro de Hal. ¿Había visto lo último de él antes de la batalla? ¿O alguna vez? Julia cerró los ojos por un momento de pánico, luego los abrió para encontrar a uno de los ayudantes de campo, cuyo nombre había

desaparecido por completo de su cabeza, ofreciéndole su mano para el siguiente baile.

Así que bailó y charló y sonrió hasta que le dolieron los pies, la cabeza y los labios y ensayó una y otra vez lo que iba a hacer mañana.

La banda terminó el vals que estaban tocando y dejó sus instrumentos. La duquesa subió al podio y aplaudió. ¡Los montañeses de Gordon! ella anunció a una ráfaga de aplausos. Se ahogó en el remolino de sonido cuando un alto mayor de flauta entró en el salón con cuatro magníficos sargentos con faldas escocesas detrás de él.

Julia nunca había oído música de gaita antes. Ligeramente aturdida por el efecto en una habitación llena de gente, comenzó a caminar de regreso a través de la multitud hacia la esquina de los chaperones.

¿No te gustan las pipas? preguntó una voz divertida junto a su oído izquierdo.

'¡Hal!' Se dio la vuelta, tan aliviada de verlo que casi le toma las manos en ese momento. —Pensé... pensé que ya te habías ido. Los franceses avanzan, ¿verdad?

'Sí. ¿Estás empacado y listo para partir?

Ella asintió y vio que la tensión alrededor de su boca se convertía en una sonrisa. 'Buena niña. Ven, subamos a cenar; habrá un apuro tan pronto como termine la demostración de baile escocés.

Parecía suponer que ella era su pareja: Julia se preguntó qué habría hecho Hal si ella hubiera dicho que ya estaba comprometida para cenar. Era bastante agradable dejarse llevar tan magistralmente, aunque sabía que si hubiera sido cualquier otra persona, le habría molestado.

El comedor del primer piso estaba sólo parcialmente lleno y el ruido de las tuberías penetraba hasta allí. —Esa mesa de ahí abajo —anunció Hal, señalando una en un rincón desierto—. Traeré algo de comida. Volvió a la mesa con un lacayo detrás de él que llevaba una botella de champán y dos copas.

'Derecho.' Esperó hasta que el hombre se hubo ido, sirvió el vino y la miró. 'Necesitamos hablar. Sobre cosas.'

'¿Sí?' Julia preguntó mientras su silencio se prolongaba. Al otro lado de la sala comenzaba a entrar gente y las mesas se llenaban, aunque se ignoraba

su rinconcito lúgubre. Un hombre alto con una nariz aguileña entró, los oficiales se apiñaron a su alrededor. Mira, ahí está el duque...

—Soy un hijo menor —dijo Hal, ignorando la llegada de Wellington y haciéndola saltar—.

Ella asintió, desconcertada, desviando su atención del bullicio que rodeaba al gran hombre. Ella lo sabía.

Y yo soy un soldado. Aparte de eso, solo tengo una pequeña finca en Buckinghamshire. Cogió su vaso y lo vació. 'Julia...'

'¿Sí?' Tal vez le iba a pedir que le llevara un mensaje a casa si... si le pasaba algo. Su corazón dio un vuelco y se sintió palidecer. Su mano temblaba mientras tomaba su propio vaso y bebía, haciendo una mueca por la forma en que las burbujas le hacían cosquillas.

Debería pedirte que te cases conmigo.

Julia lo miró por encima del borde de su copa. ¿Realmente había dicho eso? Abrió la boca, no encontró palabras y volvió a cerrarla. ¿Debería preguntar?

'Casi te arruino, te he comprometido con dos pretendientes,' dijo, su sonrisa un poco torcida. Conduje contigo anoche, después del anochecer y sin carabina. Pero soy absoluta y completamente inadecuado como marido para una dama como tú, Julia.

'Pero... pero ¿por qué me dices esto?' ella tartamudeó.

Este no era su sueño, su fantasía. Todo estaba mal. Él no la quería, ella debería haber aceptado eso, darse cuenta de que la habría besado de nuevo antes, mostrarle cómo se sentía, no tratarla como una de sus hermanas, o una amiga, si lo hiciera.

Anoche me di cuenta de que la idea me atraía bastante, pero que no debo ceder a ese capricho. A pesar de toda su sofisticación, de repente parecía más joven y amargamente inseguro.

¿Más bien apelado? ¿Capricho?' Al menos el señor Smyth había conseguido una propuesta, aunque poco romántica. Se dio cuenta de que todavía tenía la copa en la mano y bebió el vino imprudentemente. ¿Quiere decir que tiene remordimientos de conciencia porque me ha hecho perder a dos pretendientes y está preocupado por Hebden, así que pensó que debería proponerle matrimonio! Pero luego te diste cuenta de que tu reputación te hace inadecuado. ¡Qué conveniente!

¿Sabes algo, Hal Carlow? Aplastó el vaso con la fuerza suficiente para romper el tallo. Preferiría que no hubieras hecho esta confesión. Puedo prescindir de un catálogo de las razones por las que no está dispuesto a hacerme una oferta.

Julia descubrió que había perdido los estribos, bastante comprensivamente, y que debajo de la ira, lo que estaba sintiendo era decepción. Amarga decepción por la ruptura de la fantasía de que, porque ella lo amaba, él también la amaba y solo tenía que darse cuenta.

'Lo siento', disparó de vuelta. Pero no quieres casarte conmigo, ¿verdad?

'¿Cómo lo sabes? No me has preguntado qué quiero. Ha producido esta confesión para aquietar su conciencia, eso es todo.

'Sé que te quiero, sé que quiero mantenerte a salvo. Y eso significa mantenerte a salvo de mí —replicó él, la dureza y el filo de vuelta en su voz y su rostro—. Esa es la mejor disculpa que se me ocurre. ¿No servirá eso?

'¡No, no servirá!' Julia agarró su abanico y su bolso y se puso de pie de un salto, dejando a Hal para atrapar su mecedora salvajemente. Atravesó la habitación, zigzagueando entre las mesas, y se topó con una figura sólida.

'Vaya. Yo soy—Tu G

la raza.'

El duque la miró, los ojos duros y preocupados apenas parecían notarla. Luego dio un paso atrás, se inclinó levemente y la insinuación de una sonrisa tocó su boca. Su reputación con las mujeres era terrible, recordó Julia vagamente, y ella podía ver muy bien por qué. Era formidablemente atractivo.

-Por favor... -señaló el pasillo que tenían delante-. No tengo prisa.

Volvió a hacer una reverencia y se alejó siguiendo a su séquito. Julia lo siguió más despacio. Hal, al parecer, estaba dispuesto a dejarla ir.

En blanco por la miseria confusa y el ácido hirviente de su ira, pasó junto a un soldado cubierto de polvo, incongruente mientras se desplomaba contra la pared para dejar paso a los invitados magníficamente vestidos. Un mensajero tal vez.

El duque se había desvanecido cuando ella llegó al salón de baile, pero había remolinos de movimiento por todas partes, cortando el rumbo de las parejas que bailaban, los grupos en conversación. Algo estaba pasando; su

ya doloroso estómago se contrajo. El duque de Brunswick estaba sentado a un lado, el joven príncipe de Ligne en sus rodillas. Un oficial se inclinó y le habló al oído, y él se puso de pie de un salto, haciendo que el niño se desplomara.

'Julia'. Hal la había seguido después de todo. Él la tomó del brazo, tirando de ella detrás de uno de los largos tapices que cubrían las paredes ocultando recovecos y puertas. —Los prusianos han sido derrotados en Ligny —dijo sin preliminares—. 'Debo irme ahora, todos debemos hacerlo. Encuentra a Lady Geraldine y vete con ella. Cuando llegues a casa, dile a tu madre que envíe inmediatamente al barón. Debes partir con las primeras luces.

'Hal.' Julia descubrió que estaba aferrada a su brazo, la ira se derritió en algo más en su miedo por él. 'No quiero separarme de ti sintiéndome así, tan enojado'.

'Lo sé.' Él sonrió y pasó los dedos por su mejilla. 'No sabía que podías serlo, pensé que siempre eras tranquila y elegante. Es una revelación bastante estimulante.

—Bueno, después del picnic, nada sobre mí pareció estimularte —replicó ella, sin saber si era el recuerdo de sus excusas para no proponerle matrimonio o su miedo por él lo que la hacía tan irritable.

'¿Tuvieron tanto éxito mis esfuerzos de autocontrol entonces?' preguntó él, su mano deslizándose alrededor para acunar la parte posterior de su cabeza.

'Extremadamente. Podría haber sido tu hermana.

—Difícilmente —dijo secamente. Pero no estoy acostumbrado a las buenas chicas, Julia. No soy apto para ellos, lo sabes.

'Yo no soy una niña.' Sus ojos se arrugaron mientras le sonreía. Muy cerca, muy grande. Muy, muy querido. Y estoy tan cansada de ser buena.

Parecía que no necesitaba otro estímulo. Julia había anhelado un beso, ahora, mientras su boca se cerraba sobre la de ella en posesión experta, estaba recibiendo uno que cumplía todos sus sueños.

Una mano sostuvo su cabeza inmóvil mientras su boca se movía sobre sus labios, la otra estaba en la parte baja de su espalda, presionándola contra él. Su cuerpo estaba duro y caliente, y el de ella se arqueó contra él sin tener que pensar siquiera, lo cual era bueno, porque pensar se estaba volviendo difícil. Su boca exigió algo, y entonces ella recordó y sus labios se abrieron para él.

Sin dudarlo, la llenó, tomó todo lo que ella le ofrecía y le mostró más, de modo que su lengua se enredó con la de él y sus senos le dolieron y se apretaron mientras se apretaba contra él y sus manos sabían exactamente dónde tocar la nuca de su cuello y hacerlo. gemir en su boca.

Y luego la soltó, la apartó de él con las manos firmes en su cintura y se quedó mirándola. Dios mío, Julia.

'Vaya.' No parecía haber mucho más que decir y, además, estaba temblando. Ella se miró las manos temblorosas y él también. Por eso no debes casarte conmigo. Vuelve a ver que no se me puede confiar a las vírgenes —dijo con amargura—.

'¿No crees que las vírgenes podrían tener un punto de vista?' Julia dijo.

'No. No mientras tenga fuerzas para comportarme como un caballero. El gris oscuro y ardiente de sus ojos mostraba la intensidad de su emoción tanto como ocultaba lo que estaba sintiendo.

'Maldita sea, Julia, hay hombres más decentes por ahí, no solo Smyth o Fordyce o Williams, quien tiene una amante, por cierto, no la tengo. Búscate otro y cástate con él.

'No. No, ahora me doy cuenta de lo que estaba mal con Thomas y Charles... ellos no eran importantes para mí', dijo, observando la expresión de su rostro en el nicho en sombras.

Lentamente sonrió. Sabes cómo clavar un cuchillo en la herida, ¿verdad, Julia? Pero esto no cambia nada de lo que dije arriba, ya lo sabes.

Ella murmuró una protesta, pero él le puso dos dedos en los labios. 'Ten mucho cuidado. Si hay algo, después de la batalla, y yo no estoy cerca, ve con el capitán Grey.

—Si te matan —murmuró, casi asustada de pronunciar la palabra como si trajera la muerte a la habitación con ellos.

'Sí. Hay una buena posibilidad de eso. Soy un soldado, eso es un hecho de vida y muerte. Si no vuelvo, trata de recordar que hice lo que pensé que era correcto para ti.

¿Cómo puede ser tan realista al respecto? ¿Cómo puede querer ir a la batalla? Sí, cumplirá con su deber porque es valiente y honorable, pero tiene muchas ganas de luchar. Desearía haber entendido eso. Desesperada por detener las lágrimas que brotaban, Julia abrió su bolso. —Debes tener

otra ficha —dijo—. 'Algo para una batalla real, no solo una cinta para una carrera.'

Sus dedos se cerraron sobre el pequeño cuaderno que su padre le había dado. Apenas dos pulgadas por tres, estaba cubierto por ambos lados en nácar con Julia tallada en él. Lo llevaba a todas partes, a veces anotando un verso o una frase que le impactaba, de vez en cuando haciendo un diminuto boceto a lápiz.

Toma esto, por favor. Ella lo presionó en sus manos. Quería darle todo, darle ella misma.

Hal se quedó sosteniéndolo, trazando su nombre con el dedo, luego desabrochó dos botones y lo deslizó en el pecho de su chaqueta. —Contra mi corazón —murmuró. Tal como es. Venir.'

Emergieron de detrás de los tapices, sin ser marcados. Un hombre alto y apuesto estaba en el podio bajo, todos los ojos se volvieron hacia él. —Lord Uxbridge —murmuró Hal en su oído—. Mi comandante de caballería.

—Será mejor que los caballeros que tienen parejas comprometidas terminen su baile y vayan a sus aposentos tan pronto como puedan —dijo su señoría secamente—.

A lo lejos, Julia pudo escuchar a la duquesa de Richmond, 'pero aquellos de ustedes que no tienen que unirse al ejército no necesitan... por favor, quédense...'

Hal se inclinó, su boca dura sobre la de ella como una marca. Cuando levantó la cabeza, sus ojos sostuvieron los de ella, oscuros y sombríos. 'Adiós.' La palabra tácita flotaba para siempre en el aire entre ellos. Luego se fue.

Todos se iban, y la habitación se vació de color como el rostro de una niña a punto de desmayarse. Los uniformes desaparecieron por todas las puertas, y todo lo que quedó fue el blanco y los colores pálidos de los vestidos.

Todos habían dejado de fingir que nunca sucedería, se dio cuenta Julia. Esta era la realidad. Mañana, no, hoy: el reloj marcaba las dos, la batalla destrozaría su mundo.

Había una silla justo detrás de ella; ella se sentó, sus piernas demasiado débiles para estar de pie con seguridad. Julia no sabía casi nada acerca de besar, pero parecía que había sido... sentida en el corazón. Pero Hal normalmente estaba tan seguro, tan confiado, tan... fluido. ¿Qué le había

hecho salir con esa dolorosa explicación de por qué no le pedía que se casara con él?

¿Había dicho algo, hecho algo que lo hubiera llevado a pensar que esperaba una propuesta? Julia buscó en su conciencia. No, no con un hormigueo ingenioso.

Tal vez fue la perspectiva de la batalla y la muerte lo que le hizo pensar que no debía dejar ningún asunto pendiente, ninguna incertidumbre. Pero Hal había luchado en la Península, debió haber enfrentado este punto de crisis unas cuantas veces antes. Y él volvió sano y salvo entonces, se recordó a sí misma, con los dedos apretados en su bolso como si estuviera aferrándose a él. Estará a salvo esta vez. Él debe ser. Él estaba tratando de prepararla para lo peor, siendo cruel para ser amable, eso era todo. Y su seguridad era más importante que sus sentimientos.

'¿Julia?' Era Lady Geraldine, pálida y de algún modo menos soignée de lo que había parecido sólo unas horas antes. Tenemos que irnos, querida.

—Sí, por supuesto, señora. Recogió su capa y siguió a la figura erguida, con la mente acelerada. Esto no cambió nada de lo que había decidido hacer. '¿Señora?'

Lady Geraldine se volvió en la puerta. '¿Si cariño?'

¿Sería tan amable de dejarme en casa del barón vander Helvig? Debo cambiar los arreglos para mañana.

—Querrás marcharte con las primeras luces —asintió la mujer mayor—. 'Muy sabio. ¿Quiere que le devuelva el carruaje?'

'Gracias, pero estoy seguro de que me dará una escolta a casa, está muy cerca.'

Ahora todo dependía del barón. Si él se negaba a ayudarla con su plan, entonces ella no sabía lo que iba a hacer.

¿Quieres que lleve a tu madre y a tu hermano a Amberes pero que te deje? ¡Mi querida señorita Julia, no es posible que se quede sola en Bruselas! El barón, despertado de su habitual afable placidez, paseaba de un lado a otro del salón en bata. Su casa, como la mayoría de Bruselas, era un resplandor de luz a pesar de la hora, y el barón estaba completamente despierto supervisando el embalaje de su plata.

Voy a quedarme en nuestro apartamento.

'¿Pero por qué deberías querer?' Levantó las manos y se sentó, desconcertado.

"Simplemente no puedo ir", respondió ella. 'Siento que tengo que quedarme, muy fuertemente'. Ahora comprendía mejor, aunque no podía explicárselo al barón, no sin traicionar sus sentimientos más íntimos. Hal iba a la batalla, iba a cumplir con su deber a pesar de que sabía que las posibilidades de muerte o heridas eran muy grandes. Huir sería como abandonarlo y, una vez que hubiera empezado a pensar con más claridad — con la gélida claridad del terror, supuso—, vio que también habría necesidad de cuidar a los heridos. Algo impactante para una chica de buena crianza, pero estaba más allá de preocuparse por eso, no con la vida de Hal en juego.

'¿Y qué tiene que decir tu madre sobre esto?'

—Ella no lo sabe —admitió Julia. Confío en usted, barón, para que no diga nada hasta que estemos a punto de marcharnos y luego continúe, diga lo que ella diga. De lo contrario —continuó mientras él comenzaba a farfullar—, saldré a la misma hora.

primero se detiene y hace todo lo posible para volver. O huir cuando lleguemos a Amberes.

Él la miró fijamente, aparentemente organizando argumentos para contrarrestar esta locura y fracaso.

Y debo pedirle otro favor, señor. ¿Me dejarás ese mozo de cuadra inglés, George, y la calesa?

Los ojos brillantes e inteligentes del barón la estudiaron. Se trata de un oficial, ¿no? Creo que podría ponerle un nombre. Quieres estar aquí, si está herido.

'Sí,' admitió ella. No puedo obligarme a irme. Y si tuviera a George armado con una escopeta, estaría a salvo. Observó su rostro fruncido por un momento y luego agregó: '¿Ves cuánto más seguro estaré si puedo planificar esto correctamente y no solo volver corriendo aquí desde Dios sabe dónde?'

—Tu madre va a estar fuera de sí —dijo por fin, y ella dejó escapar el aliento que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo.

'Sí, pero si ella sabe que está planeado y estoy vigilado...'

'Muy bien. Creo que harás esto, te ayude o no. Yo diría, ven aquí y quédate. Pero si los franceses toman la ciudad, esta casa es un objetivo demasiado tentador para los saqueadores. Tu apartamento más modesto será más seguro. Enviaré a George, el caballo y el carruaje, y podrá dormir en los establos de su alojamiento. Y me llevaré a tu madre y probablemente lanzará maldiciones sobre mi cabeza hasta Amberes.

Muchas gracias, barón. Julia se dejó caer en su silla, demasiado cansada y aliviada para preocuparse por el comportamiento. ¿Podría uno de los lacayos acompañarme a casa ahora?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 13

—¡Julia! La voz de la señora Tresilian se elevó en un chillido cuando el carruaje se alejó de la casa de la Place de Leuvan a la luz del amanecer. — ¡Julia!

"Mamá", dijo mientras corría a su lado, con una mano en el borde de la ventana. Hay una nota en tu bolso de mano que lo explica todo. Estaré a salvo aquí con Madame y con George. Monsieur le Baron se lo dirá. Luego tuvo que soltarse y quedarse allí mientras el cochero tomaba el desvío hacia Anvers Gate y se quedó sin nadie de su familia, por primera vez en su vida.

Desde la dirección del Parque se oía un tumulto de gritos, cornetas, tambores. —Se están reuniendo en la Place Royale —dijo George, el mozo de cuadra, acercándose a ella mientras un tren de artillería pasaba traqueteando, los carros armados rebotaban en los adoquines detrás de los caballos al trote. Era un hombre imperturbable, bueno con los caballos y más inteligente que su expresión menos el rostro que delataba. —Entra ahora, señorita.

—No, quiero ver... oh, mira a esa pobre mujer. Un soldado, con la mochila a la espalda y el mosquete colgado del hombro, agarraba la mano de una mujer con un niño en brazos, mientras ella intentaba retenerlo para darle un último abrazo. George, me voy al parque.

Con el novio refunfuñando detrás de ella, Julia comenzó a abrirse paso entre la multitud mientras el sonido de las gaitas hacía que todos se volvieran. —Es el Cuarenta y dos —gritó alguien. Y el noventa y dos. El sonido era ensordecedor y, sin embargo, alentador, y la vista de los Highlanders columpiándose no solo levantó su ánimo, sino el de todos los que estaban alrededor, según pudo ver Julia en los rostros que miraban. ¿Estaban los hombres que marchaban aquí entre los que habían jugado y bailado para entretener a los invitados en el baile de la noche anterior?

Y luego, trayendo la atmósfera de gloria marcial a la tierra, los carromatos del mercado comenzaron a retumbar en la ciudad, sus conductores miraban boquiabiertos mientras se encontraban en un mundo transformado.

Poco a poco, los hombres formaron, se alejaron, los sonidos comenzaron a desvanecerse y un silencio incómodo cayó sobre la ciudad cuando los relojes comenzaron a dar las siete. Los macizos de flores y los caminos del parque estaban aplastados y llenos de surcos. Bajo la sombra de los árboles,

los carros pesados estaban parados, sus caballos pastaban bajo una guardia armada mientras los conductores se acomodaban para dormir en los carros basculantes.

—Serán para ir a buscar a los heridos más tarde —observó George. —Mire, señorita. Ahí está el viejo Nosey. Y, efectivamente, Wellington estaba cabalgando, sus ADC agrupados en sus talones.

Cuando se fueron, se sintió como si todos hubieran estado conteniendo la respiración y ahora hubo un suspiro colectivo. Los observadores se volvieron y miraron a su alrededor, se encogieron de hombros y se alejaron como si no supieran qué hacer a continuación.

—Debemos volver y descansar un poco —dijo Julia, tratando de sonar positiva. 'Nada va a pasar por un tiempo ahora. ¿Estás instalado, George?

—Sí, señorita. Estaré bien en los establos con el caballo, la carreta y mi arma. Al barón le preocupaba que la gente se los robara y creo que tiene razón.

Julia no esperaba dormir, pero de alguna manera lo hizo, sus sueños inquietos, llenos de imágenes de Hal superpuestas con los sonidos de la mañana, el pisoteo de los pasos, el sonido de las flautas, el repiqueteo de los tambores laterales. Se despertó de un sueño en el que lo abrazaba y descubrió que estaba acurrucada alrededor del almohadón, con la cubierta de lino empapada de lágrimas.

Su casera sirvió un almuerzo distraído en la cocina, mientras supervisaba a su esposo cavando hoyos en el huerto para enterrar su buen peltre y jarras de dinero en efectivo. A diferencia de algunos belgas que acogieron con beneplácito la idea del regreso de Napoleón, ella solo tuvo palabras duras para los franceses y se llenó de pesimismo.

—El ejército aliado ganará, madame —intentó tranquilizarla Julia y recibió como respuesta un encogimiento de hombros fatalista. '¿Qué es eso? ¿Trueno?' ¿Sería bueno o malo para los Aliados que cayera la lluvia?

—No, supongo que son disparos, señorita. dijo George desde su lado de la mesa. Salió, luego volvió, sacudiendo la cabeza. 'Muy lejos.'

Los disparos continuaron durante la tarde, cada vez más cerca, más y más regulares. En la ciudad, las calles estaban llenas de carruajes, caballos, carros de mano y gente a pie que corría hacia las puertas del norte. Los que no iban se quedaron en las calles, en silencio excepto cuando les llegaba

una nueva ola de rumores. Los franceses habían sido masacrados, decían. Luego llegó la noticia de que las tropas belgas habían huido, dejando a los ingleses cortados en pedazos cuando casi doscientos mil franceses se abalanzaron sobre ellos. Julia se negó a creerlo. Pero nadie parecía saber dónde estaba la batalla.

Ella trató de mantener la calma. De nada le serviría a Hal que se enfermara imaginando lo peor. Fue muy fácil de resolver y muy difícil de hacer. Finalmente, cuando el fuego de los cañones parecía aún más cercano, dejó a George cuidando el caballo y caminó hasta el paseo de la muralla. Ya no había paseantes de moda disfrutando del aire de la tarde, solo multitudes que miraban hacia el sur, escuchando el implacable y lento retumbar de los cañones.

'¡Herido!' alguien llamó. 'Caminando herido.'

Le tomó tiempo dar algún sentido a lo que se estaba gritando. Las divisiones de avanzada de las tropas holandesas se habían encontrado con los franceses en un cruce de caminos hacia el sur, en una aldea llamada Quatre Bras, y los habían retenido hasta que el Príncipe de Orange, y luego Wellington, llegaron con refuerzos. Gradualmente, llegaron más noticias, ninguna buena. Los regimientos de las Highland habían sufrido mucho y los prusianos estaban comprometidos a cierta distancia y no podían unirse al ejército de Wellington. Los aliados se retiraban hacia Bruselas.

—Entonces Boney logró dividir los ejércitos —dijo George mientras todos se sentaban alrededor de la mesa de la cocina para compartir las noticias que cada uno había recopilado—. —Maldito astuto, disculpe, señorita.

'Escucha.' Julia dijo. Los cañones se han detenido. ¿Que hora es?' El reloj de la pared marcaba las diez. —Ocho horas, sin parar —susurró. 'Ocho horas.'

La noche parecía interminable. Justo después de la medianoche, el sonido de la artillería pesada moviéndose a gran velocidad hizo que todos se levantaran y se acercaran a sus ventanas hasta que llegó la noticia de que se dirigía a la línea del frente. Luego, a las seis, una tropa de caballería belga pasó al galope en plena retirada. Julia dejó de intentar descansar en ese momento, ayudó a Madame a desayunar y trató de entender lo que decían sus vecinos más sensatos.

—Voy a bajar al Hôtel de Flandres —le dijo a George, mientras metía en una cesta una botella de brandy y las vendas que había estado arrancando de sábanas viejas—. 'Monsieur Grignot dice que los heridos están siendo llevados de vuelta a sus alojamientos originales porque los hospitales ya están llenos. Buscaré al comandante Carlow allí. Finalmente había admitido en voz alta por qué se había quedado. Se sentía un poco borracha, se dio cuenta. Debe ser reacción, o tal vez la falta

de dormir. Será mejor que te quedes aquí y vigiles los caballos.

'Pero, señorita...'

Las calles están llenas de gente decente y los únicos soldados son los heridos: nadie me molestará. Se colocó su sombrerito más sencillo sobre el cabello bien trenzado, recogió la canasta y salió corriendo.

El sonido de los disparos la hizo agacharse en un callejón, con el corazón en la boca, luego se dio cuenta de que estaban disparando a caballos heridos. Cada casa parecía tener puertas y ventanas abiertas, ya través de ellas podía vislumbrar hombres, sentados o acostados donde había espacio. La gente del pueblo se estaba volcando en cuidar a los heridos.

El hotel que había sido el alojamiento de Hal estaba tan lleno de hombres como cualquiera que había pasado, pero no podía ver uniformes azules con revestimientos de ante. Un alto oficial de infantería apoyado contra la pared, con el brazo en cabestrillo y el rostro medio cubierto con un vendaje, parecía lo suficientemente bien como para hablar.

'¿Los Dragones Ligeros 11?' Él sonrió, una mueca torcida. 'Llegué demasiado tarde para pelear, llegué justo después de que oscureciera. Tuvieron que cabalgar desde Ninove —añadió, como para disculparlos. 'Pero ellos estarán en esto ahora. Pelear en retirada, eso es lo que está pasando.

—¿Retirarse a Bruselas? preguntó Julia, sintiéndose mareada. Ayer, anoche, Hal había estado a salvo. ¿Pero hoy? A su alrededor, los sonidos de los hombres gimiendo, el bullicio de los ayudantes y la llegada de más camillas llenaron sus oídos. Los olores le revolvían el estómago: sangre, sudor, humo y cosas peores.

'No. Wellington protegerá la ciudad a toda costa. Mont St Jean es hacia donde nos dirigíamos, justo al sur de Waterloo. Julia sacó la petaca de

brandy de su cesta y la abrió para él. 'Gracias señora. ¿Tu hombre con el undécimo?

—Mi... sí, mi hombre está con ellos —dijo, levantando la barbilla, sintiendo que el orgullo por Hal le erizaba la columna—. 'Todo parece tan caótico aquí, me pregunto cómo puedo ayudar mejor'.

—Agua, señora, eso será de lo más bienvenido —le aconsejó el hombre, devolviéndole la petaca.

'Entonces eso es lo que haré'. Julia encontró un nicho con una estatua en él, incongruentemente elegante con vistas a la escena sangrienta. Se puso el sombrero en la cabeza, el cesto lleno y la capa detrás, se arremangó y fue a buscar las cocinas.

Estaba lloviendo y casi oscurecía cuando por fin volvió a salir a trompicones. Había hecho todo lo que podía durante el día, ahora necesitaba lavarse, comer, dormir un poco antes de regresar por la mañana. La lluvia azotaba mientras ella subía la colina y trataba de no pensar en lo que debía ser estar allí en la oscuridad sabiendo que mañana irías a la batalla.

Hal se quitó la pesada capa de fieltro por encima de la cabeza y se apoyó en las patas delanteras de Max. Por encima de él, el gran caballo se movió, levantó un casco y, resignado a la lluvia, volvió a acomodarse bajo el escaso refugio de un árbol larguirucho. Hal levantó la mano para asegurarse de que había aflojado la cincha y que la otra capa aún estaba sobre la silla y los cuartos traseros moteados de Max cuando un fuerte chapoteo anunció que alguien era lo suficientemente temerario como para moverse bajo el aguacero.

'¿Quién es ese?'

—Soldado arris, señor.

Ah, sí, el hombre que había reemplazado a Godfrey en las carreras. Godfrey todavía estaba enfermo con dolores en el estómago y vómitos constantes. Hal se preguntó si el hombre preferiría estar aquí o en su lecho de enfermo. Sabía en qué cama le gustaría estar. Una fantasía de Julia, esbelta, curva y pálida contra la colcha de seda verde oscuro que su imaginación evocó envió un calor parpadeante a sus ingles y gimió.

¿Qué diablos lo había impulsado a hablar como lo había hecho? Hal se pasó las manos frías por la cara. Debe haber estado loco. Y él también la había lastimado. Ella se estaba encariñando con él, tal vez incluso, si esa palabra

pronunciada a medias en el carruaje había sido lo que él sospechaba, pensó que ella estaba enamorada de él.

Tenía todo el derecho de esperar una proposición honorable, y era demasiado inocente para entender por qué él no podía, no debía, ofrecer matrimonio a una joven virtuosa y bien educada. Se merecía a alguien de sustancia, de valor moral. Alguien con futuro.

No era como si proviniera del tipo de ambiente aristocrático en el que incluso las hijas eran muy conscientes de la vida rústica que llevaban sus padres y hermanos.

No tenía por qué complacer esos impulsos a medias entendidos hacia la estabilidad y la familia a expensas de ella. ¡Miralé ahora! Medio ahogado en un campo empapado y probablemente regresaría mañana herido, si es que regresaba. ¿Qué clase de marido sería él si viviera, dejando de lado su carácter, reputación e inadecuación general?

Así que había sido correcto decírselo, sin rodeos, incluso si la dejaba odiándolo. Pero no fue así. El recuerdo de su boca inocente bajo la de él, su respuesta instintiva, sensual e inconsciente lo llenó de una especie de humilde gratitud.

¿Estaba pensando en él? Pensó que ella estaría, escondida a salvo en Amberes. Ese último beso que había convertido su cerebro y su fuerza de voluntad en gelatina, no fue dado a la ligera.

Por supuesto, si lo mataban mañana, ella estaría a salvo de él, pensó con tristeza. Y si no lo era, solo tendría que asegurarse de no volver a verla nunca más. Ella pensaría que estaba teniendo dudas sobre ella si lo hiciera, pensaría que estaba faltando a su palabra.

Infierno. Hal volvió a frotarse la cara fría. ¿Importaba lo que ella pensara de él, mientras no cometiera un error del que se arrepentiría por el resto de su vida?

Ese era un plan: ser asesinado o ser un bastardo. Ahora todo lo que tenía que hacer era pasar mañana. Dios, estaba ansioso por entrar en acción. La frustración de ese viaje largo y duro solo para llegar después del anochecer con órdenes de ayudar a cubrir la retirada fue intensa.

Max se movió, su cuello serpenteando para morder algo. '¡Oye!' Hal se giró para ver a qué estaba atacando.

'Lo siento, señor. Debo de haberme acercado demasiado. Era Harris de nuevo. 'Gran hijo de puta, ¿no? Dientes feos.

'Sí.' Hal cerró los ojos. "Es tan bueno como un guardaespaldas armado".

La lluvia azotaba.

'¡Se han roto! ¡La Vieja Guardia se ha roto!

El grito recorrió el frente de las líneas aliadas desde el flanco derecho hasta donde los Dragones Ligeros se agitaban en reserva en la contrapendiente del flanco izquierdo. Desde las once de la mañana, cuando comenzó el primer ataque en Hougoumont, los Dragones habían esperado, su única ocupación era esquivar el fuego, reuniendo unidades vacilantes delante de ellos y haciendo incursiones ocasionales para mantener el extremo final de la línea.

Ahora eran más de las siete de la tarde. Hal tenía un agujero en la parte superior de su shako, una herida leve donde una bala gastada le había dado en la parte superior del brazo derecho y una sensación ardiente de frustración. —Maldita sea, Will —le dijo al capitán Grey, que estaba de pie junto a él. ¿Cuándo diablos va a dejarnos marchar Vandeleur?

'En cualquier momento.' Will sonrió e hizo un gesto al jinete que salía al galope de la posición de Wellington.

—Montad —gritó Hal, subiéndose a la silla. 'Formar línea!'

Hubo vítores a su alrededor mientras estabilizaba a Max. Vandeleur indicaba una masa de caballería francesa frente a una batería de artillería que aún se mantenía firme. El objetivo era claro: tomar las armas.

Los siguientes minutos fueron sangrientos, rápidos y mortales. La caballería francesa se estabilizó, formó y disparó una lluvia de carabinas antes de girar, como en un desfile, y trotar hacia la retaguardia a través de los cañones. Por el rabillo del ojo, Hal vio que Will se desplomaba sobre su pomo. Hizo retroceder a Max, empujó a su amigo hacia la silla y giró la cabeza de su caballo hacia atrás, mandándolo en su camino con una palmada en la grupa. Era todo lo que podía hacer por él.

Cuando bajó el sable y cargó contra el arma más cercana, vio al soldado Harris a su lado en un feo ruano, mostrando los dientes y listo para el sable. Juntos cargaron a ambos lados del arma, cortando y apuñalando hasta que la tripulación del arma cayó o huyó.

Por un momento, estuvieron solos al otro lado de la línea de artillería en medio de una arremolinada niebla de humo. Hal sonrió al soldado Harris y el hombre le devolvió la sonrisa antes de girar su caballo con fuerza hacia Max y clavar su sable directamente en el corazón de Hal.

El golpe le quitó el aliento con la conmoción y el dolor, luego la hoja golpeó algo, resbaló, arrastró hacia abajo, cortando sus costillas, su brazo, su cadera, su muslo. Tambaleándose en la silla, aturdido por la dirección del ataque, Hal trató de detenerlo con su propia arma. Entonces el mundo explotó. Era consciente de caer, de un gran rugido en sus oídos, de dolor en casi todas partes y de la caída de Harris también. Entonces todo se volvió negro.

Julia, cansada hasta los huesos, se sentó al pie de la escalera del Hôtel de Flandres y lloró de puro alivio. La primera palabra de victoria había llegado a medianoche. Al amanecer del día diecinueve, una ciudad agotada sabía que estaba a salvo, que Napoleón había sido derrotado y que los aliados triunfaban.

Después de un día de cañonazos constantes y de rumores, cada uno peor que el anterior, parecía imposible que todo hubiera terminado. A pesar de las filas de prisioneros franceses que recorrían la ciudad y la vista de Eagles capturados, las noticias habían sido constantemente malas, y hasta las diez de la noche, se decía que los prusianos aún no habían llegado para unirse a Wellington.

Habían llegado algunos oficiales de Dragones Ligeros, ninguno de ellos gravemente herido, ninguno de ellos con noticias firmes de Hal excepto que estaba bien la última vez que lo vieron. Sabiendo que una bala podría haberlo alcanzado segundos después, la noticia no fue particularmente reconfortante.

Debió haberse dormido un poco, a pesar del ruido, porque lo siguiente que supo fue que alguien la llamaba por su nombre. Parpadeando, Julia se enderezó, rígida de tanto acurrucarse en el frío mármol contra la balaustrada tallada.

—¡Señorita Tresilian!

Capitán Grey. Ella se puso de pie y se apresuró a donde él estaba parado, apoyada por un camarada igualmente golpeado. ¿Estás herido? Había sangre seca en su chaqueta y su brazo estaba en cabestrillo.

Hizo una mueca. 'Dentro y fuera. Viviré.' Parecía como si deseara no haber dicho eso.

Por un largo momento, Julia lo miró fijamente antes de que pudiera encontrar el coraje y las palabras. ¿Dónde está Hal?

No volvió de la acusación.

La sangre parecía haber drenado t

o sus dedos de los pies. Julia escuchó un zumbido agudo. Tenazmente luchó contra el desmayo, aguantó hasta que pudo preguntar: '¿Está muerto?'

—No lo sé —dijo Will Gray y ella lo bendijo por su honestidad. No podría haber hecho frente a las mentiras fáciles.

'¿Dónde?' preguntó, sorprendida de encontrar su voz firme.

'Estábamos muy lejos en el flanco izquierdo, al este de la carretera de Charleroi. Cargamos contra los cañones franceses en la cresta: lo vi por última vez cuando llegamos al fondo del valle. Extendió su mano izquierda y atrapó la de ella. '¿Por qué lo preguntas?'

¿Por qué? ¿Esperaba que ella dejara a Hal en el campo de batalla para que muriera a causa de sus heridas o, si ya estaba muerto, que lo abandonara con los carroñeros y una tumba sin nombre? Hal era su hombre, tal como había dicho el oficial herido el día anterior. Ese último beso en el baile de la duquesa le había dicho que él la deseaba, aunque no la amaba. Ahora la necesitaba. Lo aceptara o no, él era su hombre.

'Porque voy a ir a buscarlo, por supuesto', dijo como si le estuviera explicando algo muy obvio a un niño. Y tráelo de vuelta.

CAPÍTULO 14

El aire era caliente, húmedo y apestaba a putrefacción, zumbando de moscas. Tres millas después de atravesar las almenas y salir hacia Ixcelles, Julia se bajó del calesín y se sintió violentamente mareada, luego volvió a subir obstinadamente a su asiento y, a pesar de las súplicas de George para que retrocediera, lo obligó a seguir conduciendo.

La luz del sol de la mañana se filtraba hermosamente a través de las hojas de las hayas como si se burlara de la gente que estaba debajo. Jugaba con los cadáveres de los caballos muertos, los cuerpos humanos dispersos, los charcos de agua sucia. El progreso era dolorosamente lento: el camino con sus desniveles y cumbres estaba atascado con carros averiados y equipos abandonados, y constantemente tenían que detenerse para los heridos que regresaban dolorosamente a Bruselas.

—No mire, señorita —repetía George mientras estiraba el cuello para mirar todas las chaquetas azules que veía—.

—Tengo que hacerlo —insistió ella. La luz, la necesidad de ver, era la razón por la que no había salido la noche anterior. En lugar de eso, se obligó a comer y luego a adormilarse antes de levantarse antes del amanecer para empacar todo lo que pensó que podría necesitar para el viaje. George también había metido una bolsa de viaje maltratada, murmurando que tenía algunas "cosas útiles".

Ahora estaban en lo más profundo del bosque de Soignes. Parecía un sueño, aquel idílico picnic en el bosque. O tal vez este era el sueño: una yegua despierta. El pueblo de Waterloo, donde Will Gray dijo que habían llevado a algunos de los oficiales heridos, estaba a nueve millas de Bruselas, y el campo de batalla a una milla más o menos. Pasaron caseríos de cabañas bajas con los nombres de los oficiales heridos escritos con tiza en las puertas. Julia se agachó y los revisó todos, pero no vio ninguno que reconociera.

El calesín avanzaba dando tumbos por el camino lleno de surcos. Debe ser un tormento para los heridos en los carros sin suspensión. Si Hal estaba gravemente herido, no tenía ni idea de si podrían volver a subirlo al calesa. Apretó la mandíbula contra las sacudidas y trató de sentarse con la espalda recta. Iba a recuperarlo, costara lo que costara. Viva o muerta, o no sería capaz de vivir consigo misma.

Por fin llegaron al pueblo de Waterloo. La calle desordenada estaba bordeada de casas pequeñas y cabañas encaladas, todas dominadas por la pequeña iglesia abovedada que se elevaba sobre la profunda zanja del camino. Limpios letreros, muy diferentes de los garabatos de tiza que habían estado pasando, mostraban dónde se habían alojado los oficiales la noche anterior a la batalla, y luego estaban los nombres garabateados de nuevo: Gordon, Picton, de Lancey.

—Tantos oficiales superiores —murmuró mientras los leía.

—Nuestros generales, no guíen desde atrás —observó George. No está aquí, ¿verdad?

'No.' Julia cerró los ojos y respiró hondo. Vamos a tener que llegar al campo de batalla.

Tendría pesadillas sobre esto por el resto de su vida, se dio cuenta cuando el calesín llegó a la cima de la pendiente hacia la aldea de Mont St Jean y el terreno se abrió ante ella. Era una escena del Infierno de Dante. Había cuerpos por todas partes, amontonados y uno por uno. Había partes de cuerpos. Había caballos muertos y lamentables heridos, deambulando entre los hombres que se tambaleaban y se arrastraban hacia la carretera de Bruselas y alguna esperanza de seguridad y alivio de su sed y dolor.

Grupos de personas caminaban lentamente entre la carnicería, agachándose, volteando cuerpos. Gente como ella, se dio cuenta al ver a una mujer llorando.

—Malditos saqueadores —murmuró George, y vio que no todos buscaban a sus seres queridos o intentaban prestar ayuda.

'¿Dónde empezar?' Julia se obligó a concentrarse. Si se dejaba tragar por el puro horror de esto, tropezaría en este osario hasta que colapsara exhausta. El capitán Gray dijo que estaban en el flanco izquierdo. George giró el caballo hacia un camino, y ambos miraron hacia la derecha, donde el suelo descendía en una confusión fangosa hacia un pequeño valle y luego subía por el otro lado hasta una loma baja donde se podía ver a hombres arrastrando armas.

—¡Señorita Tresilian! Una figura con un uniforme sucio y andrajoso se acercaba cojeando. Una vez esa chaqueta había sido escarlata y dorada. Julia se esforzó por recordar dónde había visto antes al oficial y luego recordó: con Hal después de la fiesta de lady Conynham.

—¿Señor... Bredon? ¿Almiar?' Recordó la sonrisa ansiosa, el entusiasmo por la batalla. Ahora parecía como si hubiera caminado por el Hades. '¿Estás lastimado?' Rebuscó en la cesta que tenía a sus pies y encontró una botella de agua y el brandy. 'Aquí.'

'Gracias señora.' Tomó un largo trago de agua, luego un sorbo de licor y sonrió, sus dientes blancos en su cara sucia. 'Dios, eso es mejor. ¿Qué estás haciendo aquí? No es apropiado para una dama.

Buscando al comandante Carlow. ¿Lo has visto?'

'Sí.' La sonrisa se desvaneció y él se quedó mirándola, su rostro sombrío.

'¿Está muerto?' De alguna manera, la pregunta salió con bastante firmeza, aunque tenía un nudo en la garganta y se había quedado bastante fría. 'No.' Oh, gracias a Dios. Al menos, no lo estaba cuando lo encontramos anoche. Lo llevamos a una choza en Mont St Jean. Se necesitaron tres de nosotros para alejarlo de ese maldito caballo suyo. Nos lo llevamos a él y al soldado con el que estaba enredado. El caballo nos siguió, tratando de mordernos, la maldita criatura. No había ayuda médica, no allí entonces. Anotamos su nombre. Pero, francamente, señora, no creo que haya sobrevivido a la noche. Lo siento mucho.

'Miré, no vi... su nombre.' Su respiración estaba por todos lados. Julia descubrió que ahora apenas podía articular.

No las cabañas en el camino, estaban todas llenas. Ir detrás, a la derecha. Sólo una choza, en realidad. El Señaló. 'Señora.' Cogió la brida y sujetó al caballo. Tienes que estar preparado. Si está vivo ahora, no creo que dure mucho más; y no es bonito.

—No —dijo Julia, tragándose las lágrimas—. No espero que lo sea. Gracias, Rick. Espero que llegues a casa sano y salvo, pronto.

Hal se preguntó, con cierta impaciencia, cuánto tiempo tardaría en morir. No se había dado cuenta de que podía haber tanto dolor. Su cuerpo no estaba haciendo lo decente y se estaba rindiendo, eso era seguro. Ni siquiera pudo desmayarse, lo que habría ayudado.

Giró la cabeza sobre la paja llena de bultos sobre la que lo habían tirado y descubrió que estaba mirando a los ojos abiertos del agente Harris. Oh, bueno, tal vez el hombre terminaría el trabajo que había comenzado antes de que el proyectil cayera justo encima de ellos.

'¿Por qué?' graznó.

El otro hombre sonrió, un espantoso rictus de dolor y humor negro. El dinero era bueno.

Ese maldito gitano, Hebden. Los ojos de Hal querían cerrarse pero ahora luchó por mantenerse consciente.

'No.' Harris debe estar en peor estado que en ese caparazón. Hal se preguntó si había recibido todo el impacto, protegiendo irónicamente a su víctima prevista. El hombre estaba gris bajo la sangre, sus labios blancos. No conozco a ningún gitano. Este era un caballero. Cien guineas: cincuenta entonces, cincuenta cuando supo que estabas muerto. Todo por clavarte un cuchillo en las costillas y envolverte en una maldita cuerda. Dio un gruñido de diversión que lo hizo jadear. Sus ojos se pusieron en blanco y perdió el conocimiento.

¡Despierta, maldito seas! Hal juró

hacia él hasta que un ojo marrón fangoso se abrió. ¿Qué quieres decir con un caballero?

'Uno real, sonaba como tú, pero mayor. Pienso. Bastardo arrogante. No es que lo viera, solo un vistazo de sus ojos cuando la luz los atrapó. Ojos como la muerte...' Su voz se apagó hasta convertirse en una tos estertorosa.

Hal yacía mirando al hombre muerto, su mente tratando perezosamente de encontrar algún sentido a lo que había dicho. No Hebden-Beshaley: el comerciante de gemas medio gitano era solo dos años mayor que Hal. E incluso cuando hablaba con cuidado, todavía había esa cadencia en su voz, a diferencia del acento de clase alta de Hal. Pero la cuerda... esa debe ser otra maldita cuerda de seda, la tarjeta de presentación de Hebden, la referencia a la cuerda con la que ahorcaban a los compañeros.

Tengo que levantarme. Tengo que advertir a Marcus. Trató de mover algo, cualquier cosa, y el dolor lo golpeó como un martillazo, dejándolo con náuseas, el sudor empapando su cuerpo. ¿Había perdido una pierna? ¿Un brazo? Intentó levantar la cabeza para mirar, pero no pudo. Oyó un relincho repentino y agudo de un caballo: ¿Max? No, debe estar muerto. El lugar en el que estaba se estaba oscureciendo ahora, y sintió que la oscuridad estaba dentro de él, no en la habitación.

Adiós, Julia. Así que esto es todo entonces. esto se esta muriendo...

'¡Hala! Hal, abre los ojos! ¡Hal, cariño, por favor!

Y esto es el Cielo. Eso fue rápido, pensó vagamente. No pensé que merecería el cielo. ¿Y qué hace Julia aquí? O quizás todos los ángeles suenan como Julia. Pero algo estaba mal.

'¿Por qué diablos sigue doliendo?' preguntó quejumbrosamente.

'Porque estás herido. Quédate quieto.'

¿A diferencia de qué? él se preguntó. ¿Preparándose para una revisión? —No hay opción —logró decir—. No puedo moverme.

¿Puedes abrir los ojos?

Se dio cuenta de que era Julia, separando los párpados e intentando concentrarse en el rostro atento que miraba hacia el suyo. '¡No!'

No seas tonto, los tienes abiertos. Ella estaba llorando, se dio cuenta. Sonriendo y llorando.

—No deberías estar aquí —logró decir—. 'Irse.' Pero ella no lo escuchaba.

¿Puedes sacar a ese hombre muerto de aquí, George? ¿Y luego traer mis cosas del bote y encontrar un poco de agua para Max? Una sombra voluminosa se movió detrás de ella.

¿Hombre muerto? La mente confusa de Hal luchó con la razón por la cual el cuerpo era importante. 'No, desnúdalo primero. Quiero todo lo que tiene sobre él y su manada —logró decir antes de que le fallara la voz—.

'Pero... muy bien. George, haz eso si eso tranquiliza al Mayor Carlow. Cogeré mis cosas.

Tenía los ojos cerrados de nuevo, pero percibió un leve rastro de su olor mientras se movía en la pequeña habitación mal ventilada. Y a pesar de todo, sonrió cuando la oscuridad volvió a apoderarse de él.

Con sus suministros alrededor de sus pies, Julia se puso de pie y miró el cuerpo tendido de Hal, tratando de pensar coherentemente. Quienquiera que lo hubiera traído del campo de batalla lo había acostado completamente vestido sobre una fina capa de paja. El lado derecho de su cuerpo desde el hombro hasta la rodilla estaba empapado en sangre, ahora oscuro, su uniforme rígido y cubierto de moscas. A través de ominosos cortes en la tela, pudo ver la carne.

Tenía que subirlo a algo más alto y suave, sin uniforme y limpio. Eso lo haría sentir más cómodo y ella podría ver el alcance de sus heridas.

Empezó a arrastrar fardos de paja en un tosco oblongo, luego cubrió la parte superior con un colchón de heno. Una manta cubrió eso, luego una sábana. Envolvió otra manta en una almohada y miró hacia arriba para encontrar a George, con los brazos llenos de equipo.

—Lo he enterrado bajo un poco de tierra suelta en la parte de atrás —dijo, tirando las cosas en un rincón y saliendo de nuevo—. Regresó conduciendo su caballo y lo ató junto a Max, luego dio de beber a ambos animales. "Este gran 'un tiene algunos daños, pero nada grave", dijo. Lo lavaré y le pondré ungüento para que no se le escapen las moscas.

¿Puedes ayudarme a llevar al mayor Carlow a esta cama que he hecho primero? preguntó Julia, apartándose el cabello de la frente húmeda. Necesito que lo desnuden para poder ver dónde está herido.

Será mejor que primero le quites el uniforme antes de que lo traslademos. Salga usted, señorita, mientras yo lo hago.

—George, un hombre desnudo inconsciente es probablemente lo menos impactante que veré hoy —dijo Julia, agarrando la bota izquierda y comenzando a quitársela con cuidado en caso de fracturas.

Entonces tienes razón. Agarró la otra bota y tiró también.

Julia estimó que llevó una hora desnudar a Hal. Debajo de las rodillas, sus piernas no estaban marcadas, protegidas por las botas. Su cara y el lado izquierdo estaban cubiertos de moretones y cortes menores, pero nada serio. Pero un tajo salvaje le atravesó el costado derecho, poco profundo en el pecho, peor en el brazo y las costillas, asquerosamente profundo en el muslo.

'¿Qué es esto?' George levantó un objeto destrozado de encima del corazón de Hal.

'Mi cuaderno. El golpe de la espada debe haberlo golpeado, resbalado.

—Le salvó la vida, creo —murmuró George. 'Parece que acababa de ser atacado por este espadachín cuando un proyectil o algo así aterrizó, lo derribó a él y al soldado muerto de sus caballos; esos serán los moretones y los cortes más pequeños. Sólo tengo que esperar que no haya daños en el interior donde no podamos ver.

Julia miró fijamente el cuerpo tendido de Hal y se dijo a sí misma que desmayarse era opcional y que ella no había elegido desmayarse. Todo era

cuestión de fuerza de voluntad. El zumbido se desvaneció y tragó saliva. Será mejor que revisemos su espalda y la lavemos antes de levantarlo.

Había soñado con este cuerpo, se dio cuenta cuando George rodó a Hal sobre su lado izquierdo y ella se arrodilló para limpiar el sudor, la suciedad y la sangre. Fantaseaba con su fuerza magra, imaginaba pasar sus manos por los elegantes músculos de su espalda, se preguntaba cómo se sentiría la piel de este hombre bajo sus suaves palmas. Ahora, su único deseo era curarlo. Había viejas cicatrices, blancas contra la piel ligeramente bronceada y las encontró tranquilizadoras. Había sobrevivido heridas antes, lo haría de nuevo.

Entonces, tómeme las piernas, señorita. Lo mantendré lo más plano que pueda. George se arrodilló, empujó ambos brazos debajo de los hombros y las caderas de Hal, esperó hasta que Julia lo agarró por los tobillos y luego lo levantó, mientras balanceaba sus piernas sobre la cama improvisada.

Moverlo ha abierto las heridas. Julia se preocupó y empezó a pasar una esponja por la cara y el costado izquierdo de Hal, dejando lo peor para el final.

—Eso habrá que coserlo —dijo George, abriendo su misterioso bolso—.

'¿Puedes hacerlo?' Julia se giró para verlo sacar una aguja fina y curva y algo de hilo negro de una bolsa.

'Sí. Bueno, puedo coser un caballo. No puede ser muy diferente, supongo. Pero tendremos que limpiarlo todo. Si dejas trozos de tela ahí, se pudrirá. En las caballerizas me llaman diablillo quisquilloso, pero he visto y tomo nota: heridas limpias, manos limpias y las cosas sanan mejor. Entrecerró los ojos ante la punta de la aguja. No sé por qué. También uso mucho brandy, eso ayuda. Sacó un frasco y una botella, vertió un líquido oscuro y dejó caer la aguja y el hilo en él.

Julia empezó a trabajar en las heridas con el agua tibia que él le traía, un buen puñado de sal disuelta en ella.

—El agua salada también ayuda —explicó George, dejándola sola y cruzando para atender a Max—. 'Tampoco sé por qué eso funciona, pero tomas un caballo con llagas en las patas y lo paseas en el mar, se curará más rápido que uno que no lo tengas.'

Sería peor con un disparo, se dio cuenta, obligándose a mirar desapasionadamente lo que estaba haciendo. Un disparo forzaría la tela

profundamente en la carne, una herida cortante no. Se abrió camino hasta su pecho, poniendo paños de lino sobre cada parte limpia de su cuerpo mientras terminaba para mantener alejadas a las moscas. Mientras ella comenzaba a trabajar en el corte y la contusión magullada donde había estado el cuaderno, Hal abrió los ojos, oscuros, casi negros por el dolor.

'Vete', graznó. Debería estar en Amberes.

—No —dijo ella con firmeza—. Te haremos mejor. Bebe esto. Era agua limpia de la tetera grande de Madame mezclada con brandy. Ella deslizó un brazo debajo de su cabeza para levantarlo un poco y lo acercó a sus labios, observando que un leve color volvía a su rostro mientras tragaba un vaso de precipitados entero.

No te quiero. Irse.'

No debo sentirme herida por sus palabras, se dijo a sí misma. Tiene dolor, no sabe lo que dice.

'Julia'. Sus ojos estaban ahora fijos en su rostro, claros y contundentes. Hal sabía exactamente lo que estaba diciendo, se dio cuenta. ¿Quién sabe que estás aquí?

—Capitán Grey, Rick Bredon, mi casera —dijo, perpleja—. El barón me ayudó a quedarme en Bruselas.

Rick y Will pueden mantener la boca cerrada. Puedes sobornar a la casera. Vuelve a Bruselas ahora, Julia. Ve con el barón.

'No podemos moverte todavía', dijo con más calma de la que sentía. 'George va a coser tus heridas y luego debes descansar. Todo lo que tengo es el calesín, ya ves, y no creo que podamos moverte en eso todavía, no hay suficiente espacio para que te acuestes.

—Déjame —dijo con urgencia. Su mano derecha se movió como si fuera a tomar su muñeca y jadeó ante el repentino dolor. Ya es bastante malo, pero te arruinarás si pasas la noche aquí.

'¡No importa!'

'¡Sí lo hace! Si te quedas, tendré que casarme contigo. si vivo Y no puedes casarte conmigo.

Ella se sentó sobre sus talones, mirándolo fijamente. 'Vivirás', dijo como si pudiera hacerlo por fuerza de voluntad. 'No puedes rendirte. ¿Me escuchas?'

'Si te escucho. No deberías estar aquí. Fue... una tontería. Equivocado. No tengo deseos de casarme. No tú.' La vehemencia de sus palabras lo dejó exhausto.

Julia se quedó sentada mirando en silencio el rostro demacrado y magullado, los labios finos y blancos, los ojos cerrados, y luchó por no dejarse llevar por las lágrimas. ¿Necio? Ningún deseo de casarse... Tú no. ¿Estaba tratando de ahuyentarla con palabras como armas? Quizás lo era. Hal Carlow no la conocía muy bien, si es que era así. —Por desgracia, comandante Carlow, tendrá que aguantarme —dijo rotundamente. No puedo dejarte aquí o morirás y no quiero eso en mi conciencia. Cuando George termine con Max, comenzará contigo. ¿Quieres más brandy?

Los párpados magullados se abrieron. —¿Max?

'Él es todo ri

Bueno, sólo unos cortes —le tranquilizó Julia, tratando de no sentir celos de un caballo—. Bebe esto —añadió, llevándole la petaca a los labios—. Iba a necesitarlo. Solo deseaba poder drenarlo y secarlo ella misma.

De alguna manera superó la costura sin tener que salir corriendo a enfermarse de nuevo, principalmente diciéndose a sí misma que si Hal tenía que aguantarlo, ella ciertamente podría. Sospechaba que su presencia, cortando cada nudo para George y luego vendando detrás de su aparentemente interminable fila de puntos, estaba evitando que Hal expresara sus sentimientos con malas palabras: solo deseaba que lo dejara ir y se desmayara.

Cuando terminó y ella se puso de pie temblorosa, Hal abrió los ojos y miró a George. 'Gracias.'

El novio gruñó y luego sonrió. 'Es más fácil que un caballo, jefe: nunca trató de patear o morder una vez'. Empezó a ordenar sus cosas, dejando a Julia sola al lado de Hal.

¿Quién me quitó la ropa?

Lo hicimos, George y yo. Y no te pongas así: tus nalgas desnudas no son lo peor que he visto hoy, créeme. Ella realmente lo había hecho sonrojar, se dio cuenta. ¡Oh, por el amor de Dios!

'No vas a ir, ¿verdad?' dijo con cansancio. Has estado ausente de casa todo el día, te han visto en el campo de batalla y ahora, a menos que te vayas

ahora, te encontrarán aquí, cuidándome. ¿Qué estabas pensando? No hay esperanza: nos vamos a tener que casar, Julia.

'Me niego.' Sus manos temblaban. Un vendaje que intentaba enrollar se le escapó de los dedos temblorosos y cayó sobre el heno esparcido. 'No quiero casarme con un hombre que no me quiere.' Se dio cuenta de que se había aferrado al recuerdo de ese beso en el salón de baile creyendo, en el fondo, que él quería casarse con ella. Y ahora parecía que se había equivocado.

La mirada que le dirigió fue larga, dura e inquebrantable. 'Nunca dije que no te quería. Dije que estaba mal casarme contigo, pero te casarás conmigo. El menor de dos males, tal vez. Me has salvado la vida, Julia. Ahora tomarás mi nombre, te guste o no.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 15

Julia vio los primeros destellos de luz y lanzó un pequeño sollozo de alivio exhausto. De alguna manera habían pasado la noche. El pronunciamiento de Hal sobre el matrimonio fue casi la última cosa coherente que dijo antes de caer en una fiebre que lo tuvo dando vueltas y murmurando durante las horas de oscuridad.

Ella y George se habían turnado para sentarse al lado de Hal, uno lo bañaba con agua fresca mientras que el otro la traía fresca del pozo detrás del edificio. El agua, por un milagro, parecía intacta aunque el aire caliente de la noche estaba viciado.

Ahora, por fin, era la luz; los fantasmas que habían estado colgando sobre su hombro toda la noche farfullando sus mensajes de desesperación habían huido con el amanecer. Hal iba a vivir, estaba empezando a tener esperanzas, no solo a decirse a sí misma que debía creerlo. Ahora que la inquietud de la noche se había calmado, se sintió más fresco cuando ella le tocó la frente, le puso la mano en el pecho.

Y ella debe casarse con él, había decidido después de luchar toda la noche con su conciencia, sus deseos y el simple sentido común. Ella estaba comprometida. Si solo tuviera que pensar en sí misma, lo rechazaría, debería rechazarlo. Pero había mamá y Phillip en quienes pensar. ¿Deberían sufrir porque ella había malinterpretado irremediablemente los verdaderos sentimientos de Hal? Si estaba arruinada, su situación sería mucho más difícil.

Y el fuerte sentido del honor de Hal se salvaría, lo reconoció. Lo cual tenía que ser la verdadera, la única, razón por la que ahora estaba tan enamorado de ella. Dijera lo que dijera, él no la deseaba, ella lo sabía. Al menos, podría desearla al nivel más básico que un hombre desea a una mujer. Pero él no la amaba. El beso en el baile la perseguía, como un libro en un idioma que no podía leer. Si tan solo ella no tuviera tanta experiencia, si tan solo pudiera entender lo que eso había significado para él.

George había metido la canoa en la choza y ahora estaba sentado con la espalda apoyada en el montante que sostenía la amplia abertura, las piernas estiradas y una mano en la culata del mosquete mientras roncaba.

Julia arrastró un poco de heno en un montón al lado de la cama de Hal, extendió una manta encima y se acurrucó, tratando de resignarse a este lío.

Iba a casarse con un hombre al que amaba, pero todo lo que lo llevaría al altar sería su sentido del honor. Ella lo había atrapado comprometiéndose, pero le costaba creer que él preferiría estar muerto que casado. Podía intentar huir de él, supuso. Pero ahora lo conocía demasiado bien como para creer que él la dejaría ir. Aquí era donde su corazón y sus deseos luchaban con su repugnancia por atraparlo, aunque sin darse cuenta.

¿Y qué hay de mamá y Phillip? Si se casara con Hal, sería la nuera de un conde. Hal podría ser el segundo hijo, podría no tener una gran riqueza personal, pero tenía conexiones, esas redes esenciales de patrocinio e influencia que darían forma a la vida de su hermano y asegurarían que su madre siempre estaría segura y en el corazón de la sociedad respetable. De nuevo el deber: si hubiera puesto reparos a Smyth, difícilmente podría rechazar tal unión con todas sus ventajas para la familia que amaba.

Como perspectiva de matrimonio, Hal era muy superior a cualquiera de los hombres en los que había albergado esperanzas. Y él lo sabía, sabía que ella quería casarse. Al menos, pensó con amargura, él no podía creer que ella hubiera fabricado esta batalla para atraparlo. ¿Cómo sería el matrimonio con Hal? El dormitorio sería emocionante; ella ya lo sabía. ¿Pero la vida cotidiana, doméstica? Era como tratar de imaginar una pantera en una sala de estar.

Sus párpados se estaban cerrando, a pesar de que lucharía por mantenerse despierta. ¿Cuándo había dormido por última vez? Julia trató de recordar mientras la oscuridad dichosa la barría.

'Silencio, los despertarás.'

Julia conocía la voz susurrante, pero no podía ubicarla ni por qué había un hombre en su dormitorio. Ni por qué, mientras se movía para ponerse más cómoda, la cama estaba tan llena de bultos.

Y entonces oyó la voz de Hal. ¡Dios mío, me alegro de verte!

Se incorporó de un tirón y encontró a Will Grey, con el brazo en cabestrillo, de pie en la puerta con George.

—No me alegro ni la mitad de lo que me alegra veros a los dos —dijo, sonriendo al pasar junto a ella.

Julia se dio la vuelta y sus pies se enredaron en la manta. Hal todavía estaba de espaldas, con aspecto de muerto. Pero no, como lo había hecho ayer,

como si realmente pudiera morir. Le devolvía la sonrisa al Capitán Grey. ¿Tienes algo de ropa para mí?

'No, pero tengo comida. Y puedo ir a buscarte ropa. Cruzó y se sentó en el extremo de la cama improvisada. Buenos días, señorita Tresilian. Lo tienes, por lo que veo.

—No necesita ropa: no se levanta —replicó ella, negándose a dejarse llevar por un intercambio de súplicas e intentos, tratando de no estremecerse ante la elección de palabras del capitán. La comida estaría bien, pero sería mejor un carrito en el que podamos tumbarlo. ¿Y deberías andar dando vueltas? ¿Qué hay de tu brazo?

—Ten cuidado —advirtió Hal. Te lanzará a George con hilo y aguja.

'Ya me han cosido, muchas gracias', dijo Will con una mueca. Y puedo montar con una sola mano. La pregunta es, ¿estás en condiciones de ser trasladado?

'Maldita sea, sí.'

—¡Maldita sea, no! Julia scram se puso de pie sangrando. Necesita al menos un día y una noche más antes de que lo arrojen por ese camino, si es que queda algún camino. Escuché que los heridos fueron llevados ayer, estaban en agonía.'

'Suficientemente cierto.' Will Gray se rascó la barbilla. Una litera de caballos sería lo mejor.

Tenemos dos caballos, si tú y George pueden hacer una litera.

'¿Y cómo te propones volver?' exigió Hal. '¿Caminar?'

Julia lo miró fijamente. 'Si yo tengo que. Y deja de hablar, te estás calentando y tu fiebre empeorará. Capitán Grey, por favor, salga, lo está excitando demasiado.

'Voluntad-'

'En un minuto. Creo que tenemos que aceptar que la señorita Tresilian está a cargo. El capitán Gray la siguió. Va a ser un paciente terrible, ¿te das cuenta? La última vez que resultó gravemente herido, se negó a descansar hasta que nuestro oficial al mando dijo que estaba cansado de que el teniente Carlow se cayera de bruces cada vez que se levantaba y le ordenaba acostarse. Se alejó hasta que estuvieron fuera del alcance del oído de la choza y se apoyó de nuevo

ta manzano maltratado. '¿Qué tan grave es?'

No soy médico. Julia se mordió el labio. 'Fue golpeado con un sable en el corazón, pero se deslizó de algo y le cortó las costillas, el brazo y el muslo. Por algún milagro, pasó por alto cualquier vaso sanguíneo importante. Lo tenemos limpio y cosido, y su fiebre ha bajado esta mañana, aunque no espero que se mantenga baja si no descansa. Pero hubo un estallido de proyectil muy cerca que lo derribó del caballo: no sé si hay heridas internas. Tiene mucho dolor, creo, pero no lo admitirá.

"Me dirá cómo se siente si le hago prometerlo a cambio de llevarlo de regreso a Bruselas lo antes posible", dijo Will. 'Creo que tienes razón, no debería ser movido hoy. Iré y hablaré con él, luego podemos decidir qué se necesita y volveré a Bruselas a buscarlo. Puedes viajar en el asiento trasero conmigo. Luego volveré y ese novio y puedo traerlo de vuelta mañana si está a la altura.

—No lo dejaré —dijo Julia rotundamente. No confío en él ni una pulgada. Estará intimidando al pobre George para que lo deje levantarse, en el momento en que yo le dé la espalda.

Will le dirigió una mirada burlona, pero todo lo que dijo fue: 'Iré y hablaré con él ahora'.

Julia esperó hasta que dobló la esquina de la choza, luego corrió hacia el otro extremo, cerca de donde estaba la cama de Hal, y pegó la oreja a la pared. Los tablones que formaban la estructura estaban llenos de nudos y grietas y podía escuchar claramente.

'¿Qué tan malo es?'

—Maldita sea —dijo Hal, su voz se desvaneció contra la energía de Will Grey—.

'¿Heridas internas?'

'No, no lo creo. No estoy, según me informa George, pasando sangre. Aunque es difícil saberlo, todo duele. ¡Ay! ¡Detente, maldita sea!

—Tus dedos de los pies funcionan bien —dijo Gray con calma—. Y tu pie se dobla. Y puedes cerrar el puño con tu mano derecha para golpearme, incluso si no puedes levantar ese brazo. No creo que te hayas cortado ningún tendón. Es daño muscular y tienes que mantener el peso fuera de esa pierna hasta que sane adecuadamente o quedarás cojo. Así que ahora, ¿quieres dejar de moverte y hacer lo que te dice la señorita Tresilian?

¿Podrías llevártela, por favor? Hal parecía desesperado, pensó Julia, con el estómago hecho un nudo de miseria.

'No. Para empezar, no estoy arrastrando a una mujer que grita y pateo todo el camino de regreso a Bruselas; y en segundo lugar, le creo cuando dice que no eres de fiar. Mientras no tengas pantalones y ella esté en la habitación, te quedarás quieto hasta que yo regrese.

Se quedó en silencio por un momento y luego agregó: 'Sabes, realmente pensé que le ibas a proponer matrimonio'.

Te dije por qué no. En el asunto de los Richmond hice un gran esfuerzo, tratando de explicar por qué no iba a hacerlo. Debe haber estado loco. Dios, estoy tan enojado con ella que podría ponerla sobre mis rodillas. Lo haré, si alguna vez me pongo lo suficientemente bien. Y ahora debo casarme con ella, está demasiado comprometida para que yo no... Will, ¿qué diablos haré con una esposa?

Julia se puso de pie y corrió a medias por el sendero que conducía a través de lo que alguna vez debió haber sido una cuidada huerta. Se frotó los ojos con el dorso de la mano y parpadeó con fuerza hasta que el manzano más cercano volvió a enfocarse. Eso le enseñaría a espiar. Entre ellos, se habían comprometido ellos mismos y el uno al otro, y el matrimonio, supuso, era inevitable.

'¿Estás bien?'

Julia se dio la vuelta y encontró al Capitán Grey con aspecto sombrío.

'No, en realidad no', admitió. Pero no hay nada que hacer al respecto. ¿Ya te vas?'

El asintió. 'Le traeré ropa y robaré un carro si es necesario y volveré mañana. Será la esposa de un buen soldado, señorita Tresilian.

'Gracias.' Un elogio de verdad: era una lástima que no se casara con un soldado que la deseaba. 'Cuide ese brazo, Capitán Grey.'

Hal yacía con los ojos cerrados cuando ella volvió a entrar, pero los abrió al oír los suaves pasos de ella.

'¿Desayuno?' ella preguntó.

Hal hizo una mueca. 'Sin hambre. Café... ahora, que podría beber.

—Iré y haré un poco —dijo George desde la parte de atrás de la choza, donde cuidaba los caballos—. Y cocinaré algo. Tiene que comer, señorita

Julia.

'Si deberías.' Hal volvió la cabeza sobre la almohada y la miró. '¿Estás bien?'

Necesita más descanso, disculpe, señor. George se detuvo en la puerta y miró a Hal con el ceño fruncido. La señorita Julia estuvo dos días abajo cuidando a los heridos en ese hotel suyo, sin dormir casi nada y luego vino aquí ayer, eso le dio náuseas además de todo lo demás.

'¿Qué? ¿Dando de mamar durante dos días? Hal miró de la espalda de George que se retiraba al rostro serio de Julia. Había sombras oscuras debajo de sus ojos, su cabello se escapaba de sus apretadas trenzas y estaba pálida por el cansancio, no solo, como había supuesto, por el impacto de ver el campo de batalla. ¿En qué diablos estaba pensando tu madre?

No le di otra opción. El barón se los ha llevado a ella ya Phillip a Amberes y le dije que si no me ayudaba a quedarme, me escaparía y regresaría a Bruselas. El carruaje se estaba moviendo antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

¿Y dónde te has alojado? el demandó. Esta era Julia, Julia obediente, educada, protegida, desafiando a su madre, confabulándose con el barón, huyendo...

En nuestro alojamiento. Empezó a moverse por la habitación, recogiendo cosas, moviendo palanganas. La señora se ha quedado y George se ha mudado a los establos con el caballo y la calesa que nos ha dejado el barón.

'¿Pero enfermería?' Las damas no hacían esas cosas, no en público.

“Comenzaron a llevar a los heridos de regreso a donde los habían alojado, después de que los hospitales se llenaron”, explicó. Sabía dónde se habían alojado usted y el capitán Gray y, supuse, probablemente también algunos de los otros oficiales que había conocido en la Ópera. Así que fui allí e hice lo que pude.

Hal cerró los ojos. Sabía exactamente cómo habría sido eso. Conocía los olores, las vistas, la conmoción a la que habría estado expuesta. ¿Pero por qué? ¿Por qué se había quedado cuando podría haberse ido a salvo?

Su conciencia le decía: había hablado de muerte, de no volver. Él la había hecho confrontar la realidad de la batalla, y ella, con las cómodas ficciones de gloria y ondear banderas despojadas, había decidido hacer lo que pudiera

contra ese maremoto de horror. ¿Pero para los heridos en general? ¿O para él? —¿Y trabajaste allí durante dos días?

Me fui a casa por la noche. Lo único sensato era dormir, comer y lavarse. No sería útil para nadie si me agotara.

'No,' estuvo de acuerdo, incapaz de pensar en nada más que decir. ¿Alguna mujer joven de su entorno, al encontrarse en la misma posición, haría lo que ella había hecho? Sospechaba que Honoria lo haría si estuviera ayudando a gente que conocía. Pero Verity simplemente se derrumbaría ante tanto dolor y miseria. Y había estado comparando a Julia con su hermana menor. Parecía que había perdido el acero en su columna vertebral.

Julia se sentó y comenzó a revisar su canasta de vendas. Y entonces llegó el capitán Gray y me dijo que no estabas.

Así que viniste por mí. ¿Por qué, Julia? ¿Se habían hecho realidad sus temores? ¿Había dejado que ella se enamorara de él? ¿Debe tener eso en su conciencia también?

—Porque te conocí —dijo ella, mirándolo como si le hubiera hecho una pregunta muy estúpida. '¿Cómo no iba a hacerlo? La batalla había terminado y no habías regresado. Lo más probable era que, si no te hubieran matado, estuvieras tirado en el campo en algún lugar sin ayuda médica y murieras.

—Eso se aplica a cientos de hombres —dijo Hal con dureza, preguntándose por qué necesitaba presionarla así—.

"No pude ayudar a cientos", explicó, paciente frente a su ira. Pero podría ayudar a uno. Uno que me importaba. Él vio su expresión cerrada y supo que eso era lo más cercano a una declaración de sus sentimientos que él conseguiría. "Incluso si te estuvieras muriendo, habría sido un consuelo para tu familia saber que te cuidaron al final".

Sería. Por supuesto que lo haría, se dio cuenta, mirando hacia la penumbra cubierta de telarañas del techo. En todos los años que había estado luchando, había conocido la ansiedad que sufría su familia, sus miedos. Pero no se le había ocurrido la angustia que sería escuchar los detalles de los horrores del campo de batalla y saber que había muerto allí, tal vez demorando varios días.

'Gracias', dijo al fin, dándose cuenta de que no era posible decir nada más sin avergonzarse a sí mismo con lágrimas. Se había enojado con ella por

arriesgar su seguridad y su reputación. Ella no se merecía eso. Ella se merecía que él hiciera lo que pudiera ahora para protegerla, y lo hiciera de buena gana.

—Me casaré contigo —dijo Julia bruscamente. Tienes razón, debo hacerlo, lo veo. El alivio que sintió debe haberse reflejado en su rostro porque ella agregó: 'Entonces, ¿ya no estás enojado conmigo?' Podía escuchar una sonrisa trémula en su voz.

'Estoy aliviado. Haré todo lo posible para que seas un buen marido, Julia. Ella se mordió el labio y apartó la mirada, por lo que dudó sobre las palabras más suaves que había pensado que ella podría esperar. Entonces el momento se fue cuando unos pasos se acercaron a la choza.

Aquí está el café. Ella se puso de pie con lo que él supuso que era alivio por la interrupción.

—He encontrado algunas tablas —dijo George, dejando la taza lo suficientemente cerca de Hal para que el aroma le hiciera agua la boca—. Se dio cuenta de que podrían haber extraído cualquier tipo de confesión, simplemente torturándolo con la amenaza de quitársela. Creo que puedo empujarlos debajo de la almohada y encajarlos y podrás sentarte un poco.

Dolía, pero se mordió el labio y se quedó callado. El alivio de poder recostarse y mirar a su alrededor, no al techo, valió cada punzada. Hal tomó la taza con la mano izquierda y bebió, casi gimiendo de placer cuando el líquido fuerte y caliente se deslizó hacia abajo. Se sentía como si estuviera reemplazando toda la sangre que había perdido con fuego líquido.

Cuando dejó de beber y prestó atención a lo que hacían los demás, descubrió que estaban abordando con elegancia tocino frito encajado entre rebanadas de pan. El olor de la sabrosa grasa caliente flotó por la choza, superando incluso al café. ¿Queda más de ese tocino?

Julia sonrió, 'Oh, gracias a Dios, después de todo tienes apetito. Debes estar recuperándote.

Hal le devolvió la sonrisa, dándose cuenta de lo bueno que era.

fue verla feliz de nuevo. Odio desanimarte, pero freír tocino haría caminar a un soldado muerto.

Después de la comida, se quedó allí tumbado, dándose cuenta de lo mal que se había estado sintiendo antes de que Julia lo encontrara y del milagro que ella y el novio habían obrado entre ellos. Llevaría tiempo, pero a menos que

se apoderara de una infección, iba a sobrevivir a esto, con todas sus extremidades intactas.

Vivo, intacto y comprometido a casarse con la mujer que deseaba por encima de todas las demás. ¿Por qué entonces se sentía como el infierno? Culpa, supuso. En medio del horror, Julia se había comportado con coraje, recursos e inteligencia, y por culpa de él había tenido que hacerlo. Ahora se encontraría casada con un hombre que no tenía ni idea de qué hacer con una virgen bien educada, y mucho menos con una esposa, y que estaba sumido en una disputa que solo entendía a medias.

Se pasó la mano izquierda por la cara, sorprendido por el crecimiento de la barba. ¿Cuánto tiempo desde que se había afeitado? ¿Cuatro días?

'George, ¿puedes afeitarme?'

'Sí, mayor. Iré a calentar un poco de agua.

—Suficiente para un lavado —gritó Julia detrás del mozo. —No es que no estés lo suficientemente limpio ya —comentó, dándose la vuelta—. Te hemos estado pasando una esponja toda la noche para que no te baje la fiebre.

'¿Nosotros?' Hal trató de incorporarse, se dio cuenta de que no podía y cayó hacia atrás con una maldición. '¿Tú tienes?' Entonces recordó: ella también lo había desvestido.

—Impactante, ¿verdad? —dijo Julia, sacudiendo una toalla de lino—. Imagínense, he visto a un hombre desnudo. Montones de cuerpos, pedazos de hombres y caballos destripados, nada sorprendente. ¡Pero un hombre desnudo, y con el que me voy a casar! En verdad, estoy a punto de hundirme, solo de pensarlo.' La comisura de su boca se torció en un esfuerzo por no sonreír.

Hal trató de decidir si estaba más sorprendido u ofendido. Admitió que había esperado que la vista de su cuerpo hubiera tenido más efecto en una virgen protegida que mera diversión. Tal vez facilitaría las cosas cuando finalmente se acostaran juntos. ¿Cuándo, si es que alguna vez descubrió cómo hacer el amor con una virgen? a lo único que estaba acostumbrado era a mujeres con una experiencia muy considerable.

Pero ahora era definitivamente el momento de cambiar de tema.

La comida, el café, un afeitado y la capacidad de sentarse y observar lo que sucedía habían hecho maravillas, decidió Julia, estudiando el rostro de Hal

desde las sombras mientras George guardaba su equipo de afeitarse. Hal era joven, estaba en forma, era fuerte: sanaría bien, aunque ella dudaba que fuera lo suficientemente rápido para su espíritu impaciente.

Ella lo amaba tanto: su coraje y su humor y su amabilidad. Y su belleza. Ella se sonrojó un poco al pensar en eso, luego sonrió al recordar su reacción de asombro al darse cuenta de que lo había visto desnudo. Dios lo bendiga, como un cazador furtivo convertido en guardabosques, se estaba volviendo positivamente mojigato en lo que a ella concernía.

¿Odiaba tanto en secreto la idea de que se casaran? Ahora que la fiebre se había ido, estaba cuidando su lengua y ella sabía que no escucharía la verdad, incluso si se lo preguntaba directamente.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 16

¿Me traerá las cosas que George le quitó a ese soldado, por favor?

Julia dio un respingo, sacada de su ensimismamiento por la inconsciente nota de mando en la voz de Hal. Podría haber recordado decir por favor, pero había vuelto a ser un oficial.

Julia los recogió del fondo de la choza y los llevó junto a su cama.

'¿Puedes mostrarme todo?' preguntó. Y comprobar bolsillos, costuras, forros.

'¿Para qué?' Julia se sentó en un taburete para ordeñar que había encontrado y recogió la chaqueta, tratando de ignorar las manchas.

'No sé.' Hal se quedó en silencio, obviamente sopesando algo en su mente. Julia empezó a palpar las costuras, doblando las tiras rígidas y palpando el acolchado. —Intentó matarme —dijo Hal de repente, haciéndola soltar la prenda.

'¿Qué, aquí en la choza? ¿Estaba saqueando?

'No, en el campo de batalla. Traté de llegar a mí la noche antes de la batalla, creo, pero Max fue a por él. Pensé que se había acercado demasiado. Luego, cargamos las armas. Will estaba herido. Hal hizo una pausa, obviamente reviviéndolo en su mente. Su caballería corrió, llegamos a un cañón y él se dio la vuelta. Pensé que iba a decir algo, pero me golpeó directamente en el corazón. No sé por qué no me mató el golpe. Fue desviado por algo, sentí el dolor en mi brazo, mi pierna, y luego hubo un ruido terrible, un proyectil, supongo, nos voló a los dos. Supongo que nos recogieron juntos y nos tiraron aquí.

Por eso no te mató. Julia recogió la tapa rota de nácar de su cuaderno. Lo tenías en tu corazón.

—Entonces me salvaste la vida dos veces —dijo Hal, y sus ojos estaban oscuros mientras descansaban en el libro arruinado—. Guárdalo en algún lugar seguro.

Julia se la metió en el bolsillo y volvió a coger la chaqueta. Pero, ¿por qué querría matarte un soldado británico?

Le pagaron. Me lo dijo justo antes de morir. Hal tomó un sorbo de una taza de café recién hecho. Buen dinero también. Me sentí halagado.'

'¿Quién?' Espeluznantes visiones de maridos ultrajados pasaron por la mente de Julia. O el comandante Fellowes. Entonces recordó. —¿Hebden?

Esa fue mi suposición. Pero la descripción no encajaba. Él se recostó, con la cabeza vuelta para ver lo que estaba haciendo.

La chaqueta no desvelaba secretos, ni tampoco el mono de pantalón, la camisa o la culata de cuero. Julia arrojó cada uno a un lado y luego recogió una bota.

Prueba los tacones. Tomó algo de presión con su navaja de bolsillo, pero los talones se soltaron por fin, revelando un escondite en cada uno, lleno de monedas de oro. —Creo que me los he ganado —comentó Hal mientras Julia los dejaba cuidadosamente a un lado—. '¿Qué pasa con su mochila? Habrá una cuerda en alguna parte.

El paquete no contenía nada de interés, excepto una cuerda enrollada en la parte inferior, tal como Hal había predicho. Julia lo sacó y se deslizó desagradablemente en sus manos.

'Puaj.' Lo dejó caer sobre la cama y Hal lo recogió con la mano izquierda, pasándose la longitud multicolor entre los dedos. Se siente vivo.

-Seda -dijo-. Es con lo que cuelgan a sus compañeros.

—Pero tú no eres un par —dijo Julia desconcertada—.

—No, pero el hombre que mató al padre de Hebden sí lo era. Esperó, mordiéndose el labio, mientras Hal fruncía el ceño.

—Será mejor que te lo cuente todo —dijo al fin—. Te estás casando con una familia en medio de un misterio, uno peligroso y probablemente escandaloso.

Ella escuchó mientras él hablaba, tratando de mantener los personajes en su mente, separar la historia antigua de los eventos presentes. —Así que Stephen Hebden, el comerciante de joyas, también es un medio romaní llamado Stephano Beshaley, que culpa no solo a la familia del hombre que fue ahorcado por el asesinato de su padre (su cuñada, su hermana y su hermano), sino también a los Carlow, porque él cree que su padre no hizo nada para evitar el crimen. También está amargado por las conexiones legítimas de su padre porque lo echaron de la casa familiar y lo enviaron a un orfanato.

Hal asintió. Así que ella lo había entendido bien. 'Y por alguna razón, decidió el año pasado comenzar a atacar a estas personas que odia tanto'.

'Sí. Es un par de años mayor que yo. Lo conocí de niño, un poco. Me pregunto si es porque se está acercando a la edad que tenía su propio padre cuando murió lo que lo obsesiona ahora.

Esa no es razón suficiente para intentar matar gente.

'Sí, pero este es el primer intento de algo letal. Hasta ahora parece haber querido traer el escándalo y la desgracia, no la muerte.

¿Tienes otro enemigo? —aventuró Julia, cruzando las manos con fuerza sobre el regazo para evitar apartar hacia atrás el mechón de cabello rebelde que seguía cayendo sobre su frente. Quería tocarlo todo el tiempo: era desconcertante y la dejaba extrañamente sin aliento y distraída.

—Muchos —admitió con una sonrisa—. Pero ninguno de ellos con la tarjeta de visita de Hebden. La cuerda yacía como una serpiente muerta sobre sus muslos. Y hay algo más. Los rumores comienzan a extenderse sobre las circunstancias que rodearon el asesinato. La gente se pregunta por qué mi padre insistía tanto en que su mejor amigo era culpable, porque si no fuera

, entonces el espía escapó sin ser detectado.

—¿Dicen que tu padre era el espía? preguntó ella, demasiado sorprendida para tener tacto.

'Nadie lo dice en voz alta. Pero se puede hacer a medida. Si lo era, entonces se había deshecho de los dos hombres que estaban a punto de desenmascararlo.

'¿Tu lo crees?' preguntó, sorprendida por el tono desapasionado de Hal.

'No claro que no. Pero él no está ayudando. Él no hablará de eso. Faltan páginas en sus diarios y no dice qué contenían. Es un demonio terco.

Hay algo en la forma en que habla de su padre, pensó, viendo las largas pestañas bajar para ocultar los pensamientos en los expresivos ojos de Hal. No lo odia ni le disgusta, pero hay una cautela, una distancia. Quizás Hal sea la oveja negra de la familia.

'¿Y por qué se difunden los rumores ahora?' preguntó Julia. '¿Está Hebden en una posición tal que podría iniciarlos entre personas tan influyentes?'

Antes de que Hal pudiera responder, George asomó la cabeza por la puerta de la choza. 'Alguien viene.'

Estaban tan escondidos que la actividad en la carretera principal y en el pueblo apenas era audible la mayor parte del tiempo. Julia se estremeció: si no hubieran visto a Rick Bredon, nunca habría encontrado a Hal. Si no hubiera huido de Thomas Smyth en la fiesta, nunca habría conocido a Bredon. Si Hal no la hubiera llevado de regreso en el carruaje, ella no le habría dado su cuaderno y ese sable le habría atravesado el pecho. En tales oportunidades, las vidas colgaban.

Buenos días, señorita Tresilian. Carlow, te he traído una camisa y unos pantalones holgados —anunció el capitán Gray, entrando en la choza, con una masa de tela blanca ondeando sobre su brazo—. Y tengo un carro y un caballo de cuatro patas, y eso, mi amigo fue más difícil que tomar un arma francesa, créeme.

'Sí.' Hal le devolvió la sonrisa y luego ambos miraron a Julia con intención.

'¿Sí?' Ella le devolvió la mirada y luego se dio cuenta. 'Oh sí. Tú vístete, yo iré y haré algo afuera.' Honestamente, ellos dos se habrán quitado la ropa frente a más mujeres que yo en cenas calientes y, sin embargo, ¡Hal no se arriesgará a que vea una pulgada de carne! 'Tenemos que empacar, George.'

Julia extendió paja y luego heno, luego arrojó mantas hasta que el piso del viejo carro de la granja estuvo tan suave y acolchado como pudo, luego se ocupó de recoger sus cosas mientras Will Gray y George sacaban a Hal en una camilla improvisada. . No creía que él fuera a disfrutar eso y probablemente juraría más cómodo si ella no estuviera a la vista. Así las cosas, su vocabulario se enriqueció considerablemente. Debe sentirse mejor, pensó, sonriendo. Ayer apenas tuvo fuerzas para maldecir.

La escena, mientras su pequeña procesión se dirigía a lo que había sido la carretera principal de Bruselas a Charleroi, era en algunos aspectos más ordenada y en otros, más impactante que el día después de la batalla.

Carros averiados, caballos muertos, árboles astillados, todo había sido arrastrado a un lado para que el tráfico pudiera moverse de un lado a otro del camino lleno de surcos. Dondequiera que mirara, había montones de tierra recién removida, algunos de los cuales apenas cubrían los cuerpos que yacían debajo. A lo lejos ardían grandes hogueras que despedían humo aceitoso; Julia solo podía estar agradecida de que la ligera brisa les quitara

el olor. Los charcos estancados de líquido asqueroso al costado del camino ya eran bastante malos.

Will Gray conducía el carro, George y Julia lo seguían en la calesa y Max caminaba al lado del carro sin necesidad de engancharle las riendas. De vez en cuando asomaba su gran cabeza por un lado y soltaba jadeos babosos a Hal, quien solo se reía y se frotaba la nariz peluda presionando ansiosamente su mejilla.

Julia perdió la noción del tiempo mientras avanzaban lentamente, teniendo que desviarse de la carretera hacia los árboles de vez en cuando para evitar un tramo profundamente empantanado o para permitir el paso de vehículos más rápidos. Todavía estaban encontrando hombres con vida, vio Julia, agradecida de que esas horribles y codiciosas piras no se lo llevaran todo.

Los relojes daban las cuatro cuando por fin entraron en el patio de la plaza de Leuvan. Los ojos de Hal habían estado cerrados durante millas y Will no había dejado de girar en su asiento para ver cómo estaba. Pero cuando se detuvieron en el patio en sombras, se despertó y respiró hondo.

'Café, humo de leña, comida cocinándose y nada, gracias a Dios, pudriéndose', dijo. 'Julia...'

¡Julia! ¡Niña malvada, malvada! La señora Tresilian estuvo a punto de caer por la puerta de la cocina, con la gorra torcida y el rostro sonrojado. ¡Madame me ha dicho lo que habéis estado haciendo! Estás arruinado, arruinado...

—Señora Tresilian. La voz de Hal atravesó sus palabras con una nota creciente de histeria. No nos han presentado. Soy Hal Carlow, segundo hijo del conde de Narborough. Julia vio que su madre se quedó muy quieta ante la palabra mágica, Earl. La señorita Tresilian me ha hecho el honor de aceptar mi propuesta de matrimonio. Confío en que no tenga ninguna objeción.

Por un momento, Hal pensó que la señora Tresilian se había desmayado. El rostro de su futura suegra simplemente desapareció. Entonces se dio cuenta de que ella se había sentado en el escalón y se echó a llorar. Julia salió corriendo del calesín, le envió una sonrisa triste y corrió a calmar a su madre.

'Mamá, todo está bien, estoy a salvo. ¿Están bien tú y Phillip? Debemos entrar; El comandante Carlow está herido y tenemos que llevarlo a la cama

de inmediato.

'¿Dónde?' —exigió la señora Tresilian, alzándose de nuevo a la vista, con un pañuelo apretado en la mano. 'Oh, Dios mío, de todas las cosas...'

—En mi dormitorio, mamá —dijo Julia con firmeza—. Y dormiré contigo. Capitán Grey, haré la cama, si usted y George pueden traer al Mayor Carlow en unos momentos. El primer piso: la señora le mostrará el camino. Ven, mamá.

En el silencio que siguió a su desaparición, Will empezó a bajar los costados del carro. -Magistralmente -observó-. Para cuando la señorita Tresilian haya agitado las sales aromáticas y repetido el título de tu padre unas cuantas veces más, su madre estará matando el ternero cebado por ti.

Una voz desde algún lugar al pie del carro intervino: '¿Está muerto?'

—No —replicó Hal—. —No lo soy, joven Phillip. Sólo un poco maltratado. 'Oh Dios. ¿Mataste a algún francés con tu sable? ¿Tiene sangre?

'Sí y no, ¿y llevarías a Max al establo por mí? Tengo que subir y necesito que George me ayude. Will enarcó las cejas sorprendido, pero Hal añadió: 'Ve, Max. Amigo', y el caballo dio media vuelta y se alejó. "El chico ha estado encima de él, Max recordará su olor", aseguró a Will, que había estado en el extremo receptor de los dientes de Max antes de ahora. 'Y no quiero darle un vocabulario de juramentos militares o su madre agregará eso a la lista de pecados que mi edad paterna tiene que contrapesar.'

Subir las escaleras puso a prueba tanto el ingenio y la fuerza de los otros hombres como su propia resistencia. Hal se sentía decididamente pálido cuando atravesaron tambaleándose la puerta y entraron en un dormitorio sencillo con empapelado en las paredes y una estrecha cama blanca junto a la ventana. Sus portadores lo acostaron sobre la suavidad limpia y flexible, y él se dio cuenta de que sus fosas nasales estaban llenas del olor de Julia. La sensación de volver a casa, a un lugar familiar y seguro, lo atravesó, dejándolo tranquilo y extrañamente mareado, como si estuviera flotando.

Tal vez el matrimonio sería así, pensó vagamente.

—Debe de estar exhausto —oyó murmurar a Julia, y una mano fría le apartó el pelo de la frente—. Intenta dormir, Hal. La mano acarició su mejilla, y con los ojos cerrados, giró su rostro hacia ella y suspiró mientras el sonido y la sensación se desvanecían, dejando solo la vaga conciencia de su presencia mientras dormía.

'Mamá, por favor, no te preocupes. Realmente no necesito un chaperón en el dormitorio de mi prometido, especialmente cuando está tan débil. Esa era Julia, se dio cuenta Hal, emergiendo lentamente del sueño, preguntándose qué era el débil sonido de cloqueo agitado. No había pollos en la choza.

'Oh, supongo que no. Pero todo parece tan repentino, querida. Oh, sí, señora Tresilian, y este era el dormitorio de Julia y él estaba en su cama, solo por desgracia. Es un... un joven tan físico —continuó la señora Tresilian—.

Hal convirtió una risa en tos y abrió los ojos para encontrar a ambas mujeres observándolo. Su futura suegra tenía la expresión de quien encuentra un animal exótico, y probablemente peligroso, en la habitación; Julia tenía las mejillas sonrojadas y parecía estar reprimiendo una sonrisa. Las suegras eran un aspecto del matrimonio que no había considerado.

'Buenos días. ¿Como te sientes?' preguntó Julia, obviamente con la intención de ignorar la observación embarazosa de su madre. ¿Quiere que suba a George con su desayuno?

'Si gracias. Me siento mucho mejor. Buenos días, señora Tresilian. Tal vez, señora, sería posible que discutiéramos la situación un poco más tarde. Parecía que había dormido durante más de doce horas y lo estaba, siempre que no intentara moverse, sintiéndose mucho mejor por ello.

'Oh querido; Quiero decir, sí, por supuesto.

—Ha llamado el capitán Grey y traerá al médico más tarde esta mañana —dijo Julia, mientras sacaba tranquilamente a su madre de la habitación. Podemos hablar esta tarde, después del almuerzo.

Entonces, se había encontrado una esposa administradora, ¿verdad? Hal apretó los dientes mientras George lo ayudaba a sentarse, luego descubrió que Julia había enviado un gran desayuno. Una esposa que no creía en las gachas para inválidos, gracias a Dios. Se dio cuenta de que se había comprometido con una esposa que era infinitamente mejor de lo que se merecía. Pero lo que ella había hecho para merecerlo, además de ser sincera, valiente y generosa, no podía imaginarlo.

—Parecería, por lo que dice el doctor Gregson, que voy a vivir, con todas mis extremidades unidas —dijo Hal con calma—. Además de mi carrera como oficial, tengo una pequeña propiedad en Buckinghamshire que goza de buen corazón y me aporta lo suficiente para mantener cómodamente a una esposa y una familia. Puedo establecerla, señora, en el campo o en la

ciudad, lo que le resulte más agradable. Por supuesto, me haré cargo de la educación de Phillip.

Hizo una pausa y Julia decidió que él probablemente mostraría tanta emoción al informar a sus compañeros oficiales antes de un enfrentamiento. El efecto que estaba teniendo

Sin embargo, depender de su madre fue milagroso. Ella estaba positivamente radiante. No, no podía haber rechazado la oferta de Hal, su orden, de casarse con ella. Cualesquiera que fueran sus escrúpulos y las dudas que había tenido el día anterior, su reputación, el propio sentido del honor de Hal y las necesidades de su familia debían prevalecer sobre ellos.

En cuanto a la ceremonia, propondría la iglesia inglesa dentro de una semana.

'¡Hala! Es imposible que estés en forma para entonces —interrumpió Julia, incapaz de mantener por más tiempo su pose de mansa atención.

'Estaré lo suficientemente bien como para estar de pie durante media hora', respondió. Como sabe, mi coronel llamó justo después del médico. Me ordenan volver a casa para recuperarme y sugeriría que cuanto antes naveguemos después de la ceremonia, mejor. Lamento tener que molestarte, Julia, para escribir las cartas necesarias para arreglar eso.

'Oh Dios mío.' Su madre, al parecer, solo estaba pensando en la ceremonia.

'¡Hay mucho por hacer! Comenzaré a hacer listas de inmediato. ¡Tu ajuar, querida!

—Te daré un giro en mi banco —añadió Hal, haciendo que la señora Tresilian casi saliera corriendo de la habitación para empezar a trabajar, sin pensar en su hija sin acompañante que se quedó en el dormitorio.

Julia se dijo a sí misma que el estado de felicidad nerviosa de su madre también debería hacerla feliz a ella, pero dentro de su estómago había un nudo frío de miseria. Hal, que ya no era el hombre informal y amistoso que había sido en la choza, se acercaba a su matrimonio con una fría eficiencia que la asustó.

'¿Lo que está mal?' Estaba sentado contra las almohadas apiladas. Para sus ojos críticos, se veía demasiado pálido y delineado. Tal vez era solo la fuerza de la luz de la tarde que entraba a raudales por la ventana. Se levantó y fue a sentarse en la silla junto a su cama, tratando de calmarse con las palabras tranquilizadoras del doctor.

'¿Equivocado?' Se ocupó bastante de alisarse las faldas. Él nunca había tenido ningún pretexto para amarla, era injusto sentirse resentido porque estaba tratando su próxima unión como algo más que un matrimonio arreglado. 'Nada en realidad. Es solo que me preocupa que estés exagerando las cosas. Hace sólo cuatro días que te hirieron. Estamos cómodos aquí; tus amigos pueden visitarte. Estoy seguro de que por muy ansiosos que estén por verte, tu familia preferiría que esperaras hasta que estuvieras más fuerte. —Y te apresuro a que te cases —dijo secamente—. 'Estás perdiendo la oportunidad de planificar y comprar y deseando pasar un día maravilloso con todos tus amigos'.

'No me importa eso.' Indignada, Julia levantó la vista y se encontró con la mirada ceñuda de Hal. Pero es demasiado pronto.

'¿Estas asustado?'

'¿Aterrado?' Ella frunció el ceño. ¿De qué diablos tenía que estar asustada ahora que Hal estaba fuera de peligro? —¿De Hebden, quieres decir? No. Tal vez debería estarlo, pero no parece del todo real: una enemistad y una venganza. Y debería tener miedo de conocer a tu familia, pero sé que me gustarán.

—De mí —dijo él, sosteniendo su mirada hasta que ella se dio cuenta de lo que quería decir. El rubor pareció subir desde los dedos de sus pies.

'¡No!' Él no la soltaría, por mucho que ella quisiera apartar la mirada. 'Por supuesto no.'

Eres muy inocente, Julia.

—No tan inocente —protestó ella. 'Sé lo que... sucede. No puedo pretender que no suene extraño, pero estoy seguro de que pronto me acostumbraré. Y cuanto antes, mejor, reconoció, sorprendiéndose a sí misma. Quería retrasar la boda por el bien de Hal, pero lo quería rápido, por ella misma.

Hacer el amor, de hecho, parecía un asunto muy peculiar, pero su cuerpo le enviaba mensajes bastante claros de que entendía más que ella. La proximidad de Hal, el inquietante recuerdo de su forma desnuda, la vívida impresión de ese beso, el mismo hecho de que estaban solos en un dormitorio juntos, todo producía esa sensación extraña e inquieta y una necesidad casi irresistible de tocarlo.

Este matrimonio iba a ser bastante difícil, pero tal vez si pudieran lograr un entendimiento a través de la intimidad, eso ayudaría con todo lo demás.

—Eso espero —dijo, apartando la cabeza, inquieto, sobre la almohada—. Espero que encuentres placentero el matrimonio.

'Al menos sabes lo que estás haciendo,' dijo ella, los nervios la hicieron dejar escapar exactamente lo que estaba pensando.

Hubo un largo silencio, luego él dijo, con lo que ella podría haber jurado que era irritación en su voz, 'No sé lo que estoy haciendo con las vírgenes.'

—Espero que no —dijo Julia, tratando de hacer una broma. Hal no respondió. Tentativamente, extendió la mano y le tocó el antebrazo, el izquierdo, ileso, uno, 'Hal, no estaba asustado antes, pero ahora me estás asustando'.

CAPÍTULO 17

Su confesión hizo que Hal volviera la cabeza y sonrió, con una mueca de pesar en los labios. Julia dejó escapar un suspiro cuando él movió su mano para atrapar la de ella. Ven aquí entonces, y déjame ver si puedo calmar tus nervios.

—Dudo bastante que ese sea el resultado —murmuró, moviéndose para posarse con cautela en el borde de la cama.

'Vas a tener que hacer todo el trabajo,' señaló y el frío nudo dentro de ella comenzó a derretirse al ver la vieja y familiar risa en sus ojos.

'Muy bien.' Con cautela, colocó su mano derecha sobre la almohada junto a su hombro y se inclinó, con los ojos cerrados, demasiado tímida para ver cómo sus ojos cambiaban de color de un gris problemático a un azul intenso, como lo habían hecho cuando la había besado en el baile.

Julia era muy consciente de su olor, una excitante masculinidad bajo los aromas superpuestos de piel limpia, jabón, un ungüento de hierbas. Se inclinó más cerca y olió el café en su aliento y sintió el calor de su cuerpo cuando sus pechos tocaron el fino algodón blanco de su camisón.

Y luego encontró sus labios, cálidos, firmes y sonrientes debajo de los suyos y vaciló, sin saber qué hacer a continuación, confundida por la diferencia que suponía estar por encima de él.

—Continúa —musitó él en silencio, y los labios de ella leyeron las palabras. No había cerrado la boca en esa última sílaba.

¿Se atreve ella? Julia dejó que su boca apretara un poco más y luego, cuando él no se movió, dejó que la punta de su lengua se deslizara entre sus propios labios, entre los de él. Se quedó inmóvil, conmocionada por su propio atrevimiento, por la intensidad de iniciar algo tan simple, y entonces Hal se abrió para ella y su lengua encontró la de ella y la tocó y provocó, y su mano subió para ahuecar su hombro, y fue todo lo que ella dijo. No podía hacer nada para hundirse en su pecho vendado con la necesidad de estar más cerca, más apretado, totalmente entrelazado.

Era demasiado, y necesitaba que él la guiara. Necesitaba aferrarse a él, pero no se atrevía por si lo lastimaba. Se estaba alarmando a sí misma con lo que quería, necesitaba. Y ella no tenía idea de qué hacer, excepto que su boca formaba un ángulo debajo de la de ella como si buscara algo. Algo que no tenía ni idea de cómo dar.

Hal no estaba acostumbrado a las vírgenes y la idea no parecía hacerlo feliz, ella se había dado cuenta de eso. Ella debe estar haciendo todo esto mal. Pero si ella le preguntaba, sería demasiado amable para decírselo.

Julia se echó hacia atrás, se puso en pie a trompicones, chocó contra la silla y retrocedió, con la palma de la mano presionada contra los labios. Sus extremidades parecían estar por todos lados, no bajo su control en absoluto. 'Vaya. Oh, yo...' Los ojos de Hal estaban fijos en ella, su cuerpo inmóvil, como lo había estado cuando había estado en tal dolor y la quietud era la única forma en que podía lidiar con eso.

Se sentía lasciva y confundida, excitada y avergonzada de sí misma y humillada por lo que debía ser una falta desesperada de instintos naturales. Renunciando a la lucha por encontrar palabras para expresar lo que sentía, Julia huyó.

Hal apoyó la mano derecha en el extremo del banco y trató de quitarse algo de peso de la pierna. El dolor resultante en su brazo y costado lo hizo sisear, incapaz de decir exactamente lo que sentía debajo de las narices del capellán inglés.

—Aquí viene —dijo Will, dejando de mirar el pasillo y Hal olvidándose del dolor—. 'El lugar parece una sala de hospital, hay tantos vendajes y tantas muletas en exhibición'.

—Al menos están aquí —murmuró Hal. No perdimos a todos nuestros amigos. No estaba bien darse la vuelta y mirar a la novia que se acercaba por el pasillo; Will, que se estaba tomando en serio su papel de padrino, se lo había dicho. Entonces hubo un murmullo, un susurro de seda, y una mirada

Menos de instrucciones, se volvió.

Julia iba del brazo del barón vander Helvig, una figura esbelta vestida de prímula pálido, las manos llenas de rosas amarillas y blancas y la filigrana verde de los helechos, el rostro oculto por una cascada de encaje de Bruselas color crema que había sido el regalo de novia de lady Geraldine. .

Parecía pura, frágil y ex qui site, esta chica que había desafiado a su madre ya las convenciones, que había desafiado los horrores del campo de batalla para salvarlo. Hal se sentía como un criminal que había sido recompensado por sus crímenes cuando debería haber sido ahorcado. De alguna manera, prometió, iba a compensarla, a ser digno de ella. Ella vaciló cuando vio su

rostro, luego dio los últimos pasos que la llevaron a su lado y el barón puso su mano en la de él.

'Amados, estamos reunidos aquí juntos...'

¿En cuántas bodas se había sentado en los últimos años? ¿Una docena? Las palabras y el significado habían fluido sobre su cabeza, incluso cuando había sido su hermano quien estaba de pie a su lado, tomando sus votos. Encerrado en la perrera del párroco, en la ratonera del párroco, en el yugo: todas las expresiones de la jerga que resumían cómo se había sentido acerca del matrimonio y, sin embargo, ahora se sentía como un alivio, un objetivo alcanzado. Fue muy extraño.

Repitió sus votos, pensando en ellos correctamente por primera vez, escuchando las palabras de Julia pronunciadas con tanta firmeza, directamente para él como si estuvieran solos. Entonces Will sacó el anillo, y Hal se lo puso en el dedo y escuchó con total concentración mientras el capellán pronunciaba las palabras que lo unían a esta mujer.

'Puede besar a la novia.'

La última vez que se habían besado, ella había huido de él, temblando y angustiada. Después de eso, mandó llamar a Will, exigió que lo llevaran al Hôtel de Flandres, donde poco a poco se estaba restableciendo el orden y pudo recuperar su antigua habitación.

La señora Tresilian se había sentido aliviada de tenerlo a una distancia respetable. Julia había permanecido en silencio, excepto por un intento de enviar a George con él. Pero él se había negado. El mozo, después de haberle dado una descripción completa de Hebden, el atentado contra la vida de Hal y los posibles peligros para Julia, se había instalado con su escopeta para hacer guardia en la Place de Leuvan.

Ahora Julia se volvió hacia él cuando él tomó el borde del encaje y lo levantó con cuidado sobre la copa de su sombrero. Estaba pálida y sus ojos eran enormes y suaves con una emoción que él esperaba que fuera felicidad. O al menos satisfacción. Tal vez eso era lo máximo que podía esperar al principio, hacerla feliz.

Entonces ella le sonrió, y Hal descubrió que podía devolverle la sonrisa cuando se inclinó para besarla. Un suspiro sentimental recorrió a la congregación, Julia se sonrojó y se puso encantadoramente nerviosa y él se dio la vuelta para emprender el interminable paseo por el pasillo.

Bendita sea, pensó, mientras miraba el borde de su sombrero. La punta de su nariz era todo lo que podía ver del rostro de su esposa. No se queja ni sugiere que salgamos por la puerta lateral; simplemente me deja marcar el ritmo como si no estuviera medio lisiado.

Los rostros a ambos lados les sonreían, algunas damas sentimentales olfateaban delicados pañuelos. Muchos de los hombres allí tenían la cabeza vendada y los brazos en cabestrillo, pero estaban, gracias a Dios, todos allí. O casi todos. El mayor Jameson todavía estaba en su cama, pero pensaron que sobreviviría a la pérdida de su pierna. El joven teniente inquilino Hayden estaba muerto, para no reducir nunca más la cena del regimiento a carcajadas con su personificación femenina, para nunca más robar la segunda ración de budín de los demás.

Seis de sus sargentos y soldados sobrevivientes estaban afuera, levantando los sables en un destello de acero cuando él y Julia salieron a los escalones. Caminaron a través del arco de hojas y se dio cuenta de que lo que estaba sintiendo, la extraña e intensa presión en su pecho, era felicidad. Lo cual fue inesperado.

El carruaje más nuevo del barón estaba allí, al pie de los escalones, con George sonriendo mientras sostenía la puerta. Hal ayudó a Julia a entrar y luego se dejó caer con un suspiro de alivio en los suaves cojines junto a ella.

"Pensé que me sentiría diferente", dijo, medio riéndose de sí misma mientras George volvía a subirse a la caja. Pétalos de rosa flotaron sobre ellos, Hal fue golpeado por una dolorosa lluvia de arroz. Oh, mi ramo. Se puso de pie, le dio la espalda y lo tiró para que desapareciera entre la multitud de chicas que reían en los escalones. —Lo dije en serio para Felicity —dijo, sentándose de nuevo con un golpe cuando el carruaje se puso en marcha. '¿Ella lo atrapó?'

—No tengo ni idea —confesó Hal—. Te estaba observando. Está preciosa, señora Carlow.

'Vaya.' Julia se sonrojó. 'Gracias. Debo decir que se ve muy guapo, comandante Carlow. Ella le envió una mirada especulativa por debajo de sus pestañas. '¿Cómo diablos te metiste en ese uniforme ajustado con todas las vendas?'

He perdido peso y soborné al cirujano para que viniera y me vendara al mismo tiempo que me ponía el uniforme. Así que los vendajes están apretados y lo más delgados posible y mi guardia, que ha aparecido ileso, me alegra decirlo, me metió en mis calzones.

—Me alegro de que venga con nosotros —observó Julia—, o tendría que quitártelos de encima.

—Casi valdría la pena sacrificar los calzones por eso —murmuró Hal, y luego podría haberse mordido la lengua cuando el bonito rubor rosado se convirtió en rubor de mejillas rojas.

—Espero que el hotel de Gante sea bueno —observó después de una pausa, con voz tensa. El barón lo recomendó, pero Dios sabe lo que es después de que toda la gente que huyó allí se hacina.

Estoy seguro de que será perfecto dijo Hal. Y es sólo por una noche, después de todo. Señor, allí fue de nuevo. Mencionar la noche de bodas por un lado, luego hablar como si fuera una cuestión de diferencia cómo sería su alojamiento para una ocasión tan importante. —La barcaza a Ostende será muy agradable —prometió, empujando con bastante desesperación. He viajado por ellos antes. Hay un gran salón público y la comida es excelente. Y Phillip lo disfrutará.

'Sí, por supuesto.' Julia estaba recuperando un poco su compostura. Es muy amable por parte del barón llevar a mamá y Phillip a Gent. Somos una gran cabalgata, ¿no es así? Este carruaje y luego el del barón y luego el equipaje con nuestra doncella y su batman. Ah, sí, y el mozo con los caballos.

Irá directamente a Ostende y nos esperará. Hal pensó un poco en eso. El soldado Godfrey, que había estado tan enfermo, se recuperó sospechosamente rápido una vez que Harris murió. El hombre no pudo explicar sus violentos dolores de estómago, pero Hal tenía sus sospechas de que Harris lo había envenenado para hacerse cargo del cuidado de Chiltern Lad y acercarse a su objetivo. Godfrey había aprovechado la oportunidad de acompañar a Hal como mozo de cuadra y Hal había sentido una responsabilidad hacia él, así que al menos no tenía que preocuparse por los caballos.

"Me alegro de que mamá haya decidido ir directamente a mi tía y mi tío", dijo Julia después de unas pocas millas de viaje en silencio. Tu pobre familia se sorprenderá lo suficiente como para que yo llegue.

—Estarán encantados de verte —dijo Hal cálidamente, convencido de eso, al menos—. Mamá me ha estado insistiendo durante años para que me case, y ella y Verity extrañarán a Honoria, estoy segura. Y Nell, la esposa de Marcus, está aumentando de nuevo, por lo que se alegrará de la compañía de otra mujer casada de su misma edad. Mi padre no goza de muy buena salud, así que lo encontrarás un poco tranquilo y retraído, pero no debes tomar eso como un reflejo de sus sentimientos hacia ti.

'¿Eres cercano a él?' preguntó Julia, con un leve aire de timidez que lo hizo preguntarse cómo había traicionado el borde constante de la relación con su padre.

—No, no mucho —admitió—. No soy, como puedes imaginar, el hijo ideal. Pero estará complacido conmigo por encontrarte y sentirá que he hecho algo bien por una vez.

—Eso espero —dijo con lo que él solo pudo interpretar como una sonrisa valiente. Tengo que confesar que me alegro de que vayamos al campo casi de inmediato. Creo que Londres me resultará bastante abrumador.

Simplemente interrumpiremos nuestro viaje en la ciudad. Seguro que estarán en Stanegate Court —dijo Hal para tranquilizarlo—.

'¿Pero no has tenido noticias de ellos?'

'No', admitió. No desde justo antes de la batalla. Supongo que los correos están atascados con todo el tráfico o que se ha extraviado una valija. Pero cualquiera de los escenarios dejaba la posibilidad de que algo hubiera salido muy mal en casa, o que su familia no supiera si había sobrevivido a la batalla o no. Había dictado cartas, pero no había recibido respuesta. Era posible que sorprendiera a su familia, no solo apareciendo en la puerta, sino con una nueva esposa en el trato.

—Ya veo —dijo Julia. 'Podríamos ser un buen shock entonces.' Hal trató de interpretar su expresión, pero todo lo que pudo leer fue un cortés interés.

A Julia se le revolvió el estómago. Trató de decirse a sí misma que era simplemente el efecto de no haber comido desde justo antes de la ceremonia para poder empezar de inmediato, pero sabía que no era así. Estaba aquí en un hotel extraño, sola con su nuevo esposo. No importaba que en algún otro lugar del edificio mamá y Philip se instalaran en sus habitaciones.

'Gracias, María.' La criada terminó de abrochar la hilera de botones del vestido de noche y colocó una horquilla suelta en su lugar. Julia miró su reflejo en el espejo largo. Su escote era más bajo de lo que estaba acostumbrada, más adecuado para una dama casada. Resistió la tentación de tirar de él hacia arriba y luego vislumbró la cama en el espejo. Si Hal vino a ella esta noche, entonces en unas pocas horas...

El maravilloso brillo que parecía llenarla durante la ceremonia de la boda se había ido. Un largo viaje en carruaje con el hombre que ahora era su esposo había reemplazado esa neblina romántica con tantas fuentes de aprensión que apenas podía preocuparse por todas a la vez.

Parecía que había una gran posibilidad de que Hal apareciera y presentara a su novia a sus padres cuando no tenían ni idea de que ella existía, o antes de que tuvieran la oportunidad de resignarse al hecho de que ella no tenía ni riqueza ni grandes conexiones. para llevar al partido. Tal vez, trató de consolarse, estarían tan felices de tener a Hal en casa, vivo, aunque herido, que no le prestarían atención.

Luego estaba su ansiedad por Hal. ¿Se equivocó al emprender este viaje tan pronto? Ella era su esposa, y sintió que había fallado en su responsabilidad de cuidar a su esposo, pero el desgraciado no le permitió siquiera preguntarle por sus heridas, y mucho menos preocuparse por ellas.

. Ni siquiera usaría un cabestrillo.

Y luego estaba la perspectiva del resto de la velada, de la noche de bodas, extendiéndose frente a ella. esa cama Antes del baile de la duquesa, había sentido que podía hablar con Hal sobre cualquier cosa; ahora su lengua parecía congelarse en su boca antes de que pudiera pronunciar la oración más simple, y mucho menos preguntarle dónde iba a dormir esta noche.

Y en cuanto a lo que pasaría si él viniera a ella, no podía imaginarlo. No podía ir más allá de los besos en la cabeza. Besos y esa sensación confusa y abrumadora que él había creado cuando la había acariciado en el claro del bosque.

Pero primero, tenía que hablar con él, comenzar las rutinas civilizadas de la vida matrimonial. De alguna manera, su entrenamiento tendría que ayudarla, porque este matrimonio que había comenzado en un campo de batalla tendría que sobrevivir en un mundo muy diferente.

Julia se dijo a sí misma que difícilmente podría ser más difícil conversar con el hombre que amaba que con la tía abuela Penélope. Repasó mentalmente una lista de temas. Su finca de campo con la sopa, la casa familiar en Hertford shire con la mudanza. Luego quizás su interés por la cría de caballos durante el postre. Eventualmente sería más fácil, estaba segura. Ella descubriría sus intereses, le contaría los suyos y podrían empezar a construir su propia realidad compartida.

Ella iría al otro extremo de la sala de estar privada y comenzaría a bordar sus nuevas iniciales en algunos pañuelos, dejándolo con su oporto y queso en la mesa del comedor y luego tal vez debería preguntarle si había comprado algún encaje para las damas de honor. su familia y se ofreció a hacerlo en las pocas horas que tenían en Gent antes de que partiera la barcaza.

Todo eso parecía muy inofensivo, con mucho margen para la conversación. Julia se colocó las gotas para los oídos de diamantes que Hal le había dado, respiró hondo y abrió la puerta de la sala de estar.

'... y eso es encaje para tu madre y Lady Verity y Lady Stanegate.' Julia tomó una nota cuidadosa. ¿Cuánto puedo gastar?

Lo que creas apropiado. Hal se sentó en la silla al otro lado de la fría chimenea y estiró lentamente sus largas piernas. Julia contuvo la respiración, esperando una exclamación de dolor, pero él parecía bastante cómodo. '¿Qué es?' Molesta, él la había visto observándolo.

—No puedo acostumbrarme a ti sin uniforme —dijo con sinceridad. Su ayuda de cámara había sacado a Hal de su restrictivo uniforme de gala y vestía pantalones holgados con su frac de golondrina oscuro. La severidad formal del blanco y negro realzaba su aspecto rubio pero lo convertía en un extraño, ya no ni el libertino ni el oficial, sino un caballero remoto.

La velada había ido bastante bien, pensó. La conversación no había decaído, los temas que habían tratado eran personales sin llegar a ser íntimos. Todo había sido muy agradable, excepto por la creciente tensión cuando la manecilla de las horas se movió alrededor del reloj de sobremesa hacia las diez.

Julia se sentía muy consciente de Hal y extrañamente consciente de su propio cuerpo. Era como si su piel estuviera demasiado tensa, sus senos se habían vuelto pesados. Había un pulso vergonzoso e insensible que latía

bajo que la hacía querer moverse nerviosamente en su silla, y estaba segura de que Hal estaba desviando los ojos deliberadamente de su escote, que se sentía más indecente cada vez que pensaba en ello.

¿Qué diablos le pasaba a ella? Si esto eran nervios, nunca se había sentido así antes. La más cercana fue aquella larga tarde en que Hal la rescató del comandante Fellowes en el bosque y las matemáticas posteriores a ese breve y apasionado encuentro.

El reloj dio las diez, haciéndola saltar. —Creo que me iré a la cama —anunció, guardando el bordado que había permanecido intacto durante la última hora, dando a Hal tiempo para ponerse de pie.

Estaba tan concentrada en mirar lo que estaba haciendo y no apresurarlo si le dolía levantarse, que fue un shock encontrarlo de pie tan cerca cuando finalmente se puso de pie.

—Parece que ha pasado mucho tiempo desde que besé a mi novia —dijo Hal, levantándole la barbilla y sonriéndole—.

'Sí,' ella estuvo de acuerdo. En la iglesia, con todos observándolos, la presión de sus labios había sido el sello de la ceremonia, parte de la bendición, algo dulce, no carnal.

Ahora el recuerdo de lo abrumador que había sido cuando ella lo había besado mientras él yacía en la cama volvió a inundarlo. De alguna manera, tenía que hacerlo correctamente esta vez. Julia observó cómo Hal se inclinaba hacia ella, sus ojos fijos en su boca, su mano deslizándose para acunar su cabeza.

Cuando su boca se cerró sobre la de ella y la atrajo hacia sí, de repente se dio cuenta de por qué se había sentido tan extraña toda la noche. Deseo. Deseo físico, todo mezclado con amor y nervios y aprensión. Ella lo deseaba, su cuerpo lo deseaba. Todo iba a estar bien, pero tenía que ser valiente, confiar en sus instintos y aprender a mostrarle lo que sentía.

No había lingotes ni trenzas dolorosas contra su piel desnuda por encima del borde de su vestido de seda, solo el calor del cuerpo de Hal a través del lino y la tela ancha y suave. Ella se movió, inquieta, y sus pezones se endurecieron con la fricción, haciéndola jadear cuando él deslizó su lengua entre sus labios y la saboreó, exploró su boca, provocándola hasta que ella quiso retorcerse contra él para estar más cerca. ¿Pero debería ella, con las vendas debajo de su camisa?

Justo cuando se sintió envalentonada para intentarlo, Hal levantó la cabeza y sus ojos brillaron a la luz de las velas. Eres muy hermosa, esposa. ¿Empiezan a complacerte los besos ahora?

—Sí —admitió ella, preguntándose si eso la haría muy lasciva. O si el desenfreno le agradaría o le disgustaría. Estaba acostumbrado a perder mujeres, pero los hombres esperaban decoro de sus esposas. Pero el decoro no lo había llevado a su cama hasta el momento.

'Me alegro.' Levantó la mano y la rozó suavemente sobre su boca, trazando la forma de sus labios. Me complace mucho. Él la giró, la tomó del codo y comenzó a caminar hacia la puerta del dormitorio. 'Debes estar cansado. Duerme bien, Julia.

Le abrió la puerta, luego dio un paso atrás y se volvió hacia la otra puerta, la puerta del vestidor, y la dejó sola.

CAPÍTULO 18

'Eso es Burlington House, ya casi llegamos.' Hal señaló por la ventanilla del diván mientras Julia intentaba contemplar las vistas y controlar sus nervios nerviosos.

En la casa de la ciudad sólo quedaría el reducido personal de sirvientes, se aseguró a sí misma por centésima vez. Y no era la casa de Hal, aunque fuera su casa en la ciudad, por lo que no se esperaba que ella diera órdenes a los sirvientes de Londres. Tal vez fuera bueno que mamá y Phillip se hubieran detenido con el tío y la tía Tresilian en Rochester: difícilmente Phillip y un mayordomo superior harían una pareja armoniosa.

Unos días para ellos mismos en Londres, la oportunidad de descansar y relajarse, de hacer algunas compras, de conocerse.

Eufemismos, se reprendió a sí misma con dureza. Es hora de que venga a mi cama, a eso me refiero. Oh, ¿por qué no quiere hacerme el amor? Se había preguntado eso una y otra vez cuando el límite del afecto físico de Hal parecían ser los besos, el toque ocasional en su mano. Es cierto que los besos fueron apasionados, pero la dejaron con la sensación de que estallaría en llamas en cualquier momento.

Habían estado viajando, por supuesto, pero por lo que ella había oído, un hombre en plena excitación amorosa no se dejaría intimidar por las diminutas cabañas o el alojamiento que se encuentra en las posadas. Ella sólo podía concluir que no producía suficiente excitación amorosa en él. Pero a menos que tuviera algo de práctica, no estaba del todo segura de cómo iba a aprender. Y si no podían compartir la intimidad del lecho conyugal, ¿cómo iban a volverse lo suficientemente cercanos para hacer que este matrimonio funcionara? Algo había estado ahí, tan fuertemente entre ellos, cuando él se había acostado con ella en la hierba, ese día en el picnic. ¿Qué estaba haciendo mal que él ya no quería acariciarla así?

¿O había algo que ella pudiera hacer? Julia no estaba segura de cómo, o si se atrevería, pero iba a encontrar algo, se juró.

El carruaje giró a la derecha y luego se detuvo frente a una casa alta de dos fachadas. Hal saltó y ayudó a Julia a salir. —La aldaba todavía está encendida —dijo, sonando desconcertado. Entregó los billetes al postillón más cercano, que metió el dinero en su pesada bota de cuero mientras su colega descargaba los baúles.

'Alguien de la

la familia todavía debe estar en casa. Hal tomó el brazo de Julia y subió los escalones, su cojera era muy pronunciada después del largo viaje en carruaje. 'Oh bueno, vamos a ver.' Golpeó la aldaba mientras el corazón de Julia latía al unísono.

La puerta se abrió para revelar a un mayordomo alto y calvo cuya expresión de solemnidad digna duró tanto como le tomó reconocer al hombre en el umbral. —¡Mayor Carlow, señor! No esperábamos... Lord y Lady Narborough están en...

'¡Hal!' Una mujer alta se apresuró por el suelo cuadriculado del salón, con las manos extendidas. '¡Oh, gracias a Dios!' Lo abrazó y se echó a llorar cuando una mujer joven bajó las escaleras.

'¿Ese es el correo? ¡Vaya! ¡Hala!

Julia se hizo a un lado, mientras Hal era abrazado desde el otro lado, entonces vio que era mejor que interviniera. Por favor, tenga cuidado con su brazo, sus costillas... Lady Verity... Supuso que debía ser la hermana menor de Hal.

'Hal.' Era un hombre, bastante encorvado, canoso, evidentemente inválido. No bajó por el pasillo, sino que esperó, apoyándose en un bastón mientras Hal apartaba a su madre ya su hermana con delicadeza y se acercaba a él.

'Padre.' Julia lo vio vacilar, luego abrazó al hombre mayor. Todos ustedes parecen muy sorprendidos de verme. ¿No has recibido mis cartas?

"La única carta que recibimos fue de un Capitán Gray para decir que usted había sido gravemente herido, pero que lo habían retirado del campo de batalla y que tenía esperanzas de su eventual recuperación", dijo Lord Narborough. Si no habíamos sabido nada en el último correo de hoy, entonces Marcus viajaría a Bruselas para averiguar qué había sucedido. Su voz era mesurada, pero incluso desde donde estaba, Julia podía ver sus manos temblando mientras sostenía su bastón.

—Te envié cartas, te lo prometo —dijo Hal. Pero si no los has tenido, no sabrás quién es. Se volvió y le tendió la mano a Julia. 'Mamá, Padre, les presento a mi esposa, Julia, la sobrina de Sir Alfred Tresilian de Rochester. Julia, mis padres, mi hermana menor Verity.

Julia hizo una respetuosa reverencia y su nueva suegra estalló en nuevas lágrimas.

'¡Mamá!' Hal parecía conmovido, pero Julia se dio cuenta de que no esperaba nada menos que este rechazo. Entonces Lady Narborough estiró los brazos y la estrechó en un abrazo bastante húmedo y sintió que sus propias lágrimas brotaban de alivio.

'¡Oh mi querido! Oh, qué linda eres y qué mal lo has de haber pasado. Pero bienvenido a la familia. Besó a Julia y la empujó hacia Lord Narborough antes de tomar las manos de Hal. ¡Por fin, desgraciado muchacho! Y el pobre niño que llega sin previo aviso a una casa llena de extraños.

Ahora, ven al salón. ¿O deberías irte directamente a la cama? Julia, querida. Debes aconsejarme, ¿qué se debe hacer con él?

—Creo que Hal mismo nos lo dirá —dijo Julia, al ver que la mandíbula de su marido empezaba a tensarse—. Pero, por mi parte, me encantaría tener la oportunidad de retirarme por un corto tiempo: parece que hemos estado viajando durante una eternidad.

'Pero por supuesto. Ahora déjame ver: Hal, tienes tu antigua habitación y Julia puede tener la de Marcus. La hemos redecorado como una habitación de invitados, no es que seas un invitado, querida, pero está justo al lado de Hal con solo un poco de espacio para sentarse. habitación entre la que solía ser la sala de la escuela, pero se puede tener como salón privado. Bueno, lleva a la señora Carlow arriba... ah, y una doncella...

—Querida —intervino lord Narborough—, vas a marear a nuestra nueva hija. Sube tú, querida, llévate a Hal contigo y nos vemos más tarde cuando hayas descansado y estemos todos un poco más tranquilos.

'Yo te mostraré.' Lady Verity, la hermana de buen comportamiento, recordó Julia, les sonreía. Su cabello dorado se parecía al de Hal, pero sus ojos eran de un distintivo verde avellana. Se tomó del brazo de Julia y la guió hacia las escaleras. Julia miró por encima del hombro a Hal, pero él asintió para que se fuera, así que se dejó llevar.

“Estábamos tan preocupados de que Hal hubiera muerto o que hubiera resultado horriblemente herido, y es inútil tratar de obtener información en Horse Guards; seguían diciendo que estaba vivo, pero no había cartas. ¡Y aquí está, perfectamente bien y casado!

—Estaba gravemente herido —intervino Julia. Y es un paciente espantoso, como sin duda sabe, lady Verity, así que necesita descansar.

Debes llamarme Verity, somos hermanas. Abrió una puerta. 'Aquí estás. ¿No es agradable? Elegí los tapices. Y esa puerta allí es el vestidor y esa es a la pequeña sala y luego la habitación de Hal está al otro lado de eso. Y tienes el lado del jardín, no como Hal que tiene la calle, así que estarás muy tranquilo.

'Es adorable.' Julia miró a su alrededor, a una habitación en la que habrían cabido fácilmente todos los dormitorios de la Place de Leuvan. No había señales de Hal, debió haberse ido a su propia habitación. Miró la puerta de interconexión con inquietud.

¿Va a venir tu doncella más tarde? Solo tú puedes tomar prestado el mío, su nombre es Miriam. Solía compartirla con Honoria, pero ahora está casada y en algún lugar de Estados Unidos, ¿me creerías? Sonrió y Julia pensó en lo dulce y abierta que parecía. Es tan maravilloso tener una nueva hermana.

Todo iba mucho mejor de lo que esperaba. Marcus y Nell habían venido y se habían quedado a pasar la noche, visiblemente conmovidos por la noticia de su regreso a salvo y su matrimonio inesperado. Hal miró alrededor del salón después de la cena a su madre, hermana y cuñada, las tres encantadas con Julia. Ella se había relajado, aparentemente sus nervios se calmaron ante la cálida bienvenida, y su padre y su hermano se sentaron a ambos lados de él, observando a las mujeres.

—Una señorita de muy buen comportamiento —comentó lord Narborough—. Por una vez, decidió Hal, había hecho algo bien en lo que a su padre se refería. No puedo imaginar cómo convenciste a ella para que se casara contigo. Ah, allí estaba la púa de nuevo.

"Ella me salvó la vida", dijo Hal. Me encontró después de la batalla y me cuidó en una choza miserable, a pocos metros del campo de batalla, hasta que pude moverme. Si no lo hubiera hecho, estaría muerto.

—Entonces estamos aún más en deuda con ella —dijo Lord Narborough. Hal se arrepintió a medias de sus palabras al ver lo blancos que se le habían puesto los labios a su padre, pero quería que su familia supiera lo que le debían a su nueva hija.

Creo que voy a dar una vuelta por el jardín. Se puso de pie con cuidado. 'Me pongo rígido si me siento por mucho tiempo. ¿Viniendo?' Levantó una ceja hacia Marcus, quien no necesitaba una pista más fuerte.

'¿Qué tan malo es?' —preguntó su hermano cuando se alejaron de las ventanas entreabiertas. Estás haciendo un maldito buen trabajo fingiendo que no duele, pero no me engañas.

—No es bueno —admitió Hal—. Mucho mejor de lo que era, y la curación va bien, gracias a Julia, pero el corte en mi muslo era condenadamente profundo y sigo perdiendo fuerza en él, de repente. ¡Y todos los hematomas internos están saliendo lentamente!

Padre está aliviado de verte, lo sabes, ¿verdad? Hal se encogió de hombros. Está orgulloso de ti, incluso si no te aprueba. ¿Quieres hablar sobre cómo sucedió? Marcus se apoyó contra una estatua de Diana.

“Habíamos estado sentados de espaldas la mayor parte del día; fue una carga a través de la artillería francesa justo al final. Lo que pasa es que fue un proyectil francés el que me bajó del caballo y me tumbó, pero un soldado inglés intentó matarme primero. Él fue el responsable de todas las heridas.

'¿Que demonios?' Su hermano se puso de pie abruptamente, haciendo que la diosa se meciera en su pedestal.

Hal explicó. '... y no creo que fuera Stephen Hebden esta vez. No cuando Harris describió a alguien que hablaba como yo, era mayor y tenía los ojos fríos como la muerte. Pero Harris tenía una cuerda de seda. Lo tengo en mi equipaje. Y Hebden estaba en Bruselas: le compró joyas a Julia. Husmeando en mí, no tengo ninguna duda.

'Sabes, eso se relaciona con mi presentimiento de que hay alguien más o criticando estos rumores sobre Padre. No son el estilo de Hebden. Tampoco lo es el asesinato. Marcus empezó a pasear arriba y abajo por las losas de piedra. ¿Te das cuenta de que este es el mismo lugar donde tuvo lugar el asesinato original? No es de extrañar que se aproveche de la mente de Padre.

“Pero sabemos, hasta cierto punto, por qué Hebden nos persigue a todos: culpa a las familias por la muerte de su padre. Pero, ¿por qué debería alguien más? Puedo creer que cualquiera de nosotros individualmente podría haber creado un enemigo, pero ¿los Wardale, los Carlow e Imogen Hebden?

—Si Wardale era inocente —dijo Hal lentamente—, es posible que el asesino y el espía aún estén vivos, que aún estén por ahí.

—En su última carta a su esposa, Wardale lo negó, dijo que sospechaba de Padre —señaló Marcus—. 'Pero, si partimos de la premisa básica de que él también es inocente, ¿quién deja eso?'

Quizá debería contarle todo esto a Stephen Hebden. Ambos hombres se dieron la vuelta para encontrar a Julia de pie sobre las losas detrás de ellos.

—Vine a ver si querías té —dijo, prosaicamente—. 'Entonces escuché.'

—Necesitarías una cuchara larga para cenar con ese demonio retorcido —dijo Marcus con dureza. Casi provoca la muerte de mi esposa.

—Pero no, creo, intencionadamente —dijo Hal, mirando con recelo a su hermano. Y Hebden actúa personalmente en su venganza. El ataque contra mí fue planeado, pagado ya una distancia del instigador.

Me gustaría que fueras tan tolerante si él secuestrara a Julia y amenazara con violarla. Y no olvides que trató de arruinar a Honoria, casi arruina la boda de Monty. ¿Tengo que seguir?

'No. No lo tomaré en mi confianza', estuvo de acuerdo Hal.

Pero a pesar de sus palabras, todavía cavilaba sobre el misterio mientras estaba sentado en su habitación a la luz de una sola rama de velas, mirando sus pies descalzos que sobresalían del dobladillo de su bata de seda y tratando de reunir suficiente energía para recuperarse. en la cama.

Había sonidos del pequeño salón que solía ser el salón de clases que compartía con Marcus. Julia, buscando un libro, tal vez. Se preguntó cuándo podría llevar las cosas un poco más lejos sin escandalizarla. Incluso pensar en ello hizo que su cuerpo se tensara, que le dolieran las ingles. Ahora ella respondía rápidamente a sus besos, aunque él a menudo la sorprendía mirándolo fijamente, con las mejillas sonrojadas por lo que debía ser timidez. La paciencia nunca había sido su punto fuerte, pero sin duda estaba aprendiendo

ing ahora.

Con un leve crujido, la puerta se abrió. Allí, en el umbral, con el pelo suelto y ondeando sobre los hombros, estaba Julia. A la luz parpadeante pudo ver los dedos de sus pies, desnudos bajo el dobladillo de su sencillo camisón blanco.

Hal se puso de pie, cerrando la boca con un chasquido, agradecido por los pesados pliegues de su bata. Estaba desnudo debajo de la bata y, de repente, tan excitado que dolía. ¿Julia? ¿Querías algo?'

Su rostro estaba sonrojado, y parecía estar agarrando la manija de la puerta para sostenerse. Quiero saber si alguna vez vas a venir a mi habitación.

'¿Qué? ¿Por qué?' Esta era su novia tímida e inocente que había huido cuando él le pidió que lo besara.

'¡Porque estamos casados y yo no me siento muy casado!' Dio un paso hacia ella. El sonrojo en sus mejillas, se dio cuenta con incredulidad, era en parte indignación. 'Sé que no seré muy bueno al principio, pero puedes enseñarme, ¿no?'

—Julia, te lo dije. No estoy acostumbrado a las vírgenes, no quiero escandalizarte. Pensé que, tal vez, si te acostumbrabas a mí y te dabas cuenta de que estoy tratando de reformar mis costumbres, llegarías a confiar en mí y sería más fácil.'

'¿Para quien?' preguntó con aspereza. Hal descubrió que sus labios se contraían, a pesar de una sensación cercana al pánico. ¿Cómo podía enfrentarse al ejército francés sintiendo nada más que expectación emocionada y, sin embargo, Julia lo redujo a este estado de nervios?

'¿Para nosotros dos?' el sugirió. Ella lo fulminó con la mirada y, perversamente, él sintió que se le levantaba el ánimo. '¿Si estas seguro?' Extendió una mano hacia su cama y apartó las sábanas. Por un momento, pensó que ella se daría la vuelta y echaría a correr, luego entró, cerró la puerta detrás de ella y caminó con paso firme hasta pararse frente a él.

'¿Si no te haría daño?' ella preguntó. No estaba seguro. Si fuera así, entonces sería bueno que lo retuvieran, creo.

—Eso podría ser bastante más doloroso —murmuró Hal, ganándose una mirada de perplejidad. Señor, ella era tan inocente. Por lo menos lo había visto desnudo, eso era un susto menos, supuso. Aunque lo que haría con los cambios que le sucedieron a un hombre excitado...

Sopló las velas, luego entró, encontrándola fácilmente a pesar de la oscuridad. Él la tomó en sus brazos y la besó, hundiéndose inmediatamente en la ahora familiar dulzura de su respuesta, el olor a jabón de lilas, la suavidad de su cuerpo mientras la abrazaba.

Ahora, sin corsés ni capas de ropa, podía sentir las curvas flexibles, la hermosa línea de la cintura y la cadera. Dejó que una mano se desviara para ahuecar su trasero y ella soltó un pequeño grito ahogado contra su boca, luego se apretó más.

Envalentonado, dejó que sus dedos investigaran los lazos en los hombros del camión hasta que, trabajando a ciegas, los liberó de modo que cuando apartó las manos y retrocedió, la prenda cayó al suelo alrededor de los pies de ella.

'¡Vaya!'

Hal la tocó, sintiendo con deleite los rubores de Julia calentando su pecho con un rosa rosado imaginario. Bajo sus palmas, su figura era tan encantadora como había imaginado. Tenía senos pequeños, caderas delgadas, pero con curvas tan dulces.

Velocidad, eso era lo importante, decidió, por mucho que quisiera demorarse. Hal se quitó la bata, la levantó en brazos y la acostó en la cama, y se tumbó sobre su lado izquierdo junto a ella.

Eres lo más hermoso que he visto en mi vida.

'Mentiroso', murmuró. 'No puedes verme.'

Tengo manos. Empezó a acariciarla, pasando suavemente la mano por la cadera y la cintura, sintiendo el vientre de ella tensarse mientras pasaba los dedos por él y luego hacia arriba para ahuecar su pecho. Ella gimió, mientras él la acariciaba hasta que su cabeza empezó a moverse, inquieta, sobre la almohada. Le dolía el brazo derecho, pero apenas sentía el dolor, escuchándola, juzgando el momento de separar los húmedos pliegues, deslizar un dedo en el tierno calor.

Julia jadeó, trató de alejarse, pero él insistió hasta que ella se levantó contra su mano una y otra vez y él pudo separarle los muslos y moverse sobre ella. Hal se posicionó cuidadosamente, tratando de soportar todo el peso que pudiera sobre su pierna izquierda sana, empujando suavemente.

Sí, ella era suya; podía entrar, tan despacio, con tanto cuidado que ella apenas se daría cuenta. La idea de asustarla, lastimarla, lo puso tenso. Deseaba poder ver su rostro, pero ella se sentiría más segura en la oscuridad.

Y luego el dolor atravesó su muslo derecho, acalambrando los músculos, haciéndolo sacudirse involuntariamente, y debajo de él, Julia dio un pequeño grito, arqueándose, rígida debajo de él. Estaba profundamente dentro de ella, sus movimientos involuntarios enviaban oleadas de sensaciones que lo atravesaban, más allá de su control, más allá de detenerse. Hal sintió que el orgasmo se apoderaba de él y supo, con los

últimos jirones de su control, que no podía evitar que su peso se apoderara de ella.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 19

Julia parpadeó para quitar las lágrimas que llenaban sus ojos. El dolor había sido tan intenso como temía, y tan repentino, pero ahora se había ido y Hal era parte de ella, llenándola. Aunque apenas podía respirar y sentía, más que sentir, un profundo dolor, eso no importaba: la intimidad de su unión era impresionante, abrumadora.

¿Era esto lo que habría sucedido en el claro si Hal no se hubiera detenido tan abruptamente? ¿Era el miedo a lastimarla lo que le había estado alejando de ella todo el tiempo?

No estaba muy segura de lo que estaba sucediendo ahora, o qué esperar a continuación, por lo que disfrutó aferrándose a Hal, sintiendo la amplitud de sus hombros bajo las palmas de sus manos, el calor de su piel, el movimiento de los músculos y tratando de recuperarse. acostumbrada a la sensación de él dentro de ella. Su cara estaba enterrada en su hombro, su corazón latía con fuerza y parecía haberse aflojado en cada músculo, por lo que se concentró en quedarse quieta, su mejilla presionada contra su cabello.

Entonces Hal se movió con un tirón desgarrado para alguien que normalmente era tan controlado, y rodó fuera de su cuerpo, dejándola sintiéndose desolada. Estaba encendiendo la vela, se dio cuenta. Cuando él se recostó sobre las almohadas a su lado y ella vio su rostro, fue peor. Fuera lo que fuera lo que acababa de suceder, no lo había hecho feliz.

—Diablos —dijo Hal con tristeza, mirando al techo—. Diablos, lo siento mucho.

—No entiendo —balbuceó, preguntándose si era culpa suya.

"Tenía la intención de ir despacio, suavemente, y esta pierna ensangrentada cedió y perdí el control". Volvió la cabeza para mirarla. "Te lastimé, ¿no?"

—Un poco —admitió ella. Pero siempre lo hace, ¿no? La primera vez.'

'No tiene que ser tan malo a menos que un lisiado torpe sin autocontrol haga un lío.'

¡Oh, tu pierna! Ella se estremeció ante su descripción de sí mismo, pero no tenía sentido discutir sobre eso ahora. ¿Has abierto la herida? Sin hacer caso de su desnudez, Julia se sentó y alcanzó la sábana que estaba enredada alrededor de su cintura, tratando de mirar su muslo vendado.

'¡Dejalo!' Ella se echó hacia atrás, estremeciéndose ante su tono. 'Lo siento. Está bien —dijo con más suavidad, sentándose—. Querrás volver a tu propia cama.

Julia abrió la boca para negarlo, decirle que quería quedarse, que la sostuviera en sus brazos, pero Hal tomó su bata, se la puso y luego se deslizó fuera de la cama para cojear hasta el lavabo. Obviamente, él no quería que ella se quedara, así que tal vez eso no era algo que una esposa debería hacer. O tal vez no quería que ella se aferrara o mostrara afecto. Estaba a punto de levantarse cuando él volvió con una toalla y un trapo.

'Aquí.' Estaba pálido alrededor de los labios y los ojos. Hay sangre. Él le dio la espalda mientras ella se frotaba y hacía una mueca.

La sábana... Los criados lo verían, lo sabrían.

'Pensarán que es mío', dijo Hal. Llamaré a Langham para que me venda la pierna. La herida se ha abierto un poco. No hay necesidad de pasar vergüenza.

'No claro que no.' Julia se pasó el camisón por la cabeza y se dirigió a la puerta. Buenas noches, Hal.

Julia se incorporó en la cama, con los dedos alrededor del lujo de una taza de chocolate caliente, y pensó en la noche anterior. Ya no era virgen, pero eso era lo único positivo, eso y esos pocos momentos en los que había tenido a Hal en sus brazos y había sentido la ternura inundándola.

En lugar de un marido que no había querido hacerle el amor, ahora tenía uno que se culpaba a sí mismo por hacerle daño. Él ciertamente no había se había llenado con el deseo de acunarla en sus brazos después, como había esperado que hiciera, pero tal vez a los hombres no les gustaba hacer eso. Su cuerpo y su corazón anhelaban ese consuelo. Este no era el matrimonio que ella esperaba, uno de intercambio y confidencias.

Necesitaba consejo. Apareció la imagen de Nell Carlow, con el recuerdo de su voz cálida y la sonrisa amistosa en sus ojos color avellana. Estaba tan obviamente feliz con su esposo, y esa felicidad parecía desbordarse en la necesidad de que ambos se tocaran todo el tiempo, aunque fuera fugazmente. Nell, estaba segura, hablaría con ella.

Para su alivio, en la sala del desayuno solo cabían Verity y Lady Narborough. —Lady Stanegate mencionó anoche a una modista ya algunos sombrereros —observó Julia cuando se sentó frente al huevo escalfado y las

tostadas, que era todo lo que creía que le apetecía—. '¿Le importaría si la llamo para preguntarle más sobre ellos, crees?'

—Estaría encantada —le aseguró lady Narborough. 'Ella se queda en casa durante las mañanas en este momento, lo que detiene el alboroto de Stanegate, pero apreciará una visita. Está a la vuelta de la esquina si quieres caminar. Pídale a Wellow que envíe a uno de los lacayos con usted cuando esté listo para partir.

—Yo también iré —dijo Verity.

'No querido.' Lady Narborough le dirigió a Julia una mirada que parecía indicar que comprendía la necesidad de que una joven recién casada hablara con otra. Te quiero conmigo esta mañana.

Preguntándose de qué pensaba la madre de Hal que tenía que hablar, si no eran sombreros, Julia se puso en camino con Richards, el lacayo, a cargo. No fue hasta que se encontró sentada en el tocador de Nell que se le ocurrió que no había planeado cómo formular sus preguntas.

—Hal debe ser un desafío como esposo —observó Nell mientras aún se estaba recomponiendo—. Lo quiero mucho como a un hermano, pero Dios mío, el hombre es salvaje.

—No por el momento —dijo Julia, desmenuzando la galleta que Nell le había puesto encima—.

¿Quiere decir sus heridas? Sí, supongo que eso retrasaría incluso a Hal. Marcus dice que fueron severos.

Hal se ha reformado. Cuando Julia lo dijo, se dio cuenta de lo triste que sonaba. No era un libertino reformado del que se había enamorado, era el verdadero hombre con todos sus defectos y debilidades.

'¡Felicidades! Debe ser amor verdadero si tienes tanto control sobre él.

Julia hizo una mueca. Yo lo amaba tal como era. Parece sentir que necesitaba cambiar, por mí. Y sintió que tenía que casarse conmigo porque me había comprometido.

—Y le salvó la vida —protestó Nell—. —¿Quieres decir que no te ha dicho que te ama?

Julia negó con la cabeza. Dijo... Nell... ¿puedo llamarte Nell? Me quería, dijo, pero luego me dijo por qué no podía casarse conmigo. Y después de la

batalla, cuando lo encontré, dijo que tenía que casarse conmigo. Y ahora él tampoco parece quererme, no como... no en...'

'¿En cama?' Nell bajó los pies del taburete y se sentó, con el ceño fruncido. '¿Qué le ha pasado al hombre?'

Creo que él creía que, porque yo era virgen y él había vivido una vida disoluta, me escandalizaría. No parecía muy confiado en, um, hacer el amor con una virgen.

'¿Pero él tiene? Dijiste que eras virgen. Nell parecía maravillosamente avergonzada por esto.

'Anoche. Fue un desastre', dijo Julia y luego, para su propia sorpresa y conmoción, se echó a llorar.

Otra taza de té y al menos tres pañuelos de bolsillo más tarde, Nell se recostó y se echó a reír. 'Oh, lo siento, puedo ver que es horrible para ti. Pero ver el coqueteo más escandaloso que conozco humillado por la virtud es justicia poética.

'¿Pero que puedo hacer?' exigió Julia. De alguna manera, su ánimo estaba mejorando, parecía posible que hubiera alguna esperanza si Nell estaba tan divertida.

'Pues, seducirlo, por supuesto. Y aprende a coquetear tu mismo. Pero primero tenemos que ir de compras.

Ir de compras con la matrícula de Nell fue una aventura lujosa. Londres parecía estar lleno de pequeñas tiendas donde uno podía comprar las bagatelas más frívolas, caras y deliciosas si sabía dónde buscar, y siempre que no le importara la factura resultante.

—Todavía no he hablado con Hal sobre la asignación para vestidos —susurró Julia al oído de Nell con urgencia—. Nell estaba sentada cómodamente, dirigiendo al asistente en una tienda cuyo stock completo parecía ser transparente, semitransparente o hecho de encaje. Para consternación de Julia, los precios eran inversamente proporcionales a la modestia de la prenda.

Eso es muy negligente de su parte, pero debería saber que debe pagar por sus placeres. No creerá que estamos comprando estas cosas por su bien, ¿verdad? Los hombres son criaturas muy visuales, benditos sean, y debemos darles algo que mirar. Creo que ese negligé de gasa verde mar con

las pantuflas a juego, las camisolas de muselina bordadas y los camisones de seda china servirán por ahora.

Una hora más tarde, salieron de otra de las modistas favoritas de Nell, dejaron un pedido para que un delicioso vestido de noche estuviera listo lo antes posible y se dirigieron a la librería más cercana. —Poesía picante y novelas, eso es lo siguiente —anunció Nell. Y yo me voy a sentar aquí y estafar las páginas de The Repository en busca de los últimos capos.

Julia fue obedientemente a buscar las secciones correctas, parpadeando un poco ante la elección de títulos que su mamá condenaría sin abrir como bastante escandalosos. Todos parecían perversamente tentadores, y Nell había dicho que la pondrían de humor para el romance. No es que ella necesitara ponerse de humor...

—¿Tiene que comprar su propia poesía de amor, señora Carlow?

Julia saltó y casi dejó caer su pila de libros. Estaba el comerciante de gemas de Bruselas, el hombre del que Hal hablaba con tanta amargura y su hermano con tanto odio. Solo que ahora, no parecía un hombre de negocios educado; parecía peligroso. Depredador incluso. O tal vez lo estaba viendo a la luz de lo que los hermanos le habían dicho sobre él.

El escalofrío de conciencia sensual que él parecía capaz de producir solo con una mirada de esos audaces ojos oscuros tembló a través de ella. ¡Señor Hebden! ¿Me estás siguiendo?

¿Qué hombre de sangre caliente no lo haría? preguntó él, apoyando su hombro contra las pilas de libros y sonriéndole. Julia dejó de lamerse los labios con nerviosismo y levantó la barbilla en su lugar. Me intrigas, Julia. Una muy buena esposa para un hombre como Hal Carlow. Iba vestido como cualquiera de los caballeros que paseaban por Piccadilly, sólo que tal vez no mostraban el brillo dorado en el lóbulo de la oreja ni llevaban el cabello oscuro y ondulado tan largo.

Y sus voces no tendrían ese tono intrigante, incluso si sus ojos tuvieran tanta apreciación masculina impertinente. Julia sintió que se le aceleraba el pulso y no, se dio cuenta, del todo por aprensión.

'¿Qué quiere, señor?' exigió. Si pido ayuda, el propietario hará que te detengan.

—Podría intentarlo —reconoció Hebden sin el menor signo de alarma—. Se arrepentiría.

'Entonces, ¿no contento con intentar asesinar a mi esposo, decide acosarme?' Julia observó su rostro con atención. Si no lo hubiera hecho, se habría perdido el breve y traicionero parpadeo en los ojos oscuros. Se sorprendió y a Stephen Hebden no le gustó encontrarse en desventaja.

'¿Asesinato? No he tocado a tu marido.

Entonces, a través de su agente. Pero ella le creyó, creyó en la sorpresa y la negación.

No uso agentes. Los franceses hicieron un buen intento de matar a Carlow, no necesitaron mi ayuda.

—Alguien se lo dio, señor Hebden. Parece que tienes un aliado, o quizás un rival, en tu campaña de odio.

—No es odio —dijo, y la intensidad de su voz le envió escalofríos que definitivamente no eran sensuales por la columna—. Soy el agente de una predicción... tal vez lo llamarías una maldición. Él la miró profundamente a los ojos, y le pareció a ella, atrapada en su oscuridad, que otra personalidad estaba dentro de él, extendiéndose para tocarla. Su voz se volvió más baja, intensa. Llamo a la culpa para comeros vivos y envenenar la sangre de vuestros corazones. Eso es lo que se promete para tu suegro, para sus hijos.'

'No.' Julia negó con la cabeza. No creo en esas supersticiones. Pero descubrió, atrapada en la telaraña de su voz, esos ojos, que sí.

—No tienes que creer algo para que sea verdad —dijo él con una certeza absoluta que la estremeció. Pero ella no correría, si eso era lo que él quería, no le daría la satisfacción de mostrarle miedo. Era la esposa de un soldado.

—Dime —dijo, dando un paso adelante y agarrándola de la muñeca derecha. Julia se retorció en su agarre, el frío brazalete de plata que él usaba se enfrió contra su pulso. Cerca de la intensidad y la fuerza de su personalidad la dejó sin aliento. Dime qué le pasó a Hal Carlow.

—Suéltala o te atravesaré las costillas con este alfiler —dijo Nell, dando la vuelta al final de los estantes detrás de él.

Hizo una mueca y abrió la mano. —Lady Stanegate, un placer volver a verla.

—Es todo tuyo, créeme —dijo Nell.

—El recuerdo de tus labios me calienta por la noche —murmuró, volviéndose con gracia cautelosa para mirar a Nell. Las dejaré, señoras, con

su ojeada. Te lo ruego, acuérdate de mí ante tus maridos.

—¡Oh, Nell! Julia se recostó contra una fila de espeluznantes romances y contuvo el aliento. Exigía saber qué le pasó a Hal y negaba tener nada que ver con eso. No se atrevió a repetir esa maldición. No a una mujer embarazada. —Nell, ¿qué quiso decir con lo de tus labios? El nunca-

—Me besó brevemente cuando me tomó la siesta —dijo Nell, echándose el alfiler del sombrero hacia atrás con cierta fuerza—. 'Y eso es todo.'

'Qué alivio.' Julia dio unas palmaditas a su montón de libros para volver a ponerlos en orden. Sin embargo, es un hombre muy atractivo —añadió pensativa—. Y él lo sabe.

—Si está pensando en poner celoso a Hal, está jugando con fuego —advirtió Nell, caminando hacia el mostrador. Si cree que Hebden ha respirado sobre ti, intentará matarlo.

'YO

solo pensé que me burlaría de él", dijo Julia, entregándole sus libros a la asistente. Empezaba a formarse una idea, aunque no tenía ni idea de si tenía el valor de llevarla a cabo.

—¿Necesita ambas copias de esto, señora? El hombre levantó el Corsair de Byron.

'Porque no. ¿He recogido dos por error?

'No, señora. Pero el caballero ya pagó por esto para usted. El asistente levantó un paquete limpio.

—Típico —murmuró Nell. ¡Eso es todo lo que necesitamos, un romaní vengativo que se vea a sí mismo como un héroe romántico!

Hal parecía estar lidiando con los eventos de la noche anterior fingiendo que no había pasado nada. Era educado, atento y distante. Atenta a cada oportunidad de llevar a cabo las sugerencias de Nell, se dio cuenta de que él estaba haciendo grandes esfuerzos para no tocarla.

Entonces ella lo tocó. Cuando él sostenía una puerta o una silla para ella, ella se detenía y posaba las yemas de los dedos sobre su mano por un momento fugaz. Cuando estuvieron cerca, alargó la mano y le quitó las motas imaginarias de las solapas; y cuando ella le entregó su taza de té después de la cena, dejó que sus dedos se enredaran con los de él. Sin embargo, todo el tiempo, ella mantuvo sus ojos modestamente bajos.

Los resultados fueron fascinantes. Descubrió que estaba físicamente consciente de él como nunca antes y, por el rabillo del ojo, podía decir que él la estaba mirando, su mirada oscura e intensa.

A las diez y media subió a su habitación, se puso el nuevo camisón de seda rosa, se envolvió en un bonito chal y se tumbó en la tumbona de la sala con un libro, asegurándose de que no sólo la puerta de la habitación de Hal entreabierta, pero que una vela se quedó encendida en un estante cerca de ella.

Pasó el tiempo y se sumergió tanto en su libro que el sonido de la puerta abriéndose de par en par la hizo mirar hacia arriba sorprendida. Hal estaba de pie en la puerta, completamente vestido, mirándola.

'¿Cuál es el problema?'

'Nada. Estaba leyendo. Nell y yo fuimos a la librería hoy.

'¿Qué es?' Entró en la habitación y se paró al pie de la tumbona, sus ojos en la fina seda que fluía alrededor de su cuerpo. Con lo que pareció ser un esfuerzo, volvió su mirada hacia el libro. Es una bonita encuadernación.

—Sí —asintió ella, cerrando el volumen y ofreciéndoselo—. 'El Corsario, un regalo de Stephen Hebden.'

Estás bromeando. Hal no cogió el libro, ya Julia le pareció que se había puesto tenso y alerta, aunque no se notaba nada en su rostro ni en su voz.

No, no lo soy. Se me acercó en la tienda hoy. Lo acusé de intentar matarte, él lo negó. La verdad totalmente, creo. Le sorprendió.

'¿Y esperas hasta ahora para decírmelo?' exigió Hal.

Difícilmente podría soltarlo delante de tus padres y de Verity: los habría alarmado. Y no viniste hasta bien entrada la tarde. Estaba bastante a salvo, en medio de una librería en Piccadilly.

'¡Bastante seguro! Después de haberte dicho las cosas de las que es capaz el hombre, ¿crees que está completamente a salvo? Hal estaba furioso. Julia se dio cuenta de eso una fracción de segundo antes de descubrir lo emocionante que lo encontraba.

Se encogió de hombros y se puso de pie lentamente, lo que le permitió a Hal estudiar el efecto de su nuevo camisón mientras se amoldaba a su cuerpo. No pareció calmar su ira. "Evidentemente, el hombre es capaz de todo lo que dices, y más", admitió. Pero es extremadamente atractivo.

Julia casi llegó a la puerta de su dormitorio cuando Hal la agarró por los hombros y la hizo girar para mirarlo. Ni siquiera pienses en asociarte con Hebden. Sonaba como si estuviera usando toda su voluntad para no levantarle la voz. O voy a tener que matarlo.

Ella levantó sus propias manos y atrapó sus muñecas. Hal la liberó con el toque, pero sus ojos eran feroces y oscuros y ella pudo ver el ascenso y descenso de su pecho mientras controlaba su respiración. Estaba enojado y era peligroso, y ella había despertado esos sentimientos porque él sentía... ¿qué? ¿Protector hacia ella? ¿Posesivo? La esperanza parpadeó de que podría ser más.

Lentamente caminó de regreso a su propia puerta, observándolo. Dije que era extremadamente atractivo. Se estiró detrás de sí misma para girar la manija, sus ojos fijos en los de él. No dije que fuera más atractivo que mi marido. Julia se deslizó por la puerta y la cerró detrás de ella.

Se recostó contra los paneles de la puerta y escuchó sus pasos, media docena de zancadas que lo llevaron a la puerta. Luego silencio. Él era simplemente el otro lado; ella lo sintió con tanta fuerza como si su espalda estuviera contra su pecho, no contra el roble macizo. ¿Intentaría entrar? ¿Lo había intrigado lo suficiente? ¿O lo enojó, o peor aún, lo asqueó?

Luego escuchó sus pasos de nuevo, alejándose. Con un suspiro, dejó el libro sobre la mesita de noche y arrojó el chal sobre la silla. Lo intentaría de nuevo mañana: no se daría por vencida.

Hal se quedó mirando la puerta como si pudiera penetrarla por pura voluntad. Durante toda la velada, Julia no lo había mirado directamente, pero siempre había parecido estar cerca, las yemas de sus dedos se tocaban de la manera más fugaz, su olor tentaba sus fosas nasales, la conciencia de su cuerpo y su nuevo conocimiento de su dulzura amenazaban con trastornar su mente . controlarlo y hacerle olvidar la culpa que sintió por la noche anterior. Y ahora... no dije que fuera más atractivo que mi esposo. ¿Julia realmente quería decir que lo deseaba? ¿Después del fiasco de ese torpe acoplamiento? Ella le había dicho que quería que él viniera a su cama, le había pedido que le enseñara. Quería sentirse casada. Pero no podía arriesgarse a lastimarla de nuevo.

Hal se dio la vuelta, de regreso a su propia habitación, y luego se detuvo. No era un joven experimentado, incluso si se había comportado como tal la noche anterior. Había formas de hacer el amor con su esposa, formas de

demostrarle que se preocupaba por ella. Se dio la vuelta, haciendo una apuesta consigo mismo. Si todavía tiene la vela encendida, entraré, si no, la dejaré.

Sopló las velas de la rama junto a la que ella había estado leyendo, la única colocada, se dio cuenta, para atraerlo a la habitación, luego se quedó en la oscuridad mirando la puerta de Julia. Sí, había una delgada línea de luz a lo largo de un borde. Soy un jugador con suerte, pensó. Pero ninguna apuesta había parecido tan importante como esta.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 20

Hal llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta. Su esposa estaba sentada en la cama, con los brazos alrededor de las rodillas y la barbilla apoyada en ellas. Parecía sumida en sus pensamientos. Cuando lo escuchó, levantó la mirada del pie de la cama y lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos, oscuros y misteriosos. Femenino.

'¿Puedo pasar?'

Julia asintió, mirándolo mientras se sentaba en el borde de la cama. Parecía que estaba contenta con dejarlo hablar.

—Pensé que debería tratarte como si ambos tuviéramos experiencia —dijo Hal sin preámbulos, pensando en esto, explicándose a sí mismo tanto como a ella—. Me avergonzaba de mi experiencia, de mis experiencias. Quería venir a ti como un novio que ha sido virtuoso toda su vida. Ella frunció el ceño, una línea de perplejidad entre sus cejas que él quería borrar con un beso.

Así que traté de hacerte el amor de la forma más obvia y sencilla. A la manera del pan y la mantequilla. El ceño se desvaneció y sus labios se torcieron, solo un poco. Animado, siguió adelante. La forma en que un hombre tan virtuoso, confiando en el instinto y no en la experiencia, haría el amor con su nueva esposa. No me detuve a pensar que, con mi pierna como está, era una tontería y que había muchas otras formas de hacerte mía, formas que te darían mucho más placer.

'Pastel amor, no pan y mantequilla?' preguntó Julia, sus ojos brillaban con diversión y algo que él esperaba que fuera emoción.

—Pastel de ciruelas con nata —prometió Hal, consciente de que estaba definitivamente excitado—. Se dio cuenta de que su experiencia en el pecado no era algo para descartar, sino un regalo que podía darle a esta mujer con la que se había casado.

'Quizás siempre querría pastel de crema', reflexionó, haciéndole preguntarse de dónde había salido su delirio de eso, porque ella era inocente, también debía necesitar que le enseñaran a desear.

—De vez en cuando, amigo, un poco de pan y mantequilla son bienvenidos —le informó Hal, levantándose de la cama. Recogió la única vela y caminó alrededor para tocar con ella las mechas de la otra docena o más que estaban colocadas alrededor de la habitación.

¿Todas esas luces? Se estaba mordiendo el labio ahora, insegura. Hal se dio cuenta de cuánto deseaba verla desnuda.

'Por supuesto, de lo contrario la crema podría ir a cualquier parte.' Hal comenzó a desvestirse, observándola fijamente para evaluar sus respuestas, tratando de mantener el humor ligero.

—Eso podría ser bastante divertido —dijo Julia con recato, haciéndolo sonreír—. Tenía coraje, él ya lo sabía, pero los atisbos de un perverso sentido del humor eran una sorpresa constante.

—Tal vez otro día —prometió, ahora con camisa y pantalones de noche de seda hasta la rodilla—. '¿Ven y ayuda con mis botones?'

Julia se sintió tentada. Se sentía tan inquieta, tenía tantas ganas de tocar a Hal, pero el instinto le decía que bromeara y prolongara. 'Quiero mirar', decidió, preguntándose si lo avergonzaría.

No, por supuesto que no: este era el libertino del que se había enamorado, no el respetable caballero que él había estado tratando de falsificar. Hal levantó una ceja y luego comenzó a desabrocharse la camisa. Muy lentamente. Cayó al suelo y luego desabrochó los cierres de sus calzones. Aún más lentamente. Parecía que dos podían jugar a las bromas. Julia se humedeció los labios.

Cuando estuvo allí desnudo, casi arrogante en su excitación, ella contuvo el aliento. Había visto su cuerpo herido, los músculos afilados cortados, la piel dorada marcada y amoratada. Ahora vio que casi todos los vendajes habían desaparecido, con solo una correa alrededor del brazo y el muslo donde los cortes de sable habían sido más profundos. Las nuevas cicatrices, aún rojas, se entrecruzaban con las más viejas, blancas, pero para ella no restaban valor a su belleza, eran insignias de honor. En su pecho izquierdo, el contorno magullado de su cuaderno todavía era apenas visible. Una oportunidad tan pequeña, que había pensado en dársela. Y sin ese impulso no estarían aquí, en esta habitación, esta noche.

—Esto parece bastante desigual —observó mientras ella continuaba mirándolo.

—Mmm —estuvo de acuerdo Julia. Tortas de crema, de hecho. Ella quería... quería lamerlo. Por todas partes. y muerde Justo allí, y allí... pequeños y juguetones mordiscos. 'Oh, Dios mío', murmuró ella.

Es un vestido de noche delicioso.

Lo compré hoy. Nell me llevó a algunas de sus tiendas favoritas.

Ahora sé por qué Marcus se ve tan presumido en estos días. Hal agarró la esquina de la sábana y la retiró. —¿Estás gastando tu asignación para vestidos, Julia?

—Mi asignación para vestido es inexistente —lo corrigió ella, alzando las manos para aplastar las palmas sobre su pecho mientras él se inclinaba sobre ella, concentrado en las cintas. Bajo sus palmas, su piel era suave y caliente, los músculos duros, el pelo rizado.

'Qué marido tan malo tienes', compadeció, inclinándose, empujando contra sus manos para que se viera obligada a volver a las almohadas. Pero tienes un gusto tan delicioso que puedo ver que debo darte una gran asignación, todo para gastar en tonterías como esta. Ahora, ¿cómo sale?

Por supuesto, ella tuvo que retorcerse y golpear sus manos, de modo que él se vio obligado a hacerle cosquillas, rodarla sobre la amplia cama, fingiendo saltar hasta que ella sintió que era hora de dejar de pelear. Julia yacía inmóvil, inmóvil bajo esas hábiles manos mientras él alisaba el vestido una y otra vez y lo quitaba, dejando que la acariciara hasta que no supo qué eran las yemas de sus dedos o su aliento o el susurro de la seda o incluso, cuando él inclinó la cabeza para su pecho, el cepillo de su pelo.

Hal se tumbó de lado y la atrajo contra la longitud de su cuerpo, luego levantó la pierna de ella sobre su cadera hasta que estuvo abierta para él. Se sentía extraño, pero lo dejó hacer lo que deseaba, descubriendo que podía inclinarse para lamerle la clavícula, el cuello, morder la punta de la barbilla con los dientes, calmar con los labios. Sabía bien: tibio y ligeramente salado.

Entonces él comenzó a explorarla con sus manos, audazmente, íntimamente, hasta que ella se retorció contra él, jadeando, la tensión creciendo y anudándose dentro de ella como lo había hecho la noche anterior. Pero esta vez sabía que iba a llegar a donde la llevara esa espiral de calor. Y entonces él se deslizó dentro de ella, fácil, lentamente, de modo que todo lo que ella era consciente era de él llenándola, haciéndolos uno mientras la mecía, hasta que estaba tan apretada que era imposible.

—Ahora —susurró Hal en su oído—. 'Ven conmigo ahora.'

¿Donde? Dónde... Y entonces ella lo supo y se soltó y voló con él, sobre el borde, arriba y arriba mientras él jadeaba su nombre y la mantenía a salvo

hasta que, muy lentamente, el mundo volvió y ella estaba enredada en sus brazos en la cama grande. .

Era posible que nunca más se moviera, que se quedaran así, aún unidos, para siempre. A Julia le pareció un destino perfecto. Cerró los ojos contra su pecho húmedo de sudor y flotó.

'¿Estás dormido?'

Julia parpadeó y abrió los ojos para encontrar los de él, azules, claros y sonrientes en los de ella, muy cerca. Ella se retorció un poco. 'Te has ido.'

Hal se rió entre dientes. 'Eso pasa. Ahora comenzamos de nuevo. ¿Puedes montar?'

'No.' Desconcertada, Julia lo vio rodar sobre su espalda.

Ahora es el momento de aprender. Se quedó allí observándola por debajo de los párpados encapuchados mientras ella lo resolvía.

'¿A mí? ¿Encima? Hal, eso es...' Indecentemente audaz. Indecentemente emocionante. '¿Me gusta esto?' Sus delgadas caderas se sentían justo entre sus muslos y ella mantuvo su peso hacia adelante, lejos de su herida. Y debajo de ella, su cuerpo cobraba vida de nuevo. Oh, sí, ya veo... ¡Oh, Hal! Encajamos tan bien.

Y él sonrió y luego, cuando ella lo tomó completamente dentro de sí misma y comenzó a moverse, sus ojos se cerraron. 'Julia. ¡Dios mío, Julia!

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Julia sintió que debía tener Esposa satisfecha estampada en la frente. Habían hecho el amor por tercera vez antes de dormir y luego otra vez esta mañana. Entonces Hal la besó largamente y se fue a su propia habitación antes de que entrara su doncella.

Se dio cuenta de que él había atravesado la sábana con el pie en algún momento, encontrando la estudiosa indiferencia de la criada por la ropa de cama enredada y el camisón arrugado tan acentuado como hubiera sido un comentario.

Pero estaba demasiado feliz para avergonzarse, aunque le dolían unos músculos inesperados y era consciente de su cuerpo, por dentro y por fuera, como si todavía la estuviera tocando.

—Buenos días, señora Carlow —saludó Hal, volviendo a sentarse mientras ella ocupaba su propio asiento en la mesa del desayuno—. Parecía y sonaba

cortésmente atento, pero sus ojos, llenos de picardía y mensajes, eran cualquier cosa menos los de un serio caballero en su desayuno.

—Buenos días, comandante Carlow —respondió ella, sacudiendo recatadamente la servilleta mientras intentaba transmitir que estaba dispuesta a intentar lo que sugiriera esa travesura.

Nadie pareció darse cuenta del juego secundario. Lord Narborough, que se veía bastante mejor esa mañana que en varios días, se relajó en su lectura del periódico mientras su esposa discutía la conveniencia de tomar lecciones de arpa con Verity.

—¿Te gustaría dar una vuelta, Julia? preguntó Hal. 'Sería un día agradable para un paseo, pero, por supuesto, usted no monta, ¿verdad?'

—Todavía no —dijo ella, apretando los labios—. 'Usted debe enseñarme.' Oh, pero él era malvado, y ella lo amaba.

Todo era perfecto ahora, excepto por ese pequeño detalle, pensó, el deseo de sonreír se desvanecía. Él nunca había dicho que la amaba, ni siquiera en los extremos de la pasión o en esos preciosos intervalos mientras la tenía en sus brazos antes de dormir. Pero eso era demasiado esperar, supuso. Después de todo, este era un matrimonio por necesidad, no un matrimonio por amor. Hal disfrutaba con ella en la cama, la deseaba, parecía gustarle su compañía: todo eso era mucho más de lo que ella había buscado en el matrimonio. No debo ser codiciosa, pensó.

'¿Te veré en el pasillo en una hora entonces?' Hal dobló su propio periódico y se levantó. Julia estuvo de acuerdo, esbozó una sonrisa y Verity le pidió apoyo de inmediato, cuyo padrino le había prometido un arpa si quería aprender.

'Solo que no sé si lo hago,' dijo ella. 'No es como el piano, todo el mundo tiene un piano y puede ser divertido, así como algo que uno tiene que hacer en las fiestas. El arpa siempre parece una interpretación así.

“Hace que la jugadora parezca muy elegante y femenina. Quizá lord Ked din ton piense que sería un logro útil para la temporada —sugirió Julia.

Verity arrugó la nariz. Supongo que querrás decir que ayudará a atraer a los caballeros. No quiero el tipo de caballero que me quiere porque sé tocar el arpa. Quiero a alguien apuesto, como Hal o Marcus. O Gabriel —añadió, mirando con recelo a su madre, que frunció ligeramente los labios ante la mención del nombre de su yerno.

—Un poco de emoción es buena —concedió Julia, preguntándose qué pensaría Verity, educada y protegida, de un pretendiente apuesto y peligroso si encontraba uno. Probablemente la asustaría hasta la muerte. Pero no creo que puedas predecir de antemano con qué tipo de hombre te querrás casar. Pensé que quería encontrar a alguien muy corriente e impasible.

Y en vez de eso te enamoraste de Hal. Verity le sonrió, ignorando el rubor de Julia y la mueca de desaprobación de su madre.

Y gracias a Dios que Hal no estaba en la habitación para oír eso, se dijo Julia. Esperaba que él creyera que había ido al campo de batalla por amistad, no porque sus sentimientos más profundos estuvieran comprometidos. Si pensaba eso, fácilmente podría pensar que ella se había comprometido deliberadamente. No estaba segura de qué era peor: que él pensara que ella se había propuesto atraparlo como marido o que supusiera que ella lo amaba y él, al no corresponder a ese sentimiento, se compadeció de ella.

—Estoy segura de que Verity encontrará a alguien totalmente adecuado —pronunció lady Narborough, levantándose completamente con gracia de su lugar—. A diferencia de la querida Honoria, uno siempre puede confiar en que Verity hará lo correcto.

—Ese sombrero es de lo más provocativo —observó Hal cuando Julia bajó al vestíbulo para dar el paseo—. Hay una pequeña zona de piel tierna justo entre la cinta y la oreja que me dan ganas de mordisquear.

'¡Ssh!' Julia miró a su alrededor buscando lacayos. Oh, gracias a Dios que estás dejando atrás a tu tigre —añadió mientras el muchacho soltaba las cabezas de los caballos y Hal los enviaba hacia Piccadilly a un trote rápido. "Si vas a decir cosas tan impactantes, ciertamente no quiero una audiencia".

—Yo tampoco —admitió—. Pero esa no era la razón principal por la que quería estar sola. ¿Green Park o Hyde Park?

'Verde,?

?? Julia decidió. Mucho más tranquilo. Se sintió un poco aprensiva, su tono era tan serio de repente. ¿De qué quieres hablar?

Hebden. O Beshaley, para darle su nombre romaní. Hal pasó las puertas y guió a los caballos lejos del embalse con los peatones paseando disfrutando del sol de la mañana de verano en sus orillas. "Me doy cuenta de que solo

estabas tratando de provocarme anoche, pero necesito que tengas cuidado con ese hombre, Julia".

'Si ha hecho todas estas cosas, ¿por qué no hacer que lo arresten?' ella preguntó. O llamarlo.

Si Marcus o yo lo llamáramos, evitaría el desafío. Hal obligó a la pareja a caminar. No tiene concepto del honor. No es un caballero, a pesar de que fue criado como tal cuando era niño, hasta que su padre fue asesinado y la familia lo echó. Ahora tiene los talentos y los instintos de una rata de alcantarilla.

Condujo en silencio durante unos momentos. 'Y las cosas que ha hecho no son para el consumo público; afectan el honor de esposas y hermanas, mujeres jóvenes como la nueva esposa de Mildenhall, que es media hermana del propio Hebden. O no se pueden probar en su contra, por ejemplo, el intento de provocarle infartos a mi padre. Es escurridizo como una serpiente y escurridizo como el humo, maldito sea.

"Todo se remonta a ese asesinato", reflexionó Julia. 'Me parece extraño: el hombre fue ahorcado, así que ¿por qué esto continúa todavía?'

—A menos que fuera inocente —dijo Hal, de mala gana—.

¿Quién es el sospechoso obvio si Wardale no es así? ¿Era inocente?

'Mi padre.' Hal sonaba sombrío.

—¿Sospechaban que nadie más estaba involucrado? Sacudió la cabeza. — Pero el hombre que le pagó al policía para que intentara matarte no era Hebden, pero estaba esa cuerda de seda, así que sabemos que hay alguien más relacionado con esto —dijo Julia, tratando de entenderlo con lógica—.

Pero, ¿por qué demonios iban a involucrarse ahora en la vendetta de Hebden si ellos son los verdaderos asesinos? Los caballos, al encontrar las riendas flojas en sus cuellos, se detuvieron. Hal no pareció darse cuenta.

'¿Culpa?' sugirió Julia. '¿Después de todos estos años, abusando de sus mentes hasta que se desquician? Las actividades de Hebden están haciendo que todos ustedes se concentren en ese único evento. Tal vez el hombre culpable piense que usted y Marcus han descubierto algo y están a punto de desenmascararlo; eso podría explicar un intento de asesinato.

Hal reunió a su equipo y los puso en marcha de nuevo. Bueno, no lo hemos hecho. En verdad, nunca cuestionamos la culpabilidad de Wardale, porque

hacerlo hubiera sido creer que nuestro padre envió a un hombre inocente a la horca. No tenía dudas entonces de que su amigo era culpable. Después de todo, se encontró con él, el cuchillo en sus manos, arrodillado sobre Hebden mientras agonizaba en nuestra terraza. Y ahora no tenemos pruebas, solo suposiciones.

¿Fue en Hertfordshire?

'No, aquí en nuestra casa de Londres. Y Wardale estaba teniendo una aventura con la esposa de Hebden, para empeorar las cosas. Mi padre lo desaprobaba rotundamente.

—¿Wardale no hizo ninguna contraacusación?

Los caballos echaron a trotar, como si Hal les hubiera hecho una señal. Los detuvo. Escribió una última carta a su esposa protestando por su inocencia y expresando sus sospechas sobre mi padre. Nell se lo mostró a Marcus y él me lo contó.

'Oh querido.' Julia metió la mano bajo el codo de Hal, sintiendo la necesidad de ofrecerle algo de consuelo. Pero Nell no puede creer que lord Narborough sea culpable. Por mucho que ame a Marcus, no podría tener tanto afecto con Lord Narborough si creyera que él había matado a su propio padre.

Pensó un poco más mientras los caballos los llevaban a la sombra de los olmos. Supongamos que Wardale era inocente y aceptemos, por supuesto, que tu padre también lo es, porque, al menos, tu propio padre no conspiraría para matarte. A su lado, Hal se puso rígido. Ese roce de nuevo. "Eso significa que estamos buscando a un hombre muy inteligente que estuvo en el lugar correcto en el momento correcto para matar a un hombre que sabía que era una amenaza para él".

'¿Nosotros?' preguntó Hal.

Ahora soy tu esposa. Ella se apoyó en su hombro, pensando felizmente en la noche anterior. 'Y no voy a quedarme sentado en la ignorancia esperando ser protegido'.

Hal apretó su brazo contra su costado, atrapando su mano con más firmeza. —Entonces no trates a Hebden a la ligera.

Sabemos que no puede haber sido el asesino original. ¿Lord Narborough no sospecha quién podría haber sido?

'Operaban en grupos aislados por seguridad. Los tres intentaban localizar a un espía francés para leer sus mensajes codificados. Informaron a un ministro ahora muerto. Incluso Veryan no ha podido rastrear ningún contacto probable o punto débil, y tiene mejor acceso que nadie a los archivos.

—¿Veryan? preguntó ella. —¿Lord Ked din ton, el padrino de Verity?

'Sí. Él era un secretario subalterno en ese momento, por lo que no sabía nada de eso entonces. Pero el año pasado, cuando Hebden comenzó su campaña, buscó pistas e incluso puso a su nuevo asistente en ello. Nada.' Él frunció el ceño. 'Y el joven tuvo un accidente fatal poco después de comenzar la tarea. En ese momento parecía ser una tragedia al azar. Ahora, me pregunto.

—Hebden es un hombre inteligente —observó Julia. 'Amoral, peligroso y vengativo, pero también inteligente. Si creyera que tu padre y Wardale eran inocentes, sería un poderoso aliado.

'¡No!' Hal dijo, frenando y girando el asiento para mirarla. Metió el látigo en su soporte y tomó su barbilla en su mano libre. 'No, no y no, Julia. Marcus tiene razón: evitamos a ese hombre como a la peste. Él nunca puede ser otra cosa que una amenaza. No sé lo que les hace a las mujeres, todos ustedes parecen hipnotizados por él.

'No, no lo entenderías', estuvo de acuerdo. Estás demasiado cerca para verlo. Y tu eres un hombre Pero es muy parecido a ti.

CAPÍTULO 21

'¿Qué?' El bramido furioso de Hal hizo que su líder se encabritara, haciendo que el carruaje girara de lado a través del camino. Le tomó un momento calmar al animal. Julia guardó silencio, se agarró a la barandilla y llegó a la conclusión de que hablar con franqueza no siempre es ideal en el matrimonio.

'¿Me estás comparando con ese bastardo?' Hal finalmente exigió. '¿Estás todo en tu cabeza?'

—No por tu moral ni por tu honor, por supuesto que no —dijo ella, medio fascinada, medio recelosa de las nubes de tormenta en sus ojos. Pero te preguntas por qué es atractivo para las mujeres. Ambos son jóvenes muy hermosos, muy masculinos, muy en forma con cantidades indecentes de encanto. Hal resopló. Julia notó el rubor en sus pómulos y concluyó que estaba bastante halagado por la descripción.

"Él usa todo eso, muy deliberadamente", dijo, pensando en Hebden, cómo la había mirado, cómo había usado su voz y su cuerpo. "Mirando hacia atrás, era tan calculador como un actor. Sabe perfectamente lo atractivo que es y maneja sus atributos personales como un arma más, con cálculo. El cielo ayude a la mujer, él lo suelta sin ningún artificio y con toda sinceridad. Hal frunció el ceño.

Tú, en cambio, eres un caballero. Toda esa arrogancia y confianza en uno mismo es bastante natural, bastante inconsciente. El ceño fruncido se convirtió en un ceño fruncido. 'El encantamiento se usa con buenos modales y moderación, lo que lo hace igual de letal para las mujeres pobres y desprevenidas. Somos propensos a creer en ello, ya ves.

—Quiero creer que soy un coqueto y un libertino, querrás decir —dijo con aspereza—.

'Bueno, por supuesto. Hal, puede que no tenga mucha experiencia, ¡pero soy mujer! Y no puedo imaginar a nadie sin tu encanto y dirección, y apariencia, siendo un gran éxito como libertino.

Y no puedo fingir que no disfruto de tener un marido que es... —sintió que se sonrojaba, pero continuó de todos modos— experimentado y atractivo. Él le sonrió, pero ella pudo ver que estaba preocupado. 'Hal, ¿qué es? ¿Por qué tú y tu padre están tan limitados el uno con el otro? Lo veo a él y a Marcus hablando juntos, tranquilos el uno con el otro. Tu padre y tú sois

siempre tan educados, tan distantes. ¿Y por qué dices cosas que me hacen pensar que no siempre estás contento de ser el libertino que dices ser?

Por un largo momento pensó que él no le respondería o que fingiría que no entendía. Soy el segundo hijo, por supuesto. Y yo siempre fui el salvaje. Marco es serio. Será un excelente conde algún día, toma asiento

en la casa, haz todo lo correcto. Incluso se las arregló para perder su virginidad de la manera correcta: discretamente a la edad de diecisiete años en un burdel de moda que había investigado cuidadosamente de antemano.

'Yo, por otro lado, acabo de encontrar chicas, y sexo, casi demasiado bueno para ser verdad. No era el erudito más atento en el mejor de los casos, si el tema no era historia militar o matemáticas, así que le daba esquinazo a nuestro tutor y me iba a explorar este tema mucho más interesante. Me pegarían cuando volviera, pero eso parecía un intercambio justo por besos y torpezas exploratorias en montones de heno.

Los caballos estaban ahora deambulando, la mano disciplinada a la que estaban acostumbrados a aflojar las riendas. Julia se quedó callada y lo dejó hablar. Y luego, por supuesto, sucedió lo inevitable y pensé que me había enamorado. El problema era que ella no era una lechera complaciente que había pasado algunos años siendo acosada por pretendientes rústicos y sabía lo que hacía. Esta era la hija del hacendado.

'¿Cuántos años tenías?'

Tenía diecisiete años. Yo tenía quince años. Mirando hacia atrás, no estoy seguro de quién sedujo a quién, pero allí estábamos una tarde de verano en la hierba alta de un claro del bosque... Julia jadeó. 'Bastante. Al igual que el claro donde tú y yo... nos conocimos. Yo era torpe, pero entusiasta. No tengo ninguna duda de que estábamos haciendo mucho ruido. Y entonces una fusta aterrizó con fuerza sobre mis nalgas adolescentes y allí estábamos rodeados por mi padre, su padre y su guardabosque principal.'

Hal reunió a su equipo y condujo en silencio durante unos minutos. "Llegaron justo a tiempo o me habría encontrado un novio muy joven, pero puedes imaginar, quizás, el impacto de todo, ser arrastrado por una niña sollozando mientras tres hombres grandes te gritan que eres un hijo de puta, libertino, cabrito bueno para nada. Mi padre estaba profundamente decepcionado de mí: estaba resultando incluso peor de lo que esperaba.

Tiene una fuerte vena moralista y mi comportamiento lo ofendió y angustió profundamente, lo puedo ver ahora.

Podría haberme reformado, arrepentido, vuelto a mis libros y renunciado a las mujeres. En cambio, me dispuse a demostrarle que tenía razón, y también me propuse asegurarme de que ninguna mujer tuviera motivos para quejarse de mi desempeño en la cama.

Julia digirió esto, se tragó varios comentarios directos sobre el comportamiento de su suegro y dijo: 'Pero te gustan las mujeres, ¿no? No solo el sexo. Por eso coqueteas.

'Verdadero.' Había un indicio de una sonrisa en las comisuras de su boca ahora.

'¿Estás realmente preocupado por reformarte para mí? Ojalá no lo hicieras: me gustas como eres.

—¿Las mujeres sueltas también? preguntó, levantando las cejas.

—Espero que no, si te soy sincera —dijo—. Pero sería hipócrita si objetara: te casaste conmigo para evitar que me comprometieran. No es como si me prometieras un matrimonio por amor.

'No, no lo hice, ¿verdad?' dijo lentamente. Pero te prometí fidelidad en el altar. Nunca tuve la intención de casarme, nunca esperé encontrar una mujer que me aceptara como soy. No habrá otras mujeres, Julia. Sólo tu.'

—Bien —murmuró, apoyando la cabeza en su hombro por un momento—. 'Me alegro.'

No hablaron después de eso, conduciendo en lo que a Julia le pareció un silencio amistoso alrededor del parque y de regreso a la casa. No es un matrimonio por amor, pero tampoco otras mujeres. Si Hal decía eso, entonces ella confiaba en él. Y, por supuesto, lo mejor era no albergar fantasías tontas sobre sus sentimientos por ella. Siempre había sabido que el amor era demasiado para esperar en el matrimonio.

—Estoy pensando en ir a Risinghall —observó Hal durante el desayuno dos días después. Julia levantó la vista de su huevo, preguntándose por qué él no había mencionado antes su patrimonio en Buckinghamshire. —Se me ocurrió mientras me afeitaba —explicó, sonriéndole—. 'El tiempo está aguantando, todo aquí está tranquilo. Ya es hora de que veas tu nuevo hogar.

Y tal vez mientras conducimos, podemos discutir lo que él espera que haga, pensó. ¿Vivir en el campo mientras él está destinado a Dios sabe dónde? América probablemente. Clavó la punta de su cuchara en su huevo cocido, la certeza de que no estaría feliz de vivir así. Ella sabía que las esposas de otros oficiales seguían a sus maridos. No podía ser más difícil de lo que había sido aquella choza de Mont St Jean. ¿Pero Hal lo permitiría?

—No hasta el lunes, confío —dijo su madre, interrumpiendo sus pensamientos—. Estoy seguro de que Julia no deseará viajar en domingo.

'Cierto, mamá. Lo haremos entonces, pasado mañana, si te parece bien, Julia. Apuré su café y se puso de pie.

—Sí, por supuesto, si eso le conviene a lady Narborough. Hal, ¿puedo hablarte antes de que salgas? No iba a esperar, decidió. Ellos tendrían esto ahora.

'Por supuesto. Estaré en la biblioteca cuando estés lista.

Fue a buscarlo veinte minutos después, sintiéndose menos como una nueva novia que se había despertado esa mañana con las caricias de su marido y más como una candidata para el puesto de ama de llaves.

'Hal, ¿cuáles son tus intenciones cuando tus heridas estén completamente curadas?' preguntó sin preliminares, mientras se sentaba en el lado opuesto del escritorio de la biblioteca.

Para ir a Horse Guards y preguntar sobre mi próximo destino. Dejó el bolígrafo que sostenía. "Pensé que una semana más o menos en Buckinghamshire debería hacerme estar en forma. Allá abajo te gustará: es tranquilo y muy bonito. Un día de estos, cuando me venda, creo que empezaré a criar caballos allí. Puedes venir conmigo a Londres cuando regrese, si quieres, o quedarte.

—¿Y vivir aquí si vuelvo?

—Podemos encontrar nuestra propia casa si lo desea —ofreció. Supongo que te gustaría estar cerca de tu madre y tu padre y de la casa de los Stanegate.

Quise decir que no querías que fuera contigo, dondequiera que estés destinado.

'¡No!' La idea nunca se le había ocurrido, se dio cuenta con el corazón hundido. Por el amor de Dios, Julia, ¿no fue suficiente tu última experiencia

en la vida militar?

Preferiría saber lo que estaba pasando, compartir cosas, ver cosas, que quedarme aquí fuera de contacto. Fuera de tu vida. No me entrometeré ni interferiré, lo prometo.

'No me preocupa que interfieras, me preocupa tu seguridad. Y tu comodidad —añadió.

—Muchas esposas de oficiales siguieron a sus maridos en la península, lo sé —replicó—. 'Si me enseñas a montar, podré salir del peligro, ¿no? Y en cuanto a comodidad, no espero mimos. Espero cumplir con mi deber como esposa tuya y eso, creo, significa estar contigo.

—Tu deber —dijo rotundamente. 'Ya veo.'

¿Qué podría decir ella? ¿Que lo amaba y no podía soportar separarse de él? Y entonces, ¿qué diría él para cubrir su consternación al descubrir que tenía que soportar la carga del apego emocional de ella, así como su responsabilidad por el bienestar de ella?

-No -repitió-. Lo siento, Julia, pero eso es definitivo.

No discutiré, no ahora, se dijo a sí misma, cerrando los labios ante todos los argumentos. Puede cambiar de opinión: se casó conmigo cuando estaba decidido a no hacerlo. Sólo tengo que encontrar el enfoque adecuado y el momento adecuado.

—Comprendo —dijo ella, en un intento de mansedumbre de esposa. Hal entrecerró los ojos hacia ella, pero no la persiguió. Iré y organizaré una salida anticipada para el lunes, ¿de acuerdo?

'Sí,' estuvo de acuerdo. Eso sería lo mejor. Te veré en la cena. Y salió sin dejar caer el beso pasajero en su mejilla que se había convertido en su costumbre.

—Ese fue un sermón excelente —observó lady Narborough, mientras conducía a su grupo fuera del recinto del Palacio de St. James hacia el camino de grava que bordeaba Green Park. "Uno nunca puede estar seguro, con la Capilla Real, si uno será honrado con los duques reales y su hábito de hablar durante todo el servicio".

Julia, del brazo de Hal, pensó que le habría gustado ver a uno de los corpulentos y francos hermanos del Regente, pero consideró prudente no decirlo.

Marcus acompañaba a su madre, mientras que Verity caminaba con su padre al frente. ¿Estás seguro de que papá estará bien caminando? murmuró a su madre. Podría haber ido con Nell en el birlocho. Todavía puedo volver a St James's para tomar un taxi.

Creo que el aire fresco le hará bien. Lady Narborough estudió la espalda erguida de su marido. 'Su color es mejor y tiene su bastón.'

Mientras hablaba, Lord Narborough hizo un gesto de saludo y un grupo que había estado caminando por la hierba hacia ellos les devolvió el saludo.

—Los Vervan —explicó Hal. El vizconde Ked Dinton es un viejo amigo, un joven colega de mi padre cuando... cuando hubo problemas, y es el padrino de Verity. Lo mencioné el otro día.

'Yo recuerdo. Quiere regalarle un arpa a Verity. Julia asintió. Esas son sus hijas, las he visto con Verity.

Y Alejandro, su hijo. Está en Oxford, una especie de don, creo. Mamá cree que le serviría a Verity.

'¿En realidad?' Julia estudió al joven mientras se acercaba. Su padre era alto, delgado y secamente elegante y parecía intimidantemente inteligente. El hijo era una copia borrosa: más bajo, más regordete, menos entallado, pero sus ojos claros eran tan agudos y evaluadores como los de su padre. Desde luego, no parecía el gallardo héroe de los inocentes sueños de Verity.

Hubo un aluvión de presentaciones. Las señoritas Vervan hablaron con Verity sobre vestidos nuevos e ignoraron a Julia. El señor Alexander Vervan se situó donde podía mirar a Verity y entabló una conversación bastante complicada con lord y lady Narborough, y lord Keddinton se acercó a estrechar la mano de Julia.

Tenía cierto encanto astringente, decidió Julia, y probablemente sería una excelente compañía siempre que uno no dijera tonterías y no se dejara intimidar por él. -¡Qué rosa más bonita! -observó ella al ver su ojal. El capullo blanco delgado tenía pétalos bordeados de verde.

'Inusual, ciertamente. Permítame, señora Carlow. Lo sacó de su abrigo y se lo entregó a Julia.

'Bueno, gracias, mi señor.' Julia lo hizo girar debajo de su nariz, inhalando el dulce aroma a manzana de la rosa y el sabor de la hierba que lo respaldaba. —Rosemary, nunca se me habría ocurrido. Va tan bien. Se la

metió en el ojal superior de su pelliza mientras los tres caminaban para unirse a los demás.

'Muy bien

Quiero verlo por ahí, señor —oyó decir a Alexander Veryan con su voz cargada de profesor—. 'Nada como hacer una aparición para poner fin a todos esos rumores.'

¿Qué rumores? dijo Lord Narborough. Hal maldijo con saña por lo bajo y dio un paso urgente hacia adelante.

—Vaya, sobre ese asesinato y el ahorcamiento de hace tantos años —continuó Alexander, aparentemente sin darse cuenta de que los dos hijos de Carlow se le echaban encima y del rostro pálido de lady Narborough. Naturalmente, nadie que te conozca se fija en ti. Aún así, es desagradable tener que hablar de espías franceses, justo ahora. Aunque no considero sospechoso en lo más mínimo que no hayas hecho nada en ese momento, ¿por qué deberías haberlo hecho si el hombre era culpable?

'¡Alejandro!' La voz de Lord Keddinton cortó la charla de su hijo. 'Maldita sea, no repitas esa basura viciosa.'

'Solo pensé en felicitar a Lord Narborough por enfrentarlo, ¡oh, digo, señor! ¿Estás bien?'

Marcus y Hal alcanzaron a su padre cuando se derrumbó, con el puño izquierdo cerrado sobre el corazón y los labios azules. Lady Narborough se tambaleó y Lord Ked Dinton la tomó en sus brazos mientras Verity gritaba.

Julia vio un birlocho que avanzaba tranquilamente por la atracción más cercana y echó a correr, dejando a un lado su libro de oraciones y su sombrilla. '¡Parada! ¡Por favor deje de!'

Cuando regresó con él, la propietaria, una anciana viuda, instó a sus dos robustos lacayos a que la ayudaran. Entre los dos metieron a Lord y Lady Narborough en el carruaje, Hal subió con el conductor y Marcus subió detrás.

—¡Tan rápido como puedas, Roberts! —gritó la viuda cuando Hal le dio la dirección.

—Adelante —la instó Julia—, llevaré a Verity a casa.

Verity, llorando, estaba siendo sujetada firmemente al hombro de Alexander Veryan. Su padre parecía sombrío.

—¿Podría ir a buscar un taxi, señor Veryan? —dijo Julia, soltando a su cuñada sollozante de sus brazos—. Te seguiremos.

La señorita Carlow necesita mi apoyo...

—Siento, señor, que ha hecho más que suficiente por un día —espetó Julia. Verity, toma mi pañuelo y suénate la nariz. Llorar no va a ayudar. Gracias mi Señor.' Ked din ton le entregó su sombrilla y su libro de oraciones mientras su hijo se dirigía a toda prisa hacia el Palacio.

Julia condujo a Verity, con el hip ping dentro del pañuelo, tras él.

—Mi hijo fue terriblemente falto de tacto —observó lord Ked din ton—. 'Me temo que la vida académica más bien protegida que lleva no le ha dado el bronce de la Ciudad necesario para tratar asuntos tan delicados.'

Julia se limitó a asentir, con la intención de llevar a Verity al coche de alquiler antes de que nadie observara su rostro surcado por las lágrimas.

—Por favor, dígle a lady Narborough que estoy dispuesto a hacer todo lo que esté a mi alcance para ayudar —continuó Ked din ton de pie junto a la puerta abierta—. Por supuesto, Alexander escribirá para disculparse.

—Oh, no pretendía hacer daño —dijo Verity con ansiedad—. 'Pero Julia, por favor, ¿podemos irnos?'

'Sí, por supuesto. Gracias mi Señor.' Julia se sentó muy erguida lejos de los sucios cojines y tomó la mano de Verity mientras el taxi traqueteaba por St James's Street. A pesar del rostro tranquilo que mostró a Verity, las mariposas revoloteaban en su estómago. Hal le había hablado de estos rumores, pero pensó que solo circulaban entre un grupo pequeño y discreto. Si gente como Alexander Veryan estaba parloteando sobre ellos, ¿quién más?

Y, aunque estaba ansiosa por su suegro, Julia se dio cuenta de que su mayor temor era por Hal. Ahora estaría furiosamente enojado, empeñado en encontrar la verdad a cualquier costo personal. Alguien había intentado matarlo una vez. ¿Qué pasaría si Hal los amenazara directamente?

Cuando llegaron a la casa, lord Narborough estaba en la cama, habían llamado al médico y Hal y Marcus estaban discutiendo acaloradamente en la biblioteca. Julia llevó a Verity al salón y trató de mantenerla distraída hasta que llegó el médico.

Finalmente, entró lady Narborough y se sentó en el diván. Bueno, queridos míos, eso fue un mal ataque, me temo. Los chicos están con él, observándolo mientras duerme.

Verity se levantó de un salto para tocar el timbre del té y luego se sentó junto a su madre, mordiéndose el labio inferior con los dientes. 'Pobre papá. No entiendo por qué Alexander lo molestó tanto. Estoy seguro de que Alejandro no pretendía decir nada alarmante.

—Se trataba de un asunto de hace mucho tiempo que siempre ha angustiado a tu padre, querida. Lady Narborough palmeó la mano de su hija. ¿Podría llamar a su doncella y caminar hasta Bruton Street para contarle a la querida Nell lo que ha sucedido? Le preocupará que Stanegate no haya regresado a casa y el envío de una nota puede alarmarla. Hagas lo que hagas, Verity, asegúrate de que se quede en casa. Debe descansar, en su estado.

'Sí, por supuesto, mamá.' Obviamente feliz de poder hacer algo, Verity se apresuró a salir.

—Ese desdichado, desdichado hombre —dijo lady Narborough con vehemencia en el momento en que la puerta se cerró detrás de su hija—.

¿Señor Veryan? Desde luego, no tuvo mucho tacto —coincidió Julia—.

'No, querido Alexander es simplemente torpe. Un joven admirable, muy estable y confiable, pero no tan sofisticado como su padre. Le irá muy bien a Verity. Afortunadamente, Julia logró controlar su expresión: parecía que ella era la única que sentía que Alexander Veryan no era adecuado para su cuñada. Pero ese no era el problema en este momento.

'Entonces, señora, ¿quién está despertando su ira?' Sirvió té y colocó una taza al lado de su suegra.

—Wardale —lady Narborough casi escupió el nombre—.

—¿El padre de Nell, lord Leybourne? ¿El hombre que fue ahorcado por el asesinato?

—Oh, hago todo lo posible por mantener los labios cerrados por el bien de mi querida Nell, y sé que ella no puede creer otra cosa que no sea que él era inocente; después de todo, era su padre y ella es leal. Pero estaba fornicando con la esposa de Hebden, escribía cartas tan buenas como acusando a George de las cosas más espantosas, ¡y no admitía su propia culpa! Así que el pobre George tenía la carga adicional de tener que defender la verdad frente a esas negaciones. Rompió su salud, casi rompió su espíritu. Lady

Narborough revolvíó la crema en su té como si apuñalara al hombre muerto hacía mucho tiempo.

—Sé que hice bien en ocultarle esa carta —murmuró—. Dios sabe qué veneno habría esparcido Will Wardale con esas últimas palabras.

¿Una última carta? Julia dejó su propia taza con un sonajero. ¿Del padre de Nell? ¿Y no lo leyó, señora?

'¿Leerlo? Ni siquiera lo abrí.

'Así que fue destruido,' Julia se recostó con un suspiro. Podría haber contenido una pista, algo que Hal podría interpretar. Pero ya era demasiado tarde.

'¿Lo destruiste? Oh, no. Sentí que no debía hacer eso.

Julia se incorporó de nuevo, tratando de hablar con calma. 'Entonces, ¿qué pasó con eso?'

Vaya, está en mi archivo de cartas antiguas. Lady Narborough pareció concentrarse en ella por fin. ¿Crees que podría ser útil?

'Tal vez, señora. Si pudieras dárselo a Hal y Marcus para que lo leyeran...

'No.' La mujer mayor se levantó. 'Puede haber algo que los angustie y ciertamente no quiero leerlo. Usted debe.' Barrió y dejó a Julia mirándola.

'¿A mí?' dijo débilmente en la habitación vacía.

CAPÍTULO 22

'Allí.' Lady Narborough puso una carta sellada en las manos de Julia. Léelo y verás.

El papel era de mala calidad, amarillento y sucio. El sello no era más que un trozo quebradizo de cera de vela que se astilló bajo los dedos de Julia. Lo abrió y leyó.

Carlos Jorge,

Pronto se volverán para mí, así que este es el final. No he dormido en toda la noche, devanándome los sesos, como si los meses aquí no me hubieran dado suficiente tiempo para eso.

Y me parece que tal vez me equivoqué contigo. Si no lo era, leerás esto y te reirás del pobre tonto crédulo que soy. Todo lo que sé con certeza es que no maté a Kit, que no soy un espía. Y creo que te conozco, somos amigos desde hace mucho tiempo, maldita sea, para finalmente aceptar que crees que estás haciendo lo correcto, lo honorable, obstinado mojigato de principios. Dios, he estado enojado contigo George, pero voy a morir en una hora, no puedo

ir a mi muerte enojado con mi viejo amigo.

Porque realmente crees que soy culpable, ¿verdad, George? Y, si soy culpable, tu sentido del honor te dice que la justicia debe seguir su curso. Soy adúltero, lo reconozco, pero nada más, te lo juro por el alma de mis hijos.

Así que escucha, George, y haz esto por mí, por Catherine y los niños. Cuídalos, he escrito la dirección donde irán al pie de esto, enséñaselo a Catherine, ella aceptará tu ayuda entonces. Y descubre quién mató a Kit, quién es el espía, porque Kit debe haber estado cerca, el diablo inteligente. Demasiado cerca para vivir.

Ese párroco borracho estará aquí pronto para orar por mí, así que adiós, George. Espero tener razón sobre ti, finalmente.

Voluntad.

Julia se quedó mirando el garabato desesperado en la tinta marrón descolorida. No podían mostrarle esto a Lord Narborough, lo mataría, y ella debía evitar que la otra mujer lo leyera y se diera cuenta de que había arrebatado la ayuda de los Wardale sobrevivientes.

'¿Qué dice?' preguntó su suegra, su voz temerosa. Ella no tendió la mano para ello.

—Que es inocente —dijo Julia, tragando saliva para contener las lágrimas que le obstruían la garganta. Este fue el último testamento del padre de Nell. El hedor de la prisión, el miedo impregnado en las piedras de la celda, parecían salir del papel, pero también el espíritu del hombre que había escrito esas palabras. Ella le creyó.

¿Puedo darle esto a Hal? preguntó cuando tuvo su voz bajo control otra vez.

—Sí, si crees que te ayudará. Lady Narborough bebió lo último de su té frío y se puso de pie. Iré a ver a George de nuevo, tú habla con Hal y Marcus, querida; Los enviaré abajo. No me importa lo que hagas, simplemente no dejes que George vea esa carta.

Julia esperó al pie de las escaleras a los hombres. '¿Como es el?'

—Peor de lo que lo he visto nunca —dijo Marcus, pasándose ambas manos por la cara y luego pasándoselas por el pelo con cansada resignación—. El médico cree que saldrá adelante, pero estará inválido durante mucho tiempo. Quizá para siempre.

'¿Qué es eso?' Hal asintió al papel sucio en la mano de Julia.

Ven al salón a tomar un poco de té y te lo diré.

Cuando ambos leyeron el documento, pensó que estaban tan conmovidos como ella. Más, sin duda, porque habían vivido con esta historia casi toda su vida.

—Maldita sea —dijo Hal al fin, sin disculparse—.

'Bastante.' Marcus se quedó mirando la carta. ¿Le crees?

—Sí —dijeron juntos Julia y Hal—.

'¿Por qué debería mentir, entonces de todos los tiempos?' preguntó Hal. 'El hombre tendría que haber sido retorcido más allá de lo creíble para haber escrito eso minutos antes de morir si no fuera cierto. Dios mío, si mi padre lo ve...

—No debe hacerlo —dijo Marcus—. Te das cuenta de lo que esto significa, ¿verdad? Hay un asesino y un espía que encontrar.

—Tienes un aliado potencial —aventuró Julia. Stephen Hebden.

'¡Qué! ¿Ese bastardo? No es aliado de nadie, es un peligroso maniaco vengativo.

—Quiere vengarse del hombre que mató a su padre —dijo Julia con paciencia. 'Pensó que era el padre de Nell, así que atacó a su familia. Se sintió traicionado por la familia legítima de su propio padre, por lo que los atacó. Pensó que su padre traicionó al suyo por su inacción, así que los odia a todos. Si escucha los rumores, podría sospechar que tu padre es el asesino o un espía.

—Sí, el hombre es peligroso —asintió ella, inclinándose hacia delante para instarles sus palabras—. “Pero también actúa al margen de la ley con una facilidad asombrosa, y es inescrupuloso y obsesivo. Él puede hacer cosas que tú nunca podrías, nunca harías. Si puede convencerlo con esta carta de que tanto Wardale como su padre son inocentes, lo tendrá de su lado. Y nunca olvides que tienes un intento de asesinato actual que resolver.

Vio que Hal miraba a su hermano. 'Yo sugerí-'

'No.' Marcus golpeó con el puño la mesa a su lado, haciendo que la frágil pieza se tambalara. Ya sabes lo que le hizo a Nell, lo que amenazó. No me acercaré a él a menos que sea para meterle una bala. Ella es tu hermana ahora, me juras que nunca acudirás a él en busca de ayuda.

—Te lo juro —dijo Hal, estirando la mano para estrechar la de su hermano —.

El corazón de Julia se hundió. Podía entender, podía compadecerse, pero estaba segura en su corazón de que estaban equivocados. Su némesis mitad romaní podría ser un arma poderosa de su lado.

La carta había caído al suelo cuando Marcus golpeó la mesa. Julia lo recogió y se lo metió en el bolsillo. Ella no había prometido nada.

Fue un domingo largo. Todos se quedaron sentados, sin saber qué hacer para ayudar, pero sintiendo que estaba mal no estar allí. Julia se despertó a la mañana siguiente y descubrió que el lado de la cama de Hal no estaba arrugado y que la cama de su vestidor no había sido tocada. Mientras ella lo miraba, él entró bostezando.

—Envié a mamá a la cama a las dos —explicó—. Y al mismo tiempo devolvió a Marcus a Nell. Julia le pasó un brazo por la cintura y lo arrastró hacia el dormitorio.

"Ven y desvístete, métete en la cama", instó. ¿Cómo está tu padre ahora?

Mejor, un poco. Mamá está con él otra vez. Hal arrojó su abrigo a un lado, parecía haberse deshecho de su paño para el cuello hacía mucho tiempo. Julia empezó a desabrocharle la camisa cuando él no hizo ningún esfuerzo por hacerlo él mismo. 'Sus labios no son tan azules y parece estar durmiendo.'

—Y tú también deberías hacerlo —dijo Julia, atacando los cierres de sus calzones—. Vamos, ayúdame. Y luego me vestiré y veré si tu mamá me necesita.

Para el almuerzo, Hal se había levantado de nuevo y Marcus había regresado con Nell. Entre ellos, idearon una rotación para sentarse con el paciente; Julia insistió en tomarse las horas entre la cena y la medianoche. Lo que le dejaba, calculó, tiempo suficiente para localizar a Stephan Hebden.

Cuando todos se dispersaron después de la comida, encontró al mayordomo solo. 'Bueno, ¿dónde vive el vizconde Milden Hall?'

—Hanover Square, señora.

'Gracias. Deseo visitar el salón Lady Mil den. ¿Está libre uno de los lacayos? Julia había leído suficientes novelas góticas en las que la intrépida heroína se lanza al peligro sin dejar ni una sola nota detrás de ella para no tomar precauciones, como uno de los corpulentos lacayos de los Carlow.

'Ciertamente, señora. Richards está disponible. ¿Necesita un carruaje?

El carruaje de la pequeña ciudad, por favor. Estaré abajo en quince minutos. Julia no se había acostumbrado al lujo de poder tomar un carruaje para distancias que podía caminar fácilmente, pero no tenía idea de dónde podría ubicar a Hebden, y no quería tener que depender de carruajes de alquiler. Siempre suponiendo que su media hermana estuviera en casa y la recibiría: sin su ayuda, Julia estaría paralizada.

Pero ella estaba de suerte. Lady Milden Hall no sólo estaba en casa, sino que estaba ansiosa por recibir una visita. A Julia le gustaba nada más verla, con su cabello castaño alborotado y sus cándidos ojos grises. Julia pensó que no se parecía en nada a su hermano medio gitano.

Le indicó a Julia que se sentara en una silla y se hundió en la suya con una mueca. 'Ay, todavía faltan otros cuatro meses', se lamentó, apoyando una mano en la hinchazón de su vientre muy embarazado. Julia hizo algunos cálculos mentales rápidos y ocultó su sonrisa detrás de una expresión de

simpatía. Los Mil den hall habían estado casados solo cinco meses: se preguntó si comenzaría a crecer tan pronto y cuáles serían los sentimientos de Hal si lo hiciera.

¡Así que eres la nueva esposa de Hal, Julia! Estaba en mi boda y mi hermanastro se burlaba de él para que se sentara y aquí estás, casado.

'Ciertamente, Lady Mil den hall. ¿Ese sería el Capitán Bredon? Lo conocí en Bruselas y luego, después de la batalla, me ayudó a encontrar a Hal. Creo que eso salvó la vida de Hal.

—Debes llamarme Midge —dijo lady Milden hall con una impetuosidad amistosa que Julia supuso que era habitual—. Me muero por conocerte. Estoy tan contenta de que hayas visto a Rick. Dime, la verdad completamente, ¿estaba gravemente herido? Escribe que solo tenía un rasguño, y que todavía está allí y parece estar bien, pero uno nunca puede decirlo con él.

—Algo más que un rasguño —admitió Julia. Pero nada peor que el cansancio, los cortes y los moretones. Estaba caminando y tenía el uso de todas sus extremidades cuando lo vi, te lo prometo.

'Es un alivio.' Parpadeó con fuerza por un momento, luego sonrió. Julia sospechaba que Midge rara vez estaba abatido por mucho tiempo. Es bueno que vengas a visitarnos.

—Me temo que debería haber esperado y llamado con mi suegra o lady Stanegate —admitió Julia. Pero necesito tu ayuda, ¿sabes?

'Vaya.' La sonrisa lista se desvaneció. ¿Qué ha hecho Stephen ahora?

—Nada —se apresuró a asegurarle Julia—. No iba a contar historias de encuentros burlones en librerías o el misterio del ataque a Hal. Creo que he encontrado algo que lo convencerá de detener su campaña de venganza.

Oh, gracias a Dios. Midge cerró los ojos por un momento. 'Él no es el hombre malvado que lo pintan, ya sabes. Ha tenido tanta crueldad en su vida. Se mordió el labio como para evitar contar toda la historia y luego sonrió, una sonrisa torcida que de repente hizo que Julia viera un fugaz parecido con Stephen. '¿Que puedo hacer?'

Ayúdame a encontrarlo. Hay una carta que debo mostrarle. ¿Está en Londres?

'Sí. Tiene una casa en Bloomsbury Square. Aquí.' Tomó un papel de la mesa a su lado, escribió algunas palabras. Ahí está el número, y una nota para su criado para que te admita: los sirvientes defienden la casa como una fortaleza.

No me sorprende, pensó Julia con gravedad. Stephen Hebden hizo enemigos, al parecer, tan fácilmente como respirar. Gracias, espero que esto ponga fin a esta terrible enemistad. Ella se puso de pie.

'¿Pero no esperas, tomas el té? Monty estará en casa en cualquier momento, quiero que conozca a la esposa de Hal.

&

nota; —Volveré —prometió Julia, tomando la nota y recogiendo sus cosas. Pero ahora debo darme prisa.

Las calles estaban abarrotadas y Julia pronto se perdió. Bloomsbury Square debía estar cerca del Museo Británico, supuso, aunque no había visitado este templo del aprendizaje. Hal se había expresado enérgicamente sobre el tema de los agujeros mohosos cuando se le pidió que la acompañara.

Pero ahora no podía pensar en Hal; debe concentrarse en convencer a Stephen Hebden de que su campaña de venganza no dio en el blanco. Cuando el carruaje se detuvo, Julia miró hacia una terraza de bonitas casas con balcones de hierro ornamentados que se extendían hasta el primer piso. Parecía un hogar improbable para un aventurero medio romaní.

Se detuvo en el borde de la acera, con la mano aún apoyada en el brazo del lacayo. El reloj de alguna iglesia cercana dio las tres. —Richards, si no he salido antes de que el reloj dé las cuatro, debes ir inmediatamente a buscar al mayor Carlow o, en su defecto, a lord Stanegate. Diles dónde estoy. Y no hagas caso si alguien de la casa sale y dice que voy a tardar más. ¿Lo entiendes?'

'Señora.' El lacayo parecía claramente infeliz. '¿Deberías entrar allí? Al Mayor no le gustará, no si es un lugar que no es seguro, no le gustará.'

—Aquí vive uno de los parientes de lady Mildenhall —dijo Julia a la ligera. 'Probablemente estoy siendo demasiado cauteloso, pero como nunca los he llamado antes...'

Muy bien, señora. Aún luciendo menos que feliz, subió el escalón y golpeó la aldaba.

La puerta se abrió para revelar a un indio impassible con un abrigo verde. Confía en Hebden para no tener un mayordomo convencional como todo el mundo. —Buenas tardes, estoy aquí para ver al señor Hebden —dijo Julia alegremente, tendiéndole su tarjeta.

—Se ha equivocado de dirección, mem sahib. El hombre no miró la tarjeta.

—Señor Beshaley entonces.

Lo siento, mem sahib. La puerta comenzó a cerrarse.

Julia sacó el pie y se lastimó el dedo del pie. Tengo una nota de Lady Milden Hall. Ella lo agitó debajo de su nariz, que alguien parecía haber roto recientemente, mientras frotaba el dedo del pie herido en la parte posterior de la otra pantorrilla.

Sin una palabra de disculpa, el hombre retrocedió, sujetando la puerta. Se cerró detrás de ella en el momento en que terminó. Stephen Sahib está en su taller. El indio tomó su tarjeta, le dio la espalda y avanzó en silencio por el pasillo. Julia la siguió a través de la puerta tapizada de verde, bajó tres escalones de piedra y entró en la cocina. El hombre siguió su camino, abrió una puerta en el otro extremo de la cocina y anunció: 'Carlow Mem Sahib, de Imo Mem Sahib'.

Julia pasó a su lado y entró en lo que en otro tiempo debió de ser un largo lavadero. Ahora parecía el taller de un químico anecccéntrico. Estantes y alacenas cubrían las paredes; extrañas herramientas colgadas de ganchos; frascos y cajas estaban apilados por todas partes; una espada estaba apoyada contra una gran caja fuerte en una esquina. Un banco, cubierto con cuero estirado que había sido recogido para hacer un canal en la parte delantera, corría debajo de las ventanas enrejadas y en el medio había un pequeño brasero, que brillaba con un rojo intenso a pesar del calor del día.

Mientras Julia miraba, el hombre inclinado sobre él dejó caer algo en un crisol y se hinchó una nube de vapor maloliente. Se atragantó, abanicándose con la mano.

—¡Mi querida Julia! Hebden salió de la nube de humo, le pasó un brazo por los hombros y la guió hasta un taburete alto junto a la ventana entreabierta.

'Déjalo ir.' Ella tosió y lo golpeó con las manos, pero él se rió, se inclinó y la besó justo en los labios entreabiertos.

El impacto le quitó el poco aliento que le quedaba. Presionada contra el alto respaldo del taburete, Julia luchó contra su respuesta instintiva. Estaba a

punto de devolverle el beso, se dio cuenta, indignada. Su boca era firme y sabía picante. Algo en el humo, pensó vagamente, luego encontró la fuerza para levantar la rodilla derecha bruscamente, incluso mientras echaba la cabeza hacia atrás.

La esquivó con la agilidad de un esgrimista, riéndose de ella mientras salía de su alcance. —Pensé que habías venido a darme las gracias por mi regalo de los versos de Byron —dijo, con ojos oscuros llenos de sentimiento—. Estoy herido.

—Pero no lo suficientemente herido —le espetó—. Escuche, señor Hebden o Beshaley o como se llame...

Tengo tantos. Todavía estaba sonriendo. Llámame Stephano. Si no has venido para que te haga el amor, entonces, ¿en qué puedo servirte?

"Puedes escuchar la verdad por una vez y detener estos ataques contra mi familia y sus amigos", dijo, ignorando su pregunta. Si se opusiera a todos sus comentarios escandalosos, nunca superaría esto.

Extendió sus manos en un gesto invitándola a continuar, enganchó un pie a través de otro taburete y lo acercó de modo que cuando él se sentó, sus rodillas estaban a quince centímetros de las de ella. Te escucho, hermosa Julia. Y luego iremos a algún lugar más... cómodo.

CAPÍTULO 23

Hal cabalgó lentamente Whitehall arriba, su uniforme incómodo después de semanas en ropa de civil, la culata rígida rozándole bajo la barbilla. Entonces, informe en un mes y le dirán su decisión. Las Indias Occidentales, la India o una guarnición inglesa.

Se dio cuenta de que no tenía ganas de un puesto en inglés. ¿Qué podría ser? ¿Ejercicios interminables o someter a los trabajadores de la fábrica que se amotan? No fue por eso que se había unido. Y la India o las Indias Occidentales estaban muy lejos. Un largo camino desde Julia.

No se dio cuenta de los altos edificios de piedra gris al pasar, ni del intenso tráfico. Max sabía adónde iba y siguió caminando con paso firme.

La imaginación de Hal estaba llena de exuberantes praderas verdes de Buckinghamshire con yeguas de ojos suaves empujando a sus potros de patas delgadas en sus primeros pasos. Y un niño pequeño riéndose en brazos de una mujer. los brazos de Julia.

No podía llevarla con él como ella pedía: no al calor ya la enfermedad. Ella era demasiado preciosa para arriesgarse así. Y demasiado precioso para dejarlo atrás. Pero tenía que elegir. De alguna manera.

Todavía estaba sumido en sus pensamientos cuando llegó a la casa de Albemarle Street y desmontó. Un grito y el repiqueteo de cascos lo despertaron.

—¡Carlow!

'¿Monty?' Su viejo camarada detuvo al equipo de locos que tiraban de su faetón encaramado. '¿Que pasa?'

—Tu esposa —dijo Mil den hall con urgencia. ¿Está ella en casa?

Por supuesto que está en casa. La puerta principal se abrió. Bueno, ¿dónde está la señora Carlow?

—Fue a visitar a Lady Mildenhall a eso de las dos, comandante. Tomó el carruaje de la pequeña ciudad y Richards. Todavía no ha regresado.

Hal sacó su reloj. Y son poco más de las tres. No tardas tanto en llamar, Monty.

'Pero salió de nuestra casa casi de inmediato; vino a pedirle a Midge la dirección de Hebden.

'¿Qué?' Hal sintió que la sangre se le escapaba de la cara. —¿Y Midge se lo dio?

'Sí. Al parecer, su esposa le dijo a Midge que tenía algo que decirle a Hebden que detendría su campaña de venganza.

—Maldita sea, ¿el hombre está aquí, en la ciudad?

—Sí, Bloomsbury Square. Monty empezó a darle la vuelta a su equipo. 'Lado norte.' Dio el número cuando Hal volvió a subirse a la silla. No intentes en la calle principal, hay un carro de cerveza volcado al final de Tottenham Court Road: caos. Te seguiré, lo más rápido que pueda.

Hal colocó las espuelas a los costados de Max y el gran gris partió al galope hacia Oxford Street. Su sable golpeó su pierna cuando tomó la vuelta en Bond Street, y revisó la funda de la silla. Sí, sus pistolas estaban allí. Iba a necesitar esos.

Nell sacó el papel viejo y muy doblado de su bolsillo y lo levantó. Esta es la última carta que escribió William Wardale, conde de Leybourne, minutos antes de ser ahorcado. Si alguna vez un hombre va a decir la verdad, seguramente estará al borde de la muerte. Los hermosos ojos marrones que la miraban se agudizaron, perdieron su sonrisa burlona y sensual. Escucha, jura por el alma de sus hijos que es inocente. Leyó esa declaración apasionada y luego observó cómo el color se filtraba debajo de la piel dorada de Stephen Hebden. Sus ojos se abrieron.

Yo le creo, también Hal y Marcus. Wardale no fue el asesino de tu padre, Stephano, y tampoco lo fue... Julia se interrumpió cuando él se tambaleó y sus manos se agarraron a él.

s templos. Al mirar sus ojos muy abiertos, vio que las pupilas se contraían como pinchazos. '¿Qué es? Estás enfermo, déjame pedir ayuda. Empezó a bajarse del taburete, tropezando con sus piernas al hacerlo.

Juró por las almas de sus hijos. ¿Juró cuando estaba a punto de morir? Stephano la agarró por los antebrazos de modo que quedó atrapada entre sus muslos. Y ahora prosperan, prosperan. Son felices, todos ellos. Estaba hablando consigo mismo, se dio cuenta, no con ella.

Déjame ir, Stephano, no te entiendo.

—La maldición —murmuró. 'Los hijos pagarán por los pecados de sus padres. Él no pecó. No lo hizo.'

Me estás asustando y no te encuentras bien. Julia trató de liberar una mano. Déjame buscar ayuda.

'No.' Él estaba de pie ahora, atrayéndola con fuerza contra él, su cara presionada contra su camisa, su propia mejilla contra su cabello. Necesitaba a alguien, algo, a quien aferrarse, se dio cuenta. Dudaba que él siquiera se diera cuenta de a quién sostenía.

A lo lejos se oyó un estrépito, luego gritos. —Stephano —dijo en voz baja—. —¡Stéfano! Hizo una mueca como si ella lo hubiera golpeado. La puerta del taller se abrió de golpe. —¡Julia!

El hombre que la sostenía se dio la vuelta, con una mano todavía rodeando su brazo.

'¡Hal!' Estaba en uniforme, se dio cuenta. Su sable estaba en su mano y el asesinato en sus ojos. Hal, no me ha hecho daño. No está bien.

'Estará muerto en un minuto, eso lo curará', dijo su esposo, cerrando la puerta. Hizo girar una silla hacia él y la metió debajo del mango. ¿Qué te ha hecho?

'Nada. Hal, vine a contarle lo de la carta porque no pudiste, eso es todo. Y luego se enfermó. Yo lo estaba apoyando.

Hebden la empujó un poco hacia atrás. Sus ojos estaban enfocados de nuevo, aunque los planos de su rostro eran afilados y demacrados como si estuviera sufriendo. —Tan dulce la boca de tu esposa, Carlow, tan generosos sus besos.

—Eres un tonto —le espetó ella. ¿Quieres que te mate?

Puede intentarlo. Y de repente había un cuchillo en su mano, una hoja delgada, malvada y curva.

Hal se adelantó con su propia arma en alto, en guardia. Se había metido la pistola en la faja del uniforme y sus ojos estaban fijos en los de Stephano mientras los hombres se enfrentaban, el brillo del metal letal teñido de rojo por la luz del brasero incandescente. Julia retrocedió, sus faldas balanceándose, y algo revoloteó, el brasero se encendió y Stephano se abalanzó.

Cuando el sable desvió el cuchillo con un grito de acero contra acero, vio lo que se había quemado: la carta, su evidencia. Ido. La escritura se destacó claramente en el papel ennegrecido por un momento Sobre las almas de mis

hijos... Entonces Hal se abalanzó de nuevo y la voluta de ceniza giró y se desmoronó.

Hubo gritos desde la cocina, golpeando la puerta. Distraída, Julia desvió la mirada. Cuando volvió a mirar, Stephano tenía una espada en una mano y el cuchillo en la otra. Lo que sea que lo había hecho tan enfermo antes se había desvanecido y estaba luchando con una gracia viciosa.

Parecían igualados. Julia pensó en las heridas de Hal, apenas curadas, y rezó mientras los dos hombres luchaban arriba y abajo del taller abarrotado, haciendo que los frascos se estrellaran y tropezando con las cajas de embalaje a medida que avanzaban. En la puerta, los golpes se hicieron más fuertes. Y luego otra voz, una que ella no reconoció, estaba ahí afuera, ladrando órdenes. De repente, todo quedó en silencio y pudo escuchar la respiración áspera de los duelistas mientras sudaban, se abalanzaban y paraban en el centro de la habitación.

Stephano alargó la mano izquierda, agarró uno de los taburetes altos y lo hizo girar. Hal saltó hacia atrás; golpeó el brasero y todo se derrumbó, derramando carbones encendidos por el suelo a los pies de Julia. La puerta de la cocina se abrió de golpe trayendo consigo una ráfaga de aire. Una hoja de llamas se elevó frente a ella y se tambaleó hacia atrás, incapaz de ver un camino a través de ella.

—¡Julia! Hal atravesó las llamas, sable en mano, el rostro ennegrecido por el humo y los dientes al descubierto. Como Lucifer del infierno, pensó salvajemente. Mi ángel caído. Él agarró el banco, lo arrojó sobre el fuego, la levantó y la llevó a través del puente improvisado a un lugar seguro.

'¿Estás herido?' —exigió, mirándola a la cara con una intensidad feroz.

'No, no Hal, yo...' Su voz se quebró cuando empezó a toser. El humo se arremolinaba a su alrededor.

'Llévate a tu esposa', gritó la voz que había escuchado dando órdenes. Les ayudaré a apagar el fuego.

—Déjalo arder —gruñó Hal en respuesta.

'Él es mi cuñado', replicó el otro hombre. Pasillo Mildén? Así es como Hal me encontró, pensó Julia, luchando por tratar de mantenerse en pie. Hal simplemente la arrojó sobre su hombro y atravesó la puerta, pistola en mano. Julia giró la cabeza para intentar ver. La cocina estaba llena de

sirvientes, el indio empuñaba un cuchillo curvo. Cuando pasó Hal, corrieron hacia el taller donde el marido de Midge pedía agua a gritos.

'¿Estás herido?' Hal volvió a preguntar cuando salieron a la calle.

'No. Hal, bájame. En respuesta, él simplemente la arrojó al aire y ella se encontró sentada en una silla de montar, con las manos agarrando salvajemente una larga melena gris. ¡Max! Hal —protestó ella mientras él se colocaba detrás de ella, moviéndola en sus brazos hasta que estuvo sentada sobre sus muslos—. No puedes cabalgar por la calle conmigo así.

'Mírame', dijo. ¿A menos que quieras que me detenga aquí y te sacuda hasta que te castañeteen los dientes?

'¿Estás enfadado conmigo?' —aventuró, mientras Max avanzaba por Great Russell Street. Con la cara presionada contra la chaqueta del uniforme de Hal y sus dolorosas hileras de trenzas y botones, no podía ver su expresión. Pero podía oler el humo y el sudor en él y sentir su corazón latiendo contra su mejilla mientras el ritmo volvía a la normalidad. Ambos estaban a salvo. Y detrás de ellos, con tantos ayudantes, el fuego se apagaría pronto. Ella no era, gracias a Dios, responsable de que Midge perdiera a su medio hermano. —Lívido —dijo Hal lacónicamente, y luego no volvió a hablar—. Julia cerró los ojos, se aferró y descubrió que en realidad no le importaba qué espectáculo presentaban mientras el gran corcel gris trotaba por las calles llenas de gente, con su jinete manchado de humo estrechándola en sus brazos.

—Max está fuera —le dijo Hal a Wellow mientras entraba en el vestíbulo de Albemarle Street con Julia en brazos—. Que un mozo lo lleve a las caballerizas y le suba agua caliente. Y Wellow...

'¿Sí, mayor?' dijo el mayordomo con calma.

'No hay necesidad de decirle a nadie que hemos llegado a casa algo... despeinados. No quiero que me molesten: que me envíen la cena.

'Ciertamente, señor.'

Ah, y Wellow. Por favor, envía a mi hermano y pídele que venga y se haga cargo de la guardia nocturna con mi padre.

'No hay necesidad, Mayor. El personal ha expresado su deseo de ayudar. Felling y Langham ocuparán la primera parte de la noche, la señora Hoby y

yo la segunda. Su señoría está descansando tranquilamente, no veo motivo para esperar alarmas en la noche.

—Eso es condenadamente decente por tu parte, Wellow.

Un privilegio, mayor. Voy a organizar el agua caliente ahora.

Hal subió las escaleras, abrió la puerta de una patada y tiró a Julia sin contemplaciones en medio de la cama. 'Desvestirse.'

'¿Por qué?' exigió. Todavía estaba ardiendo de ira, sus ojos vívidamente azules cuando la miró, sus manos apretadas.

—Porque cuando haya lavado este hollín te recordaré con quién estás casado.

—¿Como un sultán turco que arrastra a un esclavo involuntario de vuelta al harén? Ella se desangró hasta que estuvo sentada, lo mejor para mirarlo mientras él comenzaba a quitarse el uniforme.

'¿No estás dispuesto?' Hizo una pausa, con los dedos inmóviles en el cinturón de su espada.

'YO-'

Había sonidos en el vestidor. Hal maldijo por lo bajo y entró en la habitación, golpeando la puerta detrás de él. Julia se quedó donde estaba, con la mirada perdida en el sable envainado apoyado contra el tocador.

Hal reapareció, sin camisa, con el pelo mojado, frotándose la cara con una toalla. 'Ahora. Háblame.'

—Fui porque tú no puedes —dijo ella, con las manos entrelazadas en la sábana mientras él la observaba—. Fui a convencerlo de que Wardale era inocente y él lo cree. Quiero ayuda para averiguar quién intentó matarte. Pero llegaste antes de que pudiera hablar con él de eso, o con tu padre, y la carta se cayó al fuego y se fue.

—Me besó —dijo ella, hablando obstinadamente ante la falta de respuesta de Hal—. Me besó porque no puede evitarlo más de lo que un gato puede dejar de molestar a un ratón que ha atrapado. No me hizo daño y no me asustó. Le dije a Richards que si no salía en una hora, él iría a buscarte.

Hal le dio la espalda y caminó hacia la ventana. 'Pensé que te había llevado. Que él... te haría daño. Y luego, pensé en el fuego... que tú... Julia, ¿tienes alguna idea de lo que es amar a alguien y saber que está en peligro? ¿Quizás

muerto? Y sintiéndose tan impotente. Te amo tanto, y vi sus manos sobre ti, vi el fuego... —Se rió, un sonido corto y áspero sin diversión en él.

Por un momento, apenas entendió las palabras o su significado. Luego, cuando él se quedó con las manos apoyadas contra el marco de la ventana, con la cabeza gacha, ella se bajó de la cama y caminó hacia él, apoyando las manos y luego la mejilla contra su espalda desnuda.

'Sí, sé lo que se siente', dijo, educando su voz para que no temblara. 'Me enamoré de un soldado y lo vi ir a la guerra. Y luego no volvió y pensé que estaba muerto. Así que fui a buscarlo y lo cuidé, pensando que moriría y que mi amor no sería suficiente para salvarlo. Sí, es un infierno, y lamento haberte hecho pasar por eso.

Debajo de sus palmas, sintió que los músculos se tensaban, y luego Hal se giró, agarrándola por los hombros para poder mirarla a la cara. '¿Me amas? Pensé... sabía que querías casarte con alguien y te gustaba, tal vez me deseabas... un poco. Pero sabía que no deberías casarte con un hombre como yo, un hombre con mi pasado, mi reputación. Quería que siguieras siendo inocente, que encontraras a alguien digno de ti. Sabía que debía irme y nunca volver a verte. Y luego te comprometiste...

Hal cerró los ojos, un hombre confesando. Se dio cuenta de que él era incapaz de creer que esto sería

todo bien. 'Me siento culpable. Tuve lo que quise, lo que deseé, aunque no me di cuenta entonces que te amaba. Nunca he estado enamorado antes —añadió con tristeza, abriendo los ojos para sonreírle. Lo único que quería y no debía tener y, sin embargo, me vi obligado por el honor a tomarlo.

Te he amado durante tanto tiempo. Me di cuenta en el Review —dijo Julia, levantando las manos para enmarcar su cara, frotando con el pulgar una última mancha de hollín en un pómulos afilado—. Y te amo ahora, con todo mi corazón. Y me gustas mucho, cuando no estás enfadado conmigo. Y te quiero todo el tiempo, enojada o no. Y no puedo imaginar lo que he hecho para ser digno de un marido como tú.

La boca de Hal sobre la de ella era simplemente felicidad, simplemente consuelo y excitación y amor y amistad y alivio, todo junto, todo a la vez. Ella lloró un poco, retorciéndose cerca de su abrazo y él debe haber sentido las lágrimas, porque levantó la cabeza y se las secó con dedos suaves.

¿Me amas, Julia? ¿Ahora?'

'Sí. Sí, por favor. Me encanta el pan y la mantequilla para poder sentir tu peso y mirarte a los ojos.

Él se rió y la levantó y la acostó en la cama, alisando su ropa con la pericia que una vez lo había avergonzado tanto. Él se despojó de los restos de su uniforme y vino a acostarse sobre ella, y ella enroscó sus piernas alrededor de sus estrechas caderas y sintió que él se apretaba íntimamente contra ella, deseándola. —Sí —murmuró Julia, con los dedos apretados sobre sus hombros—. 'Sí, ahora Hal.'

Y él la acarició suavemente mientras ella suspiraba y se arqueaba para tomarlo, igualando su ritmo, leyendo sus ojos y escuchando su voz mientras las palabras de amor se convertían en jadeos y él gemía y acariciaba más y más profundamente el calor anhelante de ella. La dicha comenzó a desmoronarse y crecer, y ella leyó la de él en su rostro y en la tensión de su cuerpo, y lo igualó, ahora urgente hasta que él se quedó inmóvil, sin aliento, se elevó una vez más y ella se fue con él, dando tumbos. en la luz.

Julia volvió en sí, apretada en los brazos de Hal. Ella se retorció hasta que pudo sentarse y mirarlo tirado en un abandono elegante e indecente en medio de los restos de la ropa de cama.

Él levantó una mano y la acarició por un lado de su pecho, haciéndola temblar. Entonces la cosa en la que no había querido pensar vino y clavó sus garras en su corazón, y sintió el frío tocar el calor de su felicidad. —Llevabas tu uniforme cuando viniste a buscarme —dijo—.

—Sí, había estado en Horse Guards.

Entonces tienes un puesto. Seré valiente con esto.

'Dijeron que si volvía en un mes me lo dirían'.

'Ya veo. Tenemos un mes juntos: eso es más de lo que temía.

'¿No insistirás en seguir el tambor?'

Julia alargó la mano y le apartó el pelo todavía húmedo de la frente. 'No. Te preocuparía y te distraería. Usted tenía razón. Me casé con un soldado, debo aceptar todo lo que significa.

'No tendrás que hacerlo, mi amor.' Hal atrapó la mano que le acariciaba el pelo, se la llevó a la boca y la besó. Me estoy vendiendo. Criaré caballos en Buckinghamshire y compraremos una casa en la ciudad para poder ser

frívolos y sociables cuando nos convenga, y debes decirme cuántos dormitorios debemos buscar.

'¿Para los niños?' ella preguntó. Oh, mi valiente y malvado libertino. Vas a ser un padre tan perfecto. Y él no la iba a dejar. Quería quedarse por su propia voluntad.

"Tuve este sueño mientras cabalgaba por Whitehall", dijo Hal. 'Max estaba mirando por encima de la puerta de su establo a una yegua de cría con un potro de patas largas a su lado, y yo estaba mirando a mi esposa y a mi hijo jugando en la hierba primaveral larga y suave. Y pensé, eso es lo que sería ser feliz.

'Vaya.' Encantada por la visión, Julia le sonrió. ¿Un bebé para la próxima primavera? Hal, no hay tiempo que perder.

—Eso es lo que pensé, mi amor —asintió él, serio excepto por el brillo travieso en sus ojos mientras la atraía hacia abajo y la besaba. No hay tiempo que perder, y todo el tiempo del mundo para amar.